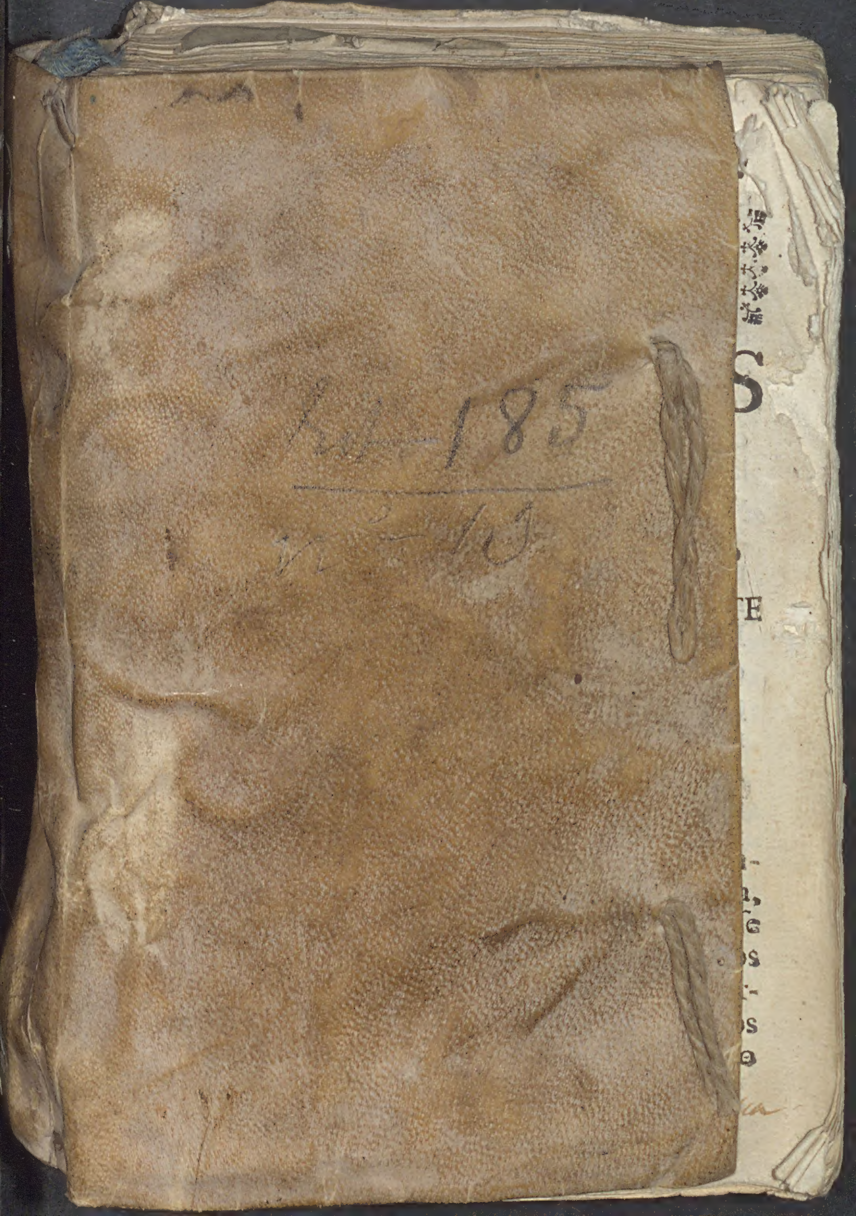
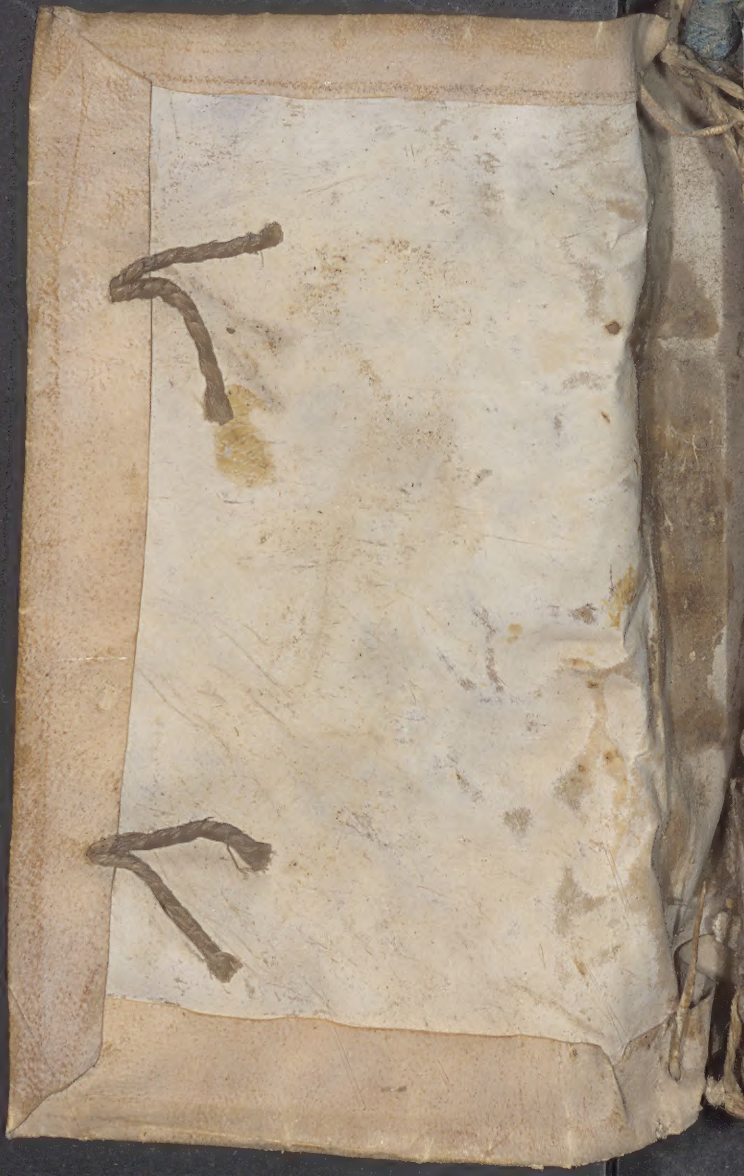


185



VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES,

ORDENADAS PRINCIPALMENTE para los dias de los Exercicios Espirituales.

LECCION PRIMERA.

DEL ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

NO solamente la Fè Divina, sino tambien la humana sabidurìa, nos enseña, que en toda empressa el fin ultimo, que se pretende, debe ser la primera regla de los medios, que deben aplicarse para conseguirlo, como dice el Principe de los Philosophos en sus Morales: *Finis regula cæterorum.* Todo

hombre ſabio, antes de poner la mano en qualquier obra, ſe idèa, y determina el fin de ſu obrar; porque eſte es la fuerza mas poderoſa, la direccion mas ſegura, y la medida mas infalib[illegible] qualquier empreſſa. Eſto es como el plo[illegible]o, ò nivèl en mano del Artifice, con quien ſe debe medir lo derecho, ò torcido de la fábrica: ſiendo las obras ſolamente buenas, en quanto conducen al fin; y ſolamente malas, en quanto de èl nos apartan. Por eſſo el Philoſopho Moral diò por primer conſejo de la verdadera ſabiduría: *Reſpice finem*: Mira una, y otra vez el fin. El Real Propheta frequentemente clamaba con inſtancia à Dios: *Notum fac mihi, Domine, finem meum.* (Pſalm. 38.) Señor, dáme á conocer mi fin. Eſtando ciertos, que ſi el conocimiento, y atencion al fin fueſſe la regla del obrar, toda operacion tendria ſuceſſo felìz.

Veamos ahora quàl es el fin para que Dios criò al hombre; y por ventura confeſſarèmos, que le debemos mas à Dios, por ſer nueſtro ultimo fin, que por ſer nueſtro primer principio. Es verdad, que aquella infinita Sabiduría, deſde los primeros ſiglos, puſo ſobre noſotros los ojos de ſu bondad,

y nos sacò graciosamente de la nada, dandonos un sèr tan perfecto, que une en nosotros las perfecciones, que estàn repartidas en las otras criaturas. Dotònos de un cuerpo con cinco sentidos, que á juicio de Seneca, son cinco milagros del mundo pequeño. Enriqueciò el alma con tres admirables potencias, que segun San Agustin, son como un reflexo, ò dibujo de la Augustissima Trinidad. O què gran beneficencia de el Criador, poderosa para arrebatar del corazon todos los afectos del agradecimiento! Con todo esso, mas amable, y benéfica es la intencion del fin, para el qual la Divina Sabidurìa diò el sèr, y la vida á tan bella obra. Porque á què fin mirò Dios al dotar al hombre de tan altas prerrogativas? Acaso, para que fuessemos grandes Señores, grandes Letrados, grandes Comerciantes en la tierra? Acaso para que adquiriessemos muchas riquezas? Para que cogiessemos las flores de los placeres? Para que ganassemos gran fama, y estimacion en el mundo? Cierto es, que para nada de esto nos criò Dios. Assi lo enseña la razon natural, y la Fè Divina. Cosa temporal no puede ser el fin de un alma eterna, La mezquindad de estos bienes

no puede ser la ultima felicidad de una criatura, que trahe esculpida en la frente la Imagen del Criador. Si estos placeres, ò estas honras fueran nuestro fin, debieramos vivir siempre en la tierra, ni debria haver otra vida, porque conseguido el ultimo fin, no puede sucederle, y entrar en su lugar otro bien mejor. Mas, si no nos lo dixesse el Evangelio, si la misma razon natural no nos diesse luz para entender para què fuimos criados, nos lo enseña aun la misma estatura, y formacion de nuestros cuerpos, tan diversa, hasta en la exterior apariencia, de los brutos; porque no está el hombre inclinado enteramente, y del todo á la tierra; mas pisandola con los pies, tiene la cabeza derecha, elevada, y sublíme; de suerte, que adonde quiera que buelve los ojos, se encuentra con la vista en el Cielo: quando los demàs animales, bueltas las espaldas al Cielo, totalmente miran solo á la tierra, para mostrarnos, hasta con la evidencia de los ojos, que los otros animales nacieron solamente para los bienes terrenos; pero el hombre fue criado unicamente para la Bienaventuranza del Cielo. Assi lo dixo sabiamente San Gregorio: *Erectus ad Cœlum ho-*

mo

mo ostendit se non esse natum ad terrena.

Veis aqui, pues, el unico fin para que Dios nos ha criado, y para que Christo nos ha redimido con tanto amor: *In finem dilexit eos.* Para que viviendo le sirvamos en la tierra con una vida ajustada á la virtud; y muriendo, le gocemos en el Cielo con una eterna felicidad. Asi lo difiniò el Doctor de las Gentes Pablo: *Servi facti Deo, habetis fructum vestrum in sanctificatione, finem verò vitam æternam.* (Rom. 6.) Luego unicamente fuimos formados de la Divina Sabiduría para alabar á Dios, para servirle, y amarle. Veis aì todo el empleo para que estamos en el mundo: adquirir la gloria del Cielo con servir fielmente á Dios: vivir de tal manera, que de esta vida temporal, y miserable passemos à aquella eterna, y feliz. Aquella es el termino, que se nos señala para conseguir: este es el camino, que á ella nos conduce. Mira, pues, ò hombre, la grandeza, y nobleza de tu fin, y el amor, y beneficencia de Dios en enseñartelo. Gran cosa, y favor inestimable se juzga el poder servir á un Monarca, y de ello se precian aun los grandes Señores; què serà estár destinado para servir al Rey del

Cielo, en cuya comparacion el mayor Monarca no es mas, que un gusano de la tierra? Mira la alteza à que eres levantado, que no siendote debida por razon de tu naturaleza la Bienaventuranza Celestial, Dios, por su bondad, te criò para que la goces; y pudiendo criarte solo para una felicidad transitoria, y natural, te elevò á una perpetua, y sobrenatural. Ninguna criatura tiene fin mas alto: no hay Angel, ni Arcangel, ni Serafin, que en esto se te aventaje, porque todos estamos destinados igualmente à gozar, segun los meritos de cada uno, la suma felicidad. Antes Dios nos ha elevado à ser participes de su misma gloria, como nos assegura San Juan: *Similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* (1. Joan. 3.) Serèmos semejantes á Dios, pues lo verèmos tal qual èl es. Pues como Dios no tiene otra felicidad, ni otro fin, que á sì mismo; asi no quiere que nosotros tengamos otro fin menor, que el mismo Dios; ni otra menor Bienaventuranza, que la suya.

Y quando te huviesse criado Dios para solo el fin de que le sirviesses, y honrasses, aun sin esperanza de otro premio; por ventura Dios no es merecedor de tus servicios,

y obſequios por ſu infinita excelencia, y por la inevitable deuda tuya, de ſer criatura ſuya, y obra de ſus manos? Podrias, ſin ſer ingrato, è injuſto, negarle lo que es ſuyo? No debrias eſtimar mucho el ſervirle, y con todos los afectos de tu corazon anhelar al cumplimiento de ſu juſtiſsima voluntad? Pues quàl ſerá ahora tu obligacion, quando ſu bondad, por exceſſo de amor, ha querido, que tu fin no ſea ſolamente el ſervirle, ſino tambien gozarle en una felicidad ſemejante à ſu gloria, è igual á ſu eternidad? Sin duda no debe haver en el hombre otra anſia, ſino de conſeguir un tan noble fin. Todos, y cada uno deberá decir, como decia San Franciſco de Sales: Si yo ſupieſſe, que un penſamiento de mi mente, ò un afecto de mi corazon, ò una obra de mis manos, no miraſſe derechamente à Dios, deſearìa no tener manos, ni corazon, ni mente.

Más, ò perverſidad del Genero Humano! Quántos hacen que ſe queden en vano los altos deſignios de Dios? Quàntos tuercen las rectiſsimas lineas de ſu ſabiduría? Quàntos, con graviſsima injuria del Criador, ponen ſu ultimo fin en los placeres, en las hon-

ras, en la vanidad, dando en ſus obras el primer lugar, y aprecio à las coſas temporales, y el ultimo à las eternas? Como aquel rudo Pintòr, que ſolìa empezar ſus figuras por los pies, de donde muchas veces ſucedia no quedar en el lienzo lugar para formar la cabeza, que debia ſer la primera en el dibujo, como regla, y medida de lo reſtante de la pintura. Luego podrà ſuceder, y ſucederà, que de todas las otras criaturas inſenſibles conſiga Dios el fin de ſu voluntad, y de ſola la criatura racional no lo conſiga. Criò el Sol, para que con ſus rayos ilumine la tierra; y jamàs ha dexado el Sol de eſparcir ſobre la tierra ſus luces. Criò las Eſtrellas, para que con ſus regulares movimientos embien ſus influencias; y las Eſtrellas jamàs han ceſſado de influìr, ſin torcer el curſo derecho de ſus Orbes. Criò las plantas, para que á ſus tiempos produzcan, yà flores, yá frutos; y las plantas yà brotan flores, yà ſe enriquecen de frutos. Rompiò las fuentes de las aguas: para què? Pero què es meneſter canſarnos en ir repaſſando una à una las criaturas, quando es tan claro, que todas las coſas ſirven al Criador, y obedecen á una ſeña de ſu voluntad? *Omnia ſerviunt*

illi,

illi, & parent ad nutum ejus. Solo el hombre ſe aparta del fin para que fue criado, dexandoſe llevar de ſus apetitos à buſcar placeres contrarios à los preceptos de ſu Criador. Solo el hombre pervierte el orden de la Divina Providencia, deſcaminandoſe por ſendas derechamente contrarias al termino de ſu felicidad.

Pero, ſi no nos mueve el orden de la Infinita Sabiduria, y la Bienaventuranza venidera à procurar nueſtro fin, eſtimùlenos à lo menos la luz de la razon, y el bien preſente, porque en ſeguir nueſtro fin conſiſte nueſtro contento, quietud, y felicidad; y fuera de èl, no hallarèmos jamàs paz, ſino ſiempre inquietud, amarguras, temores, y anguſtias. Nueſtro corazon fue criado para gozar el Sumo Bien: nunca puede ſatisfacerſe con otros bienes inferiores. Enſeñanoslo claramente San Aguſtin: *Feciſti nos ad te, & inquietum eſt cor noſtrum, donec requieſcat in te.* (Lib. 1. Confeſ. c. 2.) „Nos „hiciſte, Señor, para tì, y eſtà inquieto „nueſtro corazon, haſta que deſcanſe en tí. Un hueſſo fuera de ſu lugar, què dolores no cauſa en el cuerpo? Por mas reparos, y remedios que ſe le apliquen, no hay modo de

tem-

templarſe, y dár ſoſsiego. Pero viene apropoſito una bella comparacion del Santo Job: *Avis naſcitur ad volandum.* (Job 7.) El ave nace para volar. Prendaſe un pajarillo, entreſe en una jaula hecha de rejas de plata, provéida de dulce paſto, pueſta en un Salòn Real, lexos de todas las incomodidades de los tiempos: eſtará contento: Se divertirà con alegres canciones? No por cierto: lo vereis triſte, anſioſo, y ſolìcito à buſcar por todas partes la ſalida, y ſu libertad. Aquellas delicias no le ſoſsiegan, aquellas comodidades no le ſatisfacen, ni le agradan. Mas por què? Porque eſtá fuera de ſu fin: naciò para volar, y gozar la libertad del Cielo: *Avis naſcitur ad volandum.*

Lo miſmo ſucede al corazon humano, nacido unicamente para ſervir á Dios, y gozarle: pongaſe en medio de las delicias terrenas: poſſea muchas riquezas, que pueda gaſtar á ſu voluntad: paſſe de uno en otro placer ſu guſto: tenga Dignidades, amiſtades, poder, Palacios, todas las comodidades, y toda abundancia de bienes humanos, vivirà por eſſo contento? Será feliz? No por cierto. Aſsi lo enſeña la razon, y lo mueſtra la experiencia, porque todas las coſas

ſas fuera de ſu fin, eſtán fuera de ſu felicidad. Deſengañeſe, pues, el corazon humano, que jamàs hallará paz, ni contento, ſino es en el fin para que fue criado: toda otra coſa le traherá amarguras, y congojas. Todas las fatigas, que ſe emplearen en buſcar otros bienes, ſerán perdidas, porque no vàn governadas por la fiel regla del ultimo fin. Todos los paſſos, que no vàn dirigidos à eſte blanco, ſeràn errores, porque nos apartan del verdadero termino.

Infelices, pues, noſotros, que hemos gaſtado lo mejor de nueſtra vida en vanidades, que nos deſviaban de nueſtro verdadero fin! *Ergo erravimus à via veritatis: laſſati ſumus in via perditionis.* (Sap. 5.) Adònde han ido tantos penſamientos, tantos afectos, tantos cuidados de la vida paſſada? Todo en vano, todo ſin fruto, porque buſcando la felicidad, hemos vivido infelices, por no haver ſabido buſcarla donde unicamente eſtá, que es Dios. O! por quánto debemos deſear nueſtro bien! Tomemos conſejo, abramos los ojos, cuidemos à lo menos de lo venidero. Un caminante, que deſpues de haver andado todo el dia por camino aſpero, y trabajoſo, conoce haver perdido el

ca-

camino, quánto ſe entriſtece, quánto ſentimiento mueſtra, y con quànto cuidado ſe reſtituye al camino verdadero! Ea, concibamos gran dolor de los yerros paſſados, pongamos en orden nueſtra vida con eſta gran maxima de eſpiritu. Eſte es el unico negocio, que nos encarga el Apoſtol: *Rogamus vos, Fratres, ut veſtrum negotium agitis.* El conſeguir el fin de la ſalvacion es lo que debe dàr cuidado, como dixo el Cardenal Belarmino, que haviendo encomendado un negocio al Cardenal Urſino, y preguntado de eſte Principe, ſi era muy de ſu empeño? Reſpondiò ſabiamente: Yo ningun empeño tengo, ſino el de mi ſalvacion. Eſte es aquel prudente circulo à que nos exhorta San Bernardo á rodear la mente, y el corazon, bolviendo lo de Dios à Dios, de nueſtro primer principio, á nueſtro ultimo fin: *Redi ad cor tuum, diſcute te ipſum, conſidera, unde venis, quo tendis.* (De interiore domo, cap. 14.) Examinate bien, mira de donde vienes: adonde vàs. Eſte penſamiento del ultimo fin fue la gran máquina, que en los Exercicios Eſpirituales à un San Carlos Borromèo, y à un San Franciſco Xavier los apartò de las vanas idèas, y pretenſiones de gran-

de-

dezas humanas, y los encaminò á la unica conquista de la felicidad celestial. Tambien á nosotros, si un rayo de esta luz nos penetra vivamente el corazon, hará desaparezcan, à fuer de Palacios encantados, todas las vanidades de la tierra. Preguntese, pues, frequentemente el Christiano á sì mismo para què vive en el mundo: què intencion tuvo Dios, y què pretendiò con ponerlo en èl: á què ha sido embiado: quál es el bien que espera, y el mal que debe temer: y si camina, adonde lo lleva esta senda que sigue: al felicissimo fin para que Dios lo criò, ó antes à un termino de eterna miseria, adonde lo arrastra su malicia. Oyga lo que á estas preguntas le responde su corazon, que sin duda le sugerirá aquellos sentimientos de Lope de Vega, piissimo Poeta Español, cuya admirable Octava, como digna de un Santo Padre, me ha parecido poner aqui.

Yo para que nacì? Para salvarme.
Que tengo de morir, es infalible:
Dexar de vèr à Dios, y condenarme,
Dura cosa serà, pero possible:
Possible, y tengo aliento de alegrarme?

Posible, y tengo amor à lo visible?
Què hago? En què me empleo? En què me encanto?
O yo soy loco, ò debo ser un Santo.

§. II.

FIN DE LAS OTRAS CRIATURAS.

TAN grande es el amor de Dios para con el hombre, que à beneficio del hombre criò un mundo de bienes. Mirese este grande Universo, Cielo, Ayre, Mar, Tierra, y quanto en èl se contiene, hermoso, delicioso, admirable. Tanta amenidad de flores, tanta dulzura de frutas, tanta variedad de animales, tanta muchedumbre de cuerpos simples, y compuestos con tan bello orden. No solo nos proveyô de lo necessario para el sustento, y lo preciso para la salud; sino aun de lo que sirve para recreacion á la vida, y deleyte à los sentidos; y si el amor se muestra en los beneficios, quàn excessivo debemos decir, (ò Dios, infinitamente bueno!) que haya sido vuestro amor para con el hombre, pues hizo llover tantas riquezas de vuestros thesoros para hacerle beneficio? Coronasteislo de gloria, y honor, como

Rey

Rey de todas las otras criaturas, ſujetandolas todas á ſu imperio: *Gloria, & honore coronaſti eum, & conſtituiſti eum ſuper opera manuum tuarum.* (Pſalm. 8. 6.) Quàl, pues, debe ſer la gratitud del hombre á tantos beneficios? A quanta correſpondencia de afecto le obliga un tan inmenſo amor? Con todo eſſo los mas de los hombres ſon como otros tantos lerdos brutos, que apacentandoſe debaxo de una encina, y gozando de las bellotas, que de ella caen, jamás levantan los ojos, ni conciben un agradecimiento en el corazon à mirar, ò bendecir la planta de quien reciben el beneficio de los frutos.

Pero conſiderèmos un poco á què fin proveyò Dios al hombre de tantas criaturas. Cierto es, que no fue ſu intento que le ſirvieſſen de ultimo fin; porque ſiendo mas viles que el hombre, no lo pueden perficionar; y como mezcladas con amarguras, no le pueden apagar la ſed de felicidad. Fuera de que no eſtá en mano, y voluntad de todos el proveerſe à ſu arbitrio de ſemejantes coſas; ſiendo aſsi, que debe eſtàr en poteſtad de qualquiera el llegar á ſu fin: de otra ſuerte, no pocos havrian ſido criados de Dios imperfectos,

tos, è infelices, porque tendrian la inclinacion à su ultimo Bien, sin poder satisfacer al deseo de conseguirlo. Si, pues, la Soberana Providencia no ha juzgado ser dignas las criaturas de ser nuestro ultimo fin, còmo podrèmos nosotros estimarlas tanto, que pongamos en ellas nuestra felicidad? Còmo, por felices que seamos, al modo de pequeñas maripofas, andamos al rededor de tantos objetos, y tantas vanidades, siempre hambrientos del bien, y siempre enemigos de la quietud, empleamos todas nuestras industrias en buscarlas, y mantenerlas, y despues lloramos sin consuelo á qualquier pèrdida de cosas temporales? Pierdanse en buenhora para nosotros todas las riquezas del mundo, pierdanse todos los placeres, y todas las honras: perderàse por esso algo del ultimo fin? què embarazo havrà para arribar al verdadero bien de la Bienaventuranza? Acaso estamos mas dispuestos à salvarnos sanos, que enfermos? Ricos, y honrados, que pobres, y abatidos? Nobles, y famosos, que plebeyos, y desconocidos? Podemos passar al Cielo mas facilmente desde un Palacio, que desde una choza? Allanan acaso el camino, y le hacen mas acomodado las ciencias, que la ignorancia?

Las

Las delicias, que los trabajos? O, que para todos eſtá abierta la puerta del Palacio Celeſtial igualmente! *Omnibus æquè patet Aula Cæleſtis.*

No haviendo ſido, pues, las criaturas criadas por Dios, ni concedidas al hombre por ultimo fin, reſta ſolo, que hayan ſido criadas puramente por medios, que ſirvan á conſeguir ſu fin. Mas la naturaleza de los medios es tal, que en sì miſmos no tienen otra coſa por que ſer eſtimados, ni otra bondad por que ſer amados, ſino la utilidad, que ayuda, y conduce à conſeguir el fin à que ſe deſtinan, y ordenan: de donde ſe infieren tres clariſsimas verdades. La primera, que debemos un ſumo agradecimiento à Dios, no tanto por la benefica liberalidad con que nos ha dado tantas, y tan bellas criaturas, quanto por la amoroſa intencion con que nos las ha dado, para que nos ſirvan de medios eficaces, en orden á conſeguir un infinito bien. La ſegunda, que las coſas de eſta vida preſente, por mas que ſirvan à la utilidad, ò al guſto, no merecen ſer amadas, ni queridas, ſino en quanto conducen, y ayudan à conſeguir el ultimo fin para que Dios nos puſo en eſte mundo. La tercera, que quan-

do no ſirvieren à la ſalvacion, ni ſe deben buſcar, ni apetecer: y ſi acaſo la eſtorvaren, ſe deben aborrecer, y arrojar como venenos.

Mas ay, que la deſordenada necedad de los hombres, con un intolerable deſconcierto, pervierte el orden de la Divina Sabiduria! Y què mayor deſorden del juicio puede haver en un Chriſtiano, á quien iluſtra, no ſolo la luz de la razon, ſino el Sol de la Fè, que trocar la naturaleza de los bienes, haciendo de los medios fin? O gozar mal en eſta vida de aquellas criaturas, que ſe deben uſar bien, ſolo por atencion á la venidera? Còmo tomar aſsiento, y acomodarſe en la poſada, (que es eſta vida) de donde preſto hemos de partir, y no cuidar de la Patria, que es el Cielo, donde hemos de vivir eternamente? Obrar con tan gran ceguedad, que los bienes concedidos de Dios, para que nos ayuden à la ſalvacion, nos ſirvan de carruage para la condenacion? Hacernos infelices por nueſtras manos, convirtiendo los bienes en males, y hacer miſerable la vida con el mal uſo de aquellas coſas, que la deberian hacer dichoſa? Ni puede ſer otra coſa; porque ſegun dice San Aguſtin, como no puede menos

nos de eſtár inquieto, y con gran fatiga un cuerpo, trocada ſu natural poſtura con los pies ázia el Cielo, y la cabeza àzia la tierra: aſsi un alma jamàs hallará ſoſsiego, ſino ſiempre afanes, y congojas, ſi trueca el orden, que le eſtableciò Dios, y pone á los pies el Cielo con ſu felicidad eterna, y la Tierra con ſus caducos placeres ſobre la cabeza.

Mas aun ſucede peor, que haviendonos dado Dios las criaturas, para que mejor le ſirvieſſemos, y amaſſemos, noſotros muchas veces uſamos de ellas para ofenderle, è injuriarle. Aun ſolo el olvidarſe de los beneficios ſe tiene por abominable ingratitud: què ſerà el ſervirſe de ellos contra el Bienhechor? Què barbara perfidia ſería la de un Vaſſallo, ſacar contra ſu Principe la eſpada, quando acababa de ceñirſela de ſu mano para armarlo Cavallero? Y el hombre uſa muchas veces barbaramente otra tal perfidia contra ſu Dios. De las riquezas, que nos diò para obligarnos al reconocimiento, y amor, quántas veces nos valemos para hacerle mayores ofenſas? Las delicias con que nos regala los ſentidos, las convertimos en inſtrumentos de culpas, que provoquen la Divina indignacion. Con razon ſe quexa Dios del hom-

bre, que hace que le ſirva el beneficio, y aun el Benefactor miſmo à ſus pecados: *Servire me feciſti in peccatis tuis.*

Aparteſe, pues, muy lexos de noſotros tan deteſtable perverſidad, tan indigno abuſo de las criaturas, las quales ſolamente nos debrian ſervir de eſpejos para conocer, y amar al Criador. Valgamonos de ellas en adelante para argumentos, è indicios, por donde conjeturar la felicidad del Cielo; pues ſi Dios en eſte valle de miſerias ha criado tan bella variedad de delicias, aun para ſus enemigos; què havrà hecho en la Patria de la felicidad para ſus amigos? Ea, ſirvanos de medios, y ayudas para exercitar las virtudes ſantas, que ſon el verdadero camino, que nos guia al ultimo termino de la Bienaventuranza. Verdad es, que no todas las criaturas pueden ſer utiles igualmente á todos para la ſalvacion. A uno ſervirá la ſalud, la riqueza, la honra: à otro la enfermedad, la pobreza, el deſprecio. Por eſſo hemos de eſtàr indiferentes para qualquiera fortuna, y dexar eſte cargo à diſpoſicion de la Divina Sabiduría, que conoce bien lo que nos aprovechará mas para nueſtro dichoſo fin: fiarnos de la Suma Bondad, que por ſu infinito amor no dexará

ja-

jamás de darnos lo que mas nos conviene. En quanto á nosotros toca, será prudente consejo escoger siempre lo que nos pareciere mas à proposito para alcanzar nuestro Sumo Bien. Hemos de obrar como un caminante que vá à su Patria, que si se halla entre muchas sendas, se aplica solamente à aquella, que le guia al termino deseado, sin hacer reparo, que sea à la diestra, ò à la siniestra, sea de montes, ò de valles, ò de deliciosa campaña. Assi debemos portarnos en las cosas temporales. Ningun bien hemos de amar, sino en quanto conduce á nuestro fin: ningun mal hemos de temer, sino en quanto nos aparta de èl; pues es infalible la maxima de San Basilio: *Nullum bonum est, nisi quod ad summum bonum conducit: nullum malum nisi quod à summo bono retrahit.* Si la pobreza nos lleva mejor à Dios, debe ser estimada sobre todos los thesoros. Si las riquezas nos apartan de Dios, debemos aborrecerlas como desgracias. Si los desprecios, ò los infortunios ayudan mas á nuestra salvacion, debemos darles la bienvenida, y abrazarlos con alegria. Si las honras, ò las delicias nos hacen olvidar de la eterna Bienaventuranza, se deben despreciar como inutiles para nues-

tro bien. En ſuma, hemos de eſtár con grande indiferencia acerca de las coſas temporales, eſtimandolas ſolamente en orden á nueſtro fin. Cada uno de noſotros debe decir dos veces à Dios, con el Real Profeta: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Eſtá prompto mi corazon, Dios mio, á recibir de vueſtra mano felicidad, ſi fuere de vueſtro agrado favorecerme con ella, pero tambien eſtà igualmente diſpueſto á recibir infortunios, ſi fuere guſto vueſtro embiarmelos.

§. III.

EXEMPLO.

QUE ſolo en Dios, como en ultimo, y dichoſo fin, ſe halla la paz, y contento del corazon, lo diò á vèr claramente aquel célebre Rolando, luſtre de la Univerſidad de Bolonia primero, y deſpues gloria del Orden de Predicadores. Eſte, nacido de noble linage, y criado entre delicias, ſe reſolviò á paſſar una vida alegre, ſin que huvieſſe dulce de placeres, que no quiſieſſe guſtar: los feſtines, las muſicas, los combites eran ſus cotidianas diverſiones: mas Dios, que lo queria deſtetar de los guſtos del mundo,

do, mezclandose siempre amarguras, y hieles, le hacia probar la verdad de aquel dicho del Sabio: La risa se mezclará con dolor, y el llanto vá pisando la ropa al gozo: *Risus dolore miscebitur, & extrema gaudii luctus occupat.* Porque al fin se hallaba su corazon lleno de sinsabores, y fatigas, ocasionadas sin saber de dònde: sino que tal es la naturaleza de los placeres mundanos, dice San Agustin: *Prospera hujus mundi asperitatem habent veram, jucunditatem falsam, certum dolorem, incertam voluptatem.* (Epist. 36.) Un dia se determinò á hartar su apetito de placeres, y gastarlo todo en delicias, quantas podia desear. La mañana passò en oìr suavissimas musicas: al medio dia tuvo un combite como de boda, con exquisitos manjares, y variedad grande de sayneres: la tarde empleò en divertidos juegos, y alegres festines. De esta suerte, cansado de placeres, pero no satisfecho, à la noche se bolviò á su casa, y al quitarse las ricas galas, con que havia assistido à las fiestas, sintiò, que interiormente le corria por las entrañas un pesado humor de melancolìa, que parecia quererle ahogar el corazon. De aqui se levantò una profunda consideracion de la vanidad

del mundo. He aqui (ſe decia á sì miſmo) en qué han venido á parar los placeres de tan alegre dia! Yo he gozado oy quanto delicioſo, y ameno ſabe dàr la tierra: y con todo eſſo, còmo no me ha ſatisfecho el corazon? Còmo me veo lleno de fatigas? *Non ſatiatur oculus viſu, nec auris auditu, ſed univerſa vanitas, & afflictio ſpiritus.* (Eccleſ. 1.) Con eſtos penſamientos ſe acoſtò; pero no pudo coger ſueño, porque ſin cerrar los ojos ſe andaba dando buelcos ſobre las delicadas plumas de la cama, como ſi eſtuviera ſobre agudas eſpinas. Aun mas, rebolvia en ſu animo triſtes fantaſmas, repitiendo dentro de sì miſmo: Si tan lleno de melancolìa me hallo deſpues de un dia de los mayores guſtos, còmo puedo eſperar contento, ni alegria en el mundo? Ay, que eſte corazon no fue criado para los deleytes de la tierra, ſino para los gozos del Cielo! O mundo, què vanos ſon tus contentos! Què deſabridos tus guſtos! Qué engañoſas tus vanidades! Y ſi ſon tales quales la experiencia de eſte dia gaſtado en tantas delicias mueſtra á los ojos: què locura es la tuya (ò Rolando) engolfarte en placeres, que enmedio de ſu mayor dulzura amargan tanto tu cora-

zon?

zon? Por què, y còmo no te resuelves à bolver los ojos y el animo à los bienes mas sinceros, puros, y eternos? Dios te criò para una eterna felicidad; y tù corres perdido, siguiendo unos deleytes caducos, que te engañan, y hacen traycion, aun quando los gozas.

Semejantes afectos le sugeria el espiritu á Rolando; pero el apetito le representaba vivamente los placeres de los sentidos, de que estaba enamorado: que no podria vivir mucho privandose de aquellos solaces, á que su naturaleza era tan inclinada: que su delicadèz no era capàz de las austeridades de la vida espiritual: que en la flor de la juventud se debia dàr algun desahogo, y permitir dessfogar las pasiones juveniles, dexando para la vejèz la penitencia. Estos pensamientos, como leña aplicada al fuego, bolvian á encender el amor de los deleytes sensitivos, hasta que una luz del Cielo, infusa en el Alma, le hizo claramente conocer la vanidad de las delicias mundanas, y la solidèz verdadera de los bienes celestiales.

Asi, despues de haver peleado toda la noche consigo mismo, se resolviò à huir de las tempestades, y acogerse al puerto seguro.

Al

Al amanecer, levantandose, y aun no bien acabado de vestir, se fuè derechamente al Convento de Santo Domingo. Admitido al Claustro, se entrò apresuradamente en la Sala de Capitulo, donde estaba Fray Reginaldo en consulta con los Frayles; y sin otra salutacion, arrojandose á sus pies, le pidiò con humildes instancias el Sagrado Habito. Quando Reginaldo viò á sus pies un tan cèlebre Doctor, y oyò la fervorosa peticion, lleno todo de dulces lagrimas, acompañadas de la comun alegria de los demás, fuè con interior impulso movido á recibirlo sin rèplica. Antes, no teniendo paciencia para aguardar que el Ropero le traxesse un Habito, se quitò su proprio Escapulario, y entonando: *Veni Creator Spiritus*, vistiò al fervoroso Novicio. Sucediò en este caso una maravilla, que haciendo señal con una Campanilla del Capitulo, que apenas se podia oìr en el Convento, fuè oìda en toda Bolonia: de donde llevada de no sè què curiosidad, concurrió mucha gente al Convento; y viendo aquel no menos devoto, que admirable espectaculo de un Doctor de tanta fama, ayer entregado á los placeres del mundo, hoy convertido á los rigores de la

Re-

Religion, fuè en todos tal la comocion, que muchos ſiguieron ſu exemplo, y renunciaron los guſtos, y delicias del mundo. Con tal eſpiritu empezò Rolando ſu converſion, y á tan alto principio correſpondiò ſiempre el tenor de ſu vida.

Pero lo que hace mas à mi propoſito, es, que hallò Rolando en Dios aquella alegria, y contento de corazon, que en vano havia buſcado en las criaturas, quando eſtaba en el colmo de ſus placeres, y en el auge de las honras. Porque llegò à gozar aquel guſto, que trahe el corazon verdaderamente eſpiritual: aquella paz ſoſſegada, de quien dice San Pablo, que vence, y ſe aventaja à todo ſentido: *Pax Dei, quæ exuperat omnem ſenſum.* Probò, que ni las muſicas, ni los feſtines, ni los combites llenan, ni ſatisfacen al corazon humano; ſino ſolo los interiores contentos, y conſolaciones: ſolo aquellos amoroſos tratamientos, con que Dios aun en la tierra paga lo que ſe padece por ſu amor. Dormia mas quieto, y con mas ſoſſegado ſueño ſobre un gergon de paja, que antes ſobre colchones de delicadas plumas. Los ayunos le ſabian mejor, que las meſas eſplendidas: las penitencias le eran mas dulces,

ces,

ces, y mas amadas, que todas las delicias, y regalos de la vida passada: y assi, algunas veces exclamaba: Mi Dios, si tan dulce es padecer por Vos, què serà el gozar de Vos? Finalmente, de Rolando se pudo decir con razon, que si su corazon se pusiera en una prensa, para exprimirlo, no se sacarìa de èl otra quinta essencia, que paz, y contento: y que si otra vez se exprimiera, ninguna otra cosa destilaria, sino gozo en el Espiritu Santo: *Gaudium in Spiritu Sancto.* A la verdad èl experimentò en todo el curso de su vida, quàn bueno es Dios para los que tienen el corazon derecho: *Quam bonus est Deus his, qui recto sunt corde.* Quàn suave es aquel Gran Señor á los que no tuercen sus afectos, y los dirigen unicamente á èl, como á su ultimo, y felicissimo fin.

¶ Lease en Thomàs de Kempis el cap. 10. del lib. 3. cuyo titulo es: *Que todas las cosas se deben referir à Dios, como à ultimo fin.*

LEC-

LECCION II.

DE LOS CASTIGOS DE LOS PECADOS, *y primeramente en los Angeles.*

DEsea tanto Dios, que sus criaturas no se aparten de su ultimo fin, que desde la creacion del Mundo quiso con exemplares penas, para poner terror à la posteridad, castigar á los prevaricadores. El Angel rebelde, y Adán inobediente son formidables testigos de quán riguroso zelador es Dios de sus justissimos preceptos, pues no perdonò, ni aun à las mas excelentes, y hermosas obras, que salieron de su Omnipotente mano. El Angel fuè el primogenito de las criaturas, criado por la Divina Sabiduría, tan perfecto, y lleno de tan altas prerrogativas, que Dios, no solo se complaciò en èl, como en las otras, sino quiso èl mismo ser el Panegyrista: *Hæc dicit Dominus Deus: tu signaculum similitudinis, plenus sapientia, & perfectus decore, in deliciis Paradysi fuisti: omnis lapis pretiosus operimentum tuum.* (Ezech. 28.) Tù, sello de la semejanza, colmado de sabidurìa, perfecto en la belleza, fuiste

cria-

criado en las delicias del Paraìso, y adornado de todas las piedras preciosas como de rica gala. Gastò Dios (por decirlo assi) los thesoros de su Bondad, Poder, y Sabidurìa, para formar en el Angel la mas perfecta imagen de su infinita hermosura. Què excelentes dotes no le diò en el orden natural? Criòlo puro espiritu en su essencia, inmortal por la eternidad: de un entendimiento, y ciencia tan elevada, que con sola una vista penetra todos los secretos mas escondidos de la naturaleza: de un poder tan prodigioso, que solo un Angel mueve sin cessar toda la maquina de los Cielos: fuera de esto, què dones no le concediò en el orden sobrenatural, dandole una gran plenitud de gracia, infundiendole los habitos de las mas superiores virtudes, elevandolo al derecho de la gloria?

Con què ardor de voluntad havràn amado á su Soberano Bienhechor, yà que con tanta luz del entendimiento conocian la grandeza de sus beneficios? Havrán amado? Esso debia ser; pero ingratos, y rebeldes, se ensobervecieron con tantos favores. Negàron el obsequio á quien tanto los havia obligado. Luzbèl, el mas favorecido, fuè el mas pér-

pérfido, y traydor. Por eſſo ſe quexò Dios de èl con eſpecialidad: *Peccaſti: elevatum eſt cor tuum in decore tuo: perdidiſti ſapientiam tuam.* Há ingratiſsima criatura! què, por la belleza que de mi mano recibiſte, te has revelado contra mì? La ſabidurìa que yo te dì, te ha cegado el entendimiento? Has podido pecar? Què merece una tan gran maldad? *Ejeci te de monte Dei. Producam ignem de medio tui, qui comedat te.* Yá yo te he arrojado de la alteza del Cielo, y encarcelado en los abyſmos de la tierra. Dentro de tì encenderè un fuego, que te abraſará vivo eternamente. Todas las Naciones, que te verán reducido á tan gran miſeria, quedarán atonitas, y ſe aſſombrarán de tus caſtigos.

Y aſsi fuè, que apenas Luzbèl, con ſus ſequaces, huvo cometido el primer pecado con el primer deſorden, quando á manera de rayo fuè viſto precipitarſe del Cielo, y traerſe conſigo, embueltos en la miſma ruina, la tercera parte de los Angeles, como Eſtrellas, que cayeſſen de el Firmamento: *Videbam Satanam, ſicut fulgur de Cœlo cadentem: & cauda ejus trahebat tertiam partem Stellarum.* O ſuceſſo formible! O rigor inexora-

rable de la Divina Justicia! Asi (ò Criador de los Angeles!) os indignais por un acto solo de sobervia contra las criaturas primogenitas de vuestra Bondad? Alguna escusa tienen por ser este el primer pecado, cometido solamente con un afecto desordenado, de que presto haràn perfecta penitencia. No, no tienen escusa, dice Dios: han pecado, y por tanto merecen, que yo los aborrezca, los abomine, y los castigue por toda una eternidad. Ea, que merecen alguna compassion, por ser las mas bellas obras que han salido de vuestras manos, las imagenes mas vivas de vuestra perfeccion. Es verdad; pero han manchado su belleza con culpa, han envilecido su dignidad con pecado, y por esso seràn siempre indignos de parecer en mi presencia. O Señor! que recompensarán esta unica ofensa con infinitos obsequios, os bendeciràn eternamente, glorificarán siempre vuestra piedad, si con ellos la usais! Al contrario, si los condenais sin misericordia, prorrumpiràn en continuas blasfemias, y ultrages de vuestro Santissimo Nombre. No importa: me han ofendido, no hago caudal de sus alabanzas, no hago caso de sus blasfemias. No me faltan alabanzas,

y

y bendiciones de los Angeles, que me han sido fieles. Perezcan, pues, los rebeldes, sean al instante precipitados al Infierno, ardan, giman, blasfemen, y rabien eternamente, trocados de Estrellas del Cielo en tizones negros del abysmo. O juicios incomprehensibles de Dios! *Judicia tua abyssus multa.* Bien conocìa Dios la nobleza de tales criaturas, comprehendia su numero innumerable, sabìa que su culpa era unica de un solo pensamiento pecaminoso, y que arrepintiendose, la huvieran resarcido con mayores obsequios. Y con todo esso la Divina Justicia, con irrevocable sentencia, como con una tempestad impetuosa, en el mismo acto de pecar, amontonandolos todos juntos, sin darles lugar para arrepentirse, los precipitò al abysmo.

Si Dios huviesse condenado à solo Luzbèl, como cabeza de la rebelion, esta demonstracion de justicia deberìa bastar para poner gran miedo á todos los hombres. Si huviesse hecho lo que el Emperador Maximiano en su Exercito, que diezmò las legiones sediciosas, y de cada diez Soldados condenò uno à la horca, para causar terror á los demás, debiera pasmarnos, y apartar-

 nos

nos muy lexos de ser infieles à Dios. Pues còmo no bastarà un numero casi infinito de Angeles, sentenciados todos, sin excepcion aun de un solo culpado, à eternos tormentos? Haced reflexion un poco sobre la multitud de los Angeles, que exceden à las Estrellas del Cielo, y à las arenas del mar, y decid luego: La tercera parte de estas nobilissimas criaturas fue condenada por un solo pecado; y yo me atrevo à pecar, como si estuviesse segurissimo del perdon, que se negò á tantos? De esta tragedia debeis aprender la enorme gravedad, è intolerable peso del pecado, que hizo caer á plomo tan gran numero de Espiritus Soberanos de lo mas alto del Cielo, á lo mas profundo del abysmo. De aqui se debe inferir la severidad de la Justicia Divina, y decir con el Apostol San Pedro: *Si Deus Angelis peccantibus non pepercit, sed rudentibus inferni detractos in tartarum tradidit cruciandos.* Si Dios no perdonò á los Angeles que pecaron, sino que atados con maromas del Infierno, los encerrò en el abysmo, para ser atormentados; quànto mas serèmos castigados nosotros, que somos gusanos, y podredumbre? *Putredo, & vermis.* Si los Principes de la Cor-

te

te del Cielo, por un pecado solo, son tan atròzmente condenados, y castigados; què deberán esperar, o temer los hombres, vilissimos esclavos de la tierra, por tantas, y tan repetidas maldades? Mas no llega el hombre todavia á penetrar quan vengadora de sus ofensas es la Divina Justicia. Por esso decia el Salvador: Padre Justo, el mundo no te ha conocido: *Pater Juste, mundus te non cognovit.* El mundo no os quiere conocer por Justo, sino por Misericordioso: no sabe temer vuestra Justicia, sino solo esperar en vuestra Misericordia, para pecar mas libre, y confiadamente.

Con el terror de este trueno, y con el estrago de este rayo, pretendiò Dios aterrar toda la posteridad de las criaturas, para que las inferiores aprendiessen á huir el castigo à costa, y en cabeza de las superiores: *Deus Majestatis intonuit. Ut ruina majorum* (dice San Gregorio) *sit cautela minorum.* Sirva de escarmiento, y cautela à los menores la ruina de los mayores. Acordaos de aquel terrible hecho, que executò el Rey Don Pedro de Aragon, para impedir las rebeliones de sus Vassallos, movidas de los Grandes del Reyno. Llamò à la Corte para Consejo á los

 mis-

mismos Grandes, y les preguntò: Còmo se podria fabricar una Campana, que se oyesse en todo Aragon, para poner terror à los rebeldes? Sorprendidos á esta pregunta los Grandes, respondieron, que el intento era imposible. Entonces el Rey, con otro pretexto, llamandolos uno à uno à otra Sala apartada, les hizo cortar cruelmente las cabezas, y ponerlas una sobre otra en forma de Campana. Abiertas despues las puertas, las sacò á vista, y à terror de sus Subditos. Y á la verdad, esparcida la voz de esta horribilissima Campana, resonò por toda España, y retraxo los Vassallos de toda conjuracion. Otro tanto, con el mismo designio, pero con mejor justicia, hizo Dios con los Angeles en su castigo: *Intonuit de Cœlo Dominus, & Altissimus dedit vocem suam.* (Psalm. 32.) Hizo el Altissimo que se oyesse desde el Cielo el trueno, y la voz de sus amenazas: *Ut timeat Dominum omnis terra, & ab eo commoveantur omnes in habitantes Orbem.* (Psalm. 75.) Para que toda la tierra se llene de horror, y todos los habitadores del mundo queden espantados. Tiemble, pues, toda criatura á las amenazas del Dios Grande, y aprenda á tenerle mu-

cho

cho respeto : *Terribili apud omnes Reges terræ.* Tiemblen los pecadores, reos de tantas maldades, viendo el castigo de los Angeles por un solo pecado. Teman los Justos, porque viven cercados de peligros, entre mil incentivos, y ocasiones de caer en pecado.

Y verdaderamente, si pecaron los Angeles, que tenian un entendimiento perspicacissimo para conocer las verdades eternas, y una perfecta voluntad, inclinada al Sumo Bien, sin peso de cuerpo, sin apetito de sentidos, que les traxesse al mal: còmo no temerèmos nosotros las culpas, estando nuestro entendimiento ofuscado con tantos errores, nuestra voluntad pervertida de tantas passiones, nuestro cuerpo concebido en pecado, lleno de concupiscencias? Somos como una especie de heno, preñado de espiritus igneos, que por sí solo prende fuego, y se enciende, y abrasa : *Omnis caro fœnum,* (Isaì. 4.) Si cayeron aquellos supremos Angeles, que estaban en el Cielo, lexos de los malos exemplos, que combidan al mal; de las persuasiones de los malos, que apartan del bien; de las tentaciones de los enemigos, que llaman à gozar los prohibidos placeres: còmo no temerèmos las caídas nosotros, que vi-

vivimos en la tierra, païs de los enemigos, en medio de objetos, que continuamente nos engañan, y lisonjean; entre hombres perversos, que con tantos artificios pervierten; frente á frente de los espiritus malignos, que con frequentes engaños, y no menos violencias nos assaltan? Si cayeron los Angeles, que tenian tan fresca la memoria de los beneficios recibidos, poco antes, de Dios, y la viva esperanza del premio, que muy presto esperaban: còmo no temerèmos el precipicio nosotros, que nos olvidamos de los premios eternos, y no hacemos caudal de los eternos castigos? No debemos estàr en un continuo temor, y en una cautela cuidadosa? Cayeron las mas firmes columnas del Cielo; y nosotros, cañas debilissimas de la tierra, estarèmos constantes? Con razon San Luis Beltràn temblaba todo de pies à cabeza, y derramaba amargas lagrimas al acordarse de este pensamiento: *Puedo pecar, puedo condenarme.* Y preguntaba frequentemente á sus amigos: *Juzgais que me salvarè?*

§.II.

§. II.

CASTIGOS DE ADAN, Y SU POSTERIDAD.

VEngamos yá al primer hombre, en cuya formacion empleò Dios los mas amorosos afectos de su bondad. Las otras criaturas salieron à la luz del sèr por un sencillo imperio de la Divina voz. Bastò para criarlas un *Fiat.* Mas Adán singularmente fue criado con el consejo, y como consulta de las Divinas Personas: *Faciamus hominem.* (Gen. 1.) Donde advierte discretamente San Agustin (de Spir. & Anima, cap. 35.) *Homo non solo jubentis Dei sermone factus est, sed consilio Sanctæ Trinitatis.* Para producir las otras criaturas se les diò comission à los Elementos, como Ministros del Divino Poder: à la Tierra, para brotar yervas, arboles, y plantas: *Germinet terram herbam virentem.* (Genes. 1.) A las Aguas, para formar aves, y peces: *Producant aquæ reptile animæ viventis, & volatile.* Pero Adán fue formado por la misma mano de Dios: *Creavit Deus hominem*; no sufriendo su amor fiar la formacion del hombre de otras manos, para poder assi mejor im-

primirle la viva imagen, y perfecta semejanza de sì mismo: *Ad imaginem, & similitudinem nostram*: no tanto en la harmoniosa composicion de los miembros, en la viveza de los sentidos, en la magestad del semblante, que mira al Cielo, quanto en las perfecciones verdaderamente divinas del alma, dotada de tres potencias, Entendimiento, Memoria, y Voluntad, no ofuscada todavia de passion alguna, sino clarissimo espejo del Sumo Bien, que eran como el Rayo, la Luz, y el Calor del Divino Sol, Trino y Uno. O excesso del amor de Dios! O dignidad incomparable del hombre! Mas no pararon aqui los beneficios concedidos á Adàn: pusolo en el Paraìso terrestre, Paìs de todas las delicias, para que enmedio de honestos placeres gozasse una vida felìz. Diòle el imperio universal de todas las criaturas, para que se sirviesse de ellas á su gusto: *Præsit piscibus maris, volatilibus Cœli, & bestiis terræ*; sin que escapassen de su dominio, ni los peces, por escondidos en el mar; ni las aves, por remontadas en la suprema region del ayre; ni los brutos, por esparcidos por la tierra. Fuera de esto, le enriqueciò el cuerpo, y el alma con excelentissimos dotes, dandole

la

la inmortalidad; y assi el cuerpo, sin apartarse jamás del alma, sería trasladado del Paraiso terrenal al Cielo Empyreo. Dotòle de la Justicia original, con perfecto dominio sobre las passiones, que jamàs huvieran levantado aun un soplo, que inquietasse la dulce calma del corazon. Mas, infundiòle en el alma el thesoro de la gracia, y una gran riqueza de dones sobrenaturales, dandole una dignidad tan elevada, que no solo era un honradissimo vassallo, sino charissimo amigo, y gloriosissimo hijo del mismo Dios, que haviendolo escogido por suyo, lo havia elevado hasta hacerlo participante de los mismos atributos, y prerrogativas: *Effecerat divinæ consortem naturæ.*

Despues de haverlo assi obligado con tan singulares beneficios, quiso Dios hacer prueba de su fidelidad, y amor con ponerle un solo precepto, que no comiesse de sola una fruta; mas gozasse de tantas otras, como le ofrecia un Jardin, y Paraìso de deleytes. Sin duda Adán, movido de tantos favores, atrahido de la promessa de una eterna felicidad, si obedecia, atemorizado de las amenazas de una horrible, y duplicada muerte, si quebrantaba un precepto tan facil de guar-

guardar, ni aun un pensamiento tendria, no digo yá deseo, del prohibido fruto. Mas hay infelìz! Dexòse tentar, tomò el fruto, comiòlo, y cayò: quiso mas seguir un vanissimo, y brevissimo placer, que obedecer al precepto de su liberalissimo Criador. Y què sucediò? Llora hoy, y llorarà el Genero Humano con amarguissimas lagrimas la infelicidad de Adàn, y de toda su posteriridad: *Ejecit eum Dominus de Paradyso voluptatis.* Al punto, indignado Dios, lo desterrò del Paraìso de los placeres, y lo arrojò à una tierra maldita, y llena de espinas, y abrojos. La obediencia mansa, y docil de los animales, se convirtiò en una rabiosa rebelion: tomaron en aquel punto veneno las sierpes, fiereza los tygres, sed de sangre humana los leones, y todas las criaturas se armaron contra el pecador, gritando contra èl, y pretendiendo su estrago, y destruccion. Fuele al instante quitada la Justicia original, despojaronle del thesoro de la gracia, de la filiacion de Dios, del derecho á la herencia de la Gloria. Saltaronse de repente las passiones, y apetitos, que à guisa de furias rabiosas empezaron à despedazarle el corazon. Quedò sujeto à los afanes de

una

una miſerable vida, à los tormentos de una congoxoſa muerte, á los peligros de una condenacion eterna.

Solo con vèr el caſtigo de Adàn, deberian todos los hombres temer, y huir con immenſo aborrecimiento el pecado. Para refrenar en el Africa los innumerables eſtragos, que hacian los leones, ſe determinò coger uno, y ahorcarlo de un arbol, à cuya ſola viſta todos los leones ſe puſieron en fuga, y en adelante no mataron mas hombres. (Plin. lib.8. c. 16.) Quànto mas debería baſtar para refrenar á los hombres la pena de Adán? Pero no terminò en eſſo ſolo el ſuplicio: á noſotros, ſus infeliciſsimos deſcendientes, tocò tambien el remanente de las penas. Como el veneno pueſto en la raìz de una vid inficiona todos los pampanos con ſus racimos; aſsi el pecado del primer hombre ſe transfundiò con ſus miſerias à todo el Genero Humano. Fue aquella culpa un contagio, que corrompiò con peſtilencial dolencia toda la poſteridad. Fue un torrente turbio, è impetuoſo, que arrebatò al mundo todos los bienes, y le acarreò una inundacion de todos los males. Lloramos noſotros infelices las injurias de los tiempos, la inquietud de las paſsiones,

nes, el rigor de tantas enfermedades, tan varias en sus accidentes, tan molestas por su atrocidad? El pecado de Adàn fue la causa. Suspiramos en este valle de lagrimas por la dessolacion de las guerras, los estragos de las pestes, las desdichas de las hambres. De aquel unico pecado trahen su origen. Poned con la imaginacion en un monte todos los huessos de los muertos, en un mar toda la sangre derramada de los cuerpos humanos, en una hàz, ò montòn todas las calamidades que ha havido, hay, y havrà en todo el mundo; y despues, levantando los ojos, atonitos á vista de tantas ruinas, decid: Tan grandes miserias, todas son penas de aquel solo pecado. Aquel solo delito ha sido el destierro de la paz del mundo, la introduccion de tantos desastres, de tantas enfermedades, de tantas, y tan horrorosas muertes en la tierra.

Pero este no es el fin de los males, porque al fin estas penas son temporales. Quántos niños inocentes, y libres de culpas actuales, en pena de aquel primer pecado, quedan eternamente privados de la feìz vista de Dios? Quántos (ò quántos!) hombres, cayendo cada dia en pecados, se precipitan

en

en los eternos abysmos del Infierno? Ni deben buscar otra causa, ò impulso à sus caìdas, y precipicios, sino la inobediencia de Adàn, que rebelandose contra Dios, hizo se rebelassen en nosotros, y contra nosotros desenfrenados los apetitos, y las passiones desordenadas, que sujetando, y avassallando la razon, espolean los sentidos à tantas ruinas. Somos á la verdad hijos de ira, rendidos á las concupiscencias, concebidos en pecado: *Filii iræ, subjecti concupiscentiis, concepti in peccatis.* (Ephes. 2. 3.) De aqui es, que tantos, imitando al primer Padre en la culpa, y no en la penitencia, vàn á arder perpetuamente en un fuego, que les penetrará con intolerables tormentos el alma con sus potencias, y el cuerpo con sus sentidos. Ni tendrán jamás alivio en sus males, ni esperanza de bien alguno; porque Dios nunca tendrá oìdos para escuchar sus lamentos, ni entrañas para compadecerse de ellos; siempre serán aquel Pueblo infelìz, que llora Malachìas: *Populus, cui iratus est Dominus usque in æternum.* Un Pueblo, con quien estará enojado Dios por toda la eternidad.

Ahora, quièn no se horrorizará al vèr tan

tan formidables castigos del pecado? A quièn no pondrán espanto los rigores de la Divina Justicia? *Quis non timebit te, ò Rex Gentium?* (decia todo atonito á tal espectaculo Jeremìas.) Quièn se atreverá jamàs á pecar en confianza de la Misericordia, viendo la severidad de la Justicia executada en el Primogenito del Genero Humano? Quando el Rey Phelipe II. pronunciò sentencia capital contra su Primogenito Carlos, se llenò de horror toda España: *Nec quisquam reorum ausus est veniam sperare, quam Pater denegaverat Filio.* No huvo delinquente, que se atreviesse á esperar jamás perdon del Rey, viendo que la Justicia del Padre se le havia negado à su mismo Hijo. Que la Magestad de Dios, por altos consejos de su Providencia, ha querido exercitar primero con el hombre los actos de su Justicia en darle pena, que los de su Misericordia en darle premio, dexandose vèr primero Juez Justo, que benigno Remunerador, assi lo dixo el Propheta: *Justitia ante eum ambulabit.* (Psalm.84.) La Justicia irá delante de èl, como su Aposentador. Fuera de esto, el Salvador del mundo, por el infinito odio, que tiene al pecado, y al pecador, protesta, que primero

castigarà á los Reos en el dia del Juicio, que premiarà á los Justos, pues mandarà recoger primero la cizaña, (en que se significan los pecadores) y echarla al fuego, y despues recogerà el trigo, symbolo de los Justos, para conservarlo en el Cielo: *In tempore Messis dicam Messoribus: Colligite primum zizania, & alligate ea in fasciculos ad comburendum, triticum autem congregate in horreum meum.*

§. III.

EXEMPLO.

Terrible theatro se abriria delante de nuestros ojos, si pudiessemos assomarnos al abysmo infernal, y vèr alli quantos al primer pecado, sorprendidos improvisamente de una muerte repentina, gimen ahora, sin remedio, en las eternas penas. Yo registraiè aqui solamente uno, bastante á llenar de horror á quien tuviere un punto de juicio en la cabeza, y un atomo de zelo de su salvacion. Célebre es en las Historias de San Benito el nombre de Pelagio, cuya vida fue puntualmente como una tragedia, en que primero se ponen las jornadas, y actos alegres, para que despues parezcan mas fu-

funestos, y lamentables los fines. Este, nacido de muy buenos padres, fue criado à los pechos de la devocion, y con la leche del santo temor de Dios. Crecìa en los años, y al passo mismo crecia en sus virtudes: era frequente su assistencia en las Iglesias, devoto en oìr Missas, todo embebido en el cuidado de santas oraciones, hasta que muertos sus padres, se determinò á retirarse del mundo; y vendida su hacienda, para dár el precio á los pobres, se fue á una Ermita à vivir en la tierra una vida del Cielo. Alli, edificada una pequeña Capilla, erigiò un Altar de gran devocion, delante del qual gastaba gran parte del dia en oracion, y meditaciones divinas; de suerte, que esparcida por el contorno la fama, y buen olor de tanta virtud, todos los Paysanos le veneraban por Santo. Embidioso el Demonio de tan piadosos exercicios, se empeñò en perseguirlo, yá con violencias, yà con engaños, è ilusiones, trayendole á la imaginacion torpes pensamientos; pero viendo que los rebatía con viva Fè, con ayunos, y oraciones Pelagio, reforzò la baterìa con un esquadron de representaciones feas, poniendole delante de los ojos acciones immodestas de mugeres
her-

hermosas, quanto livianas, y desahogadas. Què mas? Cansado el Ermitaño de tanta resistencia à los continuos, y molestos assaltos, poco à poco se rindiò, y diò consentimiento en su corazon á un deseo impuro. Apenas huvo caido, quando le sorprendiò una profunda melancolia, que no le dexaba sossegar, y arrojandose en tierra dentro de su Ermita, decia suspirando: O pobre Pelagio! Dònde has caìdo? De el Cielo en el Infierno. Poco há eras hijo de Dios, y ahora esclavo del demonio. Como con un consentimiento has perdido los meritos de toda tu vida? Còmo podrè yà jamás huir de la ira vengadora de Dios? si confiesso este immundo deseo, puede ser que se sepa mi pecado, y de aì perdìda la estimacion, y buen nombre adquirido.

Con esta turbacion de animo saliò á la puerta de la Ermita, desde donde vio passar un Peregrino, que le dixo: Pelagio, por què te dexas avassallar de esta tristeza? Quien sirve á un Dios tan bueno, nunca debe estár melancolico. Si le has ofendido, no sabes que tienes remedio? Haz penitencia, y con esso te restituirás á tu antigua paz. Quedò Pelagio atonito à tan dulces palabras de el

Peregrino, que al punto se desapareciò; y conociendo que este era aviso de un Angel, se resolviò à hacer penitencia de su pecado. Y para mejor cumplir su intento se fuè à un Convento de San Benito, y postrado à los pies del Abad, le pidiò con instancia el Santo Habito, y lo consiguiò luego, por el concepto de santidad, que tenia en aquellos contornos. Alli en la Escuela de las virtudes no se puede explicar con quànta exaccion observaba la Regla, con quànta humildad servia en los ministerios mas abatidos, quàntos eran sus ayunos, con quàn rigorosas disciplinas ensangrentaba sus carnes, y con què asperos silicios vestia, y juntamente atormentaba su cuerpo. Pero todo en vano, porque no tuvo aliento para confessar su pecado. O Dios de las misericordias! Por què no os mueve à compassion esta Ovejuela descarreada? Si algun pecador puede conseguir perdon, quièn mejor le debe alcanzar que este hombre, que sola una vez cayò con solo un pensamiento, à la violencia de tantas tentaciones, despues de tantas victorias ganadas à vuestra gloria? O, muevan vuestra piedad los obsequios de la vida passada, las penitencias, y oraciones de la presen-

sente! Còmo concedeis vuestra gracia eficàz á tantos pecadores, reos de innumerables maldades, y las negais á un Religioso, que solo es culpable en una fragilidad? Tanta verdad es, que son incomprehensibles los juicios de Dios: *Incomprehensibilia sunt judicia ejus.* (Rom. 11.) Aprendamos una vez à temer los juicios de la Divina Justicia. Aprendamos, como un torpe afecto puede obstinarse en un alma sin remedio, y como una delicada, y blanda exhalacion se endurece poco à poco, y se forma aquella durissima piedra, que arroja el rayo. Assi un deseo impuro se levanta en el corazon, y alli se congela de modo, que llega á hacerse una dura, è immobile piedra: *Cor ejus quasi lapis indurabitur.*

Quedòse, pues, Pelagio en su obstinacion, hasta que haviendo enfermado gravemente, y reducido casi al punto de la muerte, se confessò de los otros pecados, callando aquel unico, aunque se sentìa impelido á confessarlo con vehementes inspiraciones de la divina gracia. Recibido despues el Santissimo Viatico, murio pecador en los ojos de Dios, por mas que en estimacion de Santo en los ojos de los hombres Pero, ò horror! La no-

che siguiente, levantandose el Sacristàn, y passando por la Iglesia á tocar á Maytines, reconociò, que el cuerpo de Pelagio estaba descubierto sobre la tierra del sepulcro. Atonito à tal vista, se imaginò, que por descuido, ò yerro no havia sido bien sepultado, y lo enterrò de nuevo, sin hablar palabra del caso. Mas la noche siguiente le sucediò lo mismo, por donde conociò claramente, que la tierra arrojò de sì el cuerpo. Entonces, sorprendido de grande espanto, partiò á dàr cuenta al Abad, el qual, convocados los Monges en la Iglesia, les mandò, que se pusiessen en oracion, suplicando á Dios, que se vendignasse significarles su voluntad, si por ventura era, que aquel su siervo fuesse colocado en sepulcro mas honroso. A un rato, bolviendose al cadaver, dixo en alta voz: O, Pelagio, yà que fuiste tan obediente en vida, yo te requiero, y mando, que me descubras, si Dios quiere que tu cuerpo sea trasladado à mas decente lugar? Aqui el difunto con un espantosissimo suspiro, respondiò: Ay, desventurado de mì, que me hallo condenado en el Infierno à penar mientras Dios fuere Dios! Caì en un torpe deseo, de que nunca hice penitencia verdadera, y ahora

he

he ſido arrojado à las voraces llamas, ſin eſperanza de ſalir jamàs de ellas. Y ſi quereis certificaros de eſta verdad, llegaos acá, acercaos, y regiſtrad mi cuerpo. Acercandoſe el Abad, viò que todo el cuerpo eſtaba encendido como un hierro ardiendo. De que horrorizado, ſe retiraba muy apriſa, quando oyò que le llamaba, y decia: No te auſentes de aqui, Padre, haſta que me hayas quitado eſto que tengo debaxo de la lengua. Acercandoſe de nuevo el Abad, viò que tenia aun en la boca la forma freſca, y entera; que havia recibido por Viatico. Tomòla con la mano temblando, y la hizo poner aparte en lugar decente, para memoria de tan lamentable ſuceſſo. Entonces, con voz mas funeſta, añadiò el difunto: La voluntad de Dios es, que mi exècrable cuerpo no tenga ſepulcro en lugar Sagrado, ſino en un muladar, como una beſtia, haſta que venga à padecer, juntamente con mi alma, eternamente en el Infierno.

No es neceſſario que yo haga ponderaciones ſobre eſte tan terrible juicio de la Divina Juſticia. El por sì predica quán de temer ſon los juicios de Dios: *Quam terribilia ſunt judicia tua, Deus.* Si los fervoroſos obradores de tantas coſas cayeron, què ruina

no pueden temer los floxos, y tibios? Teman los arbolillos flacos, y dèbiles al vèr que caen los robustos cedros del Libano: *Ulula abies, quia cecidit Cedrus.* (Zach. 11.)

¶ Lease à Thomàs de Kempis, lib. 3. cap. 14. cuyo titulo es: *Considerar los ocultos juicios de Dios, para que no nos dexemos llevar de la sobervia.*

LECCION III.

PROCESSO DE LOS PECADOS PROPRIOS.

PAra tomar eficàz resolucion de valerse, y servirse de las cosas del mundo, solamente en quanto ayudan à conseguir el ultimo fin para que fuimos criados, tiene increìble fuerza el considerar, què desordenes se han originado de haver abusado de ellas. Por tanto es utilissimo consejo ponerse tal vez delante de los ojos el processo de su vida cada uno, y recorriendola desde el principio al fin, advertir, y examinar la multitud de sus errores, y la gravedad de sus culpas. Empiecese desde la niñèz. El Angelico Doctor Santo Thomàs enseña, que el hombre luego que llega al uso de la razon, tiene

ne obligacion grave de emplear su primer amor en Dios. Y bien? Los primeros actos de mi niñèz, fueron ofensas, fueron injurias del Criador. Creciendo la edad, fueron tambien creciendo los pecados; porque soltando el freno á los apetitos juveniles, no huvo prado de nocivas flores, por donde no corriesse mi desahogo. Aquellos amigos eran mas de mi cariño, que me llevaban á los placeres. Aquellas diversiones eran mas repetidas, donde de ordinario padece naufragio la honestidad. Què año de mi vida? Què digno año? Què mes? aun mas verdad dirè? Què dia he passado, en que de algun modo no haya quebrantado las Divinas Leyes? Un mal placer gozado no me hartò, antes encendiò mas el apetito de otro peor. La soledad me sirviò para dár secreto desahogo à mis pasiones. El comercio con otros, sirviò para dàr pùblico escandalo à la inocencia de los otros. Si tomo en la mano el Decalogo, apenas hallarè Mandamiento, en que no haya muchas veces ofendido, y ultrajado el honor de Dios, y hecho daño al proximo. Si leo el Cathalogo de los pecados Capitales, quál de ellos no ha sido una semilla fecunda, que ha producido en mì copiosa cosecha de maldi-

ta cizaña? En ſuma, mis pecados han ſido como los eslabones de una cadena, que el uno tira, y atrahe à sì el otro, porque el uno entra en el otro; aſsi mis culpas han eſtado ligadas una con otra, formando eſta horrible cadena, que llega haſta en el infierno á las manos de los demonios, que con ella à toda fuerza me tiran, y pretenden llevar á la eterna eſclavitud.

Si la beneficencia de Dios me mantiene florida la ſalud, enteros, y vivos los ſentidos del cuerpo; de la ſalud me he valido para desfogar mas deſenfrenadamente las paſsiones ſenſuales; de los ſentidos, para recoger mas eſpecies, que irriten la concupiſcencia. Si Dios me diò un entendimiento agudo para aprender, fecundo para diſcurrir, è inventar; no me ha ſervido de otra coſa, que de trazar artificios con que executar mis maldades, y llevar al cabo mis impuros deſignios. Si me diò abundancia de riquezas; de las riquezas he abuſado para gaſtar mas liberalmente; deſperdiciar con mas diſſolucion, y ſeguir mis caprichos con mas deſtemplanza: *Sanitate utimur in libidinem* (dice San Geronymo) *divitias vertimus in luxuriam.* En el miſmo tiempo que Dios con ſuma libe-

beralidad me hizo beneficios, yo le he ofendido; y como si esto fuesse poco, le ofendì con mayor desverguenza, quanto me favoreciò con mayor liberalidad. O, còmo merezco, que me llame el Apostol hombre de pecado, hijo de la perdicion! *Homo peccati, filius perditionis.* (Thessalon. 2. 2.) O! còmo puedo exclamar con el Real Profeta: *Circumdederunt me mala, quorum non est numerus: multiplicatæ sunt iniquitates meæ super capillos capitis mei!* (Psalm. 39.) Las Leyes Civiles mandan, que los que reinciden en los delitos sean castigados sin remission. Los Canones Eclesiasticos declaran ser indignos de clemencia los relapsos en la heregìa. Còmo podrè yo, pues, esperar jamàs piedad de las Divinas Leyes, despues de tantas, y tan frequentes recaidas en los mismos delitos? Especialmente despues de haver tantas veces, sin fruto ninguno de enmienda, engañado à la Divina Bondad, que con excesso de misericordia me ha ofrecido el perdon, y restituìdome á su gracia.

Y si quiero comparar mis innumerables maldades con un solo pecado de Luzbèl, y de Adàn; què horror no me correrà por las venas? Luzbèl, con tantos millares de Ange-

ge-

geles, condenado á un infierno de tormentos por un ſolo afecto de ſobervia : què debo eſperar yo deſpues de tan dilatada ſérie, y multitud de pecados? Adan, por un ſolo acto de deſtemplanza, expueſto con toda ſu poſteridad à un monton de tantas miſerias, é infortunios: què no debo temer yo, ſiendo reo de tantas maldades en todas las eſpecies de culpas? Si comparo mi ingratitud, tanto mayores pareceràn mis delitos, quanto han ſido mayores los beneficios que me ha hecho Dios. Luzbèl, y Adán ofendieron ſolamente à un Dios Criador: yo he injuriado à un Dios tambien Redemptor, deſpues de haverlo viſto ſudar Sangre, padecer crueliſsimos tormentos, morir en una Cruz, por borrar, y cancelar el pecado, por redimir, y librar al pecador. Y eſto no es haver yo ſido tanto peor, que todos los demonios en el pecar, quanto el beneficio de la Redempcion es mayor que el de la Creacion? Fuera de eſto, he pecado, ſabiendo que por mis pecados nuevamente tomaba los martillos, aguzaba los clavos, y de nuevo (ò coſa horroroſa!) yo crucificaba á Jeſu-Chriſto: *Rurſus crucifigentes Filium Dei.* (Hebr. 6.) Ni eſta debe parecer ponderacion

en

en el Apoſtol; pues dice Santo Thomás, que con toda verdad, noſotros con los pecados bolvemos à poner en campaña, quanto baſto para cauſar la crucifixion de Jeſu-Chriſto, que fue la injuria de Dios: *Cum iterum peccas; quantum in te eſt, das occaſionem, ut iterum Chriſtus crucifigatur.* (In vita) Aſsi lo teſtificò el miſmo Salvador à Santa Brigida, quando ſe le apareciò lleno todo de nuevas heridas, y derramando mucha Sangre freſca, y le dixo: Eſtas nuevas heridas me abren con ſus culpas los pecadores. Mas. Yo me he rebelado tantas veces contra Dios, deſpues del ſingular beneficio de los Sacramentos Divinos, eſpecialmente el de ſu Santiſsimo Cuerpo, y precioſiſsima Sangre, inſtituido para ſuſtento, y honra de los Chriſtianos. Y aſsi, atonito el Profeta, ante el miſmo Dios, de tan grande ingratitud ſe quexa: Oìd Cielos, eſcuchad tierra lo que Dios dice: Yo he ſuſtentado, y enſalzado á mis hijos, y ellos me deſpreciaron: *Audite Cœli, & auribus percipe terra, quoniam Dominus locutus eſt: Filios enutrivit, & exaltavi: Ipſi autem ſpreverunt me.* (Iſai. 1.) No es eſto haver ſido peor que los Tigres, y Leones, los quales (como leemos en las Hiſto-

torias) beneficiados de nosotros se amansan, obedecen à nuestro gusto, y no arman sus dientes para despedazarnos, quando nosotros alargamos la mano para darles sustento: *Beneficia etiam feræ sentiunt.* Y assi San Juan Chrysostomo juzgò por mas crueles que las fieras á los hermanos de Joseph, los quales entonces trataron de matarlo, quando èl con socorro de mantenimientos los buscaba para regalarlos. Mucho mas se descubrirà la enormidad de nuestros pecados, si comparamos nuestra vileza con la excelencia de los Angeles, y de Dios.

Còmo una vilissima criatura se atreviò à rebelarse contra el Soberano Rey de la Gloria? Un hombre compuesto de barro, gusano de la tierra, vapor, que en un instante se dissipa, monton de miserias, vaso de inmundicias, postema de passiones corrompidas, ha tenido ossadìa de tomarselas con un todo poderoso Dios? Aun si solamente se huviera atrevido à injuriar á un Angel, ultrajar á un Serafin, hacer guerra à todas las Gerarquias Angelicas, se tendria por un excesso de arrojo, y furor de locura: què será haver ofendido à un Dios inmenso, è infinito, en cuya comparacion los Angeles, y los hom-

hombres ſon como una gota de rocìo, reſpecto de la inmenſidad del Occeano? Mover à indignacion una Mageſtad Divina, de cuya mano eſtà pendiente todos los inſtantes la vida del hombre, y ſu ſalvacion, ò condenacion? Hacerſe enemigo de un Monarca Omnipotente, que tiene ſiempre pronta la eſpada, y empuñados los rayos de la venganza contra ſus enemigos? *Perſequar inimicos meos: Evaginavo gladium meum, & ſagittas meas complebo in eis.* Parece impoſsible aun el imaginarſe, no digo executarſe por un hombre tal ofenſa contra Dios. Ciertamente, aquel barbaro Tumanama, que fue acuſado ante Vaſco Nuñez, Conquiſtador de la India, de haver cometido no sè què delito contra èl, arrojandole á los pies de aquel gran Capitan, y poniendo con buen arte ſobre el puño de la eſpada la mano temblando, diò ſu diſculpa con eſtas voces: ,, Podeis acaſo vos ſoſpechar, que ca-
,, yeſſe en mi imaginacion el ofenderos, ſa-
,, biendo que traheis al lado un arma tan
,, fuerte, que de ſolo un tajo parte por me-
,, dio un hombre? Y eſto, que no parece poſsible que ſe execute contra un poderoſo de la tierra, ſe vè frequentemente uſado contra

tra

tra el Monarca del Universo. Quàntas veces se hacen gravisimos desprecios á Dios, à su vista, à sus ojos, contra su gravisima prohibicion? Aunque sabemos que tiene, no yá en la mano, sino (como dice San Geronymo) en la boca, porque solo con decirlo lo executa aquella terrible espada de dos filos, que con un solo golpe hiere de muerte eterna el alma, y el cuerpo.

Consideremos un poco, quántas ofensas de Dios contiene un pecado solo, y quàntas injurias se hacen á sus divinas perfecciones. Ofendese la Omnipotencia, porque debiendo concurrir con nosotros á todas nuestras obras, la obligamos mal de su grado á concurrir á nuestras acciones pecaminosas, que tanto aborrece, y detesta, usando de su concurso para ultrajarla. Como quien coge la mano del amigo para darle con ella una bofetada. Despreciase la inmensidad; porque estando Dios en todo lugar, en su presencia, á su vista, en sus mismos ojos hay atrevimiento de cometer maldades, que no pueden sufrir sus purisimos ojos. Por lo qual se quexa agriamente: *Ad iracundiam provocant me ante faciem meam.* (Isaiæ 65.) Se desprecia la Justicia, no haciendo caso de sus ame-

amenazas, no temiendo sus castigos, despues de haver visto, y oìdo tantos exemplos de la celestial venganza, y que por un solo pensamiento sobervio se trocaron en negros, y feissimos carbones del Infierno los mas bellos Serafines del Cielo. Deshonrase la misericordia, valiendose de mal fundada esperanza del perdon para pecar con mas desverguenza: porque Dios es piadoso, somos nosotros impìos: encruelecemonos contra Dios, porque Dios se precia de benigno, y manso: y porque no nos arrojò rayos al punto que pecamos, proseguimos con presumpcion á pecar. Finalmente, se ultraja la Divina Bondad, puesto que estando sumamente beneficiados de Dios, mantenidos con su amorosa Providencia, despues de tantas finezas de amor, bolvemos los mismos beneficios de la naturaleza, y los mismos dones de la gracia contra el Señor que nos los diò. O, monstruosidad horribilissima del pecado! O, barbaridad detestable del pecador!

A estas consideraciones extatica Santa Cathalina de Genova, solìa decir: Que si de una parte estuviesse un mar de fuego, y de la otra un pecado mortal, no havria ninguno que conociendo la malicia del pecado, no se arro-

rojasse al punto à nadar en aquellas llamas, sin cuidar de bolver á la ribera, por no estàr cerca de tan horrendo monstruo. O pecado, si fueras bien considerado, quànto serias aborrecido! La Zorra marina no traga jamàs el alimento, sino lo vá mascando poco á poco; mas en sintiendo el anzuelo escondido en el cebo, lo arroja: quando los otros peces, dexandose llevar inconsideradamente de su golosina, al tragar el cebo, que les agrada, quedan al punto presos. Assi sucede à los pecadores, que sin consideracion se tragan sa maldad: *Os impiorum devorat iniquitatem.* (Proverb. 19.) Atrevense á pecar, porque no conocen el pecado.

§. II.

DAÑOS DE LOS PECADOS.

MAS si acaso huviesse un corazon tan vil, que no le moviessen las injurias, que el pecado hace à Dios; muevale à lo menos por los gravissimos daños que el pecador se hace á sì. Reconozca sus llagas, y si no las reconoce, sin duda ha perdido la luz de la razon, no digo yá de la Fè: *Excæca-*

cavit cum malitia ejus. (Prov. 19.) Cegòle su malicia: tema no sea un alma precita, porque entonces es peor el mal, quando le quita al enfermo el conocimiento de su gravedad, y peligros. Recorramos estos daños.

Primeramente, una culpa mortal despoja al pecador de todos los merecimientos de su buena vida; de suerte, que quantas obras virtuosas, christianas, y pías havia hecho, todas son perdìdas. Aunque huviesse vivido cien años en continuos ayunos, y asperezas, como un Pablo, primer Ermitaño; aunque huviesse distribuìdo en limosnas à los pobres immensos tesoros, como una Melania Romana; aunque huviesse convertido un millon de Infieles, como un San Francisco Xavier: *Omnes justitiæ, quas fecerat, non recordabuntur.* (Ezech. 18.) Todas las obras buenas, tantas limosnas repartidas, tantos Rosarios rezados, tantas confessiones, tantos ayunos, tantas Missas, tantas Comuniones, todas quedan sepultadas en tan profundo olvido, que si al pecador le cogiere una muerte repentina, jamás por toda la eternidad gozarà premio alguno del bien passado; sino solo con la rabia de haverlo perdido, padecerá la pena del mal presente.

O ladronicio funeſtiſsimo del pecado! San Baſilio llora ſin ceſſar la pérdida de uno de los quarenta Martyres de Armenia, que deſpues de una vida paſſada en grande obſervancia de las Leyes Divinas; deſpues de haver eſtado encerrado en una horrible Carcel por la Fè; deſpues de herido con baſtones, laſtimada cruelmente la cara con piedras; finalmente, arrojado en un eſtanque de agua helada; deſpues de tantos martyrios, yá que el Angel eſtaba con la corona prompta en la mano para ponerſela en la cabeza, y con la palma que darle en la mano, él al ultimo tormento prevaricò, y ſe rindiò; y por ſeñal de que negaba la Fè, ſe ſaliò del hielo, y queriendo entrar en un baño caliente para recobrarſe, perdiò infelizmente la vida temporal, y la eterna. O lamentable ruina, (exclama San Baſilio) vèr allà en el Infierno arder las heridas, y cicatrices padecidas por Chriſto! Ahora nos laſtìma, y compadece un ſuceſſo tan infelìz? Pues empleemos la compaſsion en noſotros, que cometiendo un pecado, hacemos igualmente miſerable pérdida; sì bien eſtamos tan ciegos, que no advertimos lo mucho que perdemos. Somos como aquellos jugadores, que

juegan los vales, y polizas de cambio, que como no vèn lo que pierden, juegan alegremente. Alguna vez lo verèmos: y plegue à Dios, que al morir no digamos como el infelìz Enrique VIII. de Inglaterra: *Omnia perdidimus*: todo lo hemos perdido. Lo peor de tan gran pérdida es, quedar el pecador privado de la gracia de Dios, theſoro ineſtimable, perla tan precioſa, que la Sabidurìa encarnada diò por bien empleada ſu Vida, bien derramada ſu Sangre por comprarla. Quereis vèr (dice el Chryſologo) quan gran bien es la gracia, y quan terrible mal ſea ſu pérdida? *Quod anima eſt corpori, hoc gratia eſt animæ. Recedente anima mox corpori corruptio, putredo, vermis ſuccedit. Recedente Dei gratia, venit in animam corruptio criminum, vitiorum putredo, conſcientiæ vermis.* (Serm. 5.) Quitada el alma del cuerpo, otra coſa no queda en èl, que corrupcion, podredumbre, y guſanos. De la miſma ſuerte, quitada á un alma la gracia, queda inficionada con vicios, llena de llagas, y remordimientos en la conciencia, abominable por el mal olor de la culpa. Vès aì que gran theſoro, què precioſa joya roba al alma el pecado: mira de què deſforme fealdad, de què deteſtable poſtema la llena.

Santa Cathalina de Sena, viendo una vez la excelente hermosura de una alma en gracia, quedò arrebatada de tan grande admiracion, que si no la detuviera la Fè, la huviera adorado por Dios. Al contrario, mirando en otra ocasion un Demonio privado de essa misma gracia, quedô tan horrorizada de su fealdad, que por no bolverlo á vèr, protestaba, que antes escogeria andar hasta el dia del Juicio descalza por un camino sembrado de carbones encendidos. Y si una sola mancha de pecado puesta en un Angel, trueca su inefable belleza en horrible fealdad, y convierte en un monstruo del Infierno à un Serafin del Cielo; què haràn en un hombre tantos, y mas graves, y mas feos pecados, qualquiera de los quales era bastante para hacer un Demonio? Y asi los mios, que son tantos, y tales, bastarian á hacer un Infierno de Demonios.

Con perder la gracia, se pierde tambien la filiacion de Dios, y la herencia del Cielo. Antes de caer en pecados nos ama Dios, no solamente como amigos estrechos, sino como á hijos queridos, y con un amor verdaderamente de Padre, como lo testifica San Juan: *Videte qualem charitatem dedit nobis*

Pa-

Pater, ut filii Dei nominemur, & simus. Quàn immenso, è indecible afecto nos ha mostrado el Padre Celestial en concedernos que nos llamemos sus hijos, y que en efecto lo seamos por el beneficio de su gracia. Mas de esta alta dignidad, y elevado privilegio caemos por el pecado. Ni Dios, desde que pecamos gravemente, nos tiene por sus hijos, ni por sus amigos, ni aun por sus criados; antes claramente protesta aborrecernos como à enemigos, perseguirnos como à rebeldes, y condenarnos como à parricidas. Y si hemos perdido todo titulo, y derecho á la herencia del Cielo, quedamos incapaces de gozar la Bienaventuranza, para que fuimos criados, y de posseer el Reyno, que nos tenia preparado nuestro Eterno Padre. Puedese imaginar ruina mas digna de lagrimas! El desgraciado Esaù, quando se viò privado no mas que de la Progenitura, trasladada á Jacob con la bendicion paterna, quedò sorprendido de tan gran sentimiento, que por toda la campaña empezò à bramar qual si fuesse un leon atravessado con una saeta: *Auditis Esau sermonibus Patris irrugiit clamore magno consternatus.* (Genes. 27.) Què melancolìas, què sentimien-

tos, què gritos no debería dár el pecador, viendo que ha perdido la filiacion de Dios, la herencia de su Reyno dichoso, y eterno! Y haverlo perdido por un mero capricho, por un placer momentaneo, por una nada! Lo qual aumenta incomparablemente la gravedad de la culpa; que aun si se hiciesse el pecado por salvar la vida, por no perder la honra, por adquirir algun Reyno, todavia sería un grande excesso el perder à Dios, y su infinita Bienaventuranza. Què excesso, pues, serà arrojar la gracia de Dios, perder la herencia del Cielo por un gusto vilissimo, que muchas veces no valdría un sueldo: por un deleyte brevissimo, que en un punto empieza, y acaba? Esto, no es ser peor que Judas, que vendiò à Christo por treinta dineros? Què justamente se quexa Dios por Ezequièl! *Violabant me propter pugillum hordei, & fragmen panis.* Ofender á un Dios por un puñado de cebada, y un pedazo de pan! Posponer la infinita Magestad de Dios à un vilissimo apetito de una miserable criatura! Caligula, pidiendole una accion injusta con la oferta de docientos talentos, (que eran muchos miliares de escudos de oro) enojado todo contra el Men-

ſagero, y mucho mas contra el Emperador, porque havia creìdo apartarlo de la juſticia por tan poco precio, reſpondiò con eſpiritu generoſo: Si el Emperador queria hacer prueba de mi reſolucion, debia haverme ofrecido todo el Imperio: *Si Cæſar me tentare conſtituerat, toto ei eram experiendus Imperio.* (Senec. 7. de Benef. 13.)

Perdida la filiacion de Dios, què otra coſa le queda al pecador, ſino ſer eſclavo de Satanás? Aſsi lo declara la Eterna Verdad á los pecadores: *Vos ex Patre diabolo eſtis.* Haveis venido à ſer hijos del Demonio por ſu culpa: os haveis vendido por eſclavos, ſujetandoos á la tyranìa del cruelisſimo Principe de los abyſmos: *Unuſquiſque peccando animam ſuam vendit diabolo, accepto pretio temporalis voluptatis.* (In Epiſt. ad Rom.) Aſsi lo confirma San Aguſtin: Decidme, ſi ſupierais, que en pecando, ſe os havia de entrar el Demonio en el cuerpo, tendriais aliento jamás de conſentir en el pecado? Pues còmo os atreveis à cometerlo, creyendo infaliblemente, que al punto toma abſoluta poſſeſsion de vueſtra alma el Demonio? Conſiderad un poco, què deſconciertos, què locuras, què violencias no obra en el cuer-

po de un energumeno el Demonio; y tened por cierto, que mucho peores estragos, sin comparacion, hace en el alma de un pecador; la estrecha en durissima esclavitud, con tantas cadenas, quantos son los pecados cometidos: *Funibus peccatorum suorum constringitur impius.* Y con todo esso puede vivir seguro, dormir quieto, recrearse alegre, estando debaxo del yugo, y manos de un tyrano, que de dia, y de noche no maquína mas que violencias, y assechanzas, para oprimirlo, para arrojarlo al precipicio, para executar en èl el ultimo, y mas irremediable rigor!

O! abra una vez el pecador los ojos para reconocer su deplorable estado: registre, y pese con justo peso el pecado, mirelo con ojos limpios: no sea como Neròn que miraba las heridas, y muertes de los Gladiatores por unos antojos de esmeralda preciosa, que le hacia vèr como deleytables jardines las mas horrorosas crueldades. (Plin. lib. 37. cap. 5.) Assi el pecador no mire yá sus culpas por el antojo del placer que recibe, donde las aprehende como agradables como un juego: *Quasi per risum operatur scelus.* (Proverb. 10.) Mirelas como ruina de todo su bien, como causa muy vecina de su condena-

nacion eterna. Haga reflexion, que luego al punto que se cometiò el pecado, fulminò contra el pecador el Supremo Juez la sentencia de eterna muerte. Yá el Infierno ha abierto la boca, y ensanchado sus fauces para tragarselo: *Dilatavit Infernus os suum.* Yà lo aguardan con impaciencia sus furias, y encendidas lo esperan sus llamas. Yà estàn atendiendo, que se le resvale aquel unico pie, que tiene al canto del precipicio. Fuera de esto, la cadena, que lo ha de arrastrar al suplicio, està en manos del infernal verdugo. Yà está cargado sobre la espalda del alma pecadora un gravissimo peso, que la oprimirá tanto, que si la misericordia de Dios antes de la muerte no se lo quita, luego que espire la precipitarà *in locum tormentorum*, al lugar de los tormentos, como á centro proprio de su gravedad.

Despues de haver considerado quan gran mal es el pecado, con què horribles penas fue condenado en el Angel, con què grave injuria ultraja á un Dios Todo Poderoso, con què nuevos tormentos crucifica al Redemptor, què gravissimos daños acarrea al hombre; bolved un poco los ojos sobre vos mismo, y repassad quantos, y quan enor-

enormes ſon los que haveis cometido. Cierto es, que à eſta viſta quedareis juſtamente aſſombrado, y encogido, penſando còmo todas las criaturas han ſufrido tanto tiempo un tan deteſtable monſtruo; còmo el Cielo no os ha abraſado con ſus rayos; como la tierra no ſe ha abierto en bocas horrorosas para tragaros, como en otro tiempo ſe tragò à Corè, y los demàs rebelados contra Aaròn; còmo el fuego no os ha buelto en cenizas con ſus llamas; còmo el ayre no os ha arrebatado con ſus tempeſtades; còmo todas las criaturas, aſsi ſenſitivas, como inſenſibles, no han tomado à ſu cuenta la venganza de tantas injurias hechas á ſu Criador. Con razon podeis decir: *Miſericordiæ, Domini, quia non ſumus conſumpti.* (Thren. 3.) Ha ſido privilegio eſpecial de la Divina Miſericordia haver querido eſperar, que haga penitencia, haviendo uſado del rigor de ſu juſticia con tantos otros, que le havian irritado aun menos que yo.

Ha ſido un prodigio de amor el que ha detenido el impetu de la juſtiſsima indignacion de Dios, pues con mucha mas razon lo llamaba à la venganza contra mis atrevimientos. Què agradecimiento, pues, no debo

bo (ò Clementissimo Dios !) á vuestra infinita misericordia,que conmigo haveis usado? Què suspiros , què lagrimas no debo derramar por las injurias que he hecho á tan buen Padre? Ojalá le pudiesse yo amar tanto en lo venidero , quanto le he ofendido en lo passado ! Ciertamente yo procurarè conservar siempre en mi corazon un odio , un horror implacable , una immortal enemistad contra el pecado, hasta protestar con San Anselmo : ,, Que si por un lado viesse abierto ,, el Infierno , y por otro me viniesse à encontrar un pecado , escogería primero arrojarme à arder en las llamas del abysmo, ,, que mancharme con el pecado ; primero ,, las penas eternas con inocencia , y sin culpa , que la estancia del Cielo con pecado: *Malem innocens gehennam intrare , quam peccator in Cœlum ascendere.*

§. III.

EXEMPLOS.

De la deformidad de la culpa venial se infiere la fealdad de la culpa mortal, al modo que (segun el adagio) de una

uña

uña se puede colegir la grandeza de un Leon. Doña Sancha Carrillo, Dama de Honor de la Emperatrìz Doña Isabèl, vivia en la flor de sus años entregada del todo à la vanidad, á diversiones, y festines: quando Dios, que la queria convertir á mejor camino, le inspirò que fuesse à confessarse con el M. Juan de Avila, Apostol del Andalucía; el qual, despues de haverla oído con gran caridad, viendola perfumada de fragrantes olores, y vestida de ricas galas, tuvo aliento para decirla: „Señora, estos olo„res huelen à Infierno: estas vanissimas ga„las son cadenas, que os arrastran el alma. Quedò atonita á estas palabras Doña Sancha, y tocada interiormente de la gracia de el Espiritu Santo, apenas bolviò à su casa, quando se encerrò en un aposento retirado, donde al pie de un Crucifixo, con abundantes, y tiernas lagrimas lavò los afeytes del rostro, arrojò de sì toda gala, se cortò el cabello, cubriò la cabeza con una toca basta, y vestida de una saya negra, se puso delante de sus padres para pedirles licencia de retirarse á una casilla cercana á su Palacio, y alli hacer penitencia de sus pecados. Conseguida, aunque de mala gana, empezò

una

una nueva vida, toda empleada en oraciones, y ayunos, cubierta siempre de un aspero silicio, y castigandose todos los dias con rigurosas disciplinas; y quando queria sossegar la hambre, recogia las cascaras de naranjas, que sus criados arrojaban al corral. Padeciò grandes tentaciones del Demonio; pero recibiò mayores consuelos de los Angeles, y de su Esposo Jesu-Christo, que muchas veces la favorecía con su presencia.

Pero lo que mas hace à nuestro proposito, despues de haver passado algunos años esta rigorosissima, y virtuosissima vida, rogò al Señor que se dignasse de que viesse su propria alma, para que reconociendo mejor la fealdad de sus culpas, le moviesse siempre mas á detestarlas, y llorarlas, quando una tarde, estando en su sala, abierta la puerta, vio de repente passar á su vista un Ermitaño, todo vestido de blanco, y de modestissimo aspecto. Quedò assombrada al vèr tal persona, en tal lugar, y trage tan fuera de tiempo; pero recobrandose, y tomando aliento, le preguntò: Padre, què buscais à esta hora? Respondiò: *Levantad un poco este Manto, y lo vereis.* Obedeciò ella, y vien-

viendo debaxo del Manto del Ermitaño una niña muy pequeña, muy fea, enfermiza, y flaca, llena la cara de sucias moscas, que le movian, è inquietaban el estomago, preguntò otra vez, què significaba aquella representacion? Entonces añadiò el Ermitaño: *No te acuerdas quando suplicaste al Señor instantemente, que te dexasse vèr un rato tu propria alma? Vèsla aì, mirate en esse retrato: assi puntualmente està tu alma, como vès esta feissima chuuela*; y dicho esto, desapareciò la vision.

Quàn aturdida, y congoxada quedasse à este espectaculo Doña Sancha dexo à vuestra consideracion. Cierto es, que llegò á decir, que parecia haversele descoyuntado los huessos de dolor. Passò toda aquella noche combatida de pensamientos temerosos, como si huviera estado à la boca del Infierno. Eran otras tantas saetas á su corazon la fealdad, las manchas, la flaqueza de la niña, que havia visto; y considerandola como un retrato suyo, temìa grandemente del estado de su alma, y de su salvacion. Aquella cara llena de sucios, y asquerosos animalejos redoblaban su amargura, pareciendole que estaba muerta, y que aquellas eran llagas antiguas: y assi, gimiendo, arrojaba al Cie-

lo profundos ſuſpiros, pidiendo á Dios miſericordia. Apenas amaneciò el dia, quando fue á buſcar à ſu Confeſſor, à darle claramente cuenta de lo ſucedido, y pedirle con amargas lagrimas, que le explicaſſe mejor la viſion, y le deſcubrieſſe, ſi aquellos immundos animalillos ſignificaban pecados mortales. El Confeſſor, que era hombre de excelente doctrina, y ſantidad, pidiò un poco de tiempo para encomendar à Dios la reſolucion de eſta duda, y deſpues le diò eſta clara reſpueſta: ,, Señora, no teneis que afligiros demaſiado, ſino dad muchas gracias ,, á Dios, porque la flaqueza, y fealdad, que ,, regiſtraſteis en el retrato de vueſtra alma, ,, ſon efectos de culpas veniales, que man- ,, chan, à la verdad, el alma, pero no la corrompen; debilitan, y entibian la caridad, ,, pero no la apagan; ſon aſquerosas moſcas, ,, que inficionan, mas no venenoſas ſierpes, ,, que matan; pues ſi fueran pecados mortales, la niña ſe huviera viſto muerta, pálida, y podrida.

Con eſta reſpueſta reſpirò algo Doña Sancha, pero no enjugò tan preſto las lagrimas. Proſiguiò en una vida llena de rigores: macerò ſiempre con aſperas penitencias ſu deli-

licado cuerpo: las noches, ò velaba en oracion, ò tomaba un ſueño atormentado ſobre una dura tabla: ſu camiſa era un aſpero ſilicio, que le cogia deſde el cuello á los pies, con una cinta de eſcardadera, tan eſtrecha, que las puntas ſe le entraban por la carne; de ſuerte, que quando deſpues de muerta la quiſieron enterrar, le hallaron todo ſu cuerpo traſpaſſado, y lleno de llagas.

Ahora, què deben decir, y què deben hacer los que ſe hallan reos de muchos, y graves pecados mortales? Si los veniales ponen tan fea, tan flaca, tan llena de miſerias el alma de las ſiervas de Dios, quáles eſtarán las almas de los grandes pecadores, enemigos de Dios, llenos de tantas maldades? Si eſta Señora llorò tan amarga, y continuamente, y multiplicò contra sì miſma tantas aſperezas por defectos ligeros, què ſerà razon que hagan los que han paſſado una vida anegada en graviſsimos pecados?

¶ Leaſe á Thomás de Kempis lib. 1. c. 21. cuyo titulo es: *De la compuncion del corazon.*

LECCION IV.

DEL PUNTO INEVITABLE DE LA MUERTE.

PAra arreglar bien la vida, y dirigir ſabiamente todas las coſas al ultimo fin, no hay por ventura mejor Conſejero, que la muerte: aconſejarſe con ella, es mirar, què quiſieramos haver hecho à la hora de la muerte, y es maxima del Sabio: *O mors, bonum eſt judicium tuum!* (Eccleſ. 41.) Los juicios, que la muerte nos pone en la cabeza, ſon rectiſsimos. Aun Platòn decia, que la verdadera Philoſophia es la meditacion de la muerte. Quièn quiſiere aborrecer ſeriamente al pecado, haga atenta reflexion ſobre la muerte. Adàn no conociò mas vivamente el pecado, que havia cometido, que quando delante de ſus ojos viò muerto á ſu hijo Abèl. Entonces fue quando en aquel roſtro deſangrado, en aquellas luces de los ojos apagadas, en aquellos helados miembros leyò, y entendio, como eſcrita con grandes, y vivas letras, la ſentencia, tanto antes fulminada contra èl por ſu culpa: *Morte morieris.* Quien quiſiere guardar bien la Ley

de Dios, aprenda de la muerte su observancia. Quál es el Mandamiento mas arduo? Sin duda el que manda perdonar á los enemigos, querer bien à quien nos quiere mal. Mas si pone el pensamiento en el polvo del sepulcro, èl harà, que à quien nos dá una bofetada, bolvamos la otra mexilla, segun el aviso del Evangelio: *Præbe illi, & alteram.* Assi lo enseña agudamente Jeremías: *Ponet in pulvere* (ò como lee San Ambrosio *in Sepultura*) *os suum, & dabit percutienti se maxillam.* (Thren. 3. cap. 6.) Pongamos, pues, delante de los ojos la muerte, qual la hemos visto con su horroroso semblante, yá en nuestro padre moribundo, yá en el hermano, yá en el amigo.

Què cosa es muerte? *Mors* (dice Aristoteles) *omnium terribilium terribilissimum.* La cosa mas terrible entre todas quantas terribles hay. Terrible al cuerpo por los atrocissimos dolores que le causa, por la respiracion apresurada, por la rebolacion de las entrañas. Los ojos turbados destilan las ultimas lagrimas; los labios torcidos, y encendidos en rabiosa sed; el pecho levantado, y ahogandose con molestissimo catarro; los miembros todos abrasados de ardientes

ca-

calenturas, y al mismo tiempo temblando por la cercanía de la ultima respiracion. Terrible al alma por la amargura de lo que dexa, y el temor de lo que le aguarda, no sabiendo si ha de ir á parar al Cielo, ò al Infierno. Si se echasse el dado sobre si un hombre havia de ser llevado á la horca, ò elevado al Trono Real, con què palpitacion, y susto del corazon esperaría el punto de su suerte? Pues quàl serà el estado de un alma, que agoniza, aguardando dentro de pocos momentos la sentencia, que se fulminará de su salvacion, ò de su condenacion, luchando entretanto con toda la eternidad, que le ha de seguir? Què horror no causò la terrible muerte del Rey Antioco en todo su Exercito, quando lo vieron en el Pabellòn Real, tendido en una cama de Purpura, pálido, deshecho, y todo mudado feamente el rostro, hundidos los ojos, la narìz afilada, con unas ansias de vomitar intolerables, que le hacian arrojar las entrañas? Hecho, vivo aùn, un manantial de gusanos, que le comian, y le roìan las carnes, y antes de espirar reducido á ser un hediondo cadaver, exhalando tan mal olor. que ninguno podia parar cerca de èl. (2. Machab. 9.) En el alma

congojado por las maldades, que havia cometido, y se repetìa la memoria, horrorizado por la aprehension de los castigos, que merecia, con un gusano en la conciencia, que le desquartizaba el alma, mucho mas sensiblemente, que los otros le comian el cuerpo: obligado al fin, sin que ninguno le assistiesse, con horrible desesperacion, à arrojar su infelicissimo espiritu. Pero què digo de un Rey impìo? Si un San Hilarion, llegado al punto de la muerte, temblaba, y lleno de horror, se decia à sì mismo: Sal yà, alma mia, sal del cuerpo: setenta años has servido à Christo, y ahora temes? Què horror, pues, què espanto serà el de un pecador, que no podrà decir otro tanto; antes por ventura dira, que ha ofendido á Dios otros tantos años, uno treinta, otro cinquenta, y aun setenta?

Què es muerte? *Finis universorum, & dies perditionis*, dice el Profeta Job. El fin de todas las cosas terrenas, el dia de la gran pérdida de todos los bienes de la vida, pues la muerte es una separacion de todas las cosas de este mundo, en que se dexan las riquezas, las dignidades, los placeres, los padres, y parientes, los amigos, la casa, sin esperanza

de

de bolverlos á vèr, y hasta el cuerpo mismo, fiel compañero del alma, se dexa. O què cosa tan amarga serà para el moribundo haver de perder en un punto aquellas riquezas, que tantas fatigas, y tantos sudores costaron para juntarse! El P. Barry, célebre Escritor de la Compañia de Jesus, assistiò à la muerte de un Prelado Francès, que llegando al extremo de la vida, tuvo tan gran pesar, y tristeza de dexar sus alhajas, que eran riquissimas, que hizo traher al rededor de la cama los vasos, y baxilla de plata, y oro, los vestidos preciosos, los escritorios dorados hermosissimos; y mirandolo todo con los ojos llenos de lagrimas, y tomandolo en las manos, que yà le temblaban, suspirando clamaba: O riquezas mias! O joyas mias! A què manos passareis? O infelíz de mì, que tanto he trabajado por adquirirlas! *Et quæ paravi, cujus erunt.* Y entre estas quexas lastimosas despidiò su afligidissima alma. Veis aì la miseria de las cosas temporales, y el dolor irreparable que trahen à quien se dexa posseer, y dominar del afecto demasiado de tenerlas. Què mayor vanidad, que no poder aprovecharnos de ellas en la mayor necessidad? Y què mayor daño, que ser

perjudiciales al alma, quando yá no pueden servir de nada al cuerpo? Mas, ò què dolor, haver de abandonar los parientes, que quizá por enriquecerlos, se havràn quebrantado las Divinas, y Humanas Leyes! Haver de apartarse de los amigos, á quien por dár gusto, por ventura no se havrà reparado en desagradar, y ofender á Dios! *Siccine separat amara mors*, decia aquel Padre de Familias moribundo, teniendo al contorno de la cama una numerosa corona de hijos. Ay, hijos mios queridos, que nos hemos de apartar, y yá no nos hemos de bolvèr à vèr! Y este suspiro le acelerò la muerte. Entonces se verá què son los placeres, las honras, y las dignidades, aunque sean de Reyes; y se dirà con Phelipe III. Rey de España: *Nihil confert Regem esse, nisi quod in morte cruciat Regem fuisse.* De nada sirve el ser Rey, sino para atormentar en la muerte haverlo sido. O muerte, maestra de desengaños, quan claramente nos harás vèr la vanidad de las cosas terrenas à la luz de aquella vela, que se pone en las manos de los que están agonizando! Entonces los hombres del mundo en el sueño de la muerte abriràn los ojos, para vèr la vileza de los bienes terrenos,

nos, como los ciegos topos, ſumergidos totalmente en la tierra, que ſolamente al morir abren los ojos: *Dives cum dormierit, aperiet oculos ſuos, & nihil inveniet*, dice el Sapientiſsimo Job. (Job 27. 19.) Y por què aguarda à abrirlos entonces, y no los abre ahora, para vèr la miſeria de los bienes mundanos, y apartar de ellos el afecto con fruto, ſin aguardar á que ſe los quiten de la mano por fuerza?

Bolvamos á preguntar, què es muerte? *Colluctatio adverſus Principes tenebrarum.* Por hablar con los terminos de San Pablo: Es una lucha, y combate con los Demonios, Principes de las Tinieblas; pues ſabiendo el Demonio, que eſta es la ultima batalla campal, en que puede rendir el alma, y que de eſte punto depende la total conquiſta de tal preſa, que con tanto empeño ha pretendido ganar toda ſu vida, emplea los ultimos, y mayores esfuerzos por robarla; *Deſcendit ad vos diabolus habens iram magnam*, como advirtiò San Juan. (Apocal. 12.) Mirad que Satanàs viene contra voſotros con un enojo terrible. Y de què nace furor tan extraño? Porque ſabe, que le queda yà poco tiempo para pelear, y vencer: *Sciens, quia* mo-

modicum tempus habet. Sabe, que si ahora os escapais de sus garras, no tendrà jamás tiempo de bolver á rendiros; y que si ahora gana, nunca podrà tener miedo de perderos. Ahora, si el Demonio siempre, como rabioso Leon, anda en continua caza del alma para tragarsela: *Tamquam leo rugiens circuit, quæ ens quem devoret*; còmo entonces os acometerà malicioso! Còmo convocarà todas sus furias al rededor de vuestra cama á batalla, la mas atròz á que jamàs le haya incitado su rabia! Es opinion famosa de San Agustin, que ninguno muere, sin vèr á ojos abiertos el horrible semblante del Monstruo infernal, que se acerca à espantarlo, ò à tentarlo. Al Santo Conde Elceario, que havia conservado su virginidad, juntamente con su esposa Delfina, al punto de la muerte le diò en cara el Demonio algunas culpas, y le moviò tan fiera guerra, que lo reduxo à gravissima congoja, turbandole horriblemente el rostro, y haciendole gritar: Grande es el poder de los Demonios: *Magna est dæmonum vis.* (Surius, 27. Sept.) Sì bien despues se sossegò, y depuso todo el temor con la consideracion de la Passion de Jesu-Christo.

Mas:

Mas: à la Virgen Santa Aldegunda, à lo ultimo de la vida, aparecio Satanás con terribilissimo semblante, amenazandola, que la haria faltar á la Fè de su Celestial Esposo, y condenarse. (Boland. 30 Jan.) Pues si á los Santos de vida perfecta levanta el Demonio tan cruda guerra, què deben esperar los pecadores, quando podrá zaherirles, y darles en rostro con tantas injusticias, y torpezas? Tendrà mucho trabajo en ponerles à la vista la série, y catalogo de sus pecados, por traherlos á desesperacion, y hacerles creer, que yá estàn condenados sin remedio? Le serà muy dificil precipitarlos en algun nuevo consentimiento, quando están yá tan acostumbrados á consentir à la primera entrada de la tentacion? Havrà menester grande astucia para ponerles en la cabeza alguna duda contra la Fè, y hacerles dudar sobre la creencia de algun Mysterio, quando ellos han vivido en la Ley de Dios? Sì; pero como si en ellos estuviesse muerta la Fè Divina. Còmo, pues, podrá el pecador resistir à tantos assaltos? Acaso esperará un socorro especialissimo de la gracia Divina? Mas como lo ha merecido, haviendo tantas veces abusado de la Divina Misericordia?

Vea

Vea si despues de una vida rebelde á Dios, será digno de una muerte favorecida con las mas singulares gracias de Dios : *O anima mea!* (decia temblando San Bernardo) *cum in morte, dimissis omnibus, teterrima illa monstra videbis, quis tibi in die tanta necessitatis succurret? Quis tuebitur à rugientibus praeparatis ad escam?* O alma mia! quando, dexadas todas las cosas en la muerte, veas aquellos feissimos monstruos, quièn te socorrerà en tan grande aprieto? Quièn te defenderá de los Leones, prevenidos para despedazarte, y tragarte?

Digamos finalmente què es muerte? *Momentum, à quo pendet aeternitas*, dice San Agustin : un instante, de que depende la eternidad: un momento, ultimo de la vida perecedera, y primero de la que ha de durar eternamente. O momento decisivo, ò de una eterna gloria en el Cielo, ò de una eterna pena en el Infierno; quànto deberiais estàr continuamente fixo en nuestra memoria! Este es el punto en que se corta el arbol de la vida, el qual de la vanda que cayere, ò sea del Austro benigno, ò del Aquilón riguroso, en ella estarà interminablemente. Si cae al Oriente de la gracia, esta-

rá ſiempre feliz : ſi al Ocaſo del pecado, ſerà ſiempre miſerable. Tres coſas me llenan de horror las entrañas (decia el Santo Abad Elías, deſpues de haver vivido cerca de ochenta años en aſpera penitencia): *Tria timeo ; Egreſsionem animæ e corpore , ſeveritatem examinis , ſententiam Judicis.* Temo la ſeparacion del alma, y el cuerpo , la ſeveridad del examen de mis obras, la ſentencia difinitiva del Juez, que ha de decretar, ò una eterna vida, ò una eterna muerte; y eſtas tres coſas todas ſe han de executar en aquel inſtante. En un inſtante he de morir , ſin eſperanza de corregir en ſegunda muerte los errores de la primera. En el miſmo inſtante he de ſer preſentado al Tribunal de un Juez inexorable, que no vendrà yà como Cordero manſo á quitar los pecados, ſino como fiero Leon à caſtigarlos con todo rigor. En eſſe inſtante he de oìr la ſentencia irrevocable, ò de Reyno , ò de eſclavitud; ò de Paraìſo, ò de Infierno ; y no por un ſiglo, ò muchos, ſino por una eternidad ſin fin. Eſta es una puente eſtrechiſſima ſobre un mar profundiſsimo : *ſuper puteum abyſsi* ; y es preciſo paſſarla à obſcuras, y ſin arrimo. Ay de aquel á quien

ſe le anda la cabeza, ò ſe le resbala un piè, porque la caìda es irremediable!

Mas què poco ſe pienſa en eſte tan eſpantable momento, en cuya conſideracion, y prevencion ſe debian juſtamente emplear todos los momentos de la vida! Todo el tiempo ſe gaſta en intereſſes mundanos, en placeres, en pecados, con aquella necia confianza de poder ajuſtar las cuentas del alma en el fin de la vida, quando oprimidos de la ultima enfermedad, ahogado el corazon, y entendimiento con la fuerza de los dolores, apenas tendrèmos aliento para penſar en Dios. Tiembien los pecadores al oìr lo que eſtando para morir dixo San Geronymo, hombre, que demàs de ſu gran doctrina, tuvo gran conocimiento, y experiencia del mundo. Tenia eſte grande Oraculo de la Igleſia tanto aliento, que podia, aunque con alguna fatiga, hablar, quando (como eſcriviò deſpues á San Damaſo ſu diſcipulo Euſebio) concluyò con eſta gran proteſta ſu doctrina: *Hoc timeo, hoc verum puto, hoc multiplici experientia dedici, quod eâ non bonus eſt finis, cui mala ſemper vita fuit.* Eſto temo, eſto juzgo ſer verdad, eſto me ha enſeñado una larga, y repetida experiencia,

cia, que no tiene buena muerte, quien ſiempre tuvo mala vida.

§. II.

INCERTIDUMBRE DE LA MUERTE.

QUan cierto es que hemos de morir, tan incierta es la hora, y el modo, el quàndo, y el còmo hemos de morir. Ni yo à vos, ni vos à mì ſabrèmos decir ſi morirèmos eſte año, ò el que viene; ſi de muerte natural, ò violenta; ſi en nueſtra cama, ò en la calle: ſolo ſabemos, que hemos de morir preſto, de improviſo, quando no lo penſemos: *Qua hora non putatis*. Por eſſo Dios, con alto conſejo, ha diſpueſto, que eſta verdad de la vida breve, y de la muerte improviſa, ſe vieſſe en los mayores Monarcas del mundo. El Padre Mendoza (*in lib.* 1. *cap.* 4.) en ſus Comentarios ſobre los Reyes, repara, que la mayor parte de los Sumos Pontifices han vivido breviſsimo tiempo, y han muerto caſi de repente. Quarenta y dos Papas han vivido menos de un año en el Trono: veinte y tres aun no han cumplido ſeis meſes: y trece aun no han gozado un

mes

mes la Suprema Dignidad. Y á què fin dispensa Dios tan breve vida á su Vicario en la tierra? Oìd la respuesta de San Pedro Damiano à Alexandro II. *Idcirco hoc judicii cœlestis ordo disposuit, ut humano generi metum mortis incutiat, & quàm despicienda sit mortalis vitæ gloria, in ipso gloriæ Principatu ostendat.* (Epistol. 17.) Para acordar al mundo la cercanìa de la muerte, y la vanidad de las glorias mundanas; porque el Papa en la tierra es como el Sol en el Cielo, que quando se eclypsa, todos lo miran, y saben, pues sus tinieblas dàn luego la noticia à todo el mundo. Assi Christo, zelosissimo de nuestra salvacion, nos advierte, con innumerables avisos, que estèmos alerta, que la muerte corre trás nosotros à cogernos descuidados. Por ventura no hallareis Articulo de Fè tantas veces repetido en todos quatro Evangelios. San Matheo clama: *Vigilate, quia nescitis diem, neque horam.* Estad en vela, porque no sabeis el dia, ni la hora de la muerte. San Marcos repite: *Vigilate nescitis enim, quando Dominus veniet, an serò, an media nocte, an manè.* Velad, porque no sabeis quando el Señor vendrá à llamaros, si por la tarde, ò de no-

noche, ò à la mañana; ſi al amanecer de la juventud, ò al medio dia de la edad robuſta, ò á la tarde de la vejèz. En San Lucas leemos: *Eſtote parati, quia qua hora non putatis, filius hominis veniet.* Eſtad promptos, y diſpueſtos, porque quando menos lo eſpereis, ſereis citados del Juez. Finalmente San Juan nos renueva el aviſo en nombre del Señor: *Veniam ad te, tanquam fur, & neſcis, qua hora veniam*: vendrè á tu caſa como ladron, y no ſabes en què hora vendrè. Y deſpues de tantas repeticiones de una verdad tan clara, deſpues de un Articulo de Fè tan inculcado, aun no ſabemos perſuadirnos á creerlo bien. Nos prometemos que la muerte eſtá lexos, que ſe acerca á paſſos muy lentos, que vendrà quando la hayamos viſto, y prevenido, no de repente, ni con violencia, ſino con mucha ſuavidad, embiando delante un Alguacil, y Notario, que nos intíme: *Diſpone domui tuæ, quia morieris*: Diſpon tus coſas, y tu alma, que has de morir luego. En una palabra, nos creemos todo lo contrario de lo que enſeña la Eterna Verdad. Y no es eſta una como heregìa, y no creer un Articulo confirmado en los quatro Evangelios?

Pe-

Pero dexando aparte la Fè, convenzamos estos malos creyentes con la razon. Què vidrio hay mas fragil que nuestra vida, sujeta a tantos accidentes? No basta una calentura, que se encienda en las entrañas? Una gota de sangre, que cayga sobre el corazon? Una vena, que se rompa en el pecho? Un catarro, que ahogue, quitando la respiracion? Y vès aì tendido el hombre en la cama à punto de morir. Son estos casos extraordinarios, ò accidentes quotidianos? Qualquier criatura, por pequeña que sea, tiene bastante poder para quitarte la vida. No son menester rayos del Cielo, ni precipicios de la tierra. Una sola espina de un pez quitò la vida à Tarquino Romano. Un solo cabello, bebido en la leche, y atravessado en la garganta, ahogò al Senador Fabio. Un granillo de una passa matò al Poeta Anacreonte. De una ligerissima punzada de una aguja se viò à punto de muerte Luca Latina. Por un mosquito que se bebiò en el agua, se escrive, que perdiò la vida el Pontifice Adriano IV. y otros mil semejantes, que refieren las Historias. Abra, pues, cada uno los ojos, y no diga: Yo no morirè de essa suerte, pues ninguno de essos pensaba morir

de

de esta manera : lo que ha sucedido à unos, puede suceder à otros. Si bien , quien no sabe quando ha de morir , no ha menester esperar de otra parte la causa ; dentro de nosotros hay todo lo que basta para quitarnos la vida. Asi nos lo advierte el Sabio : *Nescit homo finem suum : sed sicut pisces capiuntur homo , & sicut aves laqueo , sic homines capiuntur tempore malo.* (Eccl. 9.) La muerte con el lazo que exteriormente nos pretende, y con el anzuelo que interiormente se traga , hace presa de los miseros mortales; esto es , con exteriores accidentes , y con interiores enfermedades , como el hierro engendra su herrumbre , el leño su carcoma , el paño su polilla ; asi el hombre engendra dentro de sì su muerte. Sepamos, pues , que dentro de nuestras entrañas estàn continuamente peleando los humores à nuestro daño , que la misma destemplanza de nuestra complexion nos fabrica continuamente maquinas , y baterìas mortales : que el mismo manjar que tomamos para alimentar la vida , nos và disponiendo con sus contrarias calidades á una repentina muerte. Y todavia nos dexamos engañar de la astuta voz de la antigua Serpiente à Eva : *Nequa-*

quam moriemini. No morireis tan presto, queda largo espacio de vida, tiempo tendreis para ajustar muy à vuestro gusto, y satisfaccion las cuentas del alma.

Pero si aùn la razon no os persuade, convenzaos la experiencia quotidiana, que cada hora teneis delante hasta con la evidencia de los ojos. Aprended à costa, y en cabeza agena á ser cautos para vuestro provecho. Quantos amigos vuestros, mas sanos que vos, de complexion mas robusta han muerto, quando el vigor, y fuerza les prometia larga vida? Quantos compañeros vuestros, en la flor de su edad, se han desaparecido de repente, quando tenian en sus pensamientos grandes idèas de empressas en adelante? *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum*; no siendo su menor tormento vèr desechas sus imaginaciones, y derribados sus pensamientos, fabricados sobre la falsissima seguridad de la vida. Quàntas veces ha entrado en vuestra casa la Cruz de la muerte? Haveis cerrado los ojos al hermano, acompañado à la sepultura al amigo, os haveis vestido de luto por vuestro padre? Todos los dias vèmos con nuestros ojos llevar en el atahud las mas floridas esperanzas al sepulcro. Cada dia oimos sonar las cam-

campanas del noble, y nos dicen, que aquel murió de un balazo en el corazon, este de una pedrada en la cabeza: uno ahogado en el rio, donde buscaba su recreo, y salud; otro de un tabardillo; otro de una furiosa apoplegìa. Pero nosotros, con necios discursos, andamos buscando pretextos para escusar la muerte. O, que aquel se buscò la muerte con sus pendencias, estotro era de complexion dèbil, aquel era destemplado en la comida! Como si la muerte procediesse con circunspecion, y con reserva; como si su guadaña no tuviesse habilidad, y fuerza para cortar un hilo de vida, fuerte, y durable, tan bien como uno delgado, y fragil. Ay, que la muerte anda siempre armada de espada, y arco! *Gladium suum vibravit, arcum suum tetendit.* (Psalm. 7.) Con la espada dá el golpe de cerca á los viejos, y dèbiles, que no se pueden yà mantener; con el arco asesta à los jovenes, y robustos, que se confian en la fuga. Un Padre de la Compañia de Jesus, que tuvo en una Congregacion doscientos Estudiantes, pudo con gran facilidad saber quantos de aquella florida juventud havian muerto en espacio de doce años. Quantos pensais que moririan? Veinte? Cinquenta?

Pocos menos de ciento faltaron en tan breve eſpacio. Y ſi tantos en la juventud, quàntos en la utilidad? Yà la muerte no camina à paſſos lentos, y cortas jornadas como al principio del mundo, quando los hombres vivian treſcientos, y quinientos, y mas años. Ahora pocos llegan à ſetenta, y aun à ſeſenta, porque la muerte anda á cavallo, como la viò Juan en ſu deſtierro de Patmos: *Qui ſedebat ſuper equum, nomen illi mors.* (Apoc. 6.) Ahora viene por la poſta, como ateſtigua Job: *Dies mei velociores curſore.* (Job 9.) Mas quièn al cavallo de la muerte le aplica eſpuelas, le hace apreſurar la carrera, y que llegue mas preſto? Y quál es la eſpuela? El pecado, grita el Apoſtol: *Stimulus mortis peccatum eſt.* (1. Corinth. 15.) El pecado tiene eſte poder terrible de acelerarla, y hacer que venga muchas veces antes de lo que debiera venir.

Mas ſiendo la muerte tan terrible, tan llena de aſſechanzas de los demonios, tan importante como el momento, de que depende la eternidad: por otra parte, ſiendo incertiſsima ſu hora, una vez ſola el paſſar de eſta vida, y por tanto irreparable el error de morir mal; què locura es nueſtra fiar

una

una eternidad á una incertidumbre, sin haver hecho primero las debidas prevenciones? Què atrevimiento es prometernos larga série de años, quando la Fè, la razon, y la experiencia nos persuaden, que está la muerte cercana, improvisa, no esperada? Què mayor temeridad, que saber que la muerte puede estàr, no solo cercana en este mes, sino sobre nosotros en este punto: *Et incertis eventibus committere seipsum*, (Chrysost. hom. 23.) y fiar à la incertidumbre del acaso nuestra alma, de quièn no fiariais un pleyto, un deposito, un minimo interès? Cada uno de nosotros debria hacer consigo aquel discurso de San Juan Chrysostomo, cuyos sentimientos, esparcidos en varios lugares, recogerè aqui en breve suma. „ Yá estoy en el „ mundo. Yo entrè en tal año, y tal dia. Yo „ he de salir del mundo, mas no sè quándo, „ ni còmo. He he de entrar en una interminable eternidad, ò de gloria, ò de tormento, y no sè qual de las dos. De estos bienes que busco con tanto conato, quàntos llevarè conmigo muriendo? Nada mas que lo que traxe naciendo. Desnudo salì del vientre de mi madre, y desnudo bolverè à la tierra, si la piedad agena no me dá de limosna una

mortaja : *Nudus egressus sum de utero matris meæ, & nudus revertar illuc.* Solo los meritos de las buenas obras, ò los demeritos de las malas iràn conmigo á hacer que se me dè sentencia de mi vida, ò de mi muerte eterna : *Opera illorum sequuntur illos.* De este cuerpo quál será la suerte? Una hedionda tumba, donde se bolverá en cenizas, podredumbre, y gusanos, como un cadaver de bruto, que apesta, è inficiona toda la vecindad en contorno. Mas de tì, ò alma mia, quàl serà la fortuna, qual el estado? Irás al Reyno de los Bienaventurados á gozar, ò al abysmo de los tormentos á penar? No lo puedes saber, sabiendo solamente, que en qualquiera de estos dos terminos tan contrarios, como Cielo, è infierno cayeres, allì havràs de estàr eternamente. Y en fin, quándo llegará este ultimo punto? Ni yo, ni otro alguno sabe quándo ha de ser llamado à comparecer ante el Divino Tribunal, porque la muerte à unos viene tarde, y dexandose vèr, y prevenir antes, á otros de repente, y temprano. Ahora, si à mi me sobreviniesse la muerte hoy, què suerte me tocarìa? Tengo las cuentas de mi conciencia tan mal ajustadas, que debiera temer mi condenacion;

y en un interès tan relevante, tengo corazon para vivir en el ayre, en incertidumbre, y ſin penſar, como à quien no dà cuidado, que le toque una, ù otra ſuerte, como ſi una eternidad de miſeria, ò de felicidad, inevitable la una, ù la otra, hicieſſe poco al caſo, que ſea la que fuere, y como ſi no fueſſe coſa digna de aſſegurar lo mas que ſe pudiere la buena ſuerte. Y ſintiendo que la conciencia me remuerde, y acuerda muchas culpas, duermo ſueño quieto, paſſo mis dias alegres, como ſi eſtuvieſſe en mi mano el no morir quando yo quiſiere, ò como ſi no tuvieſſe que eſperar, ni que temer deſpues de la muerte.

§. III.

EXEMPLO.

LOS Cazadores, para coger las pantèras, ponen por donde han de paſſar el cebo envenenado; pero ellas, como aſtutas, y de un olfato agudiſsimo, no ſe atreven à tocarlo, ſi corriendo primero por el campo, no ſienten el olor de la yerva dictamo, antidoto contra el veneno, para curarſe al inſtante. Pero mas aſtutos que ellas los Cazado-

res, cuelgan de un arbol un hacecillo de la misma yervà, para que ellas, percibiendo el olor, se fien, y coman el venenoso manjar; y despues hallando el remedio tan alto, que no lo pueden alcanzar, se vean forzadas infelìzmente á morir. Asi puntualmente hacen los demonios, astutissimos cazadores de las almas: ponenles delante los placeres envenenados, y los combidan con la esperanza de tener siempre à la mano el remedio de la confession para curarse; pero quantas veces los infelices pecadores se hallan engañados, y agravados del mal, y quizá mas del remedio, se vèn obligados à perecer? O, que asi nos lo dixo advertido el Salvador! Buscareisme, y no me hallareis, y morireis en vuestro pecado: *Quæritis me, & non invenietis, & in peccato vestro moriemini.*

Asi muy à su costa lo experimentò un Gentil Hombre Inglès, (Bartol. lib.3. Inglat. cap. 13.) de quien hablan las Historias de la Compañia, sobre el Reyno de la impìa Reyna Isabela. Era de agudo ingenio, y docto en las Ciencias; haviendo oìdo discurrir acerca de la Religion Catholica al Padre Guillermo Uvestòn, se apartò de la Heregìa, y se resolviò á no concurrir en nada con los

Pro-

Proteſtantes; pero por ſer muy rico en bienes de fortuna, y temer, que ſi contra los Edictos de la Reyna ſe declaraba Catholico, para no ſer deſpojado de ſus riquezas, tomò un aſtuto partido. Eſte fue, portarſe en lo exterior como Proteſtante, por conſervar los bienes de la tierra; y en lo interior ſer Catholico, por adquirir los del Cielo: y porque todo el punto eſtaba en morir, deſechando aquella mueſtra exterior de heregìa, que bien conocia ſer pecado mortal; y corriendo la cortina para deſcubrir ſu animo, diſcurriò un remedio, que le pareciò baſtantemente ſeguro. Y ſin duda ſe lo ſugiriò aquella que el Apoſtol llama Sabidurìa del Mundo, loca Maeſtra de la mayor parte de los hombres, que por ella ſe juzgan ſabios, y aſtutos, haſta poder engañar á Dios. Empezò, pues, á diſcurrir conſigo de eſta ſuerte: Para ſalvarte no es meneſter una vida ſanta, ſino una buena muerte: luego lo que yo debo aſſegurarme es morir bien, lo qual conſeguirè facilmente, teniendo en mi caſa un Confeſſor, que me abſuelva en mi ultima enfermedad de la culpa, ſea qual fuere: y quando en lo ultimo de la vida no me ſucediere aſsi, ni pudiera hacer una perfecta

con-

confession de esta mi larga perseverancia en el pecado, no bastarà una señal de arrepentimiento, ò un golpe de pechos para conseguir la absolucion en el punto de la muerte? Assi se lo ideaba èl. Y porque tenia dos casas, en que á diversos tiempos habitaba; una de Corte en Londres: Otra de Campo en una Villa, no lexos de la Corte, en ambas tenia un Sacerdote Catholico, con firme persuasion de que tenia en su mano la salvacion, pues si en qualquiera de las dos casas enfermasse, no podria faltar la oportunidad para reconciliarse con la Iglesia, y conseguir la gracia de Dios para morir bien. De esta suerte pensaba engañar á Dios, y robarle el Cielo, como hizo el Buen Ladron en la Cruz, reservando para la ultima respiracion el *Domine, memento mei.* Como si pudiesse decir con aquellos impíos, que refiere Isaìas: Hemos hecho pacto con la muerte, y nos hemos compuesto con el Infierno: *Percussimus fœdus cum morte, & cum Inferno fecimus pactum.* Que la muerte esperaria la venida del Sacerdote, para que el Infierno no se lo tragasse.

No dexò el Padre Uvestòn de advertirle que era vana aquella confianza, representan-

tandole los peligros de una muerte repentina, è improvisa. No podrá (le decia) venir la muerte mientras estàs durmiendo? No podrà ahogaros una avenida de catarro? Una apoplegia? Una vena rota en el pecho? No os podrà sobrevenir una calentura maligna, que os ocasione un subito delirio? un violento letargo, que profundamente os oprima? Un pasmo, que no os dè lugar de pensar las cosas de el alma? Pues con què prudencia remitìs à la ultima enfermedad la esperanza de convertiros de veras, no sabiendo qual ha de ser vuestra enfermedad ultima? Ay, que no es prudencia pensar poner leyes à Dios! *Non est consilium contra Dominum*! Esta confession, en que fiais, es un extremo remedio. Y quièn no sabe, que los extremos remedios tienen muy incierto el sucesso? Y assi solo se deben executar por necessidad, y à mas no poder; pero no se deben tomar por eleccion. Quàntos he conocido en este mismo Reyno de Inglaterra, que persuadidos de esta infelìz astucia de poder vivir mal, y morir bien, con la esperanza de tener un Sacerdote Cathol co en casa, han muerto despues peor que havian vivido?

Con todo esso el Cavallero quiso mas

pro-

probar á ſu coſta, que creer eſta verdad; porque con ſu necia confianza, caminando un dia de la una caſa à la otra, bien robuſto, y ſano, enmedio del camino fue aſſaltado de un tan fuerte accidente mortal, que lo arrojò agonizando en tierra. Corrieron à rienda ſuelta los criados à traerle el mas cercano de los dos Sacerdotes; pero Dios havia medido la fuerza del mal que le quitaſſe la vida, de ſuerte, que aunque vino de carrera el Confeſſor, yà el infelìz havia eſpirado en una pùblica Hoſteria, donde al primer combate de el mal, no pudiendo yà tenerſe, lo havian llevado.

O muerte repentina! O muerte deſventurada, ſin ſeñal de arrepentimiento! De eſta ſuerte, el que tenia dos Confeſſores de propoſito prevenidos para vivir mal, no tuvo uno para morir bien. Deſagradan mucho à Dios eſtas ingenioſas preſumpciones, y ſolo ſirven para provocar mayormente ſu indignacion, y acarrear à los pecadores preſumidos mas grave la ruina: *Irritaverunt eum in adinventionibus ſuis, & multiplicata eſt in eis ruina.* (Pſalm. 105.)

¶ Leaſe à Thomás de Kempis, cap. 23. del lib. 1. *De la Conſideracion de la Muerte.*

LEC-

LECCION V.

DE EL JUICIO.

STatutum est hominibus semel mori. Terrible cosa es la muerte; pero es mas formidable aùn lo que añade el Apostol: *Et post hoc Judicium* (Hebr. 9.) Un juicio imperescrutable de toda la vida. Bien sabemos què suerte le ha de tocar à el cuerpo, quedar allì palido, feo, abominable, bastante à poner horror con el semblante, á inficionar el ayre con su pestilencial hedor, de suerte, que todos huiràn, haviendo apenas quien se atreva à cerrarle los ojos espantables. Los amigos mas queridos seràn los primeros á bolverle las espaldas, no teniendo aliento para estár con èl solo aun una noche. Los parientes mas cercanos procuraràn quanto antes echarlo de casa, no pudiendo sufrir mas aquel cadaver, que les llena de profunda melancolìa. Se buscarà el lienzo mas viejo, y despreciable para embolver al que solo permitia le tocassen delgadissimas olandas. De tantas riquezas, y alhajas, adquiridas con tanto trabajo, nada llevará consigo

à

á la otra vida ; ni aun un hilo de vestido precioso con que mostrar, que fuè rico, y poderoso en el mundo. Y quiera Dios que no se vea despojar antes de morir, como al Almirante Andrès de Villars le cortaron un dedo antes de haver espirado, por quitarle un anillo de oro. Pondrànle en un feretro, con un pequeño Crucifixo en las manos. Pero de què le servirà entonces, si en vida no lo tuvo jamàs en el corazon? Quiera el Cielo que no se le huya de las manos, como se huyò de las manos de la deshonesta Tais. Vendrà el Clero en funesta Procesion à llevar el cadaver, y entonará con tristes voces el Psalmo: *De profundis clamavi ad te Domine*; pero entonces no es yá tiempo de alcanzar misericordia, sino de obtener justicia de sus obras. Y no pocas veces se ha visto desclavar el Crucifixo las manos, y taparse los oídos, por no atender al clamor: *Fiant aures tuæ intendentes in vocem deprecationis meæ*, que se cantaba en la muerte de los pecadores. Suena la campana à doble, y se esparce la voz: Fulano ha passado á la otra vida, fue grande hombre, ha dexado muchas riquezas. Y despues con el doble se acaba su memoria: *Perijt memoria*

earum cum sonito. Finalmente, llega à la Iglesia, alli le cantan los Sacerdotes las ultimas Preces, y Responsos, hasta concluir la ultima jornada de esta tragedia, con el *Requiescat in pace.* Sí, *in pace erit locus ejus*, si ha muerto en paz con Dios, si ha obtenido antes de morir la reconciliacion, è indulgencia plenaria de sus culpas. Que si no: *Non est pax impiis, dicit Dominus*; (Isai. 4.) y à su tiempo serà arrojado con el alma, *in locum tormentorum, ubi nulla requies, sed sempiternus horror.* Entretanto le enti[illegible] en una obscura, y horrorosa tumba, à ser podredumbre, y corrupcion hasta la Resurreccion universal. Y aquel, que sobervio no cabía en grandes Palacios, y camas olorosàs, y perfumadas, se verá encerrado misero cadaver en siete pies de tierra, y sus sabanas, y colchas seràn los gusanos, y la polilla, como expressa Isaìs: *Detracta est ad inferos superbia tua, concidit cadaver tuum: subter te sternetur tinea, & operimentum tuum erunt vermes.* (Isai. 14.)

Miserable condicion del cuerpo! Pero quièn sabe si serà peor la suerte del alma, que en aquel mismo punto en que será apartada del cuerpo, en aquel mismo lugar, y

qui-

quizà en la misma estancia, en la misma cama, donde tantas veces havrà ofendido à Dios, verá levantarse el Tribunal de la Divina Justicia? Aqui sin Abogados, con el Angel de la Guarda à un lado, como testigo, al otro lado el demonio, como acusador, llena de temblor, y de congoja, será presentada ante el Supremo Juez, y severo, Dónde estarán entonces aquellos parientes, que para dexarles rica herencia que gastar, se emplearon tantos cuidados, y sudores, sin respeto à las Divinas Leyes? Dònde aquellos amigos con quien se tuvieron tantos juegos, y festines, y por conservar su amistad no se hizo reparo en incurrir la enemistad con Dios? *Surgant, & opitulentur vobis, & in necessitate vos protegant.* (Deuteron. 32.) Levantense presto, vengan volando á ayudaros, sean vuestros protectores en tan grande aprieto. Todos os han dexado solo en la mayor necessidad. A lo menos vendrán á socorreros los Santos vuestros Abogados, el Angel de la Guarda, la Virgen, Madre de Misericordia. O, què yà no es tiempo de intercessiones! No oye mas el Juez las súplicas de los Protectores. El Angel, que antes servia de Ayo, y Maestro para

las buenas obras, entonces vendrá à ser Fiscàl de las malas. La Madre de Dios no serà yá *Dulcis parens clementiæ*, sino acusadora de las injurias cometidas contra su Divino Hijo: *Lunam non dabit lumen suum:* Aquella hermosissima Luna de tantas gracias, entonces no darà ni una gota de propicia influencia:

Os saldrá al encuentro Jesu-Christo; pero quizá no yà como Padre de Misericordias: *Pater Misericordiarum*, sino como Dios de las venganzas: *Deus ultionum.* Con què temblor, con què congoxa de corazon parecerà el pecador á los ojos del Juez enojado? *Ante faciem indignationis ejus quis stabit? Quis resistet in ira furoris ejus?* (Nah. 1.) Con quánto mas gusto se esconderia en un horno encendido! La cobujada tiene tan gran miedo del gavilàn, ave de rapiña, que por huir de èl, se ha visto muchas veces, no solo precipitarse á los profundos pozos, sino arrojarse furiosamente á los hornos encendidos. O si el pecador pudiesse escapar, y esconderse de el rostro ayrado de Christo Juez, còmo se precipitarìa aun en el fuego del Infierno! Si el Santo Job, aquel grande amigo de Dios, alabado de inculpable por

el Espiritu Santo, que podia dàr tan buena cuenta de sì, no teniendo cosa de que le remordiesse la conciencia; con todo esso, espantado de la terrible vista del Soberano Juez, deseaba tanto huir de este furor de Dios indignado, que decia: *Quis mihi tribuat, ut in inferno protegas me, donec pertranseat furor tuus?* Quièn me hiciera tanto favor, que me escondiera, Señor, en el Infierno, hasta que passe tu furor! Si San Cypriano, aquel grande Obispo, y Martyr, al baxar la cabeza, y sujetarla à la espada, y golpe del Verdugo por la Fè de Christo, llegò á decir suspirando: *Væ mihi, cum veniam ad Judicium!* Ay de mì, quando viniere á juicio! Si estos amigos de Dios temblaban à solo el pensamiento de haver de ser presentados delante del Juez, por cuyo amor derramaban la sangre, y daban la vida; què debemos hacer nosotros, reos de tantos pecados, sabidores de tantas injurias cometidas contra el mismo Juez? Con què horror debemos aguardar que venga sobre nosotros su indignacion, y su venganza, detenida tanto tiempo por su misericordia? La Divina Justicia, que el Propheta Danièl comparò á un rio de fuego,

està

està como enfrenada, y repreſentada en los margenes de la Divina Clemencia por veinte, treinta, ò mas años de la vida de un hombre. Què immenſo abyſmo de ira havrà recogido, y con què furioſo impetu en el punto de la muerte prorrumpirá, y ſaldrá contra el pecador ingrato? *Volens Deus oſtendere iram ſuam ſuſtinuit in multa patientia?* Solo los ojos del miſmo Juez ſerán relampagos, precurſores de los rayos, y furioſa tempeſtad, que le amenaza. Una ſola ojeada, que con indignacion echò el Rey Phelipe II. à dos Corteſanos, poco reverentes en la Igleſia, al uno quitò el juicio, y lo dexò inſenſato, al otro ocaſionò muy en breve la muerte. Mas para què buſco exemplos en otra parte? La Imagen ſola de Chriſto crucificado, bolviendo tal vez los ojos ayrados à ciertos malvados, que eſtaban delante, baſtò para aterrar trecientos; de ſuerte, que en muchiſsimas horas no pudieron bolver ſobre sì, ni tomar aliento. Ay! què inferireis, que frenesì, què temeridad es la nueſtra, ſaber por Fè infalible, que preſto debemos parecer delante de tan rigoroſo, y tan formidable Juez, y no obſtante provocarlo á indignacion, è injuriarlo con

tántas culpas! Quièn, teniendo un pleyto en mano de un Consul, ò la causa de su vida ante un Alcalde, se atreveria à perderlo el respeto, y ultrajarlo? Acaso el pleyto sobre los bienes del Cielo, ò la causa de la vida eterna es de menos importancia? Còmo pueden juntarse estas dos cosas tan contrarias, creer firmemente que Christo ha de ser forzosamente nuestro Juez, y ofender à Christo, quebrantando sus Leyes con tanto desahogo à sus mismos ojos? Què bien decia Salviano: *Quomodò credere vos futurum Judicem dicitis, apud quos nullus est despectior, quam ipse Judex?* (Lib. 3. ad Eccles.) Y si será tan terrible aun solo el aspecto de el Soberano Juez, quán formidable cosa serà el oìr, que nos dà en cara con tantos beneficios, que nos ha hecho, y de que hemos abusado? Entonces à la luz del rostro de Dios se conocerá el gran favor de la Fè, el haver nacido en el seno de la verdadera Religion, instruídos en las verdades Evangelicas, alimentados con los Santos Sacramentos: donde mas claramente se descubrirá la grande ingratitud, y perfidia de los Christianos, que han vivido mas ciegamente, que los Gentiles; mas desarregladamente, que los Barbaros.

Fue-

Fuera de esto, què confusion serà haver resistido à tantas luces de gracias singulares, con que nos ha prevenido olvidadizos, nos ha llamado errantes, se ha compadecido de nosotros pecadores? *Confusio faciei meæ cooperuit me à voce exprobrantis*, decia David, haciendo reflexion á la voz con que podia Dios zaherirle tantos beneficios como le havia hecho, y á que no havia correspondido como debiera; siendo asi, que por lo general havia sido tan buena su correspondencia, que pudo decir: *Legem tuam in medio cordis mei.* Còmo quedarà confuso, y avergonzado el que por una parte se verà rodeado, y lleno de gracias, y favores divinos, y por otra conoce quan ingrato, y desconocido ha sido á las mismas gracias? Tantas ilustraciones con que continuamente le ilustrò el entendimiento, y le encendiò la voluntad: tanta riqueza de santos pensamientos en la eleccion espiritual, ò en los Sermones, para atraherlo suavemente á la virtud; tanta frequencia de buenos exemplos para moverlo á la imitacion. En suma, desde el principio hasta el fin de la vida una série innumerable de dones sobrenaturales, todos recibidos en va-

no, todos despreciados sin fruto. El Rey Phelipe II. de quien arriba hablamos, no solo con una mirada de indignacion aterrò aquellos dos Cortesanos, sino con una palabra, con que le zahiriò, quitò la vida á Don Alvaro Bazàn, Grande Almirante, que haviendo dilatado un poco el apresto de una Armada Navàl, segun le mandaba el Rey, fue llamado à la Corte, y oyò que le decia con ceño, y aspereza: *Cierto que no haveis correspondido en esta ocasion al amor que yo os he tenido.* No le dixo mas, ni fue menester mas para oprimirle el corazon de suerte, que dentro de pocos dias muriò. O! si tanto puede una palabra enojada de un Rey de la tierra, quàl serà la confusion, y sentimiento del corazon en mì infelíz, al oir las duras palabras con que me dará en cara el Rey del Cielo, y me arguirà de ingrato á sus beneficios? *In furore suo arguet me, & in ira sua corripiet me.* Me acusarà, no yà de alguna tibieza escusable en su servicio, sino de enormes descuidos en corresponder á su amor, y à sus beneficios. Què podrè responder quando me muestre sus Sacratissimas Llagas, su Cuerpo herido por tantas partes, y me diga: Mira à què extremo de

amor he llegado por salvarte: mira á estas heridas que abriò en todos mis miembros, mas el amor mio para contigo, que el odio de los Judios para conmigo: mi Sangre derramada de todas las venas, por lavarte de tus manchas, y darte un precio infinito para comprar la Gloria eterna; quánto muestra el immenso excesso de mi benevolencia? Dìme ahora, què mas podias haver pedido à un Dios crucificado por tì? Dìme, si te parece, còmo podia yo passar adelante en amarte? Con tal merito, esperaba haver hecho lo bastante para que respondieras con amor. Y bien, què caso has hecho de mì? Còmo has agradecido tantos beneficios? Has correspondido con algun buen afecto à tantas finezas? Pues, y què merece tal ingratitud, tan barbara impiedad?

§. II.

EXAMEN, Y SENTENCIA DEL JUICIO.

DEspues de la memoria de los beneficios, se vendrá distintamente al processo de las culpas, y se examinarán por menor las palabras, las obras, y los pensamien-

tos. Como desde la niñèz conociste antes el pecado, que la virtud: quantas veces diste pesadumbre, y disgusto á tus padres con tus inobediencias: abriste los ojos con tus malicias à los compañeros: fuiste dissoluto en las Escuelas: irreverente en las Iglesias: escandaloso en las conversaciones: la juventud gastaste en juegos, y juntas de bellacos licenciosos; en estudiar versos lascivos: en seguir locos amores, con hacer burla muchas veces de las devociones: retirar á unos de la frequencia de los Sacramentos, à otros de la leccion de buenos libros. O! què dirá el Juez Soberano! *Hæc fecisti, & tacui: arguam te, & statuam contra fatiem tuam.* Has cometido estas, y aquellas maldades, y yo siempre callando, y dissimulando: ha sido muy larga mi paciencia, ahora brotará fuera con mayor impetu la indignacion, de que està muy preñada mi justicia: te dissiparè como menudo polvo à recio viento: te arrojarè à los profundos abysmos del Infierno.

No serà este examen como el que nosotros hacemos en esta vida á ojos cerrados, y en tinieblas, que no dexan distinguir, sino las cosas palpables, y de mucha gravedad.

No-

Nosotros, como ciegos, pensamos, que no hemos de dár cuenta sino de ciertas culpas mas graves, como de una torpeza, de un perjuicio, de un sacrilegio. O, que tambien se hará cargo de una mentira lisonjera, de una palabra ociosa, de ciertas omissiones, de que no hacemos escrupulo; de ciertos pensamientos, à que nos parece no haver dado consentimiento; antes entonces se descubrirà ser culpables algunas cosas, que primero las juzgabamos virtuosas, y nos hallarèmos acusados de aquellas virtudes no bien executadas, que creímos alegar por defensa de los vicios mal practicados: *Cùm accepero tempus, ego justitias judicabo.* (Psalm. 74.) Protesta Dios, que quiere hacer processo, y formar juicio, no solamente sobre lo malo de las culpas, sino sobre lo bueno de la Justicia, y buenas obras, y buscar manchas aun en aquellas purezas, que parecian Angelicas. Por donde, si èl hallò malicia en sus Angeles, como afirma Job: *In Angelis suis reperit pravitatem*; cierto es, que no se le esconderán los defectos en los hombres. Si se ha de hacer exactissimo escrutinio con antorchas en la Santa Jerusalèn, que será en la impìa Babylonia? Si con los Justos, y amigos

su-

ſuyos uſarà Dios tal rigor, què deben eſperar los pecadores, y enemigos? Y aſsi, atonitos à tan rigoroſo examen los Santos Gregorio, y Bernardo, ſe reſolvian en lagrimas, y decian: *Quid faciet Virga deſerti, ubi concutitur Cedrus Paradyſi? Aut quid erit in Babylone tutum, ſi in Hieruſalem manet ſcrutinium?*

Concluìdo el proceſſo, aclarados los delitos, y convencidos los delinquentes, paſſará à la ſentencia el juſtiſsimo Juez: ſentencia terrible para los pecadores, porque ſerà de muerte eterna. De algunos reos cuentan las Hiſtorias, que al intimarles la ſentencia de muerte, unos deſmayados cayeron en tierra; otros, aunque mozos, de repente ſe llenaron de canas; otros ſudaron ſangre por la frente, y ſe trataba ſolo de muerte temporal; què ſerà donde ſe trata de eterna muerte? El penſar ſolo en eſta formidable ſentencia, hacia que el V. P. Luis de la Puente, (*lib. 1. cap. 15. Vitæ.*) Religioſo de extremada virtud, y perfeccion, ſe puſieſſe deſcolorido, pàlido, temblando de pies à cabeza, eſpeluzado el cabello; y lo que es mas admirable, con repentino eſtremecimiento hacia temblar las paredes de ſu apoſento,

con

con terror, y susto de los vecinos. Y para decir verdad, es menester que sea falto de juicio el que no tembláre al dispararse aquel rayo: *Descedite à me, maledicti, in ignem æternum*: apartate de mi presencia, alma deteſtable, indigna de eſtàr á mi viſta, y de gozar de mi Gloria; vete, maldita de mi Juſticia, cuyas Leyes quebrantaſte: maldita de mi Miſericordia, de cuyas gracias abuſaſte: maldita en todas tus potencias. Amaſte la maldicion, y ha venido ſobre tí: apartate de mí, que he ſido tu Criador, tu Redemptor, y tu Dios: apartate de la Gloria Celeſtial para que fuiſte criado: de la compañia de los Bienaventurados, y de toda ſuerte de bienes, para ſiempre. O què horroroſa pena, ſer deſterrada de la Patria del Cielo! Anda precipitada al fuego eterno, que merecieron tus maldades; anda à acompañar en mala hora à los demonios, á quien tanto ſerviſte, cuyas vanderas quiſiſte ſeguir, que ellos te darán en tormentos la merecida paga de haverlos ſervido. Al punto, luego, à las llamas infernales, al fuego eterno: alli ſerás enterrado entre braſas, que nunca ſe apagaràn; aquella ſerá tu perpetua carcel por todos los ſiglos, con mu-

ra-

rallas de fuego, el ſuelo de fuego, el techo de fuego: *In ignem æternum.* A eſte trueno eſpantoſo quedarà el miſerable pecador deſamparado del Angel de ſu Guarda, aſido del Demonio, ſeveriſsimo Alguacil, que combidarà à todos los demàs diablos para hacer eſtrago en ſu alma, diciendo: *Deus dereliquit eum, perſequimini, & comprehendite eum, quia non eſt qui eripiat.* (Pſalm. 70.) Abrirà ſubitamente ſu boca el Infierno para tragar aquel alma deſventurada. Lo qual què dirá al entrar el pie en aquel calabozo de tormentos? Al vèr que al inſtante ſe cierran aquellas puertas de hierro, que para ella nunca jamàs ſe han de abrir? Al eſtrenar aquellas llamas abraſadoras, que nunca la han de conſumir? Aquellos ardores, è incendios eternos, que nunca ſe han de apagar.

Al contrario, que alegre ſerà la ſentencia á favor del alma juſta: *Veni, benedicta Patris mei, poſside Regnum tibi paratum, à conſtitutione mundi.* O la otra: *Euge, ſerve bone, & fidelis, intra in gaudium Domini tui.* Alegrate, ſiervo bueno, y fiel: entra en el gozo de tu Señor. Si el Seraphico Padre San Franciſco, al recibir del Angel la re-

ve-

velacion de que era predeſtinado, fue ſorprendido de tan gran jùbilo, que no cabía en sì de gozo, y eſtuvo para morir ahogado de la abundancia de conſuelo; quàn grande ſerà la alegria de un Juſto al vèr à ſu Dios, que con ſemblante amoroſiſsimo fixa en èl los ojos llenos de benignidad, y oìr, que con palabras, que todas reſpiran amor, le combida à gozar la Gloria? Vèn, bendito, de las fatigas, al deſcanſo; de la pobreza, à las riquezas; del llanto, á la riſa; de las batallas, à la corona, que has merecido venciendo. O què alegre *Veni*! O què felìz bendicion! Entonces el Angel Cuſtodio tomarà de la mano al alma, y con feſtivos aplauſos le darà los parabienes de las victorias, que el alma alcanzò del mundo; de aquellas tentaciones tan bien vencidas; de aquella injuria tan generoſamente perdonada; de aquella inſpiracion tan perfectamente executadas; de aquella tribulacion con tanto valor ſufrida. De eſta ſuerte, alegrandoſe con el alma, la acompañarà al Cielo, haſta introducirla al Trono, y viſta clara de Dios, diciendola con Iſaìas: *Reſpice Sion, Civitatem ſolemnitatis noſtræ.* A aquella primera ojeada no cabrá en sì, por exceſſo de jùbilo, el

alma afortunada, viendo delante un abyſmo de gozo, una eternidad de gloria.

Ahora comparèmos aquel *ite, maledicti, in ignem eternum* dicho à los réprobos, con aquel *Venite, benedicti, poſsidete Regnum*, pronunciando à los Juſtos, como lo hacia San Aguſtin: *Quid poteſt terribilius cogitari, quàm ite? Et quid delectabilius, quàm venite? Duæ voces ſunt quarum nil horribilius una, & nil jucundius altera.* (Serm. 38. de Sanctis.) Eſtas dos voces, que ſe han de pronunciar en el Supremo Tribunal, ſiempre reſonaban, y hacian terrible eco en los oídos de Aguſtino; no obſtante que no era menor en èl el fuego del Divino amor, en que ardía, que la luz de la Sabiduría Celeſtial, con que iluſtraba el mundo. Eſtas voces eran el ſonído de la trompeta, que trahía ſiempre deſvelado à San Geronymo, aunque encanecido en el Yermo, deshecho al rigor de las penitencias, y tan benemerito de la Igleſia. Que ſi bien aquella fatàl trompeta ſe tocará ſolamente en el Juicio Univerſal: *In noviſsima tuba mortui reſurgent*; (1. Corinth. 15.) con todo eſſo eſte Juicio particular ſerà para cada uno conforme con el univerſal: por lo qual ſiempre noſotros debemos

mos en toda ocasion, en toda empressa, en toda recreacion, en todo consejo, tener presentes en el pensamiento una, y otra voz, como dice Thomás de Kempis: *In omnibus rebus respice, qualiter ante districtum judicem stabis.* O como nos exhorta el Propheta Sofonìas tengamos siempre delante de los ojos aquel dia de extrema calamidad, y en nuestros oìdos resuene aquella trompeta de horror: *Dies illa tribulationis, & angustiæ, dies tubæ, & clangoris.* (Sophon. 1.) Havia en España una Familia noble, cuyo apellido era de *Ron*, que en el Escudo de Armas de su Casa tenia una trompeta, con este mote: *Los de Ron siempre comemos con este sòn.* Querian oìr á su mesa el sòn de la trompeta para concebir generosidad de espiritus guerreros, y marciales. Esta costumbre deberiamos imitar, imaginando, que oìmos todos los dias en nuestros negocios, y entretenimientos aquella trompeta terrible del Juicio de Dios, como lo practicaba San Geronymo: *Quoties diem illum considero, toto corpore contremisco: sive enim edo, sive bibo, sive aliquid illud facio, semper resonare videtur auribus meis tuba illa terribilis: Surgite mortui, & venite ad judicium.* ,, Siem-

,, pre

„ pre que considero aquel dia , (dice el Maximo Doctor) „ tiembla todo mi cuer-
„ po, y se estremece: Si como, si bebo,
„ si hago qualquiera otra cosa, continua-
„ mente me parece, que està sonando á mis
„ oìdos aquella trompeta del Angel: *Levan-*
„ *taos, muertos, y venid à Juicio.*

§. III.

EXEMPLO.

SAN Juan Clymaco, Abad famosissimo del Monte Sinaì, pinta admirablemente las prodigiosas penitencias de los Monges. Algunos estaban toda la noche en pie al sereno, ò de rodillas orando, y pidiendo á Dios misericordia. Otros, no contentos con vestir asperissimos silicios, se cargaban de pesadas cadenas. Otros se exponian medio desnudos á las injurias, y destemplanza de un Cielo tempestuoso. Otros se arrojaban á los hielos, ò se rebolcaban sobre la nieve. Eran prodigiosos sus ayunos á pan, y agua: su sueño brevissimo sobre la desnuda tierra: el cuidado de sus cuerpos ninguno. Era tanto el horror que tenian del dia ultimo, y de ha-

haver de parecer delante del Supremo Juez que jamás se asseguraban en el punto de su salvacion. Antes, quando alguno yacìa moribundo sobre la ceniza, los otros le cercaban, y con voz temerosa le preguntaban: Tienes acaso firme esperanza de tu salvacion, ò todavia temes perderla? Què te promete tu corazon, y tu conciencia? Sentencia de eterna vida, ò de muerte eterna? Te parece que oiràs una voz amable, que te diga: Venid, benditos de mi Padre, à posseer la Gloria; ù otra voz terrible, que te amenace: Andad, malditos, al eterno fuego? *Quid ais, frater? Quid ais de te ipso?* Què decìs, Hermano? Què decìs de vos mismo? Verdad es, que algunos, levantando los ojos serenos al Cielo, y dando gracias à Dios, respondian: *Benedictus Deus, qui non dedit nos in manus inimici*: Bendito sea Dios, que no nos ha entregado en manos del enemigo comun. Pero otros, prorrumpiendo en profundos, y temerosos gemidos, mostraban estár todavia pendientes de un quizà, y decian assombrados: *Væ animæ illi, quæ non servavit professionem suam! Hac enim hora discet, quid illi paratum sit.* Ay de aquel alma, que no ha guarda-

do ſu profeſsion! Ay! en eſta hora ſabrà lo que le eſtà aparejado.

Pero lo que nos debe llenar de un ſanto horror, es la que el miſmo Santo llama hiſtoria de eficaciſsimo llanto, y de dolor utiliſsimo: *Hiſtoriam efficaciſsimi luctus, & doloris ultimi.* (Grad. 7.) Eſtevan, Monge de conocida ſantidad, deſpues de haverſe exercitado muchos años en la vida Monaſtica, alcanzò de Dios, con largos ayunos, y continuas lagrimas, ſingulares privilegios de iluſtre virtud. De aì, deſeando vida mas ſolitaria, ſe retirò à vivir ſobre la cumbre de un monte, donde en los ſiglos paſſados tuvo Elìas aquella admirable viſion. Pero aun no contento con eſto, por padecer mayores aſperezas, y tener toda ſu converſacion en el Cielo, penetrò à lo mas interior del deſierto, á un ſitio llamado *Fides*, habitado de ſolos Anacoretas, y apartado de todo comercio humano. Aqui quántas aſſechanzas del demonio venciò, quàntas incomodidades tolerò, quàn duramente tratò ſu cuerpo, quàntas conſolaciones gozò, lo ſabe ſolo aquel Señor, que cuenta los paſſos de ſus Siervos, y tiene numerados haſta los cabellos de ſus cabezas. Bien nos aſſegura la Hiſto-

toria, que ſubiò à tan alta perfeccion, y conſiguiò de el Cielo tanta gracia, que venian manſos à ſus pies los Leopardos, à quien por ſu mano daba de comer, y recibia de ellos amoroſas ſeñas de agradecimiento.

Haviendo vivido muchos años en eſte deſierto, y como olvidado de los meritos paſſados, anhelando ſiempre á nuevas virtudes, reſolviò bolverſe á la Celda de ſu antiguo Monaſterio del Monte Synaì, para ayudar tambien á la ſalvacion de los proximos. Alli, entre otros, ſe entregaron á ſu magiſterio dos Religioſos de Paleſtina, con los quales haviendo paſſado una vida toda fervor de eſpiritu, en edad yá muy crecida fue aſſaltado de la ultima, y mortal enfermedad. Y veis aqui un formidable ſuceſſo. Reducido á la extrema lucha el dia antes de ſu muerte, repentinamente quedò atonito, y un gran rato fuera de sí, por una eſtraña aparicion de un juicio criminal: teniendo los ojos eſpantoſamente abiertos, yà miraba à una parte, yá á otra de la cama; y como ſi eſtuviera citado à un Tribunal, donde huvieſſe acuſadores que le hicieſſen cargo, reſpondìa con voz temeroſa, de ſuerte que la oìan todos los que eſtaban preſentes, diciendo unas

veces: *Es verdad, pero por esse pecado ayunè tantos dias.* Otra vez decia: *No es assi, mentìs, no he hecho tal cosa.* Poco despues confessaba: *Es cierto que lo cometi muchas veces; mas por esso derramè tantas lagrimas, usè con los proximos tantas obras de caridad.* Y muy presto respondia como temeroso: *Es assi, que en esso he pecado, y no tengo que responder à vuestra acusacion, sino acogerme à la Divina Misericordia.* Añade la Historia: *Erat profectò spectaculum horrendum, atque terrificum invisibile, & illud sævissimumque judicium.* Era á la verdad espectaculo terrible, y horroroso, hallarse en aquel espantoso, y rigurosissimo juicio.

Què horror corriò por las venas de aquellos Santos Monges, al vèr á Estevan, cuya vida havia grangeado tanta estimacion de santidad, protestar á la hora de la muerte que no sabia què responder à algunas acusaciones de el enemigo! O infeliz de mí, (exclama aqui San Juan Climaco) que será de mì, quando aquel gran seguidor de la soledad no tenia que responder, haviendo por quarenta años professado con tanto rigor la vida Monastica, alcanzando dòn de lagrimas, y obtenido la gracia de amansar Leopardos? Ay de mi miserable! Si un tan gran-

de hombre, con tantos argumentos de ſu virtud: *Cum adeò manifeſtè ratio exigeretur, carne ſolutus eſt, quis terminus, quæ ſententia, quis rationis ejus finis fuerit, incertum relinquens*, al ſerle pedida tan eſtrecha cuenta, y tan manifieſta razon de ſu vida, eſpirò, dexandonos en duda, qual fue ſu juicio, quàl la ſentencia, quàl el termino, y paradero de ſu cauſa. O! ſi á eſte ſuceſſo decia San Juan Climaco, que ſentía llenarſele de horror las entrañas, un Santo, que deſde los diez y ſeis haſta cien años viviò una vida mas admirable, que imitable; mas de el Cielo, que de la tierra; hombre, que era llamado Varon maravilloſo, igual à los Angeles, Padre de los Monges, y Doctor de la Fè, y de la virtud: què horror, què eſpanto no debemos concebir noſotros pecadores de tan terrible juicio de la Divina Juſticia?

¶ Leaſe à Thomás de Kempis, lib. 1. cap. 24. *De el Juicio, y de las penas de los pecados.*

LECCION VI.

DE LAS PENAS DEL INFIERNO, y primero de la pena de sentido.

SAN Antonio de Padua, (Fer. 2. post Domin. 5.) aquella trompeta animada de el Espiritu Santo, en uno de sus admirables Sermones, para poner vivamente delante de los ojos de sus oyentes las penas del Infierno, no hizo otra cosa que pintarlas, y aplicarlas expressamente à los cinco sentidos del cuerpo. Recogiò, pues, de los Santos Profetas las pinturas mas vivas, con que sacaron como al teatro aquellos tormentos con objetos sensibles de espectaculos, bastantes à aterrar los ojos: hieles para amargar, y atosigar el gusto: improperios, y afrentas para herir las orejas: hedores gravissimos para inficionar el olfato, y de carnicerias cruelissimas para atormentar en todo el cuerpo, y todas sus partes el sentido comun del tacto. Con que sacaba de su auditorio dolorosos suspiros, abundantes lagrimas, y prodigiosas conversiones de grandes pecadores. Un modo semejante de repre-

presentar las penas infernales, aunque en la verdad no representan otra cosa que la superficie del Infierno, hemos de imitar aqui. Acerquemonos con viva Fè á las horrorosas puertas de aquella eterna carcel, para aplicar no mas que los cinco sentidos á aquellos formidables objetos.

Sea lo primero fixar bien en ellas los ojos; pues dice San Juan Chrysostomo: „Que „ninguno que tenga delante de los ojos el „Infierno, caerà en el Infierno: *Nemo eorum, qui gehennam ante oculos habet, incidet in gehennam.* Mira en aquel profundissimo lago tremendos prodigios, unidas unas tinieblas espesas de eterna noche, con unas clarissimas apariencias de funestissimas tragedias. Vense diluvios de llamas, y nubes de humo, que por todos lados rodean á los condenados, y los trahen en continuo movimiento arriba, y abaxo, como garbanzos en olla hirbiendo, cada uno atonito al suplicio del otro: *Plagent videntes fumum incendii ejus.* (Apoc. 18.) Todos se vén forzados á derramar lagrimas de sus ojos, heridos del humo de el incendio de los otros, de los torcimientos de miembros, de la cruelissima carniceria. Peor que los tormentos es

la vista de los demonios atormentadores, y verdugos desapiadados, que con visages horrendos, y espantosos, con amenazas terribles se ponen siempre à la vista en accion de executar los mas rigurosos estragos. Santa Francisca Romana, al aparecersele un solo demonio, padeciò tal desmayo, que protestaba: Si aqui estuviera encendido un horno de fuego, y de metal derretido, me arrojaria en èl á abrasarme por huir una sola vista de tan abominable, y monstruosa criatura. Què serà en el Infierno tener siempre à los ojos legiones enteras, y al lado, y al brazo, no para alargarlo blandamente, y con amor, sino para atormentarlo sin piedad? Pues afirma el Santo Profeta Job, que cada uno de los condenados verá venir sobre sì continuamente sus verdugos, succediendose unos á otros: *Vadent, & venient super eum terribiles.* (Job. 15.)

Ni serà menos espantosa la vista de los otros condenados. Ciertamente, si no sufren los ojos, ni hay corazon para mirar, no digo yá poner en la horca un hombre, mas aun para desquartizar un cordero; còmo podràn vèr sin horror los padres à los hijos, los hijos à los padres, los amigos à los ami-

gos,

gos, arder anegados en cruelissimas llamas, y estár amontonados unos sobre otros, como un haz de espinas, que unas á otras se acrecientan el incendio? *Sicut spinæ se invicem complectuntur*, por hablar con el Profeta. Serà tambien gran tormento de los ojos, mirarse unos à otros los que fueron ocasion reciproca del pecado, y del escandalo. Un Cavallero Piamontès, hallando un dia en su retrete à su muger con el adultero, hizo que la desventurada, con sus proprias manos, matasse à su amante en el zaquizami de la casa. Despues, encerrandola dentro, con solo un vaso de agua, y un cestillo de negro vizcocho, hizo tabicar la puerta, y la ventana, dexando solo un pequeño respiradero; para que pudiesse vèr el cadaver colgado de una viga. Què horror tener siempre delante aquel monstruo! Vér correr por aquellos miembros los gusanos, caer á pedazos la carne podrida, exhalando un hedor pestilencial. Moria la desventurada cada hora, hasta que dexò de vivir, reducida antes á cadaver, que muerte. Tales, y mucho peores serán las perpetuas representaciones á los ojos de los miseros pecadores. Ay ojos mios! Quànto mejor huviera sido abstenerse de las vistas

tor-

torpes, è impuras para no ser condenado á estàr viendo tan terribles objetos? Derramar ahora lagrimas de penitencia, por no ser arrojados à las tinieblas exteriores, donde serà eterno el llanto: *In tenebras exteriores, ubi erit fletus.* Llanto, que aunque iguale las inmensas ondas del Occeano, nunca tendrá fin.

Apliquemos ahora el oìdo à las puertas del Infierno, para oìr las quexas de aquellas almas inconsolables. Dionysio, con barbara invencion, hizo labrar una carcel al modo de oreja, para que por aquel pequeño abugero, que salia por la parte superior, se pudiessen oír los lamentos, gritos, y estruendo de los encarcelados. O, si se huviesse fabricado à este modo la carcel del Infierno, què fieros ruidos, què lamentaciones funestas, què horrorosos gemidos, què maldiciones, què blasfemias se oìrian resonar de aquellos calabozos! *Ibi erit fletus, & stridor dentium. Ploratus, & ululatus multus. Lamentationes, & vas sonitus terroris semper in auribus impii.* (Asi hablan los Santos Profetas.) Continuas seràn las quexas, maldecir al padre que lo engendrò, á la madre que lo pariò, el dia que naciò à vèr

la

la luz de el mundo : *Pereat dies, in qua natus sum. Pereat nox, in qua conceptus fui.* Un enfermo, que de noche suspirando se queja de sus dolores, inquieta, y fatiga todo un Hospital: què harán tantas lamentables voces, tantos ayes llorosos, que resonaràn por todos lados al rededor de aquella tenebrosa cueba? Con todo esso estas parecerán musicas de consuelo en comparacion de los estruendos de terror, à los truenos de amenazas, al arrastrar de cadenas, á los golpes de heridas, que harán los enrabiados demonios, incitandose, y apostando à quièn puede atormentar mas. Aquel gran triunfador del demonio, San Antonio Abad, se espeluzaba lleno de horror, quando en la obscuridad de la noche oía al rededor de su cueba bramar los monstruos infernales, hiriendo el ayre con bramidos de Toros, ahullidos de Lobos, rugidos de Leones, sylvos de Serpientes. Mas lo que herirà mas profundamente las orejas serán las horrendas blasfemias, las execrables maldiciones con que desesperados, bolviendose contra el Cielo, maldeciràn la Divina Justicia, la Divina Misericordia, y aun la misma Sangre del Redemptor. Refiere Mendoza, que Dios

diò

diò á vèr à un Siervo suyo las penas infernales, en ocasion que los demonios llevaban á ellas un rèprobo, á quien echaron un collar de hierro ardiente á la garganta, tendieron en una cama de fuego, y le dieron de beber un vaso de azufre hirbiendo: despues lo combidaron à que cantasse, yà que havia sido amigo de canciones lascivas. Escusabase èl, diciendo, que tenia la garganta llena de fuego, y mas aproposito para gemidos, y quexas. Gime, pues, (le decian) y quexate como pudieres; y si no, tomate este golpe. Empezaba el miserable: maldita sea la hora en que nacì: malditos sean los padres que me engendraron: malditos los compañeros que me engañaron: los placeres que me entretuvieron. Bien và la musica, dixeron los demonios; pero prosigue. Proseguia èl: maldito sea el Eterno Padre, que me criò: maldito el Divino Hijo, que me redimiò: maldito el Espiritu Santo, que me quitò su gracia. A estas execrables voces hizo aplauso, y eco todo el Infierno. Estas seràn las musicas de la eterna carcel. Ay orejas mias! Tendreis por bien ahora oìr cantos lascivos, discursos perjudiciales, y murmuraciones? Qué sabiamente nos avisa el Eclesiastico: *Sepi aures*

res tuas ſpinis , & linguam nequam noli audire. (Eccl. 28.) Pon cerco de eſpinas à tus orejas, y no quieras oìr lenguas malvadas para no condenarte á oìr eternamente eſtos gemidos, y horribles blasfemias.

Y ſi atendèmos al tormento del olfato, què hedor peſtilente havrà en aquel albañal de la tierra? *Irrigabo terram fœtore , & implebo eam ſanie.* (Ezechiel 32.) Eſta pena amenaza Dios, como una de las mas horrendas. Tan intolerable ſerá el olor de el azufre, el vapòr de las llamas, el halìto de las gangrenas, y de tantos cuerpos peſtilentes en una pieza por todas partes cerrada, lexos de todo ayre, por mas de tres mil millas, ſin reſpiracion, ni ventana, que doblarà la congoxa, y la eficacia de ſu mal olor. Un ſolo condenado (como teſtifica Mendoza) apareciendoſe á un Religioſo, y pidiendole que dieſſe alguna pequeña ſeñal de ſus tormentos, arrojò un aliento tan horriblemente empodrecido, que el Religioſo cayò alli repentinamente muerto: y eſparcido aquel mal olor por los Clauſtros,no ſolo causò la muerte dentro de pocos dias à todos los Monges; ſino dexò inhabitable para ſiempre el Convento. Mas llegò à decir San Buenaventura,

que

que si el cadaver de un condenado fuesse sacado del Infierno, y puesto sobre la superficie de la tierra, bastaria para inficionar con la exhalacion de su hediondèz toda la tierra. De aqui, en alguna manera se puede colegir, qual es la pena de aquellos miserables, estár siempre sumergidos en las heces de aquel muladar, pegados unos con otros, como ovejas en el matadero: *Sicut oves in Inferno positi sunt*, (Psalm. 48.) y oprimidos unos de otros, forzados à inficionarse reciprocamente con su hedor insufrible. Horroroso caso es el que se refiere en la Vida de Santa Valburga. (Bol. 15. En.) Un homicida, despues de haver muerto á un Peregrino, se lo echò al ombro para llevarlo à sitio escondido, y ocultar su pecado. Mas, ò extraño prodigio! El cadaver se abrazò tan estrechamente con el matador, que jamás pudo dessasirlo de sus espaldas, ni con tirantes de cuerdas, ni con tajos de espada, y assi se viò obligado à traher siempre consigo el cuerpo de su delito, hasta que el rostro corrompido del cadaver inficionò la cara del vivo, y los gusanos hambrientos passaban del un cuerpo al otro, y el aliento pestilente de la podredumbre intolerable, con lenta, y horri-

rible muerte lo acabò. No les ſucederà aſsi à los infelices condenados, que aunque con ſus hediondiſsimos cuerpos, eſtarán unidos con los otros igualmente fétidos inſeparablemente, ſin eſperanza de apartarſe jamàs, ni aun con una muerte violenta; antes por toda la eternidad: *De cadaveribus eorum aſcendet fœtor, & nocte, & die non extinguetur*, (Iſai. 34.) ſaldrà ſiempre de aquellos podridos cuerpos un intolerable hedor, que no ceſſará de dia, ni de noche; pero no para cauſarles muerte, porque deben padecer ſiempre la agonìa, y congoxa, mas nunca verán el fin. Olfato mio, podrás ahora buſcar perfumes, olores, alhagos de almizcles, y ambares, ſabiendo por dicho de Iſaías, que allà ſe han de pagar con peſtilenciales hedores? *Erit pro ſuavi odore fœtor*? Quànto mejor ſerà imitar al Religioſiſsimo Padre Gaſpár Sanchez, Jeſuita, que por mortificarſe nunca quiſo oler flores?

Mas què dirèmos del guſto, que ſe experimenta en la lengua, y en el paladar? Quán atormentado ſe verá de una ſed rabioſa, una hambre canina? Aun los Poetas lo reconocieron por uno de los mas crueles tormentos de el Infierno en los Tantalos, ſiempre ſedien-

dientos, y hambrientos ſiempre. Es tàn gran mal la ſed, que el Rico Glotòn, como olvidado de las otras penas infernales, ſolo pedia una gota de agua para refreſcar la lengua ardiente. La hambre tambien es ſuplicio tan atròz, que muchas veces ha obligado à los hombres á comer ratones, culebras, y ſapos. Haſta las madres con inaudita barbara inhumanidad, ſe han viſto forzadas á deſquartizar à ſus hijos, aſſarlos, y comerſelos parte por parte, y bolver á introducir en ſus impìas entrañas aquellos miembros, que en ellas ſe havian formado, y apenas havian ſalido, como refiere Joſepho en el aſſedio de Jeruſalèn. Aùn mas. Los hombres, fatigados de la hambre, han convertido ſu furia contra sí miſmos, mordiendoſe á pedazos ſus carnes, y bebiendoſe à tragos ſu miſma ſangre, como ſe lee del Emperador Zenòn, ſepultado en un abyſmo de miſeria. Si tales violencias executò la ſed, y la hambre en los miſeros mortales, què hará en los infelices condenados aquella extremada miſeria? *Exardeſcet contra eos ſitis.* (Job 18.) *Famem patientur, ut canes.* (Pſalm. 58.) Tendràn ſiempre los labios áridos, y ſequiſsimos por una ardiente ſed, y las fauces atormenta-

ta-

tadas de hambre canina, ſin una gota de refrigerio; ſin un bocado de alimento. Aunque no, pues nos enſeñan las Sagradas Letras, que tendrán algun ſuſtento, y manjar. Pero quál ſerá èl? Se apacentaràn perpetuamente de hiel de dragones, y de veneno de aſpides: *Fel draconum vinum eorum, & venenum aſpidum inſanabile.* (Deuteron. 32.) El miſmo Dios proteſta, que los quiere alimentar con quinta eſſencia de agenjos, y hiel: *Ego cibabo ipſos abſynthio, & potum dabo eis aquam fellis*, (Jerem. 9.) para llenarles de amargura las entrañas, no para apagarles la hambre. Emplearàn ſus dientes en ſus proprias carnes: *Unuſquiſque carnem brachii ſui vorabit*, como dice Iſaìas. Llenaránles la boca de aquel azufre ardiente, ahogaráles la immundicia de aquel albañal hediondiſsimo, embriagandoſe con aquel plomo derretido, que les abraſará las entrañas, penetrando por todas las venas. Santo Dios! Si aqui nos horrorizamos tanto al oìr que los Tyranos hacian que los Martyres bebieſſen reſina ardiente, y metales derretidos, dexo à vueſtro penſamiento, que diſcurrais, ſi Dios ha permitido, que tales tormentos ſe executaſſen en ſus mas queridos amigos; què

querrà ſe haga con ſus mas aborrecidos enemigos en el dia eterno de ſu furor? O, eſtèn muy lexos de noſotros las oſtentoſas, y regaladas meſas, las embriagueces, y deſtemplanzas de los glotones! Amemos mas la abſtinencia, y ayunos de Lazaro, para no caer en los ſuplicios de la infernal hambre, y ſed.

Finalmente, ſe ha de ponderar el tormento del tacto, el qual, como eſtà mas eſtendido que todos los otros ſentidos, por todas las partes, y miembros del cuerpo; aſsi ſerá mas atormentado en cada parte de por sí con particular pena. Pero yo, no teniendo aqui tiempo para regiſtrar uno á uno los tormentos eſpeciales, me eſtrecharè à ſolo ponderar el del fuego, que vale por todos; porque alli todos los inſtrumientos ſeràn de fuego, tenazas de fuego, ſaetas de fuego, ſierpes, y navajas de fuego, todo lo que ſe puede imaginar en los abyſmos, ſin exceptuar aun aquel podrido aliento, y condenacion de los condenados, ſerà fuego: *Spiritus veſter, ut ignis, vorabit vos.* (Iſaìas 33.) Antes, ſi creemos á San Geronymo: *In uno igne peccatores omnia ſupplicia ſentiunt in Inferno*, el fuego ſolo ſerà como un licor alambicado de

to-

todos los dolores, sirviendo por todos, y haciendo, que en èl sientan los condenados el ardor de las brasas, y el frio extremado de los yelos, el desencajamiento de los huessos, y nervios, los pasmos de las entrañas, las heridas de navajas, las mordeduras de serpientes, los golpes de los azotes, y latigos, y quanto jamás supo inventar la ingeniosa crueldad de los Tyranos. El mismo Dios dice, que *dabit ignem in carne eorum, ut urantur, & sentiant usque in sempiternum.* (Jud. 16.) Pondrà fuego, no solo en las partes exteriores, sino en las mas interiores de las entrañas, no solo en los sentidos del cuerpo, sino aun en las potencias del alma; porque será de otra mayor eficacia, que el fuego comun nuestro, aquel fuego encendido por la ira de Dios enojado, para instrumento de la venganza divina, elevado con fuerza sobrenatural á producir efectos prodigiosos, aun en los espiritus, y castigar las injurias cometidas contra el Criador. Sabemos por las Historias Eclesiasticas, que un condenado que saliò del Infierno para atemorizar à los vivientes, con sola una centella de su fuego hizo se quebrantasse, hasta reducir á polvo, una gran piedra de molino. Otro, metiendo

un dedo en un vaso de agua fria, la hizo hervir. Otro, con solo tocar ligeramente un gran candelero de latòn, lo hizo derretirse, qual si fuesse de cera. Pues en este fuego tan terrible han de tener su estancia eterna aquellos malaventurados. De estas llamas consumidoras han de ser perpetua leña, y alimento los pecadores; mas como estopa encendida, sin consumirse: *Erit populus quasi esca ignis: & omnes facientes iniquitatem stipula.* (Malach. 4.) De este fuego estaràn cercados por defuera, y penetrados por dedentro: de suerte, que el condenado no se podrà distinguir de el fuego, ni el fuego de el condenado; assi como el metal derretido en la hornilla no se puede discernir de las llamas, que lo derritierron, antes parece una misma cosa con su incendio. Còmo, pues, alma mia, y cuerpo, no te cubres de horror, y no tiemblas de este abrasador fuego? *Quis poterit habitare cum igne devorante?* Este cuerpo tan blandamente criado, acostumbrado á tantas delicias, regalado con tantos placeres, podrà vivir entre aquellas llamas? Si el dormir en una cama algo dura, si el estár media hora de rodillas en oracion, te es tan molesto, y apenas lo puedes sufrir; còmo po-

podrás llevar estàr por todos los siglos tendido sobre puntas agudas de hierro encendido? Còmo sufriràs estàr hirviendo eternamente en un mar de llamas? *Quis habitabit cum ardoribus sempiternis?* Si os mandan un ayuno, un silicio, una disciplina para domar las pasiones desenfrenadas, no se admite, y se dàn mil escusas, y se tiene por muy rigorosa penitencia: sepamos, (dice Thomás de Kempis, lib. 1. cap. 24.) que alli será mas molesta una hora de penas, que acá cien años de amarguissima, y estrechissima penitencia: *Ibi erit una hora gravior in pœna, quam hic centum anni in amarissima pœnitentia.*

§. II.

PENAS EN LAS POTENCIAS DEL ALMA.

LAS penas de los sentidos en el cuerpo, quizà parecerán ligeras, si se afrontan, y contraponen con las penas de las potencias interiores del alma; porque la memoria será atrozmente atormentada con el pensamiento de vèr una Gloria eterna, perdida por un brevissimo placer, y vilissimo. Esta pena es

de tal horror, que dice San Juan Chryſoſtomo: *Decem mille quis ponat gehennas: Nihil tale dicet, quale à beata Gloria excidiſſe:* Ponme á la viſta diez mil Infiernos: nada tiene comparacion con haver perdido la Gloria, y felicidad eterna. Fuera de que un demonio confeſsò al Beato Jordàn, que padeceria con guſto todas las penas de todos los condenados haſta el dia del Juicio Univerſal, para poder gozar deſpues la viſta de Dios. Y el Eterno Juez al pronunciar la ſentencia contra los réprobos, en primer lugar pone el auſentarlos de ſu preſencia: *Diſcedite à me*: Apartaos de mì: quitaos de delante de mis ojos. Si Eſaù viviò en perpetuo dolor por acordarſe que havia vendido la Primogenitura, y Mayorazgo por una taza de lantejas; quál ſerá el ſentimiento de los condenados al acordarſe que han perdido el Reyno de los Cielos, y eſtàn privados de la eterna Bienaventuranza por un placer, que ſe deſvaneciô como humo? Còmo es poſsible (ſe dirá á sì miſmo) que yo, que era tan aviſado para eſcuſar todo mal ſuceſſo, ò infortunio, tan advertido en governar todos mis negocios, è intereſſes; no obſtante, por no privarme de un vaniſsimo, y ri-
di-

diculo deleyte; por complacer á aquel fausto; por no hablar una buena palabra de reconciliacion à aquel enemigo haya querido perder el Paraìso, perderme á mí, y perder à Dios? Yo estaba destinado por justo precio del Redemptor para el Cielo: fuì lavado con las aguas saludables de el Santo Bautismo: alimentado con los Divinos Sacramentos, y con todo esso nada me ha valído, porque usè mal de todas las cosas, y nunca quise dár credito á las amenazas del Cielo. Mas ay! ay de mì, que llego á experimentar estas penas antes de creerlas! *Væ, væ, væ mihi! Cui hæc prius experienda sunt, quam credenda.* (Emissen. hom. 1.) Cierto es, que tendrán un inexplicable quebranto al hacer memoria de la comodidad, facilidad con que se pudieron salvar, haciendo una buena confession, à que muchas veces se sintieron interiormente movidos: con los exemplos de los compañeros, que tanto le incitaron á la virtud, levantaron el pensamiento al Cielo; y reconociendo con què poca costa llegaron otros á posseer aquella gloria, que ellos perdieron, què sollozos, què gemidos arrojaràn de el pecho! Vèr cerca de Dios levantado à tan felìz suerte, no solo un hermano,

ſino aun quizá un enemigo, uno à quien en el mundo deſpreciaron por pobre, ù de quien hicieron burla como de loco. O, que eſto ſerà lo que les obligará à ſalir de sì, como inſenſatos: *Nos inſenſati vitam illorum æſtimabamus inſaniam, & finem illorum ſine honore. Ecce quomodo computati ſunt inter filios Dei.* Santa Aldegonda viò una vez al demonio, que lloraba como deſeſperado, el qual ſiendo forzado à deſcubrir la cauſa de tan inconſolable lamento, reſpondiò, que era vèr que ſubian los hijos de Adàn à aquella Patria, de donde èl eſtaba perpetuamente deſterrado: *Quod illuc filios Adæ aſcendere conſpiceret, unde ipſe cum ſuis ſemper exulare cogeretur.* Eſta es la mayor pena que padece Lucifer, vèr que ſuben los hombres á gozar de aquel Paìs, que èl con los ſuyos nunca podrà conſeguir. Y eſte ſerà el mayor dolor de los condenados, la embidia rabioſa que tendràn à los que ganaron la Gloria con tan poco trabajo, quando ellos por menos precio lo perdieron. Mas aquel terribiliſsimo guſano de la conciencia, que nunca muere, y ſiempre roe las entrañas de el alma, no es otra coſa (ſegun San Bernardo) ſino la memoria de las culpas come-

ti-

tidas: *Hic eſt vermis, qui non moritur, memoria præteritorum.* Guſano, que ſiempre le morderà con eſtos tres dientes, que la pérdida incurrida es de un inmenſo bien: que lo que ha adquirido, y ganado es un immenſo mal: y finalmente, que tal pérdida, y tal ganancia por ſu culpa no tienen remedio. Aùn Ciceròn afirma, que aquellas furias, que tan terribles ſe repreſentan en los Theatros, yá con hachones de azufre ardiendo, yà con latigos, y azotes de aſpides amontonados; y juntamente aquellas fabulas de los Buytres, que deſpedazan el corazon à Siſifo: aquellas Aguilas, que rompen las entrañas á Prometeo, no ſignifican otra coſa, que los remordimientos de la mala conciencia, y la memoria de las maldades paſſadas. Mas para què es traher fabulas, quando tenemos el teſtimonio que refiere el B. Umberto de un condenado, que apareciendoſe veſtido de una triſte ropa, todo afanado, y laſtimero, confeſsò, que el infierno de ſu infierno, era la memoria de las culpas cometidas; de haver perdido un Reyno por un breviſsimo deleyte; haver gaſtado en vaniſſimos cuidados el tiempo, quando con poca parte de èl, haciendo una buena confeſsion,

ha-

havia podido ganar el Cielo : *Transiit messis, finita est æstas, & noo salvati non sumus.* (Jerem. 8.)

El entendimiento tambien serà combatido de mil tempestades de fatigas. Hagamos reflexion en una sola, que es el pensamiento de la eternidad, que estarà siempre vivo en el entendimiento del condenado. Este formidable pensamiento del *siempre*, y del *jamàs*, siempre penar, y jamás morir, de que se compone la horrible eternidad, harà probar al condenado en todos los instantes, no solo las penas presentes, sino todas las que le vendrán successivamente. Los Sabios comparan la eternidad á una esphera, ò circulo immenso, que no tiene principio, ni fin; pues assi como un circulo, ò bola de bronce, puesta sobre una mesa llana, la toca solamente con un punto indivisible, y no obstante la agrava con todo su peso, assi la eternidad, aunque no toque, ni oprima al condenado mas que con solo el instante presente; con todo esso, para atormentarlo, le carga el passado, el presente, y el venidero, haciendole aprehender vivamente en todos los momentos, que el mal que ha padecido, y padece, lo ha de padecer, sin te-

tener por toda la eternidad alivio alguno; *Etiam in præsenti sentient consequentium tormenta sæculorum.* Esta perpetuidad es la essencia propria de las penas infernales. Quitese la eternidad, y el Infierno yá no será Infierno: como una pena ligera, si no hay esperanza de tener jamás alivio, se hace intolerablemente grave; assi la pena, por grave que sea, con poder decir: Ella se acabará, con esto solo se aligera muchissimo. Si Dios notificasse al condenado, que despues de millones de años derramasse solas dos lagrimas, porque quando huviere derramado tantas, que lleguen à formar un Occeano, entonces acabarà su vida, y muriendo dexará de padecer, saltarìa de gozo (dice San Buenaventura) entre aquellas penas, y se tendría por dichoso. Si resonasse en el Infierno una voz, que dixesse á aquellas almas, que un pajarillo, viniendo cada año sola una vez à beber una gota de agua, quando huviere secado, y gastado todo el mar; que un gusanillo, viniendo cada siglo á dàr un bocado, quando huviere consumido todos los arboles, y bosques, entonces vosotras morireis con cruel muerte; cada una de ellas (dice S. Antonio) recibirìa con mayor gozo esta nueva, que

un

un condenado á la horca, si le diessen noticia de que le havian hecho Monarca del Mundo. Mas en vano se fingen estas nuevas, porque jamàs saldràn de aquel abysmo, haviendo cerrado para siempre sus puertas aquel Dios, que solo tiene las llaves de la muerte, y del Infierno: *Habeo claves mortis, & inferni.* (Apoc. 20.) Ni conseguiràn jamás una respiracion de descanso, y cessacion de sus tantas penas, ni una sombra de esperanza de alivio á tantas miserias. Por mucho que suspiren, y lloren, no apagaràn jamàs una centella de su incendio; por mas que quieran despedazarse los miembros, nunca podràn quitarse la vida: *Cruciabuntur die, ac nocte in sæcula.* (Apoc. 20.) Penaràn, bramaràn, se bolverán locos á fuerza de dolores por todos los siglos sin numero, buscando siempre la muerte, y nunca hallandola; *Mortui vitæ, & morti sine fine victuri.* (Aug. hom. 16.)

O quánto se descubre la Divina Justicia mas severa que la humana, porque la muerte, que es el mayor castigo de la humana Justicia, serìa tenida por gran premio de la Divina! O trueno espantoso de la eternidad! Còmo puede ser, que estas dos palabras *penar*

nar eternamente, no lleguen à causar palmo à la razon, y temblor al corazon? Eliogabalo se enojaba, quando le trahian combidado á una Comedia de quatro horas, no pudiendo sufrir tan largo divertimiento. A Fulcòn pareciò larguissima, è intolerable una noche, que le obligaban á estàr acostado de un mismo lado, aunque la cama fuesse de blandas plumas. Què serìa, si esse mismo descanso, ò diversion huviera de durar mil años? Y què si entre deleytes de tantos años se mezclasse una calentura ardiente, un dolor de hijada, ò de piedra? De aqui se puede inferir, què molesta serà la eternidad, no yá en delicias apetecibles, no en una especie sola de mal, sino en la privacion de todo bien, y en abundancia, y concurso de todos los males, y amontonadas sobre un miserable todas las penas. Con razon clamaba el Propheta: *Contriti sunt montes sæculi ab itineribus æternitatis ejus.* (Hab. 3.) Esto es, segun explican los Expositores. Los Santos mas elevados, y perfectos (que son montes de virtud en este mundo) han quedado atonitos, assombrados, y como quebrantados de dolor, y temblor, al considerar los caminos de la eternidad de Dios.

Co-

Como tambien el Santo David, que decia: *Anticipaverunt vigilias oculi mei, turbatus sum, & non sum locutus.* He estado desvelado, sin poder tomar el descanso del sueño; turbado todo, sin poder formar una voz. Y por què tanta turbacion, tanto desvelo, tan atonito silencio? Yá dá la razon. Porque me puse à pensar en los años eternos: *Annos æternos in mente habui.* Aquellos años, que nunca han de acabar: aquellos años, que no esperan termino, ni bueltas de el Sol, ni gyros de el Cielo, ni tendrán jamàs fin. Fixò el pensamiento en la eternidad, y temblando repetìa: *Númquid in æternum projiciet Deus?* Por ventura me arrojarà Dios de su presencia eternamente? Si me encerrará à padecer para siempre en los calabozos del Infierno? Una Santa Teresa empezò, prosiguiò su santissima vida con el pensamiento de estas tres palabras: *Eternidad, Siempre, Jamàs.* Estas tres palabras deberian atravessar los corazones de los pecadores mas vivamente, que las tres lanzas de Joab atravessaron el pecho del inconsiderado Absalón.

Ni serà menor el tormento de la voluntad, que estarà siempre ansiosa de lo que nun-

nunca podrà conſeguir, y aborrecerá ſiempre aquello miſmo de que nunca podrá eſcapar: *Quid tàm penale*, (dice San Gregorio) *quàm ſemper velle, quod numquam erit, & ſemper nolle, quod numquam non erit?* Què mayor pena, que deſear la muerte, que ſiempre parecerà que viene, y jamás llegarà? Què aborrecer la vida, y entre tantos fieros verdugos, que atormentan, no hallar uno que ſe la quite? Tendrán ſiempre clavada en lo mas intimo de la voluntad aquella eſpada de tres filos, de quien habla Ezequièl: *Triplicetur gladius, qui obſtupeſcere eos facit, & corde tabeſcere, & multiplicat ruinas.* Y què eſpada es eſta de tres agudiſsimas puntas? El odio contra sì miſmos, la ira contra Dios, la embidia contra los eſcogidos. Aſsi lo interpreta San Alberto Magno: *Ad ſe invicem habent odium, iram contra Deum, & invidiam contra electos Regni ejus.* El odio es una paſsion turbulenta, que ſiempre tiene las furias en el corazon; por eſſo Neròn parecia que eſtaba ſiempre poſſeìdo de una furia de un demonio. Aborrecerá, pues, el condenado à ſus compañeros por el aumento de pena, que le previene de tan malos vecinos; y

no

no podrà menos de desconsolarse con sus males, porque los mirarà como causa de padecer èl mayores tormentos. Se enojarà con ira implacable contra Dios, que no solo està inexorable para no compadecerse de èl, ni socorrerlo; antes se complace de sus males, y de ellos recibe gloria, y hace burla de èl: *Dominus irridebit eum.* (Sap. 4.) Tendrà finalmente una mortal embidia contra los Bienaventurados, considerandolos seguros, viendo à Dios, gozando las delicias de aquella Patria de la felicidad, y bendiciendo la Divina Justicia, no solo por el premio, que á ellos les dà en el Cielo, sino tambien por la pena, que se venga de los precitos en el Infierno: *Lætabitur justus, cum viderit vindictam.* (Psalm. 57.) Esta embidia es una gangrena, que le comerà, y roerá hasta los huessos: *Putredo ossium invida.* (Prov. 41.) En suma, la voluntad estarà siempre atormentandose con un rabioso aborrecimiento de todas las cosas, un desorden de todos los afectos, una furiosa ansia de cosas impossibles, y desesperacion de experimentar jamàs bien alguno. La esperanza, que suele dàr algun alivio á los enfermos en sus calenturas, à los cautivos en sus cadenas, à los

reos

reos en ſus ſuplicios, no tendrà jamás lugar en el Infierno. En eſta rabioſa deſeſperacion ha de venir à parar la loca, y mal fundada eſperanza de los pecadores. Lleno eſtà el Infierno de los que eſperaban nunca ir allà, y lleno de los que deſeſperarán ſalir jamàs de èl.

Veis aì una breve mueſtra del Infierno. Ahora, ſi la eternidad de eſtas atrociſsimas penas no fueſſe (como verdaderamente es) verdad infalible, y cierta, qual es la palabra de Dios, ſino opinion probable de Platòn, ò de Ariſtoteles, tal que pudieſſe ponerſe en duda; con todo eſſo, por ſer tan gran mal eſtàr privado de la viſta de Dios eternamente, y arder en unas eternas llamas, à portarnos como hombres de razon, deberiamos poner todo esfuerzo por aſſegurar la ſalvacion, y librarnos de la condenacion. Mas porque eſta no es opinion, que ſe quede en los terminos de probable, ſino verdad Evangelica, è infalible: no es locura de un bruto irracional vivir de modo, como ſi no penſára, ni le dieſſe cuidado que le ſobrevenga una eternidad de penas? Ay! leed eſtos renglones, y tomad el conſejo que diò el Angel á Lot, quando le ſacò del

incendio de Sodoma: *Salva animam tuam.*(Gen. 19.) Y no hay otro mas ſabio, ni mas ſeguro.

§. III.

VISION DE SANTA FRANCISCA ROMANA.

POR la ſemejanza del aſſumpto ha parecido añadir aqui una viſion, que tuvo Santa Franciſca Romana, y ſe refiere en la nueva Vida, que ſaliò en Roma año 1675. diſpueſta por los MM. Oblatas, de la Caſa de Torreſpechio. Contieneſe en el cap. 24. del lib. 1. pag. 90. y traducida, dice aſsi:

Eſtando gravemente enferma la Sierva de Dios, un dia, como à la hora de Viſperas, quiſo tomar un poco de recreacion, paſſando à lo alto de la Caſa, à un Devoto Oratorio, que alli havia hecho con una parienta ſuya, luego que ſe casò, donde ſolía retirarſe muchas veces. Aſsi que llegò ſe puſo en fervoroſa oracion, y arrebatada ſubitamente en extaſis, fue llevada del Angel San Rafaèl á vèr las penas del Infierno. El Angel animò à la Santa, diciendola, que debaxo de ſymbolos, y formas corporales, les ſerìan moſtrados los inſtrumentos con que ſon ator-

atormentadas las infelices almas de los condenados; no porque en la realidad haya allì aquellos instrumentos, sino para que por medio de ellos mejor comprehendiesse lo que passa en aquel lugar. Volviendo despues en sí, su Padre espiritual la mandò, en virtud de santa obediencia, que le contasse todo lo que havia visto; y asi lo hizo, no sin grandissima pena, y mortificacion suya. Pondrèmos aqui en breve lo que viò la Santa en aquel rato, juzgando, que puede aprovechar à los pecadores. Mas debese notar, que la Divina Benignidad quiso representar al entendimiento de la Santa con varios symbolos, y formas corporales los instrumentos con que los condenados padecen, por significar mejor la diversa calidad de sus pecados.

Tenia, pues, esta miserable, y eterna carcel en el frontispicio esta inscripcion: *Este es el lugar infernal, sin esperanza, y sin descanso alguno.* Toda aquella grandissima concavidad estaba dividida en tres regiones, una baxa, otra enmedio, otra en la infima parte, y de esta salia un fuego obscuro, lleno de humo espantoso, que parecia sustentarse de pez, azufre, y toda materia vasta, el

qual ſe eſtendia con un hedor intolerable por todas aquellas manſiones.

Advirtiò tambien la Santa, que eſte fuego no tenga igual fuerza de atormentar en todas partes, porque cauſaba mayor, y mas profundo dolor à los que eſtaban en lo mas baxo; y la fuerza era menor, quanto mas alta ſe levantaba la llama. Un grande, y horroroſo Dragon ocupaba de alto á baxo la gran concavidad del Infierno: la grandeza de ſu cuerpo ocupaba la parte ſuperior: de la boca arrojaba un rio de obſcuro, y hediondo fuego: el vaſtiſsimo vientre ſe eſtendia por en medio, y ſu inmunda cola llegaba à lo mas inferior.

Satanàs deſpues eſtaba ſentado en medio del Infierno ſobre una viga de fuego, de cuya cabeza ſalian muchos cuernos como de ciervo, que hacian à ſu cabeza una eſpantoſa corona, que por todas partes arrojaba hediondas, y obſcuras llamas, y ſus inmundos pies ſentaban en lo mas ſucio, y profundo de aquel tormentoſo lugar. Finalmente, aſsi el Dragòn, como Satanás, eſtaban atados por el cuerpo con grueſſas cadenas de hierro encendido, que ningun miembro les dexaban libre. Mientras con la viſta de tan

hor-

horribles figuras estaba el alma de la Santa assombrada: he aqui que se oye un grande estrepito de horrendas voces, mezcladas con gemidos, y suspiros, y à poco rato viò aparecerse una gran tropa de condenados, que venian arrastrados de los demonios, con insultos, y golpes terribles, para ser atormentados en aquel calabozo, segun sus pecados. Fuera del pestilencial fuego, que por toda aquella caberna se estendia, viò, que por todas partes andaban volando aspides venenosos, horribles sierpes, sapos, y otros animales de horrorosas figuras, y calidades malignas, que añadian espanto á aquel terrible lugar. Y este (por decirlo asi) fue el theatro miserable, y como tablado, donde debian presentarse los condenados, actores de tan lastimosa tragedia; mas la Santa subitamente passò á vèr con que diversidad de tormentos castigaba la Divina Justicia las varias especies de pecados.

Viò, pues, gran cantidad de aquellos, que con todas suertes de torpezas havian manchado sus cuerpos, yá contra la naturaleza, yà con incestos, y sacrilegios, yá violando las Leyes Divinas, y humanas con otras deshonestidades. Todos estos eran continua-

mente mordidos de ſierpecillas venenoſiſsimas en aquellas partes donde havian tenido mayor deleyte. Algunos, demàs de eſto, tenian todo ſu cuerpo atraveſſado con palos, y eſpadas de fuego, con que ſe veìan miſerablemente abraſar, y toſtar: otros eſtaban rebolcandoſe en un hediondiſsimo lago de pez, azufre, y otras inmundicias: aqui los traſpaſſaban, y deſpedazaban con garfios de hierro. Mezclados con eſtos miſerables eſtaban los padres, y madres, que havian expueſto ſus hijos, ò hijas á vivir mal, ſin atencion á ſu honra, ni al temor de Dios. A eſtos dexaban caer en una campana de bronce hecha de fuego; deſpues los deſpedazaban quatro perros, que les arrancaban las carnes, ſucceſsivamente uno trás otro. Finalmente, los demonios les ſacaban de las entrañas el corazon, y les arrobajan á la cara gran cantidad de coſas inmundiſsimas.

Mas aquellos, que no havian guardado el voto de caſtidad, como tambien las mugeres, que havian hecho traycion á ſus maridos, ò quedando viudas, ſe havian entregado á los deleytes ſenſuales, todos eſtos eſtaban metidos en unas tinas de pez, y azufre hirviendo: yá con garfios de hierro

los

los arrojaban en eſtanques helados : parte eran eſtendidos ſobre camas de hierro ardiendo, llenas de agudos clavos, y aqui los demonios con horquillas agudiſsimas los traſpaſſaban. Ni faltaban otros, que ahorcados en funeſtos arboles, eran apacentados de frutas amarguiſsimas, hediondas, y llenas de guſanos: havia tambien otros, que eran aventados como paja, y deſpues los ponian recoſtados, juntamente con ſapos, eſcuerzos, culebras, y otros animales inmundos. Aquellas damas, que ſe havian ſervido de ſu hermoſura, y bien parecidos cabellos para malos fines, traìan las cabezas rodeadas de venenoſas ſierpes, que no ceſſaban de morderlas, y deſpedazarlas; y las eſpaldas, y hombros venian veſtidas de unas ropas como de bronce hecho aſqua.

No carecian de particular pena todos aquellos, que entregados á la gula, y al ſueño, havian vivido ſepultados en ocio, y en la pereza; ni los que ſe havian ocupado en exercicios vanos, y dañoſos, como en bayles, y danzas deshoneſtas; porque, ò eran forzados á tragar pez derretida, mezclada con otras inmundicias, y vino hediondo; ò con lenguas de fuego eran beſa-

dos de los demonios, ò heridos en las gargantas con cuchillos agudos, y garfios; y fuera de esto, eran entregados à una voráz serpiente, que de continuo los estaba mordiendo.

A aquellos, que vana, y demasiadamente, confiados en la Misericordia Divina, se havian assegurado para pecar, les abrian los costados, y en las llagas les echaban aceyte hirviendo, saliendoles de las mismas llagas gran cantidad de gusanos. Pero los baylarines, que con gestos, y saltos deshonestos havian sido ocasion de pecar à muchos, tal vez eran atados á un palo, para ser assaeteados; tal vez les forzaban á saltar al son de los azotes, y heridas, que les daban; tal vez los tendian en tierra, y saltando sobre ellos los demonios, les daban latigazos en la cabeza, y en todo su cuerpo. Aquellas virgenes, que havian conservado la pureza del cuerpo, y perdido la del alma, eran azotadas de los demonios con cadenas ardientes; y tendidas sobre camas de hierro hecho asqua, padecian terribles dolores.

No eran pocos los avarientos, tocados de la codicia de tener, y enriquecidos con malas artes, usurarios, ladrones, falsarios, y

todos los que ſe emplearon en injuſtas ganancias. Eſtos ſe veìan en una eſtrecha jaula de hierro encerrados, y luego anegados en un mar de oro, y plata derretida, y ardiente. Ni dexaban los demonios de forzar á aquellos mezquinos con unos grandes cucharones à beber aquel liquido metal. Los corazones de los miſerables eſtaban continuamente mordiendo unas deſapiadadas ſierpes, que deſpues ſe les enroſcaban por todo el cuerpo, y con ſu inmunda cola los azotaban. Algunos, deſpues de los tormentos, eran entregados á tygres, que los deſpedazaban, y paſſaban de un lago de plomo derretido, à un eſtanque de agua helada.

Igualmente los Jueces corrompidos con ſobornos, que havian adminiſtrado mal la juſticia, y pronunciado ſentencias injuſtas, deſpues de haver ſido ſumergidos en tinas de oro, y plata derretida, los ſacaban fuera con garfios de hierro, y arrojados à leones, que les deſpedazaban las cabezas; y finalmente les ponian en ellas unos birretes de bronce hechos aſqua. Los Medicos, que por malicia, ò por culpable ignorancia havian cauſado la muerte à los que debian dàr la ſalud, ſe veian colgados de los pies, y deſ-

pe-

pedazados con peynes de hierro; á algunos, por ignorantes, les ſacaban los ojos; à otros, en pena de ſu malicia, les ſacaban el corazon, y lo echaban à perros, que lo comieſſen.

Aqui tambien ſe veìan los embidioſos, que con las cabezas baxas, y cruzadas las manos, ſe conſumian en vivas llamas. A eſtos los demonios les apretaban fuertemente el cuello, para que no pudieſſe ſalir por la garganta un aſpid, que les roìa el corazon. Moſtraronſele mas á la Santa varios Oficiales, que ſin temor de la Juſticia, havian hecho robos, y fraudes en el deſpacho de ſus mercancìas: en particular dixo haver viſto muchos Meſoneros, y Carniceros: los primeros eran forzados à paſſar continuamente por arroyos de hielo, de agua, de vino hirviendo, mezclado con muchas inmundicias, y metales derretidos, teniendo por fin, para deſcanſar, una cama de carbones encendidos: los ſegundos atraveſſados por la garganta con garfios de hierro en unas balanzas, deſpues eran arrojados en una profundidad, donde con entrañas de animales muertos, yà podridas, los azotaban, y herian el roſtro; y al fin los eſtendian en un gran banco,

co, donde los cortaban à pedazos muy menudos ſus miembros.

Los jugadores, por los muchos, y varios pecados, que en eſſe exercicio havian cometido, eran arraſtrados ſobre carbones encendidos, mezclados con hueſſos de muertos; deſpues con varas de hierro, que en las puntas tenian palas de fuego, los azotaban fieramente, y deſpues les obligaban á manoſear dados de hierro hechos aſqua. Una gran cantidad de blasfemos, murmuradores, perjuros, hechiceros, y renegados, paſſaban mueſtra deſapiadada. Su eſpecial tormento era en la lengua, que con varios inſtrumentos les era deſpedazada, atraveſada, y aun ſacada de la garganta con garfios de hierro; y por ultimo les llenaban las bocas de braſas ardientes, ſobre las quales les echaban aceyte hirviendo. Hecho eſto, los demonios proſeguian à herirles el cuerpo todo con lenguas de fuego; mas á los murmuradores una hydra de ſiete cabezas les malquiſtaba, y mordía en todos ſus miembros, y ſentidos.

Deſpedazabanles las lenguas, y las cortaban en varios pedazos, echandolos al fin en un horno de fuego; deſpues los herian los ojos, las narices, y las orejas con garfios, ſe-

ſepultandolos en una cama de hierro encendido.

Eran grandiſsimas las penas de los que arraſtrados de paſsiones brutas, en eſpecial de la ira, havian paſſado à hacer homicidios, yá con fuerza declarada, yá con ocultas aſſechanzas, y traycion. En eſtos executaba ſu venganza la Divina Juſticia, porque ſe veìan ſumergidos como en unas tinas de ſangre humana, que eſtaba furioſamente hirviendo. De eſte encendido baño paſſaban á otro ſumamente helado: ſus cuerpos continuamente eran deſpedazados con tenazas de hierro.

Algunos de eſtos miſerables eran forzados á entrar por ſu pecho una ſerpiente de bronce encendido; y quando ſalian de eſte tormento, con lanzas, eſpadas, y otros inſtrumentos militares, eran ſin ceſſar heridos: á otros con garfios de hierro les paſſaban el corazon, y las entrañas, y luego eran arrojados en tinas de pez hirviendo; y eſta pena padecian tambien aquellas mugeres, que maliciosamente havian abortado, ò ahogado á ſus hijos reciennacidos.

Intolerables eran los tormentos que padecian los ſobervios, los ambicioſos, y los que

que por altivèz havian deſpreciado, ò maltratado à ſus padres, porque con muchas beſas, y eſcarnio los levantaban en alto, y luego los dexaban caer con impetu en la boca de un leon de bronce hecho un fuego, cuyos dientes eſtaban llenos de agudos clavos, y navajas afiladas. De la boca del leon eran conſtreñidos à paſſar à ſu eſtomago, lleno de ſierpes, ſapos, y otros inmundos, y venenoſos animales; y quando ſalìan de aquel ſucio, ardiente ſeno, eran arraſtrados por un pavimento lleno de puntas, y cuchillos cortadores.

Pero ſobre todo quedò atonita la Santa, al vèr una gran multitud de perſonas, la mayor parte Ecleſiaſticas, Sacerdotes indignos, Predicadores falſos, Confeſſores malvados, muchos excomulgados, y ſimoniacos, que havian profanado los Santos Sacramentos, eſparcido doctrinas falſas, y erroneas, y con otros modos indignos havian envilecido, y piſado un grado tan eminente. Todos los que tenian el ſagrado caracter eran degradados por los Miniſtros infernales, y cabeza abaxo eran arrojados en una foſſa profunda, horrible por la obſcuridad, por el olor peſtilente, y todo genero de inmun-

mundicias: algunos con tenazas, y horquillas de hierro eran forzados á entrar en un tenebroſo horno; à otros llenaban las bocas de hediondiſsimas vaſcoſidades; à otros arrancaban las lenguas, las orejas, y los corazones, y los ponian en medio de pedernales hechos un fuego. Ni faltaban algunos, que eran arraſtrados por eſcaleras llenas de navajas; yà ſubiendolos, yà baxandolos por ellas, quedaban deſencajados los hueſſos, y llenos de heridas por todas partes; mas los que havian cometido ſus maldades por codicia de dinero, demàs de eſtas penas padecian los tormentos de los avaros, y codicioſos.

Decia finalmente la Santa, que por particular diſpenſacion divina tuvo gracia para leer en la frente de cada uno de los condenados ſus pecados, y quán gran pena padecian por el guſano de la conciencia, que no les dexaba de roer un punto. Quànto aſſombro ſacò de eſte horrendo, è infelìz eſpectaculo la Sierva de Dios, mas ſe puede penſar, que decir; sì bien ſu alma quedò intolerablemente traſpaſſada de oìr las horroroſas blasfemias, que ſalian de aquellas apeſtadas, y malditas bocas. Eſtas voces ſe con-

fun-

fundian con el efpantofo crugir de dientes, y con las injurias, y efcarnios, que los Miniftros de Satanás añadian á los tormentos, dando en cara à cada uno fu mala vida, el haver perdido las ocafiones de hacer penitencia, y librarfe de aquellas penas, la ingratitud con que correfpondieron tan mal á los beneficios de Dios, y como en aquel lugar de excefsivos tormentos, fin mezcla alguna, ni efperanza de confuelo, han de eftàr encerradas para fiempre por toda una eternidad. Efta es una parte de lo mucho que la Santa regiftrò en aquel baratro de confufion, y horror, que ha querido Dios alcancemos á faber, para que en alguna manera fe entienda quàn horrible cofa es caer en las manos de Dios vivo, vengador de fus injurias, y de los delitos humanos: *Horrendum eft incidere in manus Dei viventis.* (Hebr. 10. 31.)

§. IV.

EXEMPLO.

NO sè fi haya havido Santo, que viviefſe con tanta pureza de vida, y juntamente con tanta aufteridad de penitencias, co-

como el Serafico Doctor San Buenaventura. De su vida immaculada llegò á decir el Pontifice Alexandro IV. *Hic verus Israelitas, in quo dolus non est.* De sus penitencias baste decir, que èl viviò en el primer fervor de la Seraphica Observancia vestido de vasto Sayàl, mas para cubrir la desnudèz, que para defender el cuerpo de las injurias del tiempo, los ayunos continuos, las disciplinas sangrientas, los silicios horrorosos. Pues este gran Santo, entregado el pensamiento, y anegado en la atrocidad de las penas infernales, vino á decir, que si Dios revelasse, que solo un hijo de Adan havia de ser condenado al Infierno, no por esso dexaria èl de proseguir en aquella suma aspereza de vida, por temor de no ser aquel unico infelìz destinado á aquella horrenda carcel. Y què debemos hacer nosotros pecadores, sabiendo por dicho de los Profetas, que la boca del Infierno està abierta sin medida, para tragarse los precitos? *Dilatavit infernus os suum sine termino.*

Oyendo à la Sabiduría Divina, que nos enseña ser muchos los que vàn por el camino ancho de la perdicion: *Spatiosa via est, quæ ducit ad perditionem, & multi intrat*

per

per eam. Sabiendo, que como los copos de nieve caen del Cielo, aſsi las almas caen en el Infierno: *Sicut nix ruit è Cœlo, ita animæ ruunt in infernum.* Pero oygamos una hiſtoria memorable.

Un Conde, ò por mejor decir, un Tyrano de Sulmona, con ſoberbios modos, y graves ſocaliñas, trataba como perros á ſus vaſſallos, al miſmo tiempo que trataba mejor á ſus perros, que á ſus vaſſallos, porque ſiendo muy dado á la caza, ſuſtentaba muy bien un gran numero de ellos. Sucediò, que un vaſſallo ſuyo, ſeguido, y moleſtado de un lebrèl muy querido del Conde, le hiriò gravemente, y le hizo dàr rabioſos ladridos; de que indignado ſobremanera el Conde, al inſtante mandò, que el pobre fueſſe encerrado en un horrible calabozo, cargado de cadenas.

Eſtando alli, abandonado de todo humano ſocorro, oprimido de gravìſsima melancolìa, echòſe al partido de los deſeſperados, invocando al Demonio, que vinieſſe á ayudarle. Quando yendo el Carcelero á darle una corta racion de mal pan, hallò el calabozo vacìo, haviendoſe ſalido, ſin ſaber còmo, el preſo. Atonito de tal fuga el Car-

celcro, y mucho mas el Conde luego que le diò la noticia, hacian muchas quimericas, y fantasticas sospechas. No bien havian passado tres dias, estando cerrado el calabozo, oye el Carcelero que le llaman con una lamentable voz; y corriendo allá, viò al mismo prisionero maltratado, y torcido el rostro, la carne ahumada, y tiznada de carbones, y los vestidos negros como de luto. Preguntandole còmo se havia huido, y buelto á la prision, no respondia otra cosa, sino con voz ronca, y espantosa, que tenia unas nuevas importantissimas que decir al Conde. Llevado, pues, à su presencia, arrojando primero un profundissimo suspiro, empezò à hablar assi:

Yo vengo por embaxador del Infierno, adonde fui arrebatado à vèr aquellos hororosissimos tormentos, porque estando yo en la Carcel, desesperado de remedio, y temeroso del ultimo suplicio, llamè en mi ayuda al Demonio, que apareciendoseme con terrible semblante, me abrazò estrechamente, y sacandome al punto del calabozo, me trasladò á los profundos abysmos del Infierno, en lo mas baxo de la tierra.

Allì què horribles, è inexplicables espectaculos

taculos he visto, cabernas tenebrosas, albañales hediondos, hornos encendidos! Vì Principes, y Señores coronados de fuego, con cadenas ardientes al cuello, á quien daban de coces, como á esclavos, los demonios, y ellos maldecian su govierno. Vî muchos Eclesiasticos, y Prelados vestidos de Pluviales, y Mucetas de llamas, sentados sobre sillas encendidas, maldiciendo su Dignidad. Vì Mercaderes descarnados hasta las entrañas, roìdos de buytres tragadores, echando maldiciones á sus riquezas. Vì mugeres lascivas, todas rodeadas de aspides, que à pedazos les arrancaban las carnes. O què confusion de gemidos, y quexas me atronaban los oídos! Què hedor podrido me ahogaba el corazon!

En esto me vino á vèr el señor N. (y lo nombrò) muy bien conocido de mì, y de vosotros, que poco antes havia muerto, el qual, viendo que me acercaba, dando un profundissimo suspiro, se me mostrò todo de podridas llagas, embuelto en llamas de azufre; y despues, con espantosa voz, me dixo: Mira allá en aquel obscuro calabozo aquella silla toda hecha un fuego, ella está prevenida para el Conde de Sulmona, si no

muda de coſtumbres: anda, aviſale, que en adelante trate de portarſe mejor con ſus vaſſallos, y no oprimirlos, porque no ſea que venga èl tambien à eſta region de los tormentos: *Ne, & ipſe veniat in hunc locum tormentorum.* (Luc. 16.) Pero porque quizás no te creerán, darás al Conde eſtas ſeñas: Que ſe acuerde del ſecreto conſejo, y pacto oculto, que hicimos los dos juntos en tal guerra, y ſobre tal negocio: coſa de que ſolo èl, y yo ſomos ſabidores. Dicho eſto, callò, y eſtendiendo yo la mano para tocar la ſuperficie de ſu veſtidura, que à la viſta parecia de grana, gritò: No te llegues, no me toques, que es toda de fuego; y ſi la tocas, deſdichado de tì. Retirè al punto la mano; pero ſolo el aliento, y ardor, que ſalìa de lexos, fue tan violento, y voráz, que yà veis còmo me la ha pueſto, quemada, y denegrida: mirad de quàntas poſtillas, y llagas me la ha llenado, y què hedionda podre deſtila, y corre à comerme la carne del brazo.

A la horrible viſta de aquella mano, à la triſte nueva de aquella ſilla, confirmada con la manifeſtacion del ſecreto, ſe eſpeluzò, ſe puſo pálido, temblò, corriendo ſangre fria

por

por sus venas, el Conde. El preso, puesto en libertad, bolviò á su casa, tan mudado, y afeado, que ni aun sus parientes lo conocian. Viviò siempre sepultado en una profunda melancolìa, y ninguno podia consolarlo con razones, antes èl los entristecìa á todos con su funestissima relacion, y les representaba aquel lugar de eternos tormentos, aquel horno de fuego instable, aquellas cadenas ardientes, que jamás se quitan á aquellos miserables esclavos; aquella sed intolerable, á quien jamás se concederá una gota de refrigerio; aquel arder en el hielo, y helarse en las llamas; aquel despedazarse à bocados las proprias carnes; aquella horrenda vista de los demonios sus verdugos; aquellas perpetuas agonías; aquellas rabias inconsolables; aquel vivir eternamente muriendo, y morir eternamente viviendo. Con esto les hacia mudar de voluntad, y aborrecer los placeres presentes, por no caer en los tormentos venideros; y no solo con palabras, tambien con obras, diò á vèr en el breve resto de su vida, que no deseaba otra cosa, sino huir la experiencia de aquellas penas, de cuya vista solo havia quedado atormentado.

Corriò la fama del tragico suceſſo por toda aquella Provincia. Unos ſe rieron, como de fabula fingida por una fantaſtica melancolìa, porque á ſu licencioſa vida, que no querian enmendar, les tenia cuenta no creer; lo que ſi creyeſſen, engendrarìa en ſu corazon un guſano roedor, que les inquietarìa, con implacables remordimientos, ſu mala conciencia. Otros, con mejor conſejo, y de mas juicio, la tuvieron por hiſtoria verdadera, conforme con los teſtimonios de los Prophetas, y con la verdad del Evangelio; y entrando dentro de sì miſmos, con lagrimas de penitencia, procuraron evitar aquel abyſmo de penas, cuya memoria no podian oìr ſin eſpeluzarſe, y temblar.

¶ Leaſe á Thomás de Kempis, lib.3. c.12. *del Aviſo para aprender la paciencia de la batalla contra las paſsiones.*

LECCION VII.

DEL HIJO PRODIGO.

SI Dios, movido á piedad de un condenado, embiaſſe del Cielo al Infierno un Angel á ofrecerſele eſpacio de vida, y gra-

gracia del perdon, con tal, que se resolviesse à hacer penitencia, què lagrimas de contricion, què rigores, y asperezas, què ayunos, què martyrios no abrazaria de buena gana? Ahora nosotros eramos reos, merecedores, y sentenciados al Infierno desde que cometimos un pecado mortal; yá estaba fulminada la sentencia de condenacion; yá estabamos entregados en las manos de los verdugos: *Expectabat nos reos gehenna, debitis armata suppliciis.* (S. Valer. 3. 1.) Pero Dios, por singular privilegio de su misericordia para con nosotros, suspende la execucion, nos ofrece el perdon, nos combida á penitencia. Y hemos hecho alguna reflexion al recibir tan gran beneficio? Es acaso menor gracia esta, que à nosotros ofrece Dios, que aquella que ofreceria à un condenado?

Decidme, si un Principe, despues de haver pronunciado sentencia de Galeras perpetuas contra dos malhechores, mandàra poner al uno en el remo por veinte años, à que experimentasse los trabajos, y molestias de la esclavitud, y despues le hiciesse gracia de libertad; y al otro, antes de echarle la cadena al pie, antes de amarrarlo al banco de la Galera, lo favoreciesse, conce-

diendole graciofo perdon; quál de eftos dos quedarìa mas obligado al Principe? Quàl le deberia eftàr mas agradecido? Sin duda el fegundo, que fue prevenido de la gracia, antes de experimentar el caftigo. Pues efte es tu fuceffo, pecador, que puedes decir con el Propheta: *Nisi quia Dominus adjuvet me, paulò minus habitaffet in inferno anima mea.* (Pfalm.) Yà havrias experimentado las penas infernales, fi Dios no te huviera dado la mano para ayudarte, y foftenerte, fi no te huviera ofrecido la gracia del perdon, fi no te huviera efperado, y dado tiempo para hacer penitencia. Què afecto, pues, debes tener à tan gran Benefactor tuyo? Què lagrimas no debes derramar por las ofenfas cometidas contra un Dios tan mifericordiofo? Con què corazon contrito debes recurrir al feno de fu piedad, que eftá abierto para acogerte con las mayores finezas de amor? El Salvador del Mundo nos propone para la imitacion à el Hijo Prodigo, quando bolviò à la cafa de fu Padre, afsi como le hemos feguido en el huir, y aufentarnos de èl.

Efte infelìz joven, criado en fu cafa entre las delicias, llegò à tomar tédio de las como-

modidades domesticas; y deseoso de libertad, pidiò, y consiguiò, á disgusto de su padre, la parte de su legitima, para andarse passeando en holguras, festines, placeres, y torpezas, hasta que gastado todo su patrimonio, se viò reducido à tal pobreza, y miseria, que fue forzado á alquilarse á servir à un rustico Amo, que le embiò á su Village á apacentar immundos animales. O què desgracia tan digna de compassion! Un joven de noble nacimiento, criado entre tantos regalos, y comodidades, venir á tal extremo de miseria, que andrajoso, medio desnudo, cayendose de hambre, se estaba debaxo de una encina, cuidando de una pyara, que se apacentaba de su fruto, sin atreverse èl à aquietar su hambre aun con los brutos! Veis aì el miserable estado de un pecador, que reengendrado à la gracia en las Aguas del Santo Bautismo, sustentado con los Divinos Sacramentos, hijo adoptivo del Padre Celestial, con el pecado renuncia la filiacion de Dios, y por un vilissimo placer se entrega por esclavo del Demonio. Què paz, què alegria puede jamàs tener quien pierde à Dios, y su amistad, y especial providencia con que le assistia en

los peligros, como ſu Guarda; lo conſolaba en las tribulaciones, como Amigo; le procuraba toda felicidad, como Padre? Mas ahora lo ha desheredado, como á hijo ingrato, y rebelde; le ha buelto las eſpaldas, como à traydor; le amenaza ſuplicios eternos, como à parricida. Què mayor pérdida? Acuerdaſe Jeruſalèn infelíz quán gran caſtigo ſea la auſencia de Dios, quando enojado contra ella, dixo á ſus Angeles: *Surgite, migremus hinc, derelinquamus eam*; porque al ſalir Dios por una puerta, entrò por la otra todo el Infierno à hacer horrible carnicerìa, y eſtrago, haſta no dexar piedra ſobre piedra. Mayor calamidad es darſe por eſclavo de Satanàs, barbaro Pyrata, que lo pone en miſerable eſclavitud; pero es de la condicion de aquellos Tyranos, que hacian ſacar los ojos à ſus eſclavos para que no vieſſen la gran miſeria que padecian. Aſsi el Demonio llega à quitar al infelíz pecador la luz de la Fè, y de la razon, para que no conozcan ſus males, y ſe eſtèn alegres, y gozoſos en ſus miſmos infortunios: *Exultant in rebus peſſimis.* Un Padre de la Compañia de Jeſus, viendo entre la ſoèz canalla de una Galera un joven de noble aſpecto, traza, y natural,

puesto al remo, durmiendo sobre el banco, lleno de animalejos sucios, y de dia sudando al bogar, sustentado de un duro, y negro vizcocho, se moviò á compassion; y acercandose à consolarle, oyò que le respondia: Poco à poco, Padre, que yo no soy yá forzado, sino buena voya. Buena voya? (replicò atonito el Padre) Es possible que tantas incomodidades no os dèn à conocer vuestra miseria? ò que conociendola, podais amarla, y escogerla con gusto? Mas extraña parecerà la locura de aquellos mendigos, que siendo ciegos, cojos, mancos, estropeados, huìan de encontrarse con los Santos milagrosos, porque temian, que los sanassen de su ceguera, ò estropeadura, que amaban mas, que la luz de sus ojos, y la sanidad de sus miembros, porque les iba bien, y les tenia cuenta el vil empleo de mendigos, y pordioseros: *Miseri esse cupiebant, quia miseria erat illis pro quæstu.* A este estado reduce el Demonio à sus sequaces; quitales el conocimiento de su mal, infundeles alegria, y gozo en las mismas, y detestables desgracias: *Lætantur, cum malè fecerint.*

Pero bolvamos al Hijo Prodigo, á quien

la

la hambre, la deſnudèz, la objecion, y deſprecio le abrieron los ojos, y le bolvieron el juicio, y le hicieron diſcurrir como ſabio: *In ſe reverſus dixit: quanti mercenarii in domo Patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo?* Quántos jornaleros en caſa de mi padre eſtàn ſobrados de pan, y yo aqui eſtoy pereciendo de hambre? O ſuerte infelìz la mia, à què extremo de miſeria me ha traìdo mi caprichoſa libertad! Tan mal me eſtá haverme ſalido de la obediencia de mi buen padre: yo, que era ſervido de muchos criados, ahora ſirvo á puercos: yo, que comía á meſa eſplendida, y regalada, aun de bellotas no puedo verme ſatisfecho. Què debo, pues, hacer? Proſeguir en eſta infelíz vida? Es morir en miſeria. Bolver à mi caſa? Me arrojaràn con improperios, y baldones. Ahora, con razon, aliento: *Surgam, & ibo ad patrem meum.* Levantarème, è irè à buſcar á mi padre. Es verdad que me he revelado contra èl, que le tengo gravemente ofendido: es verdad, que no he cumplido con las obligaciones de hijo; mas èl no ha perdido las entrañas de padre: *Ego perdidi, quod erat filii, ille quod patris eſt, non amiſit.*

Mo-

Moveránlo à piedad las miſerias de un hijo pálido, flaco, muerto de hambre, caſi deſnudo: dirèle compungido el corazon, y llenos de lagrimas los ojos: *Pater, peccavi in Cœlum, & coram te.* Vès aqui, padre, à tus pies un hijo, que viene lleno de dolor à implorar de tu clemencia el perdon de ſus yerros: confieſſo que he ſido muy ingrato à tus beneficios, que contra toda razon he ofendido á tu bondad: *Jam non ſum dignus vocari filius tuus.* No ſoy yà digno de llamarme hijo tuyo, por haver quebrantado todas las leyes de la obediencia, que debe un hijo á ſu padre. Solo pido por piedad ſer admitido al numero de tus mas inferiores criados: *Fac me ſicut unum de mercenariis tuis.* Eſte contarè por ſumo favor, poder vivir en tu ſervicio, no ſer arrojado de tu viſta, y recompenſar con humildes obſequios las injurias, que hice á tu paternal amor. Con eſtos ſentidos afectos en el corazon, dexò la pyara, y el monte, y con paſſos ligeros, aunque temeroſos, ſe puſo en camino ázia la caſa de ſu padre.

O pluguieſſe à Dios, que ſemejantes ſentimientos entraſſen en el corazon, y ſalieſſen de la boca del pecador! Y que haciendo re-

reflexion ſobre el lamentable eſtado de ſu alma : *Redite prævaricator ad cor*, (Jerem. 2.) bolvieſſe en sí, y en ſu juicio, y reconocieſſe, *quia malum, & amarum eſt reliquiſſe Dominum Deum ſuum.* Eſtos ſentimientos del Hijo Prodigo repaſſaba en ſu penſamiento Aguſtino al convertirſe á Dios, como lo pinta admirablemente en los libros de ſus Confeſsiones, para enſeñanza de pecadores arrepentidos. Anduvo èl mucho tiempo trabajando para rendirſe à Dios. Ni hay barquilla en medio del mar tan acoſada de contrarios vientos, quanto lo eſtaba ſu corazon en la continua batalla, que en èl trahia el eſpiritu, y la carne. Las miſerias de ſu vida pecadora, las congoxas de ſu alma, los remordimientos de ſu conciencia, lo tenian en una continua borraſca. Confeſſaba, que huyendo de ſu Dios, no tendria jamàs ſoſsiego; que ſiguiendo las ſendas de ſus ſenſuales placeres, no hallaria otra coſa, ſino inquietud. En las recreaciones de los Jardines, en los feſtines, y en converſaciones burleſcas, en los combites, en los deleytes, ſiempre trahia atraveſſada una eſpina, que le atormentaba con el dolor de vèr perdida la Bienaventuranza, y con el temor

del

del Infierno, que le amenazaba. Con todo esso no acababa de tomar resolucion de bolverse à Dios, porque le parecia cosa muy dura, y aspera hacer perpetuo divorcio, y privarse de sus deleytes, y abstenerse para siempre de aquellos solaces, y gustos, á que le llevaba, con el peso de la inclinacion, y la costumbre, su deleznable naturaleza; hasta que se le representò delante de los ojos la continencia: alegre, pero no desahogada; hermosa, pero no deshonesta: acompañada de dos Coros, uno de Jovenes purissimos, otro de Doncellas, adornadas de virginal pureza; y estendiendo ázia èl las manos castas, le combidò á seguirla, haciendo burla de su cobardía, y proponiendole el exemplo de aquel Exercito inocente: *Irridebat me irrisione exhortatoria, quasi diceret: Non poteris, quod isti, & istæ in Domino Deo suo?* De aqui Agustino tomò confianza; y estrivando en la Misericordia Divina, dixo con el Prodigo: *Surgam, & ibo ad Patrem meum.* Y rompiendo los lazos, que le tenian aprisionado en los vicios, despreciando con generoso esfuerzo los vanos temores, que le hacian desconfiar, corriò à abrazar el Crucifixo, diciendo: Tù, Señor, serás el Medico

de

de mis llagas, lavatorio de mis immundicias, norte en mis tribulaciones, y tranquilidad de mi combatido corazon.

Y por què yo, infelíz pecador, no ſigo, como Aguſtino, el exemplo del Hijo Prodigo? Yo tambien reconozco el exceſſo de mis culpas: ſiento la turbacion inquieta de mi alma, y los remordimientos de mi conciencia. Porquè no me reſuelvo deſde luego á hacer penitencia? *Cur non modo finis turpitudinis meæ?* Por què temo el recurrir ahora á mi Celeſtial Padre, que interiormente me eſtá llamando? Quántos incentivos de eſta reſolucion ſiento al preſente, que quizá no los tendrè mas en otra ocaſion en lo por venir? Mi corazon me lo pide, canſado yá, y faſtidiado de tanta inquietud. Me apremia la conciencia, fatigada de ſentir tantos remordimientos. Me lo perſuade la voluntad, á quien faltan yá las fuerzas para reſiſtir á tantas punzadas, y aun empellones del Eſpiritu Santo. Me fuerzan mis ſentidos, llenos de horror, á viſta de mi peligro, y de las amenazas de la Divina Juſticia. La muerte repentina, el Juicio ſevero, el Infierno formidable, en que pocas veces he penſado con ſeriedad, me conſtriñen. Y

con

con tantos estimulos no me pondrè en camino para ir à los brazos de mi Celestial Padre? Ay, que sì: Yá me rindo: *Surgam, & ibo ad Patrem meum.*

§. II.

ACOGIDA QUE LE HIZO EL PADRE.

PEro dèmos, que sean poco eficaces los motivos propuestos. No nos mueva un Cielo perdido, ni un Infierno tantas veces merecido. Venga otro motivo el mas fuerte, y suave, que puede ser para un alma noble, para un espiritu generoso. Està es la Bondad infinita de Dios, que està con los brazos abiertos para acoger, y estrechar en su corazon al pecador arrepentido. Quando el Hijo Prodigo bolviò à su casa, parece que deberia haverle dicho su Padre: O, hijo desconocido! Ahora buelves à mi, quando la hambre, y la desnudèz te arrojan, y no te trahe el amor, y obsequio debido à tu Padre? Bien merecia tu ingratitud, que yo te embiasse à buscar que comer, à costa de aquellos con quien gastaste tu patrimonio; que yo te diera con las puertas en la cara,

yà que con tanta porfia quisiste huirte de esta casa. Bien merecia la ingratitud del hijo esta, ò mas severa acogida. Pero el Padre, estando por buena suerte á la ventana, y viendo de lexos venir à su hijo, temblando de ponerse en su presencia, *misericordia motus*, sintiò, que se le enternecian las entrañas de piedad: corriò á encontrarse con èl arrepentido, echòle los brazos al cuello, lo estrechò consigo, le diò osculo de paz, lo rociò con amorosas lagrimas, diciendo: Bien venido seas, hijo mio. O quánto consuelo me has dado! Yo vivia en continuo sentimiento por tu ausencia. Restituyesme la alegria al corazon con tu venida. Luego bolviendose á los criados, les mandò traxessen apriessa ricos vestidos, previniessen explendido combite, y solicitassen festivas musicas: *Gaudere, & epulari opportet, quia filius meus mortuus erat, & revixit, perierat, & inventus est.* Y lo que es señal de mayor amor, hizo le pusiessen el anillo en el dedo: *Date annulum in manus ejus*, que en aquel tiempo entre los hijos era la señal de ser el mas querido, pues à èl se fiaba, y ponia en su mano el sello.

Veis aqui expressas en proprios terminos las finezas de la Divina Bondad en acoger à los

los pecadores, que à ella se conviertèn. Reparò agudamente San Agustin, que el Salvador jamàs diò en cara, ni zahiriò, aun muy de lexos, à ningun pecador convertido, las culpas passadas, ni à Pedro sus negaciones, ni à Matheo sus usuras, ni á la Magdalena sus liviandades: *Sic Deus de toto indulget, ut nec confundat improperando.* Tan del todo perdona Dios al que de veras se convierte, que no solo no le castiga, pero ni aun le saca los colores al rostro, ni hace otro movimiento, como si se huviesse totalmente olvidado, segun su Divina palabra: *Peccatorum tuorum non recordabor.* Mas el olvidarse de los pecados seria poco, respecto de la infinita misericordia de Dios. Passa mas adelante à favorecer à los pecadores convertidos á las parejas de los inocentes, como nos assegura San Gregorio: *Sic pœnitentes recipit, sicut justus.* Esta sì, que es fineza propria de la Divina Bondad. Los padres de la tierra con mas caricias favorecen á aquellos hijos, que siempre les fueron obedientes, y respecto de los discolos, ò inobedientes usan menos gracias; mas severidad. No assi el Padre Celestial: *Pater misericordiarum*, Padre de las Misericordias; aunque los pecadores en lo passado le ha-

yan ſido mucho tiempo infieles, è inobedientes, como ſe conviertan de veras, nada les eſcasèa, les concede tan entero el perdon, que nada les niega, ni de afecto, ni de beneficencia; y aſsi, ſi ellos amaren, y ſirvieren en adelante á Dios, como los inocentes, ſeràn de Dios amados, è igualmente favorecidos, como èl miſmo lo proteſta: *Impietas impii non nocebat ei, in quacumque die converſus fuerit ab impietate ſua.* (Ezeq. 33.) de que nos ſobran admirables exemplares. Si el Salvador moſtrò gran complacencia, y ſe glorió de la leche de la inocentiſsima Virgen Santa Inès, que en vez de ſangre ſaliò de ſus heridas, quando padeciò martyrio; tambien diò á vèr, que conſervaba con ſumo guſto, y eſtimacion en un vaſo de oro las lagrimas que derramò à ſus pies la pecadora Maria Magdalena en ſu penitencia. Si Dios embiò á San Jacinto, Eſpejo de pureza, à la Reyna del Cielo ſu Madre, cortejada de un Coro de Angeles, á alegrarle, y conſolarle los ojos con ſu viſta, y el corazon con una muſica del Paraìſo: tambien á San Guillermo, Duque de Aquitania, que primero fue adultero, y perſeguidor de la Igleſia, le embiò á la Señora de los Angeles, acompañada

de

de otro Coro de Virgines, á darle aliento, enjugarle las lagrimas, y curarle las heridas con un balſamo Celeſtial. Si el Redemptor ſe apareciò familiarmente á la puriſsima Virgen Santa Cathalina de Sena, y abrazandola cariñoſamente, le diò á beber la dulciſsima Llaga de ſu Coſtado: de la miſma manera á la pecadora Cathalina Romana que primero fue la eſcandaloſa Taìs de la Santa Ciudad, no ſe le hizo encontradizo domeſticamente? No ſe ſentò con ella à la meſa? No rociò los manjares con ſu precioſa Sangre, para atraherla con ſuavidad de aquel delicadiſsimo nectar á penitencia?

Mas, aſsi como al hermano mayor del Prodigo, que ſiempre havia ſido obediente à ſu Padre: *Numquam mandatum tuum preterivi*, le pareciò, que el hijo menor, y diſcolo havia ſido mas favorecido, y recibido con mayores caricias de ſu Padre; aſsi parece, que la Miſericordia de Dios, por enſanchar el corazon á los penitentes, ſe mueſtra en cierto modo con ellos mas amoroſa, y benefica, que con los inocentes, para que ſe vea claramente con quanta verdad dixo San Pablo, que *ubi abundavit delictum, ſuperabundavit, & gratia.*

Entre tantos Profetas Juſtos, y Santos, quièn fue mas medido al corazon de Dios, quièn mas enriquecido con ſingulares favores, que David, que havia ſido adultero, y homicida? Entre los Apoſtoles hallareis alguno ſublimado á mas alta Dignidad, que Pedro, que negò tres veces al Salvador? Mas regalado, mas acariciado que Pablo, blasfemo, y perſeguidor de la Igleſia? Entre los Doctores de la Santa Igleſia, quièn eſtuvo mas colmado de Celeſtial Sabiduría que Auguſtino, que havia ſido tan derramado en deleytes torpes? En el Coro de las Virgines hay alguna, que haya ſido mas amada, mas favorecida, que Maria Magdalena? *Quæ fuerit in Civitate peccatrix*? O, que el miſmo Señor bien claramente confieſſa, que baxò de el Cielo, mas à buſcar pecadores, que juſtos! *Non veni vocare juſtus, ſed peccatores.* A eſtos aguarda que hagan penitencia, á eſtos ofrece ſu gracia. Mayor gozo no ſe le puede dár, que en recurrir con corazon contrito al Seno de ſu miſericordia: *Expectat Dominus, ut miſereatur veſtri,* (Iſaì. 30.)

El Texto Sagrado no acierta á explicar con quantos ſuſpiros Ana, madre de Tobìas, eſperaba la buelta de ſu hijo, y con què lagri-

grimas de alegria le recibiò en ſus brazos, quando llegò de ſu jornada. Mas inexplicable es el afecto con que Dios eſpera al pecador; mas indecible el conſuelo con que le acoge, no ſolo con amor de padre, ſino con ternura de madre, dice San Cypriano: *In amplitudine ſinus ſui mater charitas Prodigos ſuſcipit revertentes.*

Pero en el inmenſo mar de la Divina Miſericordia ſe deben huir dos eſcollos. El primero es el dilatar la penitencia, en fé de que Dios eſpera á los penitentes. El ſegundo la confianza de pecar, porque Dios acoge, y abraza á los pecadores. Es verdad, que Dios *expectat, ut miſereatur*; mas tambien es verdad, que *pertranſit benefaciendo*, que eſparce ſus beneficios, y ſus gracias eficaces à modo de relampagos, y ſus inſpiraciones, como luces volantes, y fugitivas: Quien no las recibe preſto, nunca mas las recibe, nunca las logra. Por eſſo confieſſa de sì San Aguſtin, que ſe llenaba de temor leyendo en muchos lugares del Evangelio que Chriſto, Señor nueſtro, al repartir ſus favores iba de paſſo: *Tranſibat Fratres hoc dico, & apertè dico, timeo Jeſum tranſeuntem.* (Serm. 18. de V. D.) Tambien repara gra-

vemente en el Evangelio de los combidados à las Bodas, y á la Viña. Leese, es verdad, que el Señor llamò al combite de las Bodas en todo lugar, y à todo genero de personas; de la misma suerte à la labor de la Viña, combidò hombres de todas edades, y à todas horas del dia, á prima, á sexta, á nona, y hasta à la undecima.

Mas en tantas vocaciones tan diversas, registradas en el Evangelio, no se lee, que á ninguno le llamasse segunda vez. Oìda la descortesìa del que no queria venir, ò la pertinacia de quien dilataba la venida, no embiò mas los criados á hacer nuevo recado, è instancia. Para mostrar, que hay ciertos llamamientos mas eficaces, ciertas inspiraciones mas poderosas para una saludable convertion, las quales no ofrece Dios sino quando le place para los altos designios de su providencia. Enrique IV. Rey de Francia, sabiendo un delito de lesa Magestad, cometido por el Duque de Viròn, lo hizo llamar à la Corte, y le instò muchas veces que confessasse su culpa, prometiendole el perdon. El Duque estuvo siempre negativo, hasta que saliendo del Gabinete Real, fue preso. Entonces, viendose arriesgada la vida, embiò

biò à decir al Rey, que estaba prompto à confessar, y recibir el perdon. Mas respondiò el Rey: *Tempus veniæ, & tempus vindictæ.*

Yà passò el tiempo del perdon: No quisiste aceptarlo; ahora es tiempo de la venganza, y del castigo; quiero que se execute. Y de hecho le fue cortada la cabeza sobre un funesto cadahalso. O, que de Dios se deben recibir las gracias! *In tempore opportuno*; en su tiempo, y coyuntura: de otra suerte no havrà mas tiempo. Ponderad bien este punto, y decid en voz alta á vos mismo de modo que lo oyga lo profundo de el corazon: Quièn sabe si esta de los Exercicios Espirituales es para mi la ultima vocacion del Cielo?

El otro escollo, que se debe huir, es la confianza de pecar en fé de la Divina Clemencia, siempre prompta á acoger á los arrepentidos; porque Dios con ninguno usa con mayor rigor de su Justicia, que con los que abusan de su misericordia. Muy indigno se hace de la Bondad Divina, quien quiere ser malo, porque Dios es bueno.

La verdadera regla de valerse de los atributos Divinos para nuestro provecho, es la que enseña San Gregorio; esto es, despues de haver pecado, esperar en la misericordia

Di-

Divina; pero antes de pecar temer la Divina Justicia. Porque asi como el vino es el antidoto contra el veneno de la Cicuta, yerva mortifera, si se bebe despues de ella; pero si se bebe con ella, es mas irremediable veneno; asi la esperanza de la misericordia será remedio, despues de la culpa, para nó perderse del todo; pero serà medio para perderse totalmente, si se acompaña la culpa con la confianza de quedar el pecador sin castigo. Dignisima de atencion es á este proposito la reflexion que hacen los Sagrados Interpretes sobre el perdon que alcanzò el Rey Manasès, y el castigo dado al Rey Amòn, su hijo.

Manasès, despues de una vida impìa, y sacrilega, fue esperado de Dios á penitencia hasta la vejèz. Amòn, despues de las primeras culpas, fue castigado de Dios en la juventud. La causa fue, porque este mal considerado joven, para pecar se fiaba con decir: Mi padre, despues de tantas dissoluciones, y tan graves, y repetidas culpas, alcanzò al fin el perdon: luego bien puedo yo desfogar mis pasiones, y gozar de mis apetitos, que despues à su tiempo me convertirè à penitencia: *Sequar*

nunc

nunc errantem, postea sequar pœnitentem.

Al fin, grandes, y grandissimas son las maravillas de la Divina Clemencia en là acogida de los pecadores. Ella, con paternal amor, como olvidada de su Mageſtad, quando buelven á ella, sale á encontrarlos con la gracia preveniente, á hermosearlos con la santificante, hasta introducirlos en lo mas intimo de su corazon. Ella, con providencia de Pastor, dexando en el monte paciendo su manada, vá corriendo con ansia en busca de la ovejuela perdida, y hallandola, no la hiere, no la amenaza con el cayado; antes la abraza, la pone sobre sus ombros, la trahe al Rebaño, hace fiesta, y busca, y recibe parabienes: *Congratulamini mihi, quia inveni ovem, quam perdideram.* Donde dice Santo Thomàs: *Congratulamini mihi, quasi tota salus Divina ab hominis inventione penderet, & quasi sine ipso beatus esse non posset.* (Opusc. 63. cap. 7.) Ella, como triunfante, luego que rinde un corazon obstinado, y conquista un pecador, quiere que los Angeles se vistan de alegria, y que el Cielo haga mayores fiestas por la penitencia de uno solo, que por la inocencia de noventa y nueve Justos: *Gaudium erit in Cœlo super uno peccatore pœnitentiam*

tiam

tiam agente, quàm super nonaginta novem Justus. Quièn, pues, no se rinde á la dulce violencia de tanta misericordia? Què pecador se resistirá à la beneficencia de tantas gracias? Quièn querrà mas huir de tan amoroso Padre, que le viene á encontrar con los brazos abiertos, y aun mas abierto el corazon? Puede el pecador con su penitencia dár tanta alegria, y consuelo ál Padre Celestial, y no lo hará? Con sus lagrimas de contricion puede llenar de jùbilo todo el Paraìso, y lo dilatarà? No, Dios mio, no, que no puedo resistir mas à tanta bondad. Yá me rindo à vuestra clemencia.

Vengo à vuestros Pies vencido, no yà del temor del castigo, ni aun de la esperanza del premio, sino del excesso de vuestra benignidad. Lo que no ha podido conmigo, ni aun la Muerte, ni el Juicio, ni el Infierno, lo ha conseguido finalmente vuestra misericordia, de quien unicamente es trofeo este corazon contrito: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.*

§.III.

§. III.

EXEMPLO.

TAmbien en la Casa del Celestial Padre no han faltado Hijas Prodigas, que primero quisieron *projicere margaritas ante porcos*, arrojar las perlas de sus almas à los sucios apetitos, y despues vinieron à ser preciosissimas joyas, dignas de colocarse en la Corona del Rey de la Gloria. (Bol. 22. Feb.) Una fue la Beata Margarita de Cortona, que en la primera flor de su edad se huyò de la casa de su padre, y sin atender á su honor, se entregò á un deshonesto amante, y prosiguiò nueve años cumpliendo sus desenfrenados gustos: quando una mañana viò bolver á casa el perro, que solia continuamente acompañar al torpe dueño de su voluntad; venia ahora solo, y con tristes ladridos lamentandose, la tiraba con los dientes de la ropa, como que la combidaba que le siguiesse. Turbòse á aquel accidente no esperado la Dama, y despues de haver arrojado de sì el can, viendo que porfiaba en tirarla con los dientes de la ropa, se resolviò de te-

tenerlo encerrado, hasta que se descubriesse el fin de aquella novedad. Embiò al punto el can á un lugar apartado, donde havia un monton de hacecillos de leña. Llegado alli, empezò con los ojos, con los ladridos, con los movimientos del cuerpo, y de los pies, à darla á entender que registrasse, y descubriesse lo que estaba alli escondido. Vá quitando los hacecillos, y al fin descubre el cadaver de su infeliz amante, que muerto á manos de sus enemigos, corrompido por las heridas, asqueroso por la sangre, parecia que le estaba reprehendiendo sus vicios, y la decia: Por ti está aqui mi cuerpo, y por tì estarà mi alma eternamente ardiendo en el Infierno. Aprende à mi costa á componer bien tus cuentas con Dios.

Atonita Margarita à tan horrible espectaculo, descolorida, helada, y medio muerta, empezò á llorar. Reconociò en las heridas de su infelìz amante sus culpas, y con cuerda resolucion tomò el partido del Hijo Prodigo, y resuelta à mudar de vida, se encaminò à la casa de su padre. Pero el padre, indignado, è indiscreto, en vez de acogerla, si no con amor, á lo menos con paciencia, la saliò al encuentro con el bastòn,

y

y la diò con las puertas en la cara. Desechada de su padre, acudiò á los Religiosos de San Francisco, para que la admitiessen entre las mugeres de la Orden Tercera, en Habito de penitente. Aqui tambien padeciò el desdèn de ser despedida, temiendo los Padres dár tan presto aquel Habito à una muger tan del mundo.

Què harà, pues, esta triste, è infelìz pecadora? Vàse à la Iglesia á los pies de Christo crucificado, que siendo aquel rico Mercader de el Evangelio, que hallando una preciosa Margarita: *Inventa una preciosa Margarita*, la comprò à costa de todo el caudal de su Sangre, la acogiò con entrañas de caridad, y la enseñò el arte de bolver à la Casa del Padre Celestial, yá que le faltaba el terreno. Apenas se recobrò con corazon compungido, y ojos llenos de lagrimas en el Seno de la Divina Misericordia, quando se sintiò llena de una dulce esperanza; y no solo consiguiò ser admitida entre las Terceras de la Orden Serafica de la Penitencia, sino tambien mereciò que el Salvador, con amorosissimas palabras, la dixesse desde la Cruz: Què temes, ò pobrecilla, de mi Bondad? No reconoces la gracia de mi infinito amor?

Y desde aqui empezaron los extraordinarios favores de la liberalidad divina, y una reciproca correspondencia de afectos de Margarita en servir à Dios, y de Dios en hacer beneficios à Margarita. Ella, con lagrimas, con Oraciones, con ayunos, con disciplinas de sangre no cessaba de aplacar á la Divina Justicia. Dios, con ilustraciones del entendimiento, con delicias del espiritu, y con visitas del Cielo, la hacìa continuamente experimentar los rasgos de su misericordia, llamandola *su pobrecilla*. De que no contenta Margarita, le suplicò una vez con grande animosidad, que se dignasse llamarla hija. A que respondio el Salvador: ,, Quando hu- ,, vieres lavado mejor tu corazon de toda ,, mancha con una Confessìon general de tus ,, culpas, entonces seràs favorecida con el ,, nombre de Hija. Cumpliòlo ella con un exactissimo examen de su vida, y fervorosissimos afectos de Contricion, y al acercarse, con una soga al cuello á guisa de esclava, à la Mesa de los Angeles para comulgar, oyò que le decia dulcemente Jesus: Hija mia, Margarita, yo te absuelvo de todos tus pecados: *Filia mea, Margarita, ego te absolvo ab omnibus offensis tuis.* A esta

voz

voz se llenò de tanta suavidad su corazon, que pensò rebentar de alegria, y todo aquel rato estuvo fuera de sì arrebatada en un profundo, y dichoso extasis, hasta que volviendo en sì, pronunciò estas voces: *O Verbum omni suavitate plenum, quod dixit mihi Jesus, Filia mea!* O palabra llena de toda suavidad, con que Jesus me dixo Hija mia!

Y no solo Hija, sino tambien Esposa la llamò otra vez, y como tal la favoreciò con singularissimas señas de su beneficencia, embiando muchas veces à consolarla en sus aflicciones á la Reyna del Cielo, à enseñarla en sus dudas al Angel de su Guarda, á acompañarla en sus oraciones los principales Santos del Paraìso.

El mismo Christo parecia que gustaba de estàr con ella, no menos familiarmente, que con la purissima Virgen Santa Gertrudis. Declaròla los Mysterios mas escondidos de la Encarnacion, y Passion, y la diò à vér la Llaga de su Santissimo Costado. Diòla muchas veces la bendicion con su divina diestra, y le hizo que leyesse su nombre, escrito con letras de oro, en el Libro de la Vida, y su cabeza coronada con una

Diadema de Gloria. Proteſtò, que ninguna muger havia en la tierra à quien amaſſe tanto en aquel tiempo, quanto à eſta pecadora, lavada con ſu Sangre, y enriquecida con los dones de ſu gracia: todo eſto, en atencion à ſu fervoroſiſsima contricion, á ſus lagrimas, à ſu penitencia, que fue verdaderamente grande, è increible; porque no ſolamente en ſu retiro ſe dolìa amargagamente de ſus culpas, mas en público, con improperios, ſe acuſaba. Ni ſolo plañìa con doloroſos ſuſpiros ſu vida paſſada, ſino convidaba à otros que lloraſſen, y ſuſpiraſſen por ella. Mas quanto ella mas ſe compungìa en ſu corazon, y ſe abatìa, y envilecía á los ojos de todos, tanto mas Dios la llenaba de ſus celeſtiales dones, y la hacia glorioſa à los ojos del mundo, haciendola (por decirlo aſsi) ſeñora de ſus Divinos Atributos; de la Sabidurìa, porque penetraba los ſecretos del corazon; de la Bondad, porque conſeguia muchiſsimos favores; del Poder, porque hacia frequentes, y grandes milagros: por lo qual, lamentandoſe ella con Chriſto, Señor nueſtro, por què hacia al deſcubierto tan grandes maravillas, y gracias á una pùblica pecadora, oyò que ſu Mageſtad la reſ-

respondìa : *Tù eres una red mia, con que quiero pescar los pecadores, que por el mar del mundo vàn perdidos. No pienses que seràn pocos los que vendràn à arrepentirse, y hacer penitencia al oìr los favores, no usados, que yo hago à tu contricion.* Ojalà que en nosotros tambien saliesse verdadero el dicho del Redemptor, y que esta hermosa red nos sacasse à la orilla de una verdadera penitencia, y á participar de los celestiales favores, de que fue colmada esta felicissima Penitente.

¶ Lease à Thomàs de Kempis cap. 10. del lib. 3. cuyo titulo es : *Como despreciado el mundo, es dulce cosa servir à Dios.*

LECCION VIII.

DEL REYNO DE CHRISTO.

QUE Jesu-Christo sea nuestro Rey, y nosotros sus vassallos, no necessita de prueba, lo confessamos por la Fè, y estamos promptos à confirmarlo con nuestra sangre : èl mismo lo protestò aun desde su nacimiento : *Ego autem constitutus sum ab eo Rex super Sion*, y al punto hizo que lo publicassen al mundo los Magos : *Ubi est qui na-*

tus ex Rex? Y aſsi como naciò con el titulo de Rey en la frente, aſsi muriò con el nombre de Rey en la Cruz: *Jeſus Nazarenus, Rex Judæorum*; Jeſus Nazareno, Rey de los Judios, que ſon (ſegun el eſpiritu) los Fieles verdaderos, como explica S. Aguſtin. Somos, pues, ſus ſubditos, como nacidos en ſu Reyno, poſſeìdos de ſu dominio, redimidos con ſu Sangre, libertados por èl de la eſclavitud del demonio, y deſtinados á reynar con èl miſmo eternamente en el Cielo. Mirad por quantos titulos le debemos ſujecion, y vaſſallage, y quanta felicidad nueſtra es vivir debaxo del Señorìo, y ſegun las Leyes de un Rey infinitamente Grande, Sabio, y Bueno.

Què corazon no ſe llenarà de jùbilo, ſabiendo que puede gozar de ſus virtudes verdaderamente Reales? La Sabidurìa, con que perfectamente conoce las neceſsidades de ſus vaſſallos; el Poder, con que puede con un ſolo mirar de ojos remediarlos; la Miſericordia, con que ſe enternece á compadecerſe de ellos; la Juſticia, incapàz de errar en el premiar los meritos, y caſtigar los delitos; la Providencia, en prevenir los peligros para librarnos de ellos, y prevenir las neceſsidades con el ſocorro de antemano.

O

O què bien decia David (Pſalm. 71.) en el Pſalmo Profetico de eſte Rey, que debaxo de ſu dominio reynaría en el mundo la felicidad, la alegria, la juſticia, y la abundancia de la paz. Pongamonos un poco á comparar el Rey del Cielo con los Reyes de la tierra. Eſtos imponen gabelas, y tributos, él los quita, antes paga à ſu coſta las deudas de los ſuyos. Eſtos empobrecen à los vaſſallos para enriquecerſe à sì, èl ſe hizo pobre por enriquecernos con ſu pobreza. Eſtos en ſu gobierno muchas veces ſe apartan de la rectitud, y juſticia, ò por ignorancia, ò por paſsion, ò por malicia; èl nunca puede extraviarſe de lo juſto, porque es la miſma Sabiduria, Juſticia, y Bondad. Eſtos hacen leyes peſadas, que de ordinario ellos miſmos las quebrantan; èl pone Leyes ſuaves, en cuya obſervancia nos vá ſiempre delante con el exemplo.

Ahora, eſte Rey de las Virtudes baxò del Trono de ſu eterna Gloria al campo de la vida mortal, para intimar la guerra al mundo rebelde, al Demonio tyrano, y á los vicios, deſtruìdores del Linage Humano. El, amoroſo de ſus ſubditos, tyranizados del barbaro enemigo, lo moviò à tan heroyca

empressa, como librarlos de la cruel esclavitud que padecian, no sufriendole el corazon verlos gemir, y perecer en las cadenas. Unicamente lo solicitò el deseo de traher consigo compañeros á gozar la eterna felicidad de su Reyno, no pareciendole que reynaba perfectamente dichoso, si no comunicaba à sus fieles Soldados su felicidad. De suerte, que el fruto de la victoria no serà del Rey, sino de los vassallos, á quien quiere dár el merito de sus fatigas, y el premio de la batalla, y del triunfo. Solamente nos convida à que tomemos con èl las armas: *Sumite loricum justitiæ, scutum Fidei, galeam salutis.* Nos exhorta à seguir su Vandera, ofreciendose èl primero à los peligros, è incomodidades, sin resguardar su vida, ni atender á su Magestad. A este fin nos alistò en su Milicia, para que con èl peleassemos, y en medio de los enemigos, à prueba de trabajos, y sudores, diessemos testimonio de nuestra lealtad. Què corazon, pues, havrá tan vil, que se niegue al convite de su Rey, que se ofrece por Cabo, y general de tan generosa empressa, y nos promete segura la victoria, si no falta por nosotros?

Quièn tendrà tan poco juicio, y tan poco

co amor de ſu bien, que reuſe ſalir en campaña, donde ſe trata aun mas de ſu ſalud, que de la gloria de ſu Rey? Donde no ſe puede huir el combate, ſino es quando priſionero del enemigo, que nos viene á aſſaltar, por privarnos de un Reyno eterno, y hacernos perpetuamente ſus eſclavos. Braba coſa ſería ſi un Soldado, al tiempo que ſu Capitan eſtá con las armas en la mano, y ſale à acometer à los Eſquadrones enemigos, èl ſe eſtuvieſſe deſarmado, tendido en la cama, ò jugando á los dados. Aquel valeroſo Urìas, tan celebrado en la Hiſtoria de los Reyes, decia, quando David le convidaba al deſcanſo: Mi General Joab eſtá peleando en Campaña, ò durmiendo ſobre la dura tierra en defenſa del Arca; y yo he de tener corazon tan vil, que me eſtè en caſa, regalandome à mi meſa, y durmiendo en mi blanda cama? *Per ſalutem animæ tuæ non faciam rem hanc.* Nunca lo harè.

Pero para avivar mas el eſpiritu, imaginaos que oìs à S. Luis Rey de Francia, quando en el Aſſamblea de los Principes, y Señores de ſu Reyno, deſcubierta la Cruz que tenia pendiente al pecho, los convidò à la conquiſta de la Tierra Santa. „ Mis fieles

„ vassallos (dixo) esta Cruz, que veis en mi
„ pecho, yá os descubre el deseo, y el de-
„ signio de mi corazon. La Tierra Santa,
„ la Ciudad de Dios, la herencia de Jesu-
„ Christo, donde obrò los Mysterios de
„ nuestra Redempcion, santificandola con
„ milagros de su Vida, y regandola con su
„ Divinissima Sangre, gime sujeta à la ty-
„ ranìa de barbaros Infieles: ellos han arro-
„ jado à nuestro Dios de la Corte, y Capi-
„ tal de su Imperio, para afianzar su tyra-
„ nico yugo sobre las ruinas del Christianis-
„ mo. Quièn podrà explicar la impiedad
„ con que han arruinado los Sagrados Tem-
„ plos? Quièn las opressiones, y durissimos
„ tratamientos con que fatigan á aquellos
„ pocos Christianos, que alli han queda-
„ do, à quien tratan peor que á esclavos?
„ Las lagrimas de aquellos miserables, la
„ dessolacion de la Santa Ciudad, me mue-
„ ven á compassion, è invocan nuestras Ar-
„ mas para que los socorramos. Yo estoy
„ resuelto de passar allá mis Vanderas, y
„ derramar, si fuere menester, mi san-
„ gre. A vosotros tambien ofrezco la Cruz;
„ os negareis à aceptarla? Os convido, que
„ me acompañeis en tan noble conquista:

„ os

„ os escusareis de seguirme? Yo, yo vos
„ con vosotros á participar de los trabajos
„ del viage, á experimentar las incomo-
„ didades de la guerra, y vosotros sereis
„ conmigo participes de los despojos de lo
„ vencidos, y de los premios de la victo-
„ ria. Ninguno encontrarà mas incomodi-
„ dades, ni entrarà en mas peligro que su
„ Rey. Ea, pues, mis fieles Campeones, va-
„ mos generosamente á la sagrada empressa,
„ en que triunfarà sin duda la gloria de Dios,
„ de la Santa Iglesia, y de vuestro valor.
„ Imaginad ahora, que os pone la Cruz en
„ la mano el Salvador, que saliò del Sepul-
„ cro victorioso del Mundo, de la Muerte,
„ y del Infierno. Con esta Cruz no hay
„ duda, que alcanzaremos una gloria im-
„ mortal, yà volviendo ricos, y carga-
„ dos de los despojos de los enemigos, ò
„ quedando alli muertos con felìz marty-
„ rio.

A este gran convite, què corazon podia resistir? No serìa tenido por la mas vil alma del mundo el que se huviesse escusado de seguir à su Rey en una empressa tan noble, y tan sagrada? Todos, con un corazon, à una voz pidieron la Insignia de la Cruz, se ofre-

ofrecieron promptíssimos à seguir al Rey, á morir antes en la sagrada guerra, que vivir en el sossiego de sus casas en paz.

No solo los tres hermanos del Rey, y los Principes de la Sangre, mas aun la Reyna su muger, y las tres Princesas sus esposas, con otras grandes Señoras, pidieron al Legado de Inocencio IV. que las admitiesse á ser Cruzadas, y tuvieron tanto valor, y piedad, que se ofrecieron à seguir el Estandarte Real en la sagrada Guerra.

Y si tanto pudo el convite, y exemplo de un Rey terreno, respetado, y amado de sus vassallos; quánto mas fuerte, y suave atractivo debe tener el encargo, y oferta del Rey Celestial, Justissimo, y amabilissimo, para arrebatarnos à que le sigamos? El, depuestas las Insignias de su Magestad, y armado de solas las virtudes, viene á combatir con el comun enemigo, y echa entre los Fieles un Bando general de Cruzada: *Qui vult venire post me, tollat Crucem suam, & sequatur me.* Quièn quiere seguirme á pelear, y vencer á el Principe de las Tinieblas; que tiene tyranizado à el Genero Humano? Quièn toma conmigo las Armas, *ut destruatur corpus peccati*, para des-

destruír los pecados, que son las crueles cadenas, que tienen à los hombres en miserable esclavitud? Quièn quiere exponerse à breve guerra, por conseguir el Reyno eterno del Cielo? Los trabajos de la Milicia serán comunes; no será mejor la suerte del Capitan, que la de los Soldados, solo que yo serè el primero á entrar en la batalla à plantar el Estandarte de mi Cruz sobre el campo enemigo: *Quod me facere videritis, hoc facite: ingrediar partem castrorum, & quod fecero, sectamini.* O, còmo podemos dudar de aceptar tal convite, à que obligan tantos motivos? La dignidad del Rey, que nos llama, à quien por tantos titulos estamos obligados; la justicia de la causa por sujetar, y rendir à un tyrano, que tantos estragos, y ruinas nos ocasiona; la promessa segura del triunfo, que todo debe redundar en beneficio nuestro; el exemplo del Capitan, que queriendo, y tomando para sí la mayor parte de los trabajos, no quiere gozar mejor tratamiento que los Soldados, y para ellos quiere todo el fruto de la victoria.

Añadese, que nuestro Rey, no solo quiere ir delante como guia para el dificil camino

no, que nos propone en tan ardua empressa, sino tambien quiere dár aliento, y vigor para que le sigamos con gusto, y venzamos con alegria, y facilidad, como hizo yá San Uvenceslao. Este piadosissimo Rey, ardiendo todo en amor divino, usaba visitar de noche las Iglesias descalzo, aun en el Invierno, en que solìa estàr la tierra cubierta de nieve. Llevaba detràs á Podivino, su fiel Cortesano, el qual una vez, por el gran frio ateridos los pies, fue forzado á detenerse, por no poder seguir al Rey.

Quando el piadoso Rey lo reconociò, le mandò que entrasse sus pies en las huellas que èl dexaba señaladas. Hizolo el Cortesano, y no solo sintiò que se le calentaban los pies, sino todo el cuerpo; con tal ardor, que pudo seguir con alegria en el aspero camino à su Señor. Este mismo efecto hacen continuamente en sus seguidores las huellas del Salvador, que và delante. No solo nos enseña el camino, mas nos dà brios para seguirle con ligeros passos: *Christus viam sanctæ conversationis, quam precurrendo nobis monstravit, ineffabili suavitate respersit.* Sea, pues, aspera, sea dificil, estè llena de trabajos, incomodidades la senda por donde

de le hemos de ſeguir, el hallarla toda ſeñalada de ſus huellas; el haverla èl corrido por nueſtro amor, no ſolamente le ha allanado los paſſos, ſino la ha hecho deleytable, amena, y florida con mil acciones, que nos dexò por exemplos; pues por què no le ſeguirèmos? *Dominus noſter* (dice San Cypriano) *quidquid docuit fecit, ut diſcipulus excuſatus eſſe non poſsit, ſi ſervus pati nolit, quod prius paſſus eſt Dominus.* (Epiſt. 56.)

§. II.

COMBITE A SEGUIR ESTE REY.

A La conquiſta, pues, del mundo, á la ſalud de las almas, á la ruina de los pecados aſpira nueſtro Rey. Para eſta noble empreſſa buſca por todas partes Soldados, combida ſequaces: *Non eſt*, (decia deſconſolado Ezequièl) *non eſt, qui vadat ad prælium.* O quánto ſe canſa en hallar quien le ſiga, como generoſo Aventurero, en tan juſta guerra! O vileza intolerable de los que ſomos ſus vaſſallos! O agravio graviſsimo, que ſe hace á tan buen Rey! *Dignus eſt planè morte, qui cum Chriſto recuſat vivere.* (S. Bern.) Scipiòn Africano, queriendo partir de Roma

ma á la dificultosissima empressa de Numancia, hallò tantos que le siguiessen, por el grande amor que le tenian, ofreciendose à ir con èl, aun sin sueldo, y sin estipendio, que (como dice Plutarco) fue menester que el Senado, con pùblico pregon, pusiesse termino, y raya al concurso desmedido de los Pueblos, porque no quedasse despoblada Italia: *Vetitus, ne vacua relinqueretur Italia.* Phelipe II. llamò à la Corte á algunos Soldados, que mas valerosamente havian militado en Flandes, baxo del mando de Alexandro Farnesio, para conocerlos, y premiarlos. Parecieron todos señalados con gloriosas heridas; y oyendo al Rey, que les decia con amoroso semblante, què premio deseaban por sus sudores, y heridas? Respondieron: Ninguno otro, sino que se nos permita otra vez militar en las Vanderas de Alexandro: *Nihil aliud, nisi quod nobis iterum liceat sub Alexandro militare.* Tan grande era la estimacion, tan grande el amor que tenian á aquel valeroso Capitàn. Què hemos de decir, Christianos, si nuestro Soberano Rey no puede alcanzar de nosotros con sus combites, y llamamientos, lo que tantos otros, infinitamente menos dignos,

nos, alcanzaron de ſus ſubditos, y Soldados ſin reſiſtencia alguna? Què eſcuſa ſe podrá jamás alegar, ſi no ſeguimos al Monarca Divino con tanto aliento, como ſe ſuele ſeguir à un Señor terreno? Por ventura ſe dirà, que los trabajos de la Milicia, los horrores de la batalla, que ſe ſufren por el Rey de la tierra, ſon guſtoſos, ſon agradables; mas los que ſe deben padeçer por el Rey del Cielo ſon deſapacibles, y amargos? Y dònde eſtà la Fè? Dònde el amor, y obſequio debido al Rey de los Reyes? De ſuerte, que el afecto que ſe tiene à un Principe terreno, el interès de un eſtipendio mundano, hace alegre, y conforme à la inclinacion natural el ſeguirle en los preciſos infortunios, y trabajos de la guerra; y el amor que profeſſamos al Rey Celeſtial, y el premio de una gloria eterna, dexa que parezca muy aſpero, muy inſufrible, y repugnante à la naturaleza el militar con èl debaxo de ſus Vanderas?

Con razon decia el Salvador: *Viri Ninivitæ ſurgent in judicio, & condemnabunt vos,* (Luc. 11.) dando á conocer quan promptos fueron ellos á imitar á ſu barbaro Rey, aun en una empreſſa muy dificultoſa; porque

que Sardanapalo, oyendo la ruina de la Ciudad, amenazada por el Propheta Jonàs se levantò de su Trono, se desnudò sus Reales ropas, se vistiò un saco, se sentò sobre la ceniza, ayunò: *Surrexit de Solio suo, & abjecit vestimentum suum, & indutus est sacco, & sedit in cinere.*

Despues, por pùblico pregon, intimò à sus vassallos un rigoroso ayuno, y una severa penitencia de sus pecados; pero, como reparò agudamente San Ambrosio, para que toda la Ciudad ayunasse, el Rey primero puso de abstinencia estrecha su mesa Real: *Ut tota Civitas jejunaret, famen sibi prius Rex indixit.* Quièn hizo á Sardanapalo, á el Rey mas celebrado, de glotòn, de profano, y delicioso, trocar la Purpura en un saco, la Corona en ceniza sobre su cabeza, el fausto en humillacion, la mesa esplendida en rígida abstinencia de un Anacoreta! Mas què sucediò? Que todos los Ciudadanos, Nobles, y Plebeyos, viejos, y mozos, desde el primero à el ultimo, hasta los niños de pecho, y los mas acostumbrados à la glotonerìa, y embriaguèz, renunciaron los placeres, ayunaron, echaron sobre sus cabezas ceniza, se vistieron de silicio, è hicieron aspera peniten-

tencia: *Vestiti sunt saccis à minore usque ad majorem, & plenam terroribus egerunt pœnitentiam.* Un Sardanapalo con su exemplo pudo tanto con sus subditos, y Jesu-Christo, con la idèa de sus Divinas Virtudes, no podrà otro tanto en los corazones de sus Fieles? Es esto todo lo que puede prometerse de nosotros un Dios, haviendo baxado de su Gloria à nuestra vileza, por ser nuestro Capitan, por movernos, y ayudarnos à la conquista de un Reyno, á nosotros tan util, como gloriosa para èl? Pues què harà? Renunciarà las armas? Se bolverá á su Cielo sin pelear? No se lo permite la Gloria de su Eterno Padre, ni el amor de nuestra salud. Està dispuestissimo à ir solo á las experiencias, y nos dice: *Vos fugam capietis, & ego vadam immulari pro vobis.* Vosotros, como cobardes, me bolveis las espaldas, y huìs; mas yo irè solo à ofrecer por vosotros el pecho á las lanzas de vuestros enemigos. Quedaos, pues, vosotros, perezosos, á gozar del ocio, à dormir sobre plumas. Yo solo saldrè al encuentro à las fatigas, y peligros, hasta caer rendido del peso. Entregaos à los placeres, á la embriaguèz, y glotonerìa; para mì seràn las penas, à mì me

tocarà beber el Caliz de la Passion; y mientras vosotros alargais la mano á las frutas prohibidas, yo estenderè las mias en el Trono de la Cruz.

Pero no penseis tener parte en mi Reyno, porque quien conmigo no pelèa, tampoco reyna en mi compañia. Y con què cara tendreis despues ossadìa de aspirar á mi Bienaventuranza, quando yo os mostráre las Llagas de mis manos, Pies, y Costado abierto por vuestra salvacion, y vosotros no podreis reciprocamente mostrarme una gota de sudor, no digo de sangre derramada por mi Gloria?

Tendrèmos corazon para sufrir, que assi nos zahiera? Tendrèmos animo para vèr á nuestro Rey en el campo de la batalla? Nos quedarèmos desalentados, porque nos ofrece su Cruz, y nos dice, que su Reyno no es de este mundo? *Regnum meum non est de hoc mundo*? Ea, fiemonos de su Bondad, que aun en esta vida, entre los trabajos de la malicia, que por èl, y con èl professamos, no dexará de darnos à experimentar los efectos dulces de su beneficencia; y en la otra vida nos tiene prevenido un gran Reyno, por premio de la batalla; mas no por esso dexa-

rà

rá de darnos en esta vida un copioso sueldo.

A los que pelean no se les promete un liberal donativo despues de la victoria? Con todo esso vèmos, que entretanto se les dá un competente sueldo en tiempo de la batalla. Los interiores gustos de animo, las consolaciones espirituales, el jùbilo de la buena conciencia, son unos tratamientos amorosos, con que este benigno, y benefico Rey, aun en el tiempo de la guerra presente, premia, y contrapesa lo que se obra, y padece por su amor. Solo el pensar que hemos de pelear, y padecer con tan gran Rey (decia Santa Teresa) nos debe hacer, no sòlo animosos, sino alegres, y alentados en los trabajos, y tribulaciones. Los valerosos Machabéos, llegando á afrontarse con el Exercito de los enemigos, se acobardaron, y entristecieron, porque de repente un arroyo impetuoso les atajò el camino; quando poniendose delante el valiente Simòn, su Capitan, se arrojò el primero al agua con animo invencible. A esta vista todos cobraron aliento, y brio, y ninguno de veinte mil que eran, dexò de seguirle: *Transfretavit primus, & viderunt eum viri, & transierunt post eum.* (1. Mac. 16.)

Y despues resonaron las Sagradas Trompetas: *Exclamaverunt Sacris Tubis.* Al vèr passar su Capitan, esforzados vadearon el arroyo los Soldados, no solo con generosidad, sino tambien con alegria, hasta ganar al son de las festivas Trompetas la victoria. O, què bien nos assegura el Eclesiastico: *Gloria magna sequi Dominum, & nihil dulcius quàm respicere in mandatis ejus!* (Eccl. 23.) No solamente es cosa gloriosa, sino dulce, y alegrissima, seguir al Señor, y executar sus mandatos.

Acaso te parece empressa dificil, y ardua haver de retirarte del camino ancho de los vicios, y entrar por la senda estrecha de las virtudes? Pero què aliento no infundirá al corazon llevar à los ojos por guia al Rey de el Cielo? Amarga cosa nos parece apartar los labios del dulce licor de los placeres, por aplicarlos á la hiel de la mortificacion; pero què suave, y sabrosa la hará la reflexion, que Christo primero la endulzò, y azucarò con su Divina boca! Tememos como vida dificil, y melancolica el vivir sin la conversacion licenciosa de ciertos amigos del passatiempo. Mas la dulce conversacion del Rey Celestial, y con esso el tenerlo por Compa-

pa-

pañero en los trabajos, y tribulaciones, no prevalecerà, y valdrà mas que la compañia de qualquier criatura?

Rebolved las Escrituras Sagradas, y hallareis, que en virtud de sola esta compañia se alentaban todos aquellos Padres á entrar en qualquier ardua, y trabajosa empressa: *Ego ero tecum* Yo estarè contigo, les decia Dios. Asi lo dixo à Isaac, quando le quiso animar à no temer las assechanzas de los Palestinos: *Ego tecum.* Asi lo prometiò Dios á Jacob, quando quiso alentarle á emprender la larga, y aspera peregrinacion à buelta de su Patria: *Ego tecum.* Asi le ofreciò à Moysés, quando le quiso dàr brios para el grande empeño de librar á los Israelitas del cautiverio de Faraon: *Ego ero tecum.* Asi, finalmente à Josuè, quando le encargò la dificultosa empressa de conducir el Pueblo à la Tierra de Promission. Y asi tambien nos dice à nosotros el Salvador: *Nolite timere: Ego vobiscum sum, ut salvos faciam.* Ceda, pues, todo temor: Yo estoy con vosotros à daros todo conorte, y libraros.

Pues què nos detiene? Còmo dilatamos el seguir á tan amoroso, y tan benefico Señor, y Rey? Ea, animo, digamos genero-

ſamente con el devotiſsimo Bernardo : *Sequemur, Domine, Te, per Te, ad Te : quia Tu es Via, Veritas, & Vita. Via in exemplo; Veritas in promisso; Vita in præmio.* (Serm. 2. Aſcenſ.) Quiero, ò Soberano Rey mio! y con gran corazon, y afecto quiero ſeguiros adonde me quiſiereis llevar : aqui està mi voluntad, y mis potencias promptiſſimas á pelear debaxo de vueſtro mando. Baſtaba ſolo vueſtro combite para moverme à aceptar ligeramente vueſtro ſervicio.

Què debo hacer ahora con vueſtro exemplo ? Quando Vos, Rey de Soberana Mageſtad, quereis entrar à la parte de los trabajos, tomando para Vos lo mas arduo, lo mas dificil, lo mas penoſo, y dexando para mì lo menos moleſto, y menos amargo ? Eſta vueſtra Bondad me arrebata todo el corazon, y me hace una amoroſa violencia para ſeguiros : *Paratum cor meum, Deus paratum cor meum.* Una, y otra vez eſtoy diſpueſto á ſeguiros, yà ſea por un camino llano ſin trabajos, ni eſpinas ; yà ſea cueſta arriba por ſendas aſperas, llenas de malezas, y dificultades. Ni me pone miedo, Señor, lo que prevenìs : Que quien quiſiere ir en pos de Vos, ſe niegue á sì miſmo : *Qui vult veni-*

nire post me , abneget semetipsum: ni me acobarda haver de tomar la Cruz para seguiros : *Tollat Crucem suam , & sequatur me*; porque este es un dulce amargo, que mas me alhaga , y regala , que me desmaya, ni desalienta , sabiendo , que debo padecer en vuestra compañia , y que Vos vais delante con Cruz mucho mas pesada : que yo he de llevar la mia , sustentada de vuestra poderosa mano , á quien ha hecho ligera , y suave el haver estado sobre vuestros Divinos Hombros. Aceptad , pues , con agradables ojos, y afecto (ò Divinissimo Rey mio!) esta mi ofrenda , dad valor à este mi buen deseo, asistidme con vuestra eficàz gracia , para que yo pelee valerosamente en vuestro servicio , para reynar despues con Vos eternamente en vuestra Gloria.

§. III.

EXEMPLO.

Siendo Rey de Francia Theodoberto , tuvo en su Corte un Cavallero principal llamado Floro , que por la excelencia de el juicio , y el valor de la espada , tenia el pri-

mer lugar en la gracia del Rey, y en el Gobierno del Reyno. Este, como quien estaba en el auge favorable de su fortuna, con todo esso no hallaba paz en su corazon, ni alegria en su animo; por lo qual, siendo de espiritu virtuoso, y pio, frequentemente rebolvia en su pensamiento estos desengaños: Què me puede dár en recompensa de tanto como le he servido? Y què pretendo yo con fatigarme tanto por èl en la Corte, y en la Campaña? Honras, y riquezas? Y quàn vanos, y fragiles son todos los bienes de la tierra, pues no me sossiegan el corazon, y cada instante me pueden faltar! O, si yo huviera hecho, y padecido otro tanto por el Rey del Cielo, quanto por un Rey de la tierra, no serìa un grande Santo? No huviera adquirido, y assegurado una gloria verdadera, y eterna? Pues por què no me resuelvo, lo que me queda de vida, mudar de esclavitud, y hacer otro tanto por el Reyno de el Cielo? En estos pensamientos estaba Floro, quando Alderado, su cuñado, le diò noticia de la llegada de San Mauro Abad, con algunos Monges sus Compañeros, para fundar un Monasterio en Anjou; y movido del Espiritu Santo, determinò

em-

emplear sus ricas possessiones en el Sagrado, y magnifico Edificio. Y sin detenerse, montando en un cavallo, se fue en busca del Santo Abad, y viendolo de lexos, se apeò, y tres veces antes de llegar hincò las rodillas, en señal de humildissima reverencia. Abrazaronse con ternissimas lagrimas, y se retiraron solos à parte en dulces coloquios. Alli Floro ofreciò sus riquezas para la Fabrica de el Convento; demás de esso, le entregò un hijo suyo pequeño, llamado Bertulfo, para que le criasse en el servicio de el Rey del Cielo, en vez de servir de Page á un Rey de la tierra. Fuera de esto, en secreta confianza añadiò, que èl mismo estaba con gran deseo de trocar la miserable esclavitud del mundo en la felicissima de Christo.

Acabado el Sagrado Edificio, èl siempre hastiado, y cansado de los negocios de la Corte, procurò manifestar con el modo mas humilde, y respetoso su determinacion al Rey. Señor, (le dixo) mucho tiempo hà que Dios me està llamando à servirle. He gastado la flor de mis años en el servicio de vuestra Magestad. La razon pide, que lo poco que resta de mi vida se emplee en la conquista del Reyno eterno. Si yo me despidiera

ra para passar á servir á otro Rey de la tierra, seria el hombre mas ingrato del mundo; pero quando solo trato de servir al Rey del Cielo, no me sabrá negar vuestra piedad su grata licencia. Dios me llama à vivir debaxo de la direccion de Mauro Abad, que pocos dias há llegò à vuestro Reyno. Irè á hacer penitencia de mis pecados, y oracion por la salud, y vida de vuestra Magestad. El Rey, que le escuchaba atonito, le atajò el discurso, abrazandole; y llorando tiernamente, le respondiò: No me podiais dàr nueva mas desagradable. El amor que os he tenido puede ser prueba de mi dolor.

Me arrancais el corazon del pecho con daros esta licencia, y despedida. Con todo esso, si Dios os llama, es preciso obedecerle, y que no os lo embarace. El servicio del Soberano Monarca debe prevalecer á todo mi afecto, y à todos los interesses de mi Corona. Solamente deseo, que me aviseis el dia que quereis consagraros á Dios, porque quiero ser testigo de la execucion de tan heroyca empressa.

Apenas huvo conseguido Floro la licencia, quando de carrera partiò al Monasterio, y ajustado el dia que havia de tomar el

Sagrado Habito, diò aviso al Rey, añadiendole, que en el Abad havia hallado un Angel del Cielo. Fue el Rey acompañado de gran cortejo de Señores; y llegando á la puerta de la Iglesia, se arrojò arrodillado á los pies del Santo Abad, pidiendole con regia humildad la bendicion, y encomendando en sus oraciones su persona, y su Reyno. Luego buelto á abrazar uno á uno los Monges, y viendo á Betulfo, hijo de Floro, se le estrechò con singular afecto à su pecho. Passando despues al Altar Mayor, despues de breve Oracion se sentò el Rey con su Corte en un Trono à la diestra del Altar, y à la izquierda el Abad con sus Monges. En esto aparecio Floro con humilde, pero alegre semblante, y puesto de rodillas enmedio se quitò el Talabarte Militar, y las otras insignias de Cavallero, y con devota humildad pidiò á San Mauro el Habito de la Religion, y la Librea del Rey del Cielo. El Santo le remitiò al Rey, suplicandole, que èl mismo se dignasse de ser el primero en cortarle de su mano parte de los cabellos, y consagrarle à Dios. Cortòle el Rey una trenza, y despues hicieron lo mismo los otros Principes, en el qual acto no pudieron contener las lagri-

mas,

mas, y llorando mucho el Rey, y toda la Corte, viendo à Floro, de gran Señor de el mundo, hecho humilde ſiervo de Chriſto. Paſmabanſe, còmo un Cavallero noble, rico, poderoſo, favorecido de el Rey, primer Miniſtro de un gran Reyno, en lo mejor de ſu edad, en lo mas elevado de ſu floreciente fortuna, conocida la vanidad del mundo, iluſtrado de luz Celeſtial, dieſſe de mano á las grandezas de la tierra, por abrazarſe con la humildad Chriſtiana, con la pobreza Evangelica, y deſprecio del mundo.

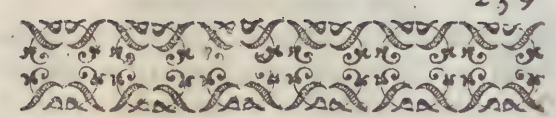
Acabada una accion tan ſolemne, y glorioſa, el Rey ſe dexò vencer de los ruegos, y entrò en la Hoſpederìa del Convento à tomar la refaccion de un agaſſajo. Al fin de ella llamò á Floro, yá enteramente veſtido del Habito de Monge, y hecho Cavallero de Chriſto, y deſpues de haverle tenido largo rato entre ſus brazos, y dadole muchos oſculos en la frente, derramando muchas lagrimas, le dixo por ultimo recuerdo eſtas memorables palabras: Floro, yà que como Cavallero de el mundo haveis tan fiel, y honradamente ſervidome à mì, que ſoy vueſtro Señor; de aqui adelante ſervid, como

mo Cavallero de Christo, servid con la misma lealtad; y cuidado al Rey del Cielo: *Tibi solicitè procurandum est, ut sicut in saculari habitu strennè semper, ac nobilitèr conversatus es, ita nunc quoque in Sacra Religione Deo semper placere satagas*; y asi como en lo passado, con la espada en la mano, haveis defendido mi Reyno, asi en adelante le defendais con vuestras Oraciones. Dicho esto, y tomada la bendicion de el Abad, se puso à cavallo para bolver à su Corte; pero no pudo traer consigo todos sus Cortesanos, porque el exemplo de Floro moviò à algunos de aquellos Señores, unos à que renunciassen el mundo, y su esclavitud por seguir la Milicia de Christo, otros à entregar sus hijos á San Mauro, para que los criasse en el servicio de Dios; y cada dia veìa Theodoberto faltar de su Corte, yà uno, yà otro de sus Gentiles-Hombres, y Cavalleros, que corrian al Monasterio, donde havian dexado el corazon, á tomar el Habito de la Religion. Viviò Floro otros doce años en perfecta observancia, ayunos, vigilias, y humillaciones, acordandose siempre de las palabras del Rey, que debia servir con tanto em-

empeño, y solicitud al Rey del Cielo, con quanto havia servido, y militado por un Rey de la tierra.

¶ Lease á Thomás de Kempis, lib. 3. c. 1. *De las hablas interiores de Christo al alma fiel.*

VER-



VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES,

ORDENADAS PRINCIPALMENTE para los dias de los Exercicios Espirituales.

TOMO SEGUNDO.

LECCION IX.

DE LA ENCARNACION, Y NACIMIENTO de Jesu-Christo.

EN el Sacratissimo Mysterio de la Encarnacion hizo Dios una general demonstracion de sus Divinas perfecciones, por levantar todos los entendimientos á admirar su grandeza, y arrebatar todos los

los corazones à amar su Bondad; porque quièn no admira la infinita Bondad, con que Dios, no contento con haver dado al hombre tantas bellas criaturas, quiso tambien darsele à sì mismo, uniendo la Naturaleza Divina con la humana, baxando Dios á ser Hombre, y ensalzando al hombre á ser Dios? Quièn no amarà la benefica Omnipotencia en el unir extremos tan contrarios, quales son el Verbo Eterno, y la carne mortal, comunicandole á esta los dotes Divinos, y participando aquel de las humanas miserias? Quièn no bendecirà la Divina Sabidurìa, que supo hallar recompensa tan oportuna para satisfacer á Dios ofendido, y remediar al hombre pecador, que le ofendiò? De otra suerte el mal era irremediable; pues por una parte no era razon, que Dios fuesse ultrajado de los pecadores con tantas injurias, y no se le diesse satisfaccion por ellas: por otra parte, ninguna criatura podia dár satisfaccion proporcionada á la gravedad de las ofensas de Dios.

Por tanto la causa del Genero Humano era siempre perdida; ni podia el hombre hacer otra cosa, que despues de una vida, passada en todos los males de culpa, caer

en

en una muerte perpetua de todos los males de pena; si Dios no ponia tal remedio á una perdicion tan inevitable, uniendo la Naturaleza Divina con la Humana, para que como Hombre pudiesse padecer; como Dios, pudiesse dár valor infinito á sus obras, y assi viniesse à satisfacer por todos los pecados, y à librar al hombre de todos los suplicios. Assi se ajustaron, y concordaron en la Encarnacion la Justicia, y la Misericordia; porque la Justicia quedò pagada en todo rigor de quanto podia pretender por las ofensas de la Divina Magestad, recibiendo de un Hombre Dios aquella satisfaccion, que no le podia dàr ninguna pura criatura. Tambien la Misericordia exercitò sus amorosissimas finezas, compadeciendose de las miserias de sus enemigos, y librandole del ultimo infortunio, en que yacìa, sin esperanza de remedio.

Pero lo que mas campèa en el Mysterio de la Encarnacion, es el Amor Divino, como dice el Discipulo amado: *Sic Deus dilexit Mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* Tanto, y con tanto extremo amò Dios al mundo, que le diò su Unigenito Hijo, para que le redimiesse.

Considerese quièn es Dios, y quièn es el hombre. Aquella hermosura, y bondad infinita, aquella Magestad immensa, aquel Señor Todo Poderoso, aquel Rey Universal de Cielo, y Tierra, se abate por el hombre à hacerse como èl. Y què cosa es ahora el hombre, en comparacion de Dios? Un gusanillo de la tierra, respecto de un Monarca de todo el Mundo; un grano de arena, comparado con la vastissima circunferencia del Cielo; una gota de rocìo, á vista del inmenso mar. Què es el hombre respecto del Angel? Què son todos los Angeles, comparados con Dios? Con todo esso se humilla Dios tanto, que se une à una naturaleza tan vil, que toma, no solo la imagen, sino la substancia humana. Si nos dixeran, que un Serafin havia tomado la forma de un gusanillo, quedariamos maravillados, y suspensos del fin de tal accion; y si se dixera, que el fin de executarla fue porque no perecieran otros gusanillos, sino que se trocassen en Serafines, con razon quedariamos mas atonitos al vèr, que una naturaleza tan sublime, y elevada, se huviesse humillado tanto, por levantar à tan grande altura una cosa tan vil, y que tan poco le importaba. Ahora menos infinita-

tamente es el hombre respecto de Dios; y menos infinitamente importaba el bien del hombre à la felicidad de Dios.

Pues còmo la Magestad, y Grandeza de Dios se ha dexado persuadir á estrechar consigo la baxeza del hombre para levantarle à la Divinidad, y hacerle participe de su Naturaleza, y como otro Dios? El Amor fue quien obrò este prodigio: el Amor executò esta obra, digna de la Divina Bondad, quanto mas parece agena, è indigna de la Divina Grandeza. Por esso exclama S. Bernardo: (Serm. 64. in Cantic.) *O suavissimam vim Amoris! Ita ne summus omnium unus factus est omnium? Qui hoc fecit? Amor, dignitatis nescius, dignatione dives, suasu efficax.*

O suavissima violencia del Amor! De esta suerte el Sumo, y mas Soberano de todos, y sobre todos, se ha hecho uno de todos, y adocenado con todos? Quièn hizo tal excesso? Quièn obrò tan extraña, y tan admirable mudanza? El Amor, olvidado de su dignidad, rico de dignacion, y benignidad, eficáz en su persuasiva. Pues si el amor de Dios para con el hombre ha tenido tanta eficacia en persuadirle, que le obligò á executar de hecho quanto nosotros nunca pu-

dieramos haver imaginado, ni concebido en nueſtro penſamiento; còmo la correſpondencia de nueſtro amor no debe derretirſe en afectos á un Amante tan fino, y abraſarſe en deſeos de ſervir á un Dios tan bueno? Còmo podrèmos no amar á aquella eterna, é infinita Bondad, que ſin tener neceſsidad de noſotros, por ſola ſu miſericordia, por un medio tan coſtoſo, ſolicitò nueſtro remedio? Qué bebedizos, ò què encantamientos pueden hallarſe tan eficaces para deſpertar nueſtro amor, como vèr, que ſomos amados; y tan tiernamente amados del Rey de la Gloria, que baxò del Cielo á la Tierra, para que noſotros ſubamos de la tierra al Cielo?

Las Hiſtorias Romanas enſalzan haſta las Eſtrellas, como una proeza incomparable de amor, la accion generoſa de un Eſclavo, el qual, ſabiendo que venian algunos enemigos con las eſpadas deſnudas à matar á ſu Señor Urbinio, ſe puſo los veſtidos de ſu Amo; y fingiendoſe que era èl, les ſaliò al encuentro, para recibir en ſu pecho las heridas, que havian de dàr á ſu Señor.

A viſta de eſta accion, quedò atonita Roma; y Urbinio, para perpetua memoria,

y agradecimiento de tan cordial amor, erigiò un Sepulcro Real, y obstentoso à su Esclávo, tan finamente amante: *Dedit Regium sepulchrum amantissimo mancipio.* (Valer. Maxim.) Pues si aquel Esclavo mereciò tanta estimacion, y tanto agradecimiento por haverse puesto los vestidos de su Señor, á fin de morir por èl; què afecto, qué agradecimiento no merecerà el Señor del Cielo, y de la Tierra, que se viste la Librêa de Esclavo para poder trabajar, y morir por el Esclavo? Allà el Esclavo, con aquel prodigio de amor, se ensalzò, y engrandeciò à sì mismo, vistiendo la figura del Señor, y diò su abatida, y miserable vida por un Personage tanto mayor que èl, de quien havia recibido muchos beneficios. Acá el Señor, con este excesso de caridad, se abatiô à sí mismo, tomando la naturaleza del Esclavo, y diò su vida divina por un sugeto infinitamente menor que él, de quien solo havia recibido ingratitudes, ofensas, è injurias.

Y aqui se abre un mayor campo para descubrir la immensidad del Amor Divino: hacerse Dios Hombre, quando la Naturaleza Humana estuviesse entera, y perfecta, no tocada aun de un lunar de culpa, sino dotada

de todas las virtudes, sería un excesso de benevolencia, digno de causar embidia á los Serafines. Si el Criador huviera baxado á tanta humildad para remediar al hombre, que portandose con Dios, á ley de fidelissimo siervo, huviesse caído en miserable estado por la honra de Dios; todavia sería excessiva recompensa à los servicios del hombre. Mas que estando la Naturaleza Humana depravada, y corrompida, abominable, y llena de manchas de pecados, se moviesse Dios á tanta compassion de ella! Que Dios tanto se humillasse por hacer bien al hombre rebelde, y traydor, al mismo tiempo en que el hombre proseguia á ultrajarle mas con injurias, y ofensas! Esto sì que traspassa todos los terminos de amor! Esta es caridad proprissima de Dios, que á tanta costa suya quiso hacer tanto bien, á quien contra èl hacia tanto mal. Ahora, si Dios nos ha amado, y favorecido tanto, siendo sus enmigos, y malhechores; còmo, y por què no amarèmos nosotros á Dios, tan amante, y bienhechor nuestro? Què mayor impiedad, que tener ossadìa para alejarse de Dios por el pecado, quando Dios tiene afecto, y corazon para unirse con el hombre con tal estrechèz de

ca-

cariño? Confundase una vez el hombre de verse tan favorecido, y beneficiado de su Señor, y haver vivido hasta ahora tan desconocido, procure en adelante ser tanto de Dios, que yá no sea de criatura alguna, ni aun de sì mismo. Diga resueltamente con S. Agustin: Concedeme, Señor, y Dios mio, que de tal manera yo me transforme en tì, que no me quede mas corazon, que para amarte; ni mas espiritu, que para servirte. Muera en mì todo amor proprio, todo afecto à las criaturas; de suerte, que no haya en mì mas amor, que corresponder amando á quien con tanta ternura me ha amado.

Pero si parece grande el Amor Divino en abatirse à la Naturaleza humana, parecerà sin duda mayor, si se mira el ensalzamiento, y grandeza de subir el hombre á la Alteza Divina. Yà se lee, que el Rey S. Luis, y S. Eduardo se humillaron, y abatieron hasta servir, y abrazar à los mendìgos, y leprosos; pero no se hallará Rey ninguno, que haya colocado un leproso en su Trono Real, ni puesto en la cabeza á un mendìgo su Diadema. Este extremo de piadosissimo amor fue singular en Dios, que al hombre caìdo en tantas miserias, y lleno de la lepra

de tantas culpas, le levantó al Trono de su Mageſtad, y á la Corona de ſu Gloria, como dice la Profetiſa: *Suſcitat de pulvere egenum, & de ſtercore erigit pauperem, ut ſedeat cum Principibus, & ſolium gloriæ teneat.* (1. Reg. 2.) Ni ſolamente le elevò á la Dignidad de los Principes de ſu Reyno, igual á los Querubines, y Seraphines, ſino haſta ſobreponer la Naturaleza humana á la Angelica, deificandola con la union hypoſtatica, y entrandola en la Divina Gloria ſobre todas las Gerarquias Celeſtiales. De aqui quièn podrá jamás concebir qué honra incomparable reſulta al Linage Humano, y con quanta razon puede decirſe, que los hombres han emparentado con Dios en un modo ſingular, como hijos del Altiſsimo, y hermanos de Jeſu-Chriſto? Reconozcan, pues, los hombres la dignidad de ſu naturaleza, y la obligacion grande en que eſtán de amar à Dios.

Quando Arenayde, pobre, y abandonada doncella, ſe viò elevada del Emperador Theodoſio al Deſpoſorio, y Corona Imperial, ſe dixo à sì miſma: *Concipe amorem debitum Imperatòri, & mores dignos Imperio.* Aſsi debe aprender el Chriſtiano á amar á ſu Dios, y reſpetarſe à sì miſmo. Averguencese

tesse yà de cometer accion indigna de su espiritual nacimiento, y de manchar el esplendor de su sangre con vileza de culpa: *Agnosce (ò Christiane!) dignitatem tuam*, amonesta gravemente San Leon Serm. 1. *de Nat.*) *& divinæ consors factus naturæ noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire.* Tales son los prodigios, estas las finezas del Divino Amor en la Encarnacion, Mysterio, que obliga tanto al hombre à correspondencia de afecto, que San Agustin, apareciendose á Santa Maria Magdalena de Pazzis, para encenderla toda en ardentissimas llamas de amor à Dios, no quiso hacer otra cosa, ni valerse de otro medio, que escribirle con letras de oro sobre el corazon estas palabras: *Verbum caro factum est*, juzgando que esto solo bastaba para que se abrasasse toda en amor divino.

§. II.

ADMIRABLE NACIMIENTO DE CHRISTO.

NO menos está lleno de prodigios de caridad el Nacimiento del Salvador, en que su primera venida à el mundo lo ostenta piissimo Amante de los hombres. Bien po-

podia èl venir con comodidades, y fausto ostentoso, en el medio dia solemnissimo, escoger un Palacio magnifico, ser reclinado en una preciosissima Cuna, recostar sus tiernos miembros sobre delicadissimos lienzos, y sedas, y con esto havria dado clarissimos argumentos de su amor; porque todas las cosas, por grandes que parezcan, son muy inferiores à la Magestad de un Dios humanado. Mas no quedaba satisfecho el infinito amor de Jesus, sino llegaba á los ultimos excessos. Sabìa, que un grande amor suele darse á vèr humilde, y sufrido; y qué humildad escogiò? Un Establo por Palacio, un Pesebre por Cuna, heno por cama, unos viles animales por Cortesanos.

Quièn no se siente enternecer á el oír aquellas palabras del Evangelio: *In propria venit, & sui eum non receperunt?* Vino á su propria Casa, y los suyos no le recibieron; y asi se viò obligado à mendigar el alvergue de las bestias, quando se le negaban descorteses los hombres. O què prodigio de abatimiento! Se admira como un excesso de humildad el que executò San Alexo, Joven nobilissimo, que se vino desconocido à su propria Casa à pedir à sus padres un rincon po-

pobre donde recogerse, y en un aposentillo mal acomodado de su Palacio recibiò por tantos años un poco de pan, que le daban de limosna sus criados. Si esta proeza, hecha de un hombre por amor de Dios, fue de tan grande assombro; què serà una tanto mayor, executada por Dios por amor del hombre? O què pasmo, que éntre Dios en el Mundo su Casa, y no halle otro lugar, que un vilissimo Establo, y le sea necessario recurrir à la piedad de unos brutos, que le templen con su aliento el rigor del frio, en lugar de los Serafines, que le encienden con amorosas llamas el Trono!

Otra propriedad del amor es padecer con gusto. Por esso el amor de Jesus no quiso aguardar à hacer pruebas de su fineza allà à lo ultimo de la vida, muriendo en una Cruz, anegado en un mar de tormentos; quiso desde el principio dàr muestra, naciendo entre mil asperezas en el pesebre. Assi, para padecer mas desde su primera entrada, escogiò el Invierno, estacion la mas incommoda del año; y del año, y del Invierno el mes mas rigoroso; y del mes la hora mas helada de la media noche, quando es mas sensible la aspereza del frio, y del ayre. Entonces el Niño Jesus

ſaliò del Vientre puriſsimo de ſu Maria Maria, teniendo por primera cama la dura tierra, en un Portalillo deſcubierto à las inclemencias del Cielo. Còmo temblarian ſus terniſsimas carnes! Còmo ſentiría las punzadas del heno! Con què llanto pediria ſocorro à ſu piiſsima Madre, que no podia darle otro alivio, ſino eſtrecharle à ſus Pechos, para calentarle con el ardor de ſu corazon, y alimentarle con pocas gotas de leche! O Salvador mio! Por què quiſiſte tan preſto exponerte á las incomodidades de Niño, pobre, y abatido? Por què, á lo menos, no templaſte el rigor del hielo en una noche tan deſtemplada? Acaſo porque con la opoſicion del frio contrario ſe encendieſſe mas el calor de tu caridad? Mas eſte calor no puede crecer, porque no me puedes amar mas, que con amor infinito. Què harás por mì, (ò Jeſus mio, y Señor de mi alma!) quando eſte Cuerpecito crezca, y tengas mayores fuerzas, para padecer, ſi ahora que eres Niño reciennacido, y naturalmente neceſsitas de cariño, de alivios, caricias, y abrigo, le tratas con tal rigor?

A el Portal de Belèn nos convida S. Bernardo, para aprender las maravillas, y los exem-

exemplos de las verdaderas virtudes: *Transeamus usque ad Bethlebem, ubi habemus, quod adimeremur, quod imitemur. Habemus, quod amemus.* Porque Jesus Niño en el Pesebre, es un motivo eficacissimo de amor, un imán, que con dulcissimo atractivo arrebata los corazones: *Sic nasci voluit, qui voluit amari.* (dice San Pedro Chrysologo, Serm. 158.) Quiso assi nacer, porque quiso ganar nuestro amor. Si huviesse venido, à ley de Dios Grande, con pompa, y magestad, como otro tiempo sobre el Monte Synaí baxò á dár la Ley de temor, nos havria aterrado, y espantado de nuevo; pero viene como pequeño Niño, humilde, manso, benigno, para desterrar de todos los corazones el temor, è introducirles la suavissima Ley de Amor; y assi, la primera, y dulce palabra, que en el Santo Nacimiento anunciaron los Angeles à los hombres, fue: *Nolite timere*; no querais temer, yá passò el tiempo del temor: no viene Dios como Dios de las Venganzas, como Rey de la Magestad, sentado como en Trono sobre nubes de fuego, armada de rayos la diestra: viene como Dios de las Misericordias, Principe de la Paz, sin armas, en un Pesebre, embuelto en pobres pañales,

ata-

atadas las manos con fajas, humilde, y piadoſo, para atraher todos los afectos á amarlo. Seame licito explicarlo con un gracioſo ſuceſſo.

Viſpera de la Fieſta de los Santos Reyes eſtaban jugando á los naypes quatro Grandes de Eſpaña en la Corte del Rey Phelipe II. Sucediò, que les tocaron á tres de los jugadores los tres Reyes de la baraja; y aſsi, juzgando cada uno que tenia buen punto, envidaron el reſto; mas el quarto, à quien tocò el Rey de Oros (que llaman el Rey de los Corazones) ganò el juego, y ſe traxo à sì los tres Reyes, con todo el dinero. Eſte caſo pareciò al Predicador de la Capilla Real diſpoſicion de la Divina Providencia, y ſe ſirviò de èl para el Sermon de la Epifanìa, para probar que Jeſus, verdadero Rey de los corazones, y theſoros, (como lo llama el Propheta: *Deus cordis mei*) traxo á que le adoraſſen los tres Reyes Magos, y debe arrebatar à sí todos los corazones, y todas las riquezas de los hombres. Porque quièn no amará á un Dios, que por ſu infinita Bondad viene á hacer pruebas de ſu amor, à coſta de tanto padecer? Quièn no deſpreciarà el oro, y las riquezas por ofrecerſe à

aquel Dios, que dexando los thesoros del Cielo, viene mendigo à la tierra, para enriquecernos, y llenarnos de su gracia? Sì sì, Salvador mio, rindome á vuestro amor, vencido de la dulce violencia de vuestra amabilissima Bondádad. El frio de vuestro delicadissimo Cuerpo abrase siempre mas toda mi alma, y vuestra ternura ablande la dulzura de mi corazon; esta vuestra desnudèz, arranque de mi pecho el deseo de vanas riquezas, y tan extremada humildad abata mi sobervia. No permitais que vuestro grande amor, que nunca supo estàr ocioso, se quede en Vos solo; mas haced que se estienda hasta mí, y emplee en mi alma sus fuerzas, para que yo quede todo encendido, y Vos mayormente glorificado.

Mas: *Habemus, quod admiremur*, què objeto mas digno de admiracion, que vèr à un Dios Todo Poderoso hecho Niño? El que es immenso, y no cabe en los terminos de todo el Mundo, estàr estrechado en una pequeña Cuna, atado con pobres, y angostas fajas! El que viste el Cielo de lucientes Estrellas, y tapeta la tierra de vistosas flores, yacer desnudo en un pesebre! Aquel Señor, que consuela los afligidos, llora; el

que

que enciende à los Serafines, tiembla de frio; el que reparte abundancia á todas las criaturas, está careciendo de todo bien, y socorro.

Què cosa mas admirable (exclama aquì el V. P. Fr. Luis de Granada) que mirar à aquel Señor, á quien alaban las Estrellas de la mañana, que està sentado sobre los Querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que de tres dedos tiene pendiente la maquina del mundo, cuyo asiento es el Cielo, cuyo escabèl Real para los pies es la tierra, (como hablan los Prophetas) verle despues venir à tan extremada pobreza, y abatimiento, que se vea obligado à nacer en una vilissima choza? Què persona miserable llegò jamás à tal extremo de pobreza, que por falta de mejor acogida, se entrasse en un establo, y pusiesse entre brutos su hijo reciennacido? Quièn juntò dos extremos tan distantes entre sì, como son Dios, y Pesebre? Yacer entre bestias, y reynar sobre los Serafines? Còmo no sale fuera de sì el corazon humano, considerando estos dos terminos tan contrarios. Dios tendido en poca paja, Dios temblando de frio, Dios necessitado hasta del aliento de unos brutos?

El

El deseo de comunicarnos su felicidad ha obrado tales prodigios, y conseguido que tome en sì nuestras miserias. Finalmente: *Habemus, quod imitemur.* Tenemos mucho que imitar; porque (como dice S. Leon) *Nativitas Christi mors est vitiorum, vita virtutum*; el Nacimiento de Christo es muerte de los vicios, vida de las virtudes. Este Divino Maestro, y Celestial Medico, conociendo bien, que los males del hombre eran los apetitos desordenados de las riquezas, de la honra, y de los deleytes, vino à aplicar los remedios contrarios, para dàr salud al enfermo.

A la sobervia contrapuso el abatimiento; à la avaricia, la pobreza de espiritu; à los deleytes de los sentidos, la aspereza de la vida. Y porque sabìa, que los exemplos son mas eficaces, que los consejos, y las obras persuaden mejor que las palabras, desde su primera entrada en el mundo, al instante empezò à obrar, y enseñar: *Cœpit Jesus facere, & docere.*

Bebiò él primero la medicina para atraernos à beberla á nosotros. El Padre Fray Luis de Granada refiere una amorosa fineza que executò el Rey Don Juan Segundo de Portugál con un criado suyo, enfermo. Y fue, que baxando este piissimo Rey à su es-

tancia, y viendo que reusaba tomar no sè què medicina, tomando el vaso, bebiò un poco, diciendo: No hareis vos en gracia, y por dàr gusto à vuestro Rey, lo que yo hago por amor de mi criado? Esta Real accion moviò al instante al enfermo à beberse a purga, endulzada yá con los labios de el Rey. Y no podrá el exemplo del Soberano Monarca mover à sus siervos à abrazar sus virtudes? Buscarèmos nosotros honras, comodidades, y placeres, viendo que nuestro Rey yace en humildad, en incomodidades, en trabajos, por alentarnos à que le sigamos? O, cómo dice bien San Bernardo en el primer Sermon de la Natividad! Què causa, ò què necessidad havia para que el Señor de la Gloria se humillasse, y padeciesse, sino á fin de que hagamos nosotros lo que èl hizo? Yà grita con el exemplo lo que despues predicarà con la palabra: *Discite à me, quia mitis sum, & humilis corde.* Y practicamente nos enseña à conformarnos en el espíritu con un exemplar tan perfecto. Porque qué cosa puede haver mas irracional, mas odiosa, y mas digna de castigo, que vèr al Dios de el Cielo hecho Niño, y querer hacerse Grande sobre la tierra? Intolerable desvergüen-

guenza es, que donde la Mageſtad ſe humillò, quiera hincharſe, y enſobervecerſe un guſano: que buſque la criatura delicias, blanduras, alhagos, eſtando el Criador en un Peſebre padeciendo durezas, moleſtias, è incomodidades! Averguenceſe una vez el hombre de querer eſtár mejor tratado que ſu Dios.

No pretendiò tanto aun la ſobervia de Lucifèr; èl ſe contentaba con ſer igual, ò ſemejante, y con todo eſſo fue tan ſeveramente caſtigado. Pero noſotros tenemos eſta buena ſuerte, que la ſemejanza de nueſtro Dios nos ſerà facil, y ſaludable; porque para conſeguirla no es meneſter ſubir á lo alto, ſino baxar á lo infimo. Luzbèl, quando efectò ſer ſemejante á Dios, dixo: *In Cœlum conſcendam: Aſcendam ſuper altitudinem nubium: Similis ero Altiſsimo.* Subirè al Cielo, levantarème ſobre la altura de las nubes, y ſerè igual al Altiſsimo. Mas yá noſotros, para hacernos ſemejantes à Dios, no hemos meneſter elevarnos ſobre las alturas de las nubes del Cielo, ſino abatirnos à la tierra, arrojarnos á los pies de todos; porque Dios, *exinanivit ſemetipſum formam ſervi accipiens,* pobre, paciente, y humilde ſe dexò vèr, y ſe preſentò á nueſtros ojos: pobre-

za, mortificacion, y humildad se pide para imitarle, y adquirir su semejanza.

Y con què remedio se pudo jamàs curar la sobervia del hombre, si con la humildad del Hijo de Dios no sana, y se abate? Con què se pudo curar la avaricia, si con la pobreza del Pesebre no se modera? Quièn serà tan atravido, que no quiera poner freno á sus apetitos, y concupiscencias, mirando à su Dios, que desde la Cuna, y las fajas de Niño aflige con tantas asperezas sus delicados miembros? Yà la pobreza ha venido à ser rica, amables las incomodidades, y mortificaciones. Aquella pobrissima Gruta de Belèn quedò tan preciosa por el Nacimiento del Salvador, y tuvo tan eficàz atractivo, que las Paulas, las Eustoquios, Princesas Romanas (como afirma San Geronymo) dexaron á Roma por Belèn, y trocaron los dorados Palacios por una casilla de tierra; propusieron las Purpuras, y los Tronos à las fajas, y Cuna de Christo, y besaron aquella tierra con lagrimas de consuelo, diciendo: Dios te salve, Belèn, Palacio del Rey del Cielo: Choza felìz, bañada con sus lagrimas: afortunadas peñas, que oìsteis sus primeros sollozos, y llantos? Quántos despues,

por imitar al Divino Infante, despreciaron las grandezas del mundo, y de ricos se hicieron pobres; y de poderosos, y estimados quisieron ser humildes, y abatidos? De suerte, que todos sus placeres, y honras eran humillarse, y afligirse por su amor, y buscar en la objecion la gloria, y el gusto en las mortificaciones, é incomodidades. He de ser, pues, yo un monstruo de ingratitud, que no me rinda à tantos beneficios? Yo solo he de ser tan desamorado, que no me dexe mover, ni enternecer de tanta bondad, y tanto amor?

§. III.

EXEMPLO.

En la Leccion antecedente vimos un Cavallero de la Corte de Francia reducido à Militar debaxo de las Vanderas del Rey del Cielo; ahora verèmos otro en la Corte de España rendido á seguir de veras el exemplo de Jesu Christo. El Padre Pedro Fabro, Primogenito entre los Hijos Espirituales de San Ignacio de Loyola, y hombre insigne en santidad, y doctrina, daba en Valladolid, entonces Corte del Rey de España, los Exercicios Espirituales à algunos Grandes de España, con aquella mejora de vida, y mu-

danza de costumbres, que suelen causar: quando un Cavallero de los mas acomodados de aquella Corte, muy rico, muy delicado, y criado en delicias, fue à buscar al Padre Fabro, y pedirle que le diesse Instrucciones de espiritu, y Exercicios que meditar. Mas Fabro, mirando bien el buen color del sugeto, y reconociendo que esperaba algun nuevo secreto para darse del todo al espiritu, pero sin dexar el regalado tratamiento de su cuerpo, juzgò, que seria lo mismo dàr entonces Meditaciones á aquel hombre, que dàr medicinas á un enfermo en el rigor de el crecimiento de su calentura; y assi, no quiso proponerle otra cosa que considerasse, sino solamente estos pocos puntos, sacados de la contraposicion entre èl, y el Salvador:
,, Christo pobre, y yo rico: Christo ayuno,
,, y yo bien alimentado: Christo desnudo, y
,, yo ricamente vestido: Christo en trabajos
,, padeciendo, y yo en delicias gozando. Dicho esto, y exhortandole á que con el pensamiento, ò con la lengua repitiesse muchas veces estas palabras, callò. El Cavallero, prometiendo hacerlo, con un sencillo despedimiento se fue, llevando poco concepto de Fabro, pareciendole que no le havia enseña-

ñado nada, y que à èl, sin haver estudiado cosas de espiritu, le sugeria su pensamiento cosas semejantes, ò mejores. Mas por cumplir su palabra, andaba tal vez repitiendo vocalmente aquellas palabras; pero aún mas como por burla, que por aprovecharse de ellas.

Hasta que un dia, hallandose en un esplendidissimo combite, con muchos camaradas, entre los platos, y bebidas, quantas podia apetecer el gusto, se le vino oportumente à la memoria aquel punto: *Christo ayuno, y yo regaladamente alimentado*; y en esta ocasion à la verdad lo repitiò, no por burlarse de Fabro, sino por llorarse á sí mismo; porque penetrò bien el sentido, y la fuerza de aquellas palabras, con un claro conocimiento, y viva compassion de Christo, cuya hambre, è incommodidades no cessaba de comparar con su hartura, y regalos. Alli, labrandole como à torno la Divina Gracia, compuso vivamente la dissonancia, y deformidad de aquellos dos extremos tan contrarios. Y mirando como que èl era un termino, y Christo otro, decia dentro de sì: „ Yo, gusano de la tierra, harto; y Christo, Rey „ del Cielo, hambriento? Yo, cargado de „ pecados, en delicias; y Christo, immacu-

 „ la-

,, lada inocencia, en incomodidades? Què
,, indignidad es esta?

Aqui fue sorprendido de tanta luz del Cielo, y de tan grande commocion de afectos, que empezò à suspirar, gemir, y llorar copiosamente, de suerte, que le precisò quitarse de los ojos de los combidados, y retirarse solo á parte para poder soltar la rienda al llanto; y por hartarse del pan de las lagrimas, y beber el vino de la compuncion, mucho mas dulce, yà para su corazon, que los que havia gastado en el sumptuoso combite. Alli de nuevo, puesto de rodillas, fixando mas, y mas el pensamiento en aquella comtraposicion de sì con Christo, comparaba la excelencia de el Señor con su vileza, los meritos del Salvador con sus pecados, y sacaba de aì argumentos de suma confusion para sí. Què deshonra, è indignidad es la mia, querer usar vestidos ricos, y ostentosos, dormir en delicadas, y blandas plumas, quando mi Dios se vè cubierto de unas pobres, y viles ropas, y no tiene donde reclinar su Cabeza? Què ignominia, que el criado regale con faynetes, y delicias su cuerpo, quando su Señor maltrata el suyo con ayunos, y asperezas? Tendria atrevimiento para ostentarme

me altivo en la Corte con fausto, y desvanecimiento, quando el Rey estuviesse humillado en trage, y vestido de penitencia? Y podrè llamarme Christiano, siendo mis malas costumbres tan contrarias à la vida de Christo? Preciso es, ò renunciar la Fè que professo, ò mudar la vida que hago.

Con estos sentimientos en el corazon, y lagrimas en los ojos, bolviò á buscar à Fabro, y todo lleno de humildad en su semblante, y porte, le dixo: Padre, vuestras pocas palabras fueron otras tantas saetas, que me han atravessado el corazon. Bastantemente he conocido la disforme oposicion de mi vida á la vida del Salvador. Dios me ha hablado al corazon, y me dice, que mi salvacion consiste: *Non in comessationibus, & ebrietatibus, non in cubilibus, & impudicitiis; sed induimini Dominum Jesum-Christum.* No es buen camino el regalo, los combites, la embriaguèz: no los deleytes impuros de los sentidos, sino solo el vestirse de la Librea de Jesu Christo. Veisme aqui resuelto à seguir en adelante la pisadas de Christo.

A estas palabras, acompañadas de tiernas, y fervientes lagrimas, llorò tambien, lleno de consolacion Fabro, y le abrazò con gran ternu-

nura de amor. Despues discretamente le avisò, que si de veras deseaba conformarse con las virtudes del Salvador, debia entablar una vida contraria à la passada, y huir de aquellos deleytes, que antes tanto buscaba, y buscar aquellas mortificaciones, y penitencias, de que tanto huìa. Diòle juntamente aquel recuerdo, que diò S. Remigio al Rey Clodoveo, quando se convirtiò à la Fè de Jesu Christo *Adora, quod incendisti: incende, quod adorasti.* (Baron. ann. 490.) Señor, si quereis gozar los frutos de una buena conversion, es preciso que adoreis lo que encendisteis, y abrasasteis; esto es, la Cruz: y que quemeis lo que adorasteis; esto es, los Idolos.

Finalmente, entrandole en los Exercicios Espirituales, le encaminò por la via del espiritu, y le diò á meditar aquellas solidissimas verdades de la Fè, que bien entendidas, y rumiadas, tienen admirable eficacia para purgar, y limpiar el alma de los afectos viciosos, y disponerla à las virtudes perfectas. Assi se viò en este felicissimo Cavallero, que se diò todo al estudio, de la imitacion de la vida exemplar de Jesu-Christo.

¶ Lease el cap. 23. del lib. 3. de Thomàs de Kempis, que es: *De la Abnegacion de sì mismo, y renunciacion de todo apetito.*

LEC-

LECCION X.

DE LA VIDA, Y DOCTRINA DE CHRISTO.

O! Quantas obligaciones tenemos al Salvador del Mundo, que diciendo: *Ego ſum via:* Yo ſoy el camino, nos librò de todas dudas, y fatigas de buſcar la ſenda verdadera para dirigirnos, y llegar con toda felicidad, y ſeguridad á el termino, que es gozar de Dios: *Filius Dei* (dice San Aguſtin Serm. 55. de V.D.) *aſſumendo hominem, factus eſt via. Ambula per hominem, & pervenies ad Deum.* Si el Verbo Divino huviera baxado á la tierra ſolamente para deſcubrirnos con ſu Celeſtial Boca los Myſterios de la Fè, y revelarnos à viva voz, de un lado los caminos de las virtudes, que guian al Cielo, de otro lado los precipicios del pecado, que llevan al Infierno, huviera baſtantemente cumplido con el encargo de perfectiſsimo Maeſtro, pero quizà no con el oficio de amantiſsimo Salvador; porque la menor parte de la enſeñanza, que Christo nos diò, fuè el predicar, y decir, reſpecto de la otra, que fue el hacer, y obrar.

Siempre que combidaba á qualquier dificil

cil empressa, no decia à sus Discipulos: Oìd, haced; pero sì, yo os he dado exemplo, para que vosotros hagais lo que yo he hecho; *Exemplum dedi vobis, ut quemadum ego feci, ita, & vos faciatis.* Aprended de las obras de mi Mano, aun mas que de las palabras de mi Boca. Si les exhorta á beber un Caliz algo amargo, *potestis bibere Calicem*; al punto añade, que el quiere ser el primero à ponerlo en sus Labios: *Quem ego bibiturus sum.* En suma, hacia puntualmente como el Aguila, que queriendo amaestrar á sus timidos polluelos á volar, descoge ella primero las alas, y dá uno, y otro buelo al rededor del nido: *Sicut Aquila provocans ad volandum pullus suos, & super eos volitans, expandit alas suas.* (Deut. 32.) Ni solo somos combidados por Jesu-Christo à esta imitacion, sino tambien estamos obligados por el Eterno Padre, que ha decretado infaliblemenmente, que los escogidos sean conformes à su imagen: *Prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui*; y esto so pena de ser reprobados, y excluìdos del Cielo.

Haciendo reflexion sobre este punto San Ignacio, procurò siempre con gran cuidado copiar en sì mismo la Vida de Jesu-Christo, de

de ſuerte, que decia: Si me propuſieſſen dos caminos, que igualmente me llevaſſen al Cielo, uno de delicias, y honras, otro de ignominias, y mortificaciones, antes eſcogeria yo eſte del padecer, por ſeguir mejor las piſadas del Salvador Jeſus. Y quando queria animar à alguno à obrar bien, no ſabìa traherle otro argumento mas fuerte, que decirle: Aſsi obrò Christo, aſsi padeciò Chriſto, aſsi honramos, è imitamos á Chriſto. Y ciertamente ſaliò tan felìzmente parecida la copia al Divino Original, que era dicho comun, que vèr à Ignacio, era lo miſmo que leer el Libro de Thomàs de Kempis, *de imitatione Chriſti.*

Ahora, pues, veamos en la niñèz de Jeſus la obſervancia de la Divina Ley, y la obediencia à ſus Padres. Apenas nacido, ante todas coſas quiſo cumplir la dura Ley de la Circuncifion, à que no eſtaba ſujeto, por ſer concebido de Madre Virgen, y ſin pecado original. Ni le detuvo el dolor de la herida, que debia ſentir en ſu delicadiſsima Carne, ni la mengua de ſu reputacion, viniendo à recibir la marca, y el hierro de pecador, ſiendo el candòr de la eterna luz, y Fuente original de la Santidad. Pero le apremiaba el ardor de la Caridad, impaciente de eſperar

à

à redimirnos con ſu Sangre en la Cruz, y anſioſo de anticiparnos á noſotros con ſus heridas la ſalud, y á sì el glorioſo nombre de Salvador. Y què dirèmos de ſu obediencia, que puſo eſpanto al Cielo, y á la tierra? Los Sagrados Evangeliſtas no nos dicen otra coſa de la Vida del Redemptor, deſde el año doce, haſta los treinta, ſino eſtas tres myſterioſas palabras, que han dado tanto que penſar, y diſcurrir á las almas contemplativas, y á los Sagrados Doctores: *Erat ſubditus illis.* Eſtaba Jeſus ſujeto à la Virgen Maria ſu Madre, y à ſu Padre putativo Joſeph. Què entendimiento podrá jamàs comprehender, quien es aquel que obedece, y quien ſon los que mandan, y ſon obedecidos? El Angel del gran Conſejo, la eterna Sabiduria, la Omnipotencia infinita, la Providencia ſoberana, eſtá pendiente de la voz, de una ſeña, ò guiñada, de una pobre Doncella, y de los mandatos de un humilde Carpintero. Y en què ſe mueſtra eſſa humilde ſujecion? En ayudarle con el ſudor de ſu roſtro à ganar el pan, que ha de comer, en exercitar viles miniſterios en una Oficina, yá recogiendo las haſtillas, yá haciendo otros pequeños empleos, que le mandaba ſu Padre,

yà cortando, yá acepillando. Y á què fin habita tan de espacio en la pequeña Casa de Nazareth, el que havia baxado de el Cielo para enseñar al mundo? Sin duda para abrir una nueva Escuela, en que el Divino Maestro leyesse las primeras lecciones de la celestial Sabidurìa, è instruyesse en la ciencia de los Santos à todos los que entrassen con el pensamiento à vèr la obediencia, pobreza, y abatimiento del Hijo de Dios.

Esta tan despreciada, y tan larga parte de la Vida del Salvador, que fueron los diez y ocho años, que viviò oculto, y desconocido en Nazareth, pareciò á los Santos Doctores estár llena de mysterios, abundante de maravillas, y fecunda de toda perfeccion. Las otras obras que sabemos de Christo, de los primeros dias, y de los ultimos años de su Vida, el Nacimiento en Belèn, la huìda á Egypto, el ayuno de quarenta dias en el Desierto, la humildad del Bautismo en el Jordan, sus Divinas palabras, los estupendos milagros, los innumerables beneficios repartidos por toda la Palestina; y finalmente, la dolorosa, è injuriosa Passion en Jerusalèn, fueron (como dice San Geronymo) un continuo esparcir varias, y preciosas perlas, yà de una, yá de otra

her-

hermosa, y lucidissima virtud. Pero que la Luz del mundo (que assi se llamò Christo: *Ego sum Lux mundi*) estuviesse diez y ocho años escondido en tanta obscuridad de casa pobre, en tanta obediencia à un Oficial, en tanta abjeccion de un vil empleo, sin dàr muestra alguna de lo que era, lo que podia, y lo que sabía: este es sin duda aquel Thesoro escondido en el campo, de que habla el Evangelio: *Quem qui invenit homo, præ gaudio illius vadit, & vendit universa, quæ habet, & emit agrum illum.* Dichoso el que sabe con atenta consideracion hallar este Tesoro, escondido en su humildad. Pero mas dichoso el que con el desprecio de las riquezas terrenas sabe comprarlo, y enriquecerse con sus preciosissimas virtudes. Y quièn se atreverá yà á tener por viles las acciones humildes, por abatida la obediencia, y por despreciable la pobreza, viendolas tan ennoblecidas por la Sabiduria encarnada, y tendidas en tanta estimacion, y amor? Quando no tuviessen otro valor, ni otro premio, han llegado á ser gloriosas, y divinas por solo este titulo de haverlas exercitado el Señor de la Gloria, de haver vivido en una pobre casilla el Monarca del Mundo, de haverse humillado á la esfera

de

de Siervo de un pobre Oficial el Unigenito del Eterno Padre.

Este exemplo del Rey del Cielo ha persuadido à los Emperadores, y Reyes de la tierra, los Theodosios, los Lotarios, los Carlo-Magnos, à trocar los Palacios Reales por unas estrechas Celdillas, la Purpura Imperial en una basta Tunica; y cambiar el gobernar con el Cetro, en texer con sus manos esteras; y el gobierno de los Pueblos en apacentar una manada de ovejas: *Et de contemptu gloriæ gloriosius sublimari, & sublimius gloriari.* (como dice San Bernardo, Epistol. 113.) Este exemplo moviò à las Emperatrices, y Reynas, las Cunegundas, las Ineses, y las Matildes à dexar quanto grande tenian en el mundo, por conseguir aquel poco, ò nada, que miraban en Christo; à tener por gloria el remendar sus andrajos; el hilar; à hallar mayor gusto en la voluntaria falta de todos los bienes terrenos, que en la abundancia, que antes gozaban; y assi respondian à quien las zahería, como á almas viles: (como dice el mismo Santo) Mi Reyno no es de este mundo; mi gloria está escondida con Christo: *Regnum meum non est de hoc mundo; gloria mea abscondita est cum Christo.*

Despues de la dilatada vivienda en tan escondido porte, saliò Jesus á la campaña á combatir con el enemigo, y hacer prueba de sus Divinas Virtudes. Los primeros passos fueron al Jordàn, para recibir de su Precursor Juan el Bautismo, poniendose en medio de los pecadores, y empezar sus gloriosissimas empressas por un acto heroyco de humildad. Pero quanto mas èl se abate con mostrarse pecador, necessitado del Bautismo; tanto mas el Eterno Padre le ensalza desde el Cielo con aquellas magnificas alabanzas: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui.* De aqui se retira al Desierto, guiado del Espiritu Santo, donde con admirable providencia, por abatir, y vencer al demonio, toma las armas contrarias á aquellas con que èl havia vencido, y derribado al primer hombre: *Ut diabolus, in quo vicerat, vinceretur.* Con la destemplanza de la gula havia quedado herido, y desbaratado Adán, por la infernal Serpiente, en el Paraìso terrestre; y con el ayuno el nuevo Adán recobra la batalla, y pone en desconcierto, y fuga al demonio en el Campo del Desierto. Ni dexò el cruel enemigo de usar todas las artes, violencias, y engaños.

La primera tentacion fue de gula, persuadiendole convertir las piedras en pan, porque no continuasse el ayuno: *Si Filius Dei es, dic, ut lapides isti panes fiant.*

La segunda fue de vanagloria, porque llevandole sobre el pinaculo del Templo de Jerusalèn, procurò inducirle, que se arrojasse abaxo: *Mitte te deorsum*, para que la gente, viendole volar por el ayre, le aplaudiesse, como obrador de milagros.

La tercera fue de avaricia, ofreciendole todos los Reynos del mundo, si de rodillas le adoraba: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Pero fueron vanos todos tres assaltos; porque el Salvador con solas tres palabras de la Sagrada Escritura, como con armas fortissimas, le rebatiò, venciò, y triunfò. Aqui los Angeles, que atendian con pasmo à la valiente pelèa, al punto se acercaron à celebrar la victoria, cantarle la Gloria, y ofrecer, como nobles Criados, celestial refresco al Ilustre Vencedor.

Ahora: baxo del Estandarte de tan valeroso Capitan, quièn no concebirá espiritus generosos? Quièn perderá el animo en las tentaciones, viendo tentado à su Rey, que quitò las armas de la mano al Principe de

las Tinieblas, y puso en cadenas al Tyrano del mundo? De suerte, que quedò tan aterrado, y envilecido, que unas santas, y delicadas doncellas tuvieron despues aliento para arrojarle con puntapies, escupirle en la cara, atarle como bruto con cabestros, y ponerle en el yugo, como buey de arado.

Santa Juliana Virgen, de poca edad, atò con una cadena al demonio (Ribaden. 16.) Feb.) que venìa á tentarla; y assi atado, le llevaba consigo por las calles publicas, para que hiciessen burla de èl los Pueblos, y con sola una mirada le hacia temblar, como si fuera un vil, y cobarde conejo. Bramaba el infernal monstruo, y decia: O, mi poder perdido! Soy yo aquel principal Ministro de Lucifer, que en otro tiempo, con engaños, y violencias, vencì, y abatì à los Nabucos, los Salomones, y los Herodes; y ahora me veo hecho el desprecio, y burla de los Christianos, y de una rapaza?

Es verdad, que no por esso dexarà de assaltarnos con todo genero de tentaciones; pero sus assaltos seràn nuestras victorias, con solo que nosotros tomemos valerosamente las armas para pelear, y mirèmos bien quien està á nuestro lado por Padrino de la batalla,

lla, y quièn vá por delante de nosotros por Capitan de la victoria.

Basta que el Christiano haga reflexion, que Christo, en el tiempo de las tentaciones, está con èl, mirando su fidelidad, y su valor, como avisa San Agustin (in Psal. 32.) *Hortatur Christus, ut pugnes; adjuvat, ut vincas; & certantem inspectat, & deficientem sublevat, & vincentem coronat.* Imaginémos, pues, que entonces estamos hechos un espectaculo á Dios, á los Angeles, á toda la Corte Celestial, que nos mira, y atiende. Sucedenos lo que al Gran San Antonio Abad, que despues de haver peleado, y vencido á los demonios, viò entrar en su cueva al Rey de los Angeles, y oyò que le decia: Antonio, contigo estaba yo en el combate, alegrandome de tus victorias, y preparandote preciosas palmas: harè gloriosissimo tu nombre en el Cielo, y sobre la tierra.

Haviendo Jesus salido victorioso del Desierto: *Exultavit, ut Gigas, ad currendam viam,* entrò en la Palestina á dár principio à la conversion del Mundo. De Ciudad en Ciudad, y de Villa en Villa corriò, haciendo beneficios: *Pertransit benefaciendo,* (Act. 10.) esparciendo los rayos de sus

virtudes, y las gracias de ſu beneficencia. Empleabaſe todo en beneficio de los hombres, yà enſeñando à los ignorantes, yá conſolando los afligidos, yà ſuſtentando milagroſamente los hambrientos deſprevenidos, yà curando los enfermos, yá libertando à los oprimidos del demonio; de ſuerte, que podia decir mejor que Job, que havia continuamente ſido pies al cojo, manos al manco, ojos al ciego, guia al deſcaminado, alimentador al hambriento, Padre à los huerfanos, vida á los muertos. Si ſe mira ſu paciencia, quántas injurias padeciò de aquel ingrato Pueblo? Quántas calumnias de los ſobervios, y vicioſos Fariſèos?

Fue notado como impìo, porque atraìa los Pueblos à Dios; maldecido como ſedicioſo, porque trataba, y comia con los pecadores, para reducirlos á penitencia; oprimido de mil perſecuciones, à cauſa de ſus miſmos beneficios, y milagros, y aſsi con ſu exemplo podia dár alientos generoſos à los ſuyos perſeguidos: *Non eſt ſervus major Domino ſuo; ſi me perſecuti ſunt, & vos perſequentur.* (Joan. 15.) Si atendemos á ſu piedad, quántas veces entrò en el Sagrado Templo para adorar à ſu Eterno Padre? Quàn-

Quántas noches gastaba en oraciones? *Erat pernoctans in oratione Dei.* Nunca entrò en empressa alguna, sin embiar primero delante humildes ruegos al Cielo. No perficionò obra, sin que diesse las gracias, y la gloria à Dios, no por necessidad propria que tuviesse, sino por instruccion de sus Discipulos; *Oravit Dominus, ut nos orare doceret. Non ut pro se obsecret, sed ut pro me impetret.* (dice San Ambrosio in Luc. 6.) En suma, la vida de Jesu-Christo fue tan santa, qual debia ser la del Santo de los Santos, y Fuente de toda Santidad. Escogiò un modo de vivir, por una parte tan sublime, y lleno de todas las virtudes, que no se puede concebir otro de mayor perfeccion: por otra parte tan comun, y familiar, sin vigor alguno extraño, y con amable mansedumbre, que no ahuyentasse con la aspereza, sino atraxesse con la apacibilidad, y agrado; porque vino á ser idèa, y espejo de la perfeccion Evangelica, y quiso en todo genero de virtudes mostrarse á sì mismo por camino, y decir á sus Fieles: *Hæc est via, ambulate in ea, & non declinetis, neque ad dexteram, neque ad sinistram.*

§. II.

EXCELENCIAS DE LA DOCTRINA de Christo.

ASsi como Jesu-Christo en su Santissima Vida se llama Camino: *Ego sum via*, assi su infalible Doctrina se llama Verdad, porque nos conduce en el exemplo de la una, y en el magisterio de la otra à la vida bienaventurada: *Veritas, & vita.*

Grandes obligaciones debemos á Dios, por havernos dado el sèr en el tiempo de la Ley Evangelica, y poder beber de la Fuente de la Sabidurìa encarnada, quando en la Ley Antigua se bebia en los arroyuelos de los Santos Prophetas. Ciertamente, si Philipo, Rey de Macedonia, (Gellio lib. 9. c. 3.) á par del Reyno estimaba, que huviesse nacido su hijo Alexandro en tiempo que podia darle por Maestro á Aristoteles; quánto debe preciarse cada uno de nosotros de haver nacido á tiempo de gozar la Doctrina de tan Divino Maestro? Reconocieron bien tan gran beneficio los Principes de los Apostoles: San Pedro, que no sabia apartarse de Jesus, cautivo de sus palabras de vida: *Do-*

mi-

mine , ad quem ibimus ? Verba vitæ æternæ habes. (Joan. 6.) San Pablo, que tenia por nada todos los thesoros del mundo, en comparacion de la Doctrina de Christo : *Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu-Christi.*

Ahora hagamos cuenta que oìmos solamente la primera leccion de espiritu, que el Celestial Maestro, haciendo Cathedra de un Monte, enseñò à sus Discipulos en aquel admirable Sermon, lleno de la flor de la Divina Sabiduría. Aqui, dice el Evangelista: *Cum sedisset , aperiens os suum docebat* , se sentò , abriò sus labios, y nos previno con esse aparato, para que supiessemos ser aquella la primera vez que el Divino Verbo hablaba por su boca, haviendo en todos los siglos passados hablado por boca de sus Prophetas. Empezò llamando Bienaventurados á los Pobres de Espiritu , y acabó dando el mismo elogio à los que padecen , y son perseguidos por la Justicia. O Doctrina nueva , y admirable, quanto contraria à los dictamenes del apetito , y de los sentidos , tanto conforme à las leyes del espiritu!

Què lengua puede explicar , què entendimiento concebir (exclama San Agustin) el

ju-

jugo, y riqueza de celeſtial ſabiduría, que ſe encierra en eſtas ocho lecciones de vida bienaventurada ? aquella tan rica pobreza voluntaria, que nos enſeñò, para cortar de un ſolo golpe la raìz de todos los vicios, de todos los cuidados, y de todos los trabajos, que es la codicia; aquella manſedumbre de Corderos, que arranca del corazon todos los odios, los rencores, las iras, y litigios de los hombres; aquellas piadoſas lagrimas, con las quales queda regada el alma, y como bautizada, para que dè frutos de vida eterna; aquella hambre, y ſed de la Juſticia, que ſon las primicias de la Gracia, y como las flores, que preceden á los frutos de las virtudes; aquella miſericordia, que ſocorriendo las neceſsidades agenas, aſſegura tambien el ſocorro á las proprias; aquella limpieza de corazon, en que reſplandecen los rayos de la Divina Luz, como en un terſiſsimo eſpejo; aquella paz, y concordia con todos, que hace al hombre hijo de Dios; aquella paciencia, y aun alegria en las tribulaciones, y perſecuciones, que eleva al hombre ſobre las Eſtrellas del Cielo, y le pone en aquella region de paz, adonde no llegan los nublados de eſte ſiglo tempeſtuoſo; y deſde donde,

de, como desde las alturas del Olympo, mira debaxo de sus pies sus borrascas, y los trabajos del mundo?

Veis aì en un compendio las primeras lecciones de la Sabidurìa humanada. Veis aqui en què definiò que consiste la verdadera felicidad. Si somos, pues, tan deseosos de vivir contentos, y dichosos, por què no buscamos el contento, y dicha en las fuentes, que delante de los ojos nos ha abierto el Salvador? Acaso nos parece cosa extraña, que la felicidad se halle en la pobreza, el contento en las lagrimas, la dicha en las persecuciones?

Esto sería yà caer en una locura cercana á la infidelidad, porque no es mas articulo de Fè el haverse Dios hecho Hombre, que el estàr en la pobreza, en las lagrimas, en las persecuciones y trabajos padecidos por Dios, no solo el bien, sino la Bienaventuranza. Esta es igualmente doctrina de Christo. Persuadamonos de ella, y fijèmos en nuestros corazones dictamenes contrarios à la estimacion, lenguage del mundo, que se atreve à contradecir á las verdades eternas del Hijo de Dios, que es el unico Maestro de la verdadera Sabidurìa : *Magister vester unus*

est

est Christus, y por tal nos le ha concedido el Eterno Padre, quando en el Monte Tabór hizo aquella solemne protesta: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui ipsum audite.*

De donde, aunque toda la Sagrada Escritura debe ser oída, y reverenciada de nosotros como palabra de Dios con todo esso debemos mostrar singularissimo respeto, y veneracion á lo que Jesu Christo nos enseñò por su boca, y tener especial afecto à su Doctrina, como le tuvo un San Antonio, que oyendo en la Missa aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, anda, y vende lo que posees, y dalo à los pobres, y vèn, y sigueme, y ganaràs un thesoro en el Cielo*, al punto executò el consejo de Christo; como tambien San Francisco, oyendo aquel documento del Salvador à los Apostoles: *No posseais oro, ni plata, ni dos tunicas, ni dinero, &c.* promptamente siguiò aquella evangelica pobreza. Igualmente San Serapiòn, leyendo aquella protesta de Christo: *El que no renuncia todas las cosas que possee, no puede ser mi Discipulo*, renunciò sus riquezas, hasta despojarse del proprio vestido, por darlo á un pobre. Y assi, en-

con-

contrandole un amigo ſuyo, y preguntandole què ladròn le havia de aquel modo deſpojado? le reſpondiò, moſtrandole el libro de los Evangelios, que unicamente ſe havia reſervado, y le dixo: Veis aquì el ladron, que me ha robado haſta el veſtido. Eſto es oìr dignamente la palabra de Chriſto. De otra ſuerte, ſi los que contravenieron á los ordenes, y mandatos, que el Eſpiritu Santo anunciò por medio de los Profetas, fueron con tanta ſeveridad caſtigados, què pena no debemos juſtamente temer noſotros, ſi no hacemos caſo de los documentos, que por ſu boca nos intima el Rey de los Angeles, y Maeſtro de los Profetas?

Mas, ò ignorancia, è infidelidad humana! *Deridetur juſti ſimplicitas.* (Job. 12.) Rienſe como de locura de la Sabiduría del Salvador, à quien los Propheras dàn el apellido de Jùſto por excelencia, *Juſtus, & Salvator* Grita èl en ſu Evangelio: Ay de los ricos! *Væ divitibus.* Dichoſos los pobres: *Beati pauperes*; pero el mundo ſe burla, y no puede perſuadirſe, que ſe deba llamar mas felìz el que carece de riquezas, que el que eſtà ſobrado, y abundante de ellas. Enſeña el Salvador, que perdonemos voluntaria-

men-

mente las injurias, y toleremos con paciencia, y alegria las perſecuciones. Eſto empero el mundo lo juzga por vileza, y cobardìa, contraria á la reputacion, y al honor de un eſpiritu noble.

Predica el Salvador, que la verdadera alegria del corazon conſiſte en refrenar los apetitos ſenſuales, y ſujetar las paſsiones de la carne; pero el mundo lo tiene por eſtupidèz, y melancolìa, porque no ſabe hallar placer, ni guſto, ſino en los encenagados charcos de los deleytes de los ſentidos. Aſsi hay muchos Chriſtianos, que ſon como otros tantos buhos; que antes del Alva eſtán con los ojos abiertos à oìr el canto del ruyſeñor, ſin abrir jamàs la boca à imitar un acento; mas apenas viene el primer rayo del Sol, y les hiere los ojos, quando ſin hacer caudal del canto, ni atenderle, huyen à eſconderſe à las tinieblas. Aſsi muchos es verdad, que oyen la palabra de Dios; pero nunca pienſan en cumplir ſus preceptos. Y quando la luz celeſtial les llega á penetrar el entendimiento, ò el corazon, quiere mas quedarſe en ſus tinieblas: *Venit lux in mundum, & dilexerunt homines magis tenebras, quàm lucem.* (Joan. 3.)

Y

Y los nombres de mortificacion, humildad, y otras cruces, tan recomendados de Christo, son mas aborrecidos, que la muerte á aquellos, que en frasse de el Apostol, aman mas los deleytes, que á Dios: *Magis amatores voluptatum, quàm Dei.* Y es esto recibir la Doctrina del Divino Maestro, que nos embiò el Padre *ad dandam scientiam salutis*, à enseñarnos la ciencia de la salvacion? No es esto cerrar con desprecio las orejas en su cara, y hacer como aquellos impìos, que dixeron à Dios: Apartate de nosotros, que no querèmos saber tus caminos? *Dixerunt Deo: Recede à nobis, scientiam viarum tuarum nolumus.* (Job 21.) Es decirle al Salvador: Volveos al Cielo, que nosotros ni queremos aprender, ni seguir vuestros documentos: nosotros buscarèmos otra senda menos aspera, y mas acomodada para ir al Paraiso. Otro tanto, à la verdad, dicen à Christo, no con las palabras, sino con las obras, aquellos Christianos, que siguiendo lo que èl manda huir, que son los placeres, y honras vanas, y huyendo lo que èl persuadiò seguir, que son las mortificaciones, y la verdadera humildad, llevan otro camino totalmente contrario à su enseñanza. Y no

he

he ſido yo una de eſtas ovejas errantes? O quánto me he apartado del verdadero camino de la ſalud, por ſeguir las maximas engañoſas de la politica humana! Pero ahora, (ò Diviniſsimo Maeſtro!) reconozco, que ſolo Vos enſeñais el camino de Dios en verdad: *Viam Dei in veritate doces*; que no hay otro rumbo para el Cielo, ſino el que Vos nos moſtrais: veiſme aqui reſuelto á entrar por el camino derecho: *Dirige greſſus meos in viam pacis*; alumbrad con mas copioſa luz mi entendimiento; enceded con mas ardor mi voluntad; haced que penetre yo bien eſta gran verdad, enſeñada à vueſtro gran ſiervo Thomàs de Kempis, c. 1. que *Doctrina Chriſti omnes doctrinas Sanctorum præcellit, & qui ſpiritum haberet, abſconditum ibi mannà inveniret*; la Doctrina de Chriſto ſe aventaja à todas las doctrinas de los Santos; y quien tuvieſſe eſpiritu hallarìa en ella un Manná eſcondido.

§. III.

EXEMPLO.

EL devotiſsimo S. Bernardo reparò agudamente, que el inſtruìr de Chriſto, y llamar al exercicio de las virtudes, es una ex-

exhortacion, que persuade; un convite, que atrae; un llamamiento, que obliga; pues no dice *anda*, sino *vèn*; no dice *haz*, sino *hagamos*. Asi à su Celestial Esposa, que es el alma, la dice: *Surge, propera, amica mea, & veni*; levantate, date priessa, y vén conmigo. O, quànta fuerza de atractivo se contiene en aquella voz *veni*, vèn! considerando, que el Salvador quiere ser compañero del alma en el hacer, y en el padecer; que quiere siempre ir delante con su exemplo, para allanarle el camino; que no solo la quiere guiar al monte de la perfeccion, sino darla aliento, y espiritu para animarla, y reforzarla en todos los passos. Oygamos al Santo Doctor: *Non parum confortat, quod audit, veni, & non vade; per hoc intelligens sponsa, se non tàm mitti, quàm duci, & secum pariter sponsum esse venturum. Quid enim difficile sibi, illo comite, reputet?* (Serm. 58. in Cant.)

Esto se confirma con un maravilloso exemplo de la V. Virgen Reazonica, favorecida de Dios con gracias muy singulares. (in Vit. c. 6.) Esta, por tolerar con generosidad de corazon, y alegria de espiritu las mortificaciones, y trabajos, havia hallado un gran

remedio con que hacerlos ſuaves, y amables. Eſte era penſar, que de eſſa ſuerte imitaba à ſu Celeſtial Eſpoſo, y que no daba paſſo en el camino real de la Santa Cruz, donde no hallaſſe alguna huella de los Pies de Jeſus; el qual, haviendo experimentado todas las penas, y triſtezas en ſu Santiſsima Humanidad, todas las havia dexado ſuavizadas, y dulces. Con eſte penſamiento ſe imaginaba endulzar todas las amarguras de los manjares, echando en ellos una gota de la hiel de Chriſto; ablandar la dureza de la cama con ponerle encima la Cruz del Salvador; hacer felices, y apreciables las perſecuciones, con ingerir en ellas la Bienaventuranza prometida á los perſeguidos por la Juſticia.

Aprendiò eſta Celeſtial Doctrina de ſu Divino Maeſtro en una bella leccion de eſpiritu. Eſtando un dia la Bendita Virgen en ſu meditacion, cargada, ù oprimida (por decirlo aſsi) de un haz de cruces, viò á Jeſu-Chriſto lleno de dolores, en modo de caminar como paſſagero, que con roſtro amable, y dulces palabras, le dixo: *Alma mia querida, vèn conmigo, que quiero que ſeas mi compañera en eſte camino.* Reſpondiò ella al punto: Veiſme aqui prompta, Señor mio:

mio : vengo. Empezò á andar, y no hallaba en la senda lugar donde sentar el pie, que no estuviesse todo sembrado de espinas, y abrojos; mas con animosa violencia, siguiendo à su Divino Esposo, no dexaba de pisar, y herirse con sangrientas punzadas.

Entonces, bolviendose á ella el Señor, añadiò : *Mira bien, ò Esposa querida, que sientes bien tu pie donde yo siento el mio, y no te apartes de mis pisadas.* Obedeciò ella, y con atentissimos ojos observò las huellas de el Divino Pie, y procurò siempre pisar justamente el sitio, que havia pisado el Salvador; y haciendo esto, yà no sentia las punzadas de las espinas; antes le parecia que andaba sobre blandas, y delicadas rosas; y siguiò hasta el fin à su Celestial Esposo, no solamente sin herida, ni molestia en los pies, sino con gran jubilo de corazon. Y assi podia decir mejor, que el Propheta Job : *Vestigia ejus secutus est pes meus; viam ejus custodivi*; (Job 23.) y añadir despues : *Deus mollivit cor meum*; mi pie ha seguido las pisadas de mi Señor : yo he observado, y pisado las señas de sus passos; pero èl me ha ablandado, y llenado de suavidad, y alegria mi corazon.

De aqui aprendiò esta gran Virgen un bello secreto de Celestial Sabidurìa, que solia despues enseñar à las almas deseosas de la perfeccion; esto es, que los exemplos, que nos ha dexado el Redemptor, no son solamente senda para encaminarnos à la santidad, son tambien aliento para reforzarnos siempre mas en el camino; y assi, quien en las calles, llenas de espinas, de las virtudes, quisiere no sentir las heridas, y punzadas de los trabajos, y afanes, debe frequentemente acordarse, y hacer reflexion, que Jesus, su Capitan, và delante con su Cruz: que padeciendo pobreza, objeciones; y trabajos, no solo se observan los documentos del Maestro Divino, sino se camina siguiendo la guia del Salvador, que nos conduce à la Bienaventuranza.

En suma, debe pensar, que Jesu Christo, con su santissima Vida, passada toda en humillaciones. y trabajos, ha hecho preciosa la pobreza, honrosas las deshonras, amable la penitencia, dulce la amargura, y ligeras las cruces; de suerte, que yà no tienen gran fuerza para poner terror, y miedo, ni para atormentar á sus fieles imitadores, como dixo sabiamente Tertuliano, de las espinas em-

embotadas, y despuntadas en la Cabeza del Salvador: *Omnes spinarum aculei in Dominici capitis tolerantia obtusi sunt.* (de Corona, cap. 14.)

¶ Lease á Thomás de Kempis lib. 1. c. 1. *De la Imitacion de Christo, y desprecio de todas las vanidades del mundo.*

LECCION XI.

DE LAS DOS VANDERAS DE CHRISTO, y de Lucifer.

NO contento San Ignacio con havernos propuesto una consideracion del Reyno de Christo, formò otra mas eficáz, que llamò de las dos Vanderas, para alentarnos mas el corazon, y dàr brios para seguir al Salvador; porque viendo realmente, que èl nos llama, y convida à empressas dificultosas, quizà tendriamos menos animo para seguirle, si no se hallasse reforzado con nueva eficacia de un llamamiento incontrastable: y esto obra fuerte, y suavemente la consideracion de las dos Vanderas, benemeritas de tantas Religiones, á quien ha dado sugetos de grandissima estimacion; porque

en esta consideracion se suele hacer la eleccion, ò la reforma del estado de la vida: punto sobre todos los otros importantissimo, de que aqui no hablarè palabra, haviendo dicho todo lo que conviene en el libro de la *Sabia Eleccion*, à que remito al Lector.

Aqui se miran en Campaña dos Capitanes, de la una parte Christo, Señor nuestro, y de la otra Lucifer: el uno, á contraposicion del otro, llama Soldados, y echa pregon, con què sueldo, y à què fin se ha de militar, y pelear baxo de su Vandera; cada uno ofrece sus bienes; el uno presentes, (es verdad) pero mezquinos, y breves; el otro algo lejos, como venideros, pero ciertos, quanto lo es el mismo Dios, pues son eternos. Ahora vos, antes de estender la mano à coger los unos, ò los otros, antes de entrar el pie en la cadena de Luzbèl, ò el cuello en el yugo de Christo, miradlos bien, y afrontad unos con otros. Cierto es, que al vèr que la paga de Luzbèl (aun quando èl la diesse) no es otra cosa, que un corto bien, y un gran mal, y eterno; al contrario, la de Christo es un corto padecer, y un gozar sin fin, sin duda cobrareis grande animo,

mo para no dexarnos llevar de las engañosas ofertas, y vanas promessas del demonio, y seguir de veras al Salvador.

Ponganse, pues, delante de los ojos Lucifér, Principe de las Tinieblas, y Tyrano del Mundo, que en medio de Babylonia està sentado sobre un Trono lleno de fuego, y humo, al rededor un cortejo terrible de demonios, conjurados à hacer daño al Genero Humano, y à destruìr el Reyno de Christo. Mirese lo horrible de su semblante, la frente altiva, y llena de sobervia, los ojos fieros, y encendidos, á guisa de cometas, la boca sangrienta, y arrabiada, que està respirando amenazas, y estragos, como admirablemente lo pinta Job: *De ore ejus Lampades procedunt, sicut tædæ ignis accensæ: de naribus ejus procedit fumus, sicut ollæ ferventis: halitus ejus prunas ardere facit.* Pues si bien èl por sì mismo, (á ley de espiritu) no tiene forma alguna corporal; no obstante, quando toma alguna para aparecerse, es espantosa, proporcionada á la monstruosa condicion de su espiritu; y si tal vez toma alguna forma juguetona, ò lisongera, para atraernos con engaños, sus juegos acaban en terrores, y espantos, y la vana apariencia en es-

eſtragos, y ruìnas. Viene como ſerpiente de hermoſo color, y forma alhagueña, que juega, y abraza, para eſcupir ſu veneno. *Arridet, ut ſæviat* (dice San Cypriano) *blanditur, ut occidat: arridentis nequitiæ facies quidem læta; ſed blandientium malorum virus eſt occultum.*

Aqui levanta, y tremòla ſu Vandera, cuya inſignia ſon pintadas en ella figuras feas, placeres abominables, odios, homicidios, theſoros, que ſe deſvanecen, y pàran en humo. Convida con un tono de voz formidable, y juntamenre liſonjera, á los miſeros mortales, para que le ſigan: *Venite, & fruamur bonis.* (Sap. 2.) venid conmigo á gozar de los bienes que os ofrezco, daos à los paſſatiempos, mientras os lo permite la juventud: coronaos de roſas, antes que ſe marchiten: *Nullum pratum ſit, quod non pertranſeat luxuria noſtra*; no haya flor de deleyte, que no ſe coja: alargad las riendas al apetito, yà que ſois de naturaleza deleznable.

Poneos en grande eſtimacion en el mundo, porque los honores, y dignidades ſon los verdaderos bienes del hombre: poned todo vueſtro eſtudio, è induſtria en adquirir,

rir, y amontonar riquezas, que son el unico medio para haceros grandes en la tierra, y para comprar los placeres, que regalan los sentidos: yo no pongo otras leyes à mis Soldados, que los dictamenes de su concupiscencia, y vivir al gusto.

Estas, y peores maximas propone Lucifér, derechamente opuestas á los preceptos de Christo, para arruinar el mundo. A tanto le estimula el odio implacable contra Dios, cuya justicia vengadora experimenta; y quisiera, á pesar suyo, privarle del servicio, y obsequio de sus criaturas: despues la ambicion de su soberbissimo espiritu, á fin que los hombres antes le sirvan à èl, cruelissimo tyrano, que al Criador, su legitimo Rey. Finalmente le punza la rabiosa envidia, porque el hombre no llegue á gozar la felicidad del Cielo, de que él cayò con eterna ruina.

Pero no se contenta Lucifér con llamar, y convidar quien le siga baxo de su Vandera; embia por todas partes innumerables legiones de demonios á que traygan gente à su partido. Id (les dice) fieles Ministros mios, á alistar *Soldados* baxo de mis Estandartes: no veis, que el Crucificado dilata

ca-

cada dia mas ſu Reyno, y por medio de unos viliſsimos Peſcadores nos roba el dominio, que teniamos ſobre la tierra? Hemos de ſufrir que ſe enarbole la Cruz, donde ſe veneraban nueſtras inſignias, y armas? Y que hombres hechos de barro ſuban à ocupar en el Cielo aquellas Sillas, de donde noſotros, eſpiritus nobiliſsimos, fuimos arrojados? Id, pues, oponeos á ſus deſignios, apartadlos de las empreſſas de la virtud: donde no valiere la fuerza, valga el engaño: encended el anſia de las riquezas, que ſon lazos muy poderoſos para traer los menos advertidos à nueſtro bando: acalorad el ardor del apetito, que es el eſtimulo mas eficàz para los deleytes ſenſuales: ponedles honores, aplauſos, dignidades, que ſon cebos muy agradables para peſcar los corazones humanos: en una parte colgad baratijas, y bujerìas licencioſas, en otra eſparcid odios mortales: pregonad convites regalados á la gula: poned ocaſiones de amores torpes: no haya honeſtidad ſegura de vueſtros aſſaltos, ni virtud libre de vueſtros engaños. En ſuma, aquel ſerá mas valiente Soldado mio, que volviere con mas copioſo botin de almas rendidas.

A tal exortacion de Luzbèl, què malignos alientos nos conciben los demonios? Con què rabia ſe apreſtan à ſus malvadas empreſſas con aquellas tres armas, que apuntò San Juan: *Concupiſcentia carnis, & concupiſcentia oculorum, & ſupervia vitæ*! Los apetitos de la carne, que ſon la gula, y la luxuria; la concupiſcencia de los ojos, que es la codicia de riquezas; la ſoberbia de la vida, que es la ambicion de las honras. A eſto atienden, yá con inſtancias violentas, á fuer de Leones, que bramando dàn vueltas, y buſcan á quien tragar; yá con ocultos engaños ſe inſinuan como aſpides liſonjeras, para envenenar à lo eſcondido. Cierto es, que S. Antonio viò al mundo por todas partes, de alto à abaxo, ſembrado de lazos, lleno de demonios, engañoſos cazadores de las almas. Y San Aguſtin, ſobre aquel texto de la Sabidurìa: (Eccl. 9.) *In medio laqueorum ambulas*, nos aviſa, *ecce ante pedes tetendit laqueos infinitos. Ecquis effugiet? Laqueos poſuit in divitijs, laqueos in converſationibus, &c.*

Mira que el demonio por todas partes ha pueſto eſcondidos lazos à tus pies, lazos en las riquezas, lazos en los placeres, lazos en las converſaciones, lazos en los convites.

Quièn

Quièn podrà eſcapar, ſin enredarſe, y quedar preſo en ellos? Mas el eſtudio principal pone el enemigo en ocultar todo el mal debaxo de apariencias de bien: eſconde el anzuelo, traydor en el cebo de los placeres, y hace creer, que èl ſerà bien ſervido, y con eſſo paga los trabajos de quien militare à ſu ſueldo.

O quàntas pobres almas, engañadas de ſus falſas promeſſas, corren de tropèl à aliſtarſe en ſus Eſtandartes! Quántos, atrahidos, y alhagados del canto de eſtas maliciciosas, pero liſonjeras Syrenas, vàn à dár, y perderſe en los eſcollos de la iniquidad, y perdicion! O quièn tuviera un poco de zelo de la gloria de Dios, y de las almas! Còmo lloraria los errores, y las ruínas de tantos jovenes inocentes, de tantas doncellas puras, que en la flor de ſus años, engañadas de tales promeſſas han buelto las eſpaldas al Salvador, por ſeguir à los traydores demonios! *Dederunt dilectam animam ſuam in manu inimicorum ejus.* Ay infelices hijos de Adán, no os dexeis tan de prieſſa, à ojos cerrados, arrebatar de los alhagos de Lucifér, ſin reconocer primero què premios ſon los que os mueven à eſcoger ſu partido!

Son

Son ſin duda aquellas oſtentaciones liberales de riquezas, de placeres, de honras, tràs de los quales andais ciegamente perdidos; pero advertid bien, que eſtas ofertas, eſtas lijonjas, tan conformes con vueſtro genio depravado, y que tanto condeſcienden con todos vueſtros irracionales deſeos, ſon manifieſtos, è irrefragables indicios de que ellos os quieren hacer traycion, y deſtruir: *Decipientium maximè opus hoc eſt* (dice San Juan Chryſoſtomo, hom. 16. ad Pop.) *prius ſuavia proponere, ut mox inferant triſtia.* Todos los traydores tienen por coſtumbre introducirſe con algun embite agradable á los ſentidos, Caìn matò alevoſamente à Abèl, convidandole à la recreacion alegre del campo, *egrediamur in agrum*, para quitarle allì mas à ſu ſalvo la vida. Tambien Dalila hizo mil caricias à Sanſon; y haviendole rendido, le entregò deſpues à la furia rabioſa de ſus enemigos. Judas ſe introduxo á Chriſto, con la ſalutacion, y con el oſculo de paz, para echarle un lazo al cuello, y prenderle.

Què importa que Lucifér os prometa liberal, y aun os arroje al ſeno todos ſus bienes, ſi todos ſon bienes engañoſos, bienes en-

envenenados ; bienes , que de tales no tienen mas , que el ſobreſcrito , y apariencia : bienes , que Salomòn , deſpues de haverlos gozado todos , haſta hartarſe , al fin los definiò, no ſolo vanos, ſino la miſma vanidad, y afliccion congojoſa del animo : *Vanitas vanitatum , afflicto ſpiritus* ? Tengan , (dèmos que ſea verdad) tengan los ſequaces de Lucifér placeres , con que desfogar ſin freno los bochornos de ſus ſentidos ; mas con los placeres vàn muy de ordinario juntas graviſsimas enfermedades, y mas intolerables remordimientos de conciencia. tengan riquezas, con que grangear abundancia de comodidades , y adelanten ſus ordenados intentos; pero con las riquezas vàn inſeparables los cuidados , y fatigas , los temores de que falten , los eſtimulos de las tentaciones , las raìces de muchos vicios. Tengan en buenhora honras , con que hacerſe grandes ſobre la tierra , y ganar gran reputacion , y eſtimacion entre los hombres ; pero con las honras vàn à la gurupa las implacables rencillas , las inquietudes del animo , el incentivo de la ſoberbia , tan aborrecida, y caſtigada de Dios, y de los hombres.

Mas. Sean bienes deleytables , ſean utiles, ſean

ſean glorioſos ; y quànto duraràn ellos ? Son mas duraderos, ò mas eſtables que la vida? Y no es verdad, que los ſequaces de Luzbèz, *ducunt in bonis dies ſuos, & in puncto ad inferna deſcendunt*, gozan por pocos dias eſſos bienes, y deſpues en un momento ſon precipitados al Infierno à experimentar eternos males? Son eſtos bienes como las dulces aguas del Jordàn, que deſpues de breve curſo vàn à parar al mar muerto, y hediondo. Son como las bebidas de Circe, que ſe brindaban en vaſos dorados, rociados de licores ſuaves: mas en bebiendolas ſe ſentia mortalmente envenenado el corazon. (Plut. in Lucul.) Quièn eſcogerìa la diadema de la Reyna Monima, ſi deſpues de haverla tenido en la cabeza, la huvieſſe de ſervir, como à ella, de dogàl, que la ahogaſſe? Si, pues, à un breve gozar ha de ſeguir, y ſucceder un eterno penar, *extrema gaudii luctus occupat*, còmo ſerèmos tan locos, tan enemigos de noſotros miſmos, que nos queramos entrar à ſervir á tan barbaro, y perfido tyrano, porque nos promete largamente tales bienes, ſabiendo por tantas experiencias, que no ſabe cumplir ſus promeſſas? Nos dará Lucifér el premio, que Mahometo I. diò á un Capitan re-

renegado. Eſte, deſpues de haver entregado á Conſtantinopla, paſsò de las Tropas Chriſtianas à las Vanderas Turqueſcas, y arrojò la Cruz por tomar el Turbante.

Mahometo, deſpues que en premio de la traycion le havia prometido caſarlo con una hija ſuya, le dixo: Que haviendo ſido bañadas ſus carnes con el Agua del Bautiſmo, contra la Ley de Mahoma, querìa que antes de las bodas fueſſe deſollado vivo, para que depuſieſſe la piel bautizada. Aſsi lo dixo, y aſsi lo hizo, con increìble paſmo, y tormento del infelicisſimo Chriſtiano. Tales premios pueden eſperar los que deſpues de haverſe aliſtado en las Vanderas del Salvador por el Bautiſmo, ſe atreven traydoramente á paſſar à los Reales de Lucifér. Mas quien de veras quiſiere huir de tal paga, aprenda con tiempo á conocer los engaños, y embelecos de Lucifér. Tomemos el conſejo de la Sabiduría, que tan advertidamente nos exhorta á huìr, y aborrecer los caminos que èl nos mueſtra, y no emplear la vida en ſervir á un tyrano, tan pérfido como cruel: *Longé fac ab eo viam tuam, & ne des annos tuos crudeli*; (Prov. 5.) de otra ſuerte, la mae yor culpa, á la verdad, no ſerà del que hace

tray-

traycion, ſino de quien à ojos abiertos ſe dexa entregar al enemigo.

§. II.

VANDERA DE CHRISTO.

MIrèmos ahora de la otra parte á Christo, Salvador de el mundo, que en un ſitio humilde junto al Templo de Jeruſalèn, con un modo ſuaviſsimo llama, y convida à que le ſigan. Mirad quan amable es ſu ſemblante ſobre todas las bellezas de el mundo: *Speciosus forma præ Filiis hominum.* En ſu frente tiene aſsiento la Mageſtad, pero humilde; en ſus ojos reyna la alegria, pero modeſta; de ſus labios deſtila dulzura, pero que no empalaga; de ſus manos ſalen las gracias, pero ſin interès; en ſuma, èl es *totus deſiderabilis.*

Coronanle al rededor ſus queridos Diſcipulos, pendientes de ſu boca à oìr, y recibir palabras de vida eterna: *Verba vitæ æternæ.* Tiene enarbolado el Eſtandarte de ſu Cruz, *in quo eſt ſalus, vita, & reſurrectio noſtra.* Convida con dulciſsimas palabras á ſeguirle, y ponerſe de ſu vanda. *Venite ad me omnes*: Venid à mì (dice) todos los que

estais fatigados, y agravados, que yo os daré aliento, descanso, y refeccion. Tomad mi yugo sobre vuestros hombros, y aprended de mí, que soy manso, y humilde de corazon; porque mi yugo es suave, y mi peso es ligero. Es verdad, que nos muestra la Cruz, debaxo de la qual debemos militar; pero juntamente nos avisa por medio de su Siervo Thomás de Kempis: „ En la Cruz està la „ salud, y la vida; en la Cruz està la defensa „ de nuestros enemigos, y la gracia de las „ consolaciones Celestiales; en la Cruz se ha„ lla la fortaleza del corazon, el gozo del es„ piritu, la perfeccion de las virtudes, y la es„ peranza de la Bienaventuranza eterna.

Es verdad, que Christo impone á sus sequaces leyes à prima fáz muy duras: *Abneget semetipsum, tollat Crucem suam, & sequatur me*; porque el negarse à sí mismo es una renunciacion de todos los placeres del sentido, un abandono de las riquezas superfluas, un desprecio de los vanos honores. Mas: El tomar la Cruz es una preparacion del animo à tolerar las cosas contrarias al genio de la naturaleza, la penitencia, y mortificacion del cuerpo, la pobreza de espiritu, la humildad de corazon; las quales se

opo-

oponen directamente á los tres genios de apetitos, que sugiere el demonio.

Pero tambien es verdad cierta, que si Christo pide cosas dificultosas, nos concede juntamente gracias extraordinarias para facil, y suavemente executarlas; como divinamente advirtiò San Leon: *Justè nobis instat præcepto, qui præcurrit auxilio.* (Serm. 16. de Pass.) Dá á los que le siguen tal abundancia de ayudas, y socorros divinos, que no solo hacen faciles, sino alegres, y deleytables los exercicios de las virtudes. Convida el Salvador á el desprecio de las riquezas, y amor de la pobreza; mas á el mismo tiempo reparte tal gracia para tolerar la falta de los bienes humanos, que San Luis, de Primogenito del Rey Carlos de Napoles, hecho pobre Religioso Francischano, decia, que le era mucho mas sabroso un pedazo de pan bazo, recogido de limosna, que las delicias de la mesa Real. Exhorta á la continencia, y castidad; pero con tan eficaces socorros conforta la flaqueza de la carne, que San Agustin, despues de haver experimentado tantos deleytes sensuales, sentia mayor gusto en vivir careciendo de ellos, que quando soltaba la rienda al apetito: *Voluptates, quas amittere metus fuerat,*

tat, jam dimittere gaudium erat. (lib. 8. Confess.) Persuade el Salvador huìr de las honras, y tener afecto à la humildad; pero con tanta eficacia alienta los corazones dèbiles, que Santa Isabèl, Reyna de Ungrìa, tenia por mayor gloria el ser ultrajada, que quando antes era honrada, y reverenciada en el Trono.

Quiere, que con fatigas, y sudores Apostolicos nos industriemos en ganar almas à su servicio: *Omnes Christo lucrifacere.* Para estas industrias Apostolicas busca por todas partes compañeros. A ellas convida con empeño á sus sequaces. Mas despues les endulza el trabajo con tantos consuelos, que San Francisco Xavier en las arduas empressas de su trabajosissimo Apostolado, se veìa obligado á exclamar: *Basta, Señor, basta: Satis est, Domine, satis est.* No mas gustos, mi Dios, no mas, que mi corazon no es capàz de tantas delicias del Cielo. O! que las mortificaciones, las penurias, las deshonras, que tal vez padecen por seguir la Vandera de Christo, son recompensadas con tantos regalos de espiritu, que siempre corren à las parejas los trabajos, y los consuelos de sus Soldados, que bien pueden decir con el Real Propheta: *Secundum multitudinem dolorum in corde meo, consola-*

tio-

tiones tuæ lætificaverunt animam meam. Mas: No ſe contenta el Apoſtol con decir, que correſponde puntual una conſolacion igual à aquel poco de triſteza, que ſe padeçe por Dios, ſi no proteſta ſer cien veces mayor la avenida de gozo, que la gota de aflicción: *Superabundo gaudio in omni tribulatione mea.*

Con todo eſſo, ſupongamos que el Salvador no quiera favorecer con gracias extraordinarias ahora à los que le ſiguen, ni endulzar la amargura de ſu Ley con el manà de ſus celeſtiales dulzuras. Finjamos que el Divino Capitan diga á ſus Soldados. *Non veni pacem mittere, ſed gladium.* Guerra os intimo, que hagais guerra al mundo, guerra à voſotros miſmos. En eſta vida, por amor de mì, os haveis de privar de eſtos bienes tan buſcados, tan agradables, tan apetecidos, por entrar en una milicia trabajoſa, dificil, moleſta, ſin alivio, ſin conorte alguno: *Plorabitis, & flebitis vos, mundus autem gaudebit.* Yo, Soldados mios, os convido à lagrimas, à dolores, á padecer; quando al contrario el mundo os llama à ſus feſtines, y divertimientos.

Voſotros haveis de gemir debaxo del peſo de la Cruz: el mundo os dará á gozar todo el campo de ſus placeres; pero notad

 bien

bien el trueque que debe al fin suceder, porque *tristitia vestra vertetur in gaudium*, vuestro breve padecer presto se cambiará en un eterno gozar: á la breve batalla seguirá un eterno triunfo: *Estote fortes in bello, & accipietis Regnum æternum.* Pelead valerasamente, que os espera un Reyno eterno. Quando al contrario: *Gaudium mundi vertetur in tristitiam*, todas aquellas transitorias alegrias del mundo se reducirán á eternos llantos. Muy presto serán castigados los gustos de una vida caduca con penas atrocissimas de una muerte sempiterna, è immortal. Si el Redemptor assi les dixesse à sus sequaces, y los quisiesse afligir de presente, para despues premiarles en lo venidero; con todo esso no deberian entrar gustosos en el partido, y alistarse debaxo de sus Vanderas? La felicidad de un termino bienaventurado sin fin, no debia ser poderosa para facilitar qualquier camino aspero? Còmo podrèmos sin pelear, y sin padecer, pretender aquel Cielo, que costò á las Virgenes tantas mortificaciones, à los Confessores tantas penitencias, à los Martyres tanta sangre? No es verdad lo que dixo Pablo, que no equivalen, ni igualan todas las penas, y afficciones de esta vida à la gran-

de-

deza de la gloria, que esperamos? *Non sunt condigna passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis.*

Mas no obra assi con sus Soldados el Capitan del Cielo. Es assi, que les tiene preparado un gran premio en la otra vida despues de la victoria; pero no por esso en la presente, que es tiempo de batalla, no por esso (digo) dexa de repartirles un gran donativo de sus gracias, un sueldo copioso, y de anticiparles dulcissimos confortativos enmedio de sus trabajos, y convertir las pocas mortificaciones de el cuerpo en unos sumos gozos del espiritu. Usa el Salvador con sus sequaces lo que usò Dios con el Pueblo de Israèl. Haviale prometido una tierra tan felìz, que manasse leche, y miel, y abundasse de todas las delicias. Y con quánta abundancia les assistiò, y proveyò, aun en el Desierto, quando caminaban à la tierra prometida? Bien pudiera justamente decirles: Por ahora, mientras dura el viage, tened un poco de paciencia; no tengais por muy pesado passar lo mejor que pudiereis con yervas sylvestres, y raìces amargas, que encontrareis: Vendrà despues, y presto el tiempo en que gozareis los deliciosos, y regalados frutos, los sabrosos man-

manjares de aquella afortunada tierra; però ni lo dixo, ni lo hizo Dios assi. Hizoles provision, aun en el Desierto, por aquellas sendas asperas, y molestas, de un pan del Cielo, tan abundante como gustoso: *Pluit illis Manna ad manducandum: Panem Cœli dedit eis.* (Psalm. 77.)

Labrò para ellos un Manà, que encerraba en sì todas las suavidades, y sabores, sirviendo, no solo à la necessidad del sustento, sino tambien á las delicias del paladar. No de otra suerte nuestro Redemptor; sí bien tiene preparado á sus Siervos en el Paraíso aquel torrente de nectar Celestial; con todo esso, aun en este destierro, les reparte con grande abundancia sus dulzuras para sustentarlos briosos en sus trabajos.

Y con todo esso no consigue el Salvador atraer muchos à sus Vanderas. Aman mejor los Christianos militar al infeliz sueldo de Lucifér, por la miseria de algunos bienes suyos, amargos, y caducos, que al sueldo de Christo, por la abundancia de bienes purissimos, alegrissimos, y eternos. Antes quieren ser esclavos de un fiero tyrano, que por una vida llena de mil trabajos los lleva à una muerte eterna, que siervos de su legitimo

Se-

Señor, è hijos de ſu amoroſiſsimo Padre, que con tantas gracias, y por medio de tantas conſolaciones, los conduce à una vida bienaventurada.

No fueron ſolos los pèrfidos Gentiles los que gritaron: *Nolumus hunc regnare ſuper nos*; No lo queremos por nueſtro Rey. Ni ſolo los Judios antepuſieron à Barrabás, homicida, à Jeſus, Salvador; pero lo hacen algunos Chriſtianos: ſi no con las palabras, á lo menos con las obras, ſe niegan al Reyno de Chriſto, huyen de ſer ſus Vaſſallos, y eſcogen antes la eſclavitud de un tyrano, que la filiacion de Dios. O, rebelion afrentoſa! O ultrage graviſsimo, que ſe hace al Rey del Cielo! Y aſsi, Lucifer, ufano, y jactancioſo, hace á Chriſto aquellos improprios que pinta San Cypriano: *Ego pro iſtis, quos mecum vides flagella non accepi, &c.* Mira, ò Chriſto! quántos ſiguen mi vandera: Yo me hice hombre por ellos: no he padecido por ellos ni un trabajo: no he derramado por ellos una gota de ſangre; y con todo eſſo me ſiguen á tropas, con todo eſſo à vandadas toda eſſa muchedumbre abraza guſtoſa el ſervirme.

Tù, por ellos, te veſtiſte de carne humana, has derramado tantos ſudores, y tanta ſangre,

y has llegado hasta morir en una afrentosa Cruz por su amor. Mas què sequito tiene tu Estandarte? Què pocos militan debaxo de tus Vanderas, y se aplican á servirte! *Ego nec Regnum illis Cœleste promitto.* Yo no les pro-prometo el Reyno de los Cielos; antes, por un camino sembrado de miserias, los guio à un Infierno de penas. No obstante esso, tengo un numero innumerable de sequaces, que viven à mi mala paga. Tù les ofreces un Reyno de felicidad, comprado à costa de tu Sangre; y alhagandoles con mil favores, les convidas à reynar contigo en la eterna Gloria: mas ellos brutamente te buelven las espaldas. Mas quieren ser conmigo infelices, que dichosos contigo. Esta es la lealtad de tus Christianos. De esta suerte corresponden á tus beneficios.

O, y hemos de sufrir que el demonio zahiera así al Salvador? No nos resolverèmos una vez bolvernos à su partido? Si no acaban de movernos tan indignas, y afrentosas palabras de Lucifér, dénos el ultimo empellòn las justas quexas de Christo, expressadas á Santa Brigida en una triste, y dolorosa aparicion: *Nunc ex toto neglectus sum, & tamquam Rex à proprio Regno expulsus, in cu-*

cujus loco latro pessimus electus est: Yo estoy abandonado de mis Christianos, y depuesto de mi Reyno, por colocar en èl à un pèsimo ladron. Decidme, ò Professores de mi Fè, què haveis descubierto en mì de mal para abandonarme? *Quid mali feci*? Sino es que conteis por mal el haveros criado, el haveros mantenido la vida, el haveros enriquecido con tantos beneficios. Y mi enemigo Lucifér, què bien os ha hecho, para que con tanta ansia, y afecto le sigais? Os ha dado èl alguna mejor vida? Os ha rescatado à costa de su sangre? Haced que muestre las heridas que por vosotros ha recibido, las fatigas que por vuestra salud ha tolerado. Ay! que *non ille, sed ego redemi vos.* Yo sí, que puedo mostraros mis pies cansados de tantos viages por buscaros: mis manos llagadas, por haceros beneficios: mi cabeza atravesada de espinas, por daros osculo de paz: mi costado abierto, por acogeros, y entraros en mi corazon: *Ego redemi vos sanguine meo. Ego emi vobis hæreditatem æternam passione mea.* Què motivo, pues, teneis para rebelaros contra mì, que he padecido tanto mal, por haceros tanto bien? Què razon para seguir à mi enemigo, que lo es tambien vues-

tro

tro, y no pretende otra cosa sino vuestra perdicion? *Quid causæ est, quod inimico meo, vestroque libet magis servire, quam mihi?* Menos mal serìa no haverme hecho juramento de fidelidad en el Bautismo, que rebelarse despues contra mì, como si en mi servicio huviesseis hallado algunos malos tratamientos. Ahora, si no cuidais, ni teneis compassion de mis lagrimas, de mis fatigas, y de mi sangre, á lo menos cuidad de vuestra salud, que perdeis, de vuestra eterna condenacion, á donde os lleva Lucifér. Mucho me aflige el vèr que me dexais; pero mas me congoja vuestra ruina: *Perdere animas adeo dilectas.*

Y tendrèmos aliento para oìr estas justissimas quexas del Redemptor sin conmovernos? Ay! no, mi Dios. Veisme aqui resuelto à librarme de esta dura esclavitud de Satanás: *Vade retrò, Satana.* Muy engañado me han tenido sus falaces promessas de placeres, de riquezas, y honra, fingiendo en ellas el bien que no tienen, y ocultando el mal que acarrean. Avergonzado sumamente estoy de mi deslealtad en huir el reclamo, que tantas veces, (Dios mio) me haveis hecho al corazon, en rebelarme de vuestro felicissimo Estandarte. O, còmo merecia yo, que Vos me bolvies-

viesseis las espaldas, y me despidiesseis, y arrojasseis de vuestro servicio! Mas yá que vuestra Bondad quiere vencer mi ingratitud, y me renovais la gracia de vuestro llamamiento, veisme aqui promptissimo à seguir vuestra fidelissima guia para el Cielo. Escojo antes padecer con Vos, que gozar con el mundo. Vuestro tengo de ser á toda costa de pobreza, y de humillaciones. Debaxo de vuestra Cruz quiero en adelante militar. Alistadme con vuestra Sangre entre vuestros mas elevados Soldados. Armadme con vuestra proderosa gracia, para que pueda alcanzar victoria de los enemigos, y de mì mismo.

§. III.

EXEMPLO.

DOña Cathalina de Sandoval, una de las mas estimadas señoras de España, en la primera flor de sus años estuvo mucho tiempo dudosa, sobre què estado de vida havia de seguir, y debaxo de què Vandera debia militar. Por una parte el demonio la proponia las raras prendas, de que era dotada, de hermosura, y donayre, las comodidades de sus riquezas, lo dulce de los placeres, y la gloria de las honras, que podia gozar en el mun-

mundo. Por otra parte Christo la sugerìa la belleza, pero ardua, de las virtudes, el amor de la pobreza, la mortificacion de los sentidos, el Desprecio de la gloria vana. Dudosa entre estas dos esquadras de objetos contrarios, no se acertaba á resolver; pero entre tanto, dexandose llevar del torrente del mundo, sin resolucion, de seguir la vandera de Lucifér, con las obras huía de la de Christo, hasta que poco á poco se dexò dominar del amor del mundo. La vanidad era el elemento en que vivia, y el ayre que respiraba. Vestir galas, inventar nuevas modas, y trazas de mostrarse hermosa, gustar de trages pomposos, y de ostentacion, asistir à todas las fiestas pùblicas, y dexarse vèr con gusto de los ojos de todos.

Las muchas prendas naturales, que tenia, movieron á muchos Cavalleros de grande esfera á pedirla por esposa: mas ella, altiva, por sus mismas prerrogativas, ponia altissimo el punto, y respondia soberviamente, que no havia de admitir à sus desposorios sino una Testa Coronada, ù de sangre Real.

Uno, entre otros, que tenia mayor ansia de grangearla, prometiò un gran regalo à una doncella, que la servia de Camarera,

si

si tenia animo, y traza para persuadir á Doña Cathalina, que le admitiesse por marido. La doncella se valió de todos los artificios imaginables para introducir en la gracia de la Dama aquel Cavallero; pero siempre en vano. No obstante, no perdiò el animo; y una mañana, entrando en la camara de su Señora á darla los buenos dias, y haciendo que viesse la luz, con abrir la ventana, la dixo: O, señora, que bravo sueño he tenido esta noche! Me parecia que estaba viendo unas magnificas fiestas à las bodas de V. Señorìa con Don N. (nombrandole al Cavallero) y proseguia à decirla alabanzas, y ponderar sus prendas. Aqui Doña Cathalina, gravemente indignada, la arrojò de su presencia con asperas palabras, amenazandola con mas que palabras, replicando: No te tengo dicho, que ninguna persona del mundo podrá lograr mi amor, sino es Rey, ù de Real sangre? Dicho esto, se puso una ropa ligera, y levantandose de la cama, se puso à passear por la sala, rebolviendo soberviamente en su animo, que para ello no bastaban muchas riquezas, que eran menester honores Reales. Quando en el mismo punto de ensobervecerse, levantò por buena suerte los ojos à un

Crucifixo, que tenia en la ſala; y al mirarle la cabeza coronada de eſpinas, y leer el titulo: *Jeſus Nazarenus Rex Judæorum*, ſe ſintiò interiormente llamada á tomar aquel Soberano Rey por Eſpoſo, y que la decian: Vès aqui al Rey, que andas buſcando, y te deſea, y ama mas que ninguno otro. Paròſe à mirar con ojos piadoſos al Crucifixo, y ſu Corona de Eſpinas, aquel Corazon herido, aquellas Manos llagadas, y todos los miembros llenos de cardenales. Y repitiendo el mirarle, oyò una voz, que reſonò en las orejas de el cuerpo, mas hizo eco grande en el corazon, y la dixo: *Tù me conſeguiràs aſsi.* Entonces, ò fueſſe reverencia, ò eſpanto, que atemorizó à Doña Cathalina, ella quedò aſſombrada de aquellas palabras, que no ſabia de donde ſalieron; quando; viò, que el Señor, acercandoſe amoroſamente, añadiò: *Yo ſoy, no quieras temer. Ego ſum, noli timere.* Por donde avivandoſe, y cobrando aliento, ſe puſo de rodillas, y bolviendo al Salvador, le dixo, Señor mio, bien ſabeis quanto he huido de Vos, y ſeguido las vanderas del mundo: yá deſde eſte punto me rindo toda á vueſtra Cruz: os acepto por mi Eſpoſo, aſsi como lo quereis corona-

do

do de espinas, y lleno de heridas, y llagas por mi bien. Despidome de todo amor del mundo, y os entrego à Vos unicamente mi corazon, rogandoos, que no le dexeis jamás salir de vuestra mano, de suerte, que de aqui adelante sea todo totalmente vuestro. Sea testigo de esta mi resolucion, y perpetua donacion la Reyna del Cielo, mi Señora, con toda la Corte Celestial. Entonces estendiò Jesu-Christo el brazo derecho ácia Cathalina, como para abrazarla, y tomarla por su purissima Esposa, diciendola: Este brazo, en que está mi sumo poder, y fortaleza, te le doy, para que tù, confortada, y fortificada con èl, puedas con valor executar mi voluntad, y vencer à tus enemigos, manteniendome la palabra que me has dado.

Assi esta grande alma, bolviendo las espaldas à Lucifér, se diò al punto à seguir à su Esposo coronado de espinas. Y porque no es decente, que coronada de espinas la cabeza, los miembros sean delicados, como dice San Bernardo: *Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum*, empezò á atormentar con asperissimas penitencias su delicado cuerpo. Las riquezas, los honores, los placeres, que antes les sugeria, y ofrecia el demo-

ñio, fueron despues aborrecidos de su espiritu mas que la muerte. Al contrario, la pobreza, las mortificaciones, los desprecios, á que la llamaba Christo, eran todas sus delicias endulzadas con extraordinarios consuelos del Espiritu Santo; hasta que viviendo vida Religiosa algun tiempo en el siglo, passò à vivir como Santa en la Religion, subdita muy estimada de Santa Teresa; y para continua memoria de haver escogido por Esposo à Je su-Christo, se llamò Cathalina de Jesus: *Ut quoties nomen suum audiret, recordaretur, quem amare, & imitari deberet.*

¶ Lease á Thomás de Kempis, lib. 3. c. 56. *Que debemos negarnos à nosotros mismos, è imitar à Christo por la Cruz.*

LECCION XII.

DE LA INSTITUCION DE EL SANTISSIMO Sacramento.

SI bien todas las empressas de Jesu-Christo fueron finezas de amor para con los hombres; pero una se lleva la ventaja à todas las demàs, que es la institucion del Divinissimo Sacramento, en que la Divinidad (como habla el Santo Concilio Tridentino) der-

derramò sobre nosotros las riquezas de su amor: *Divitias sui erga nos amoris velut effudit*, quando la noche antes de su dolorosissima Passion se dexò en perpetuo Dòn à sí mismo. Porque què mayor ternura de amor, que haviendo de morir por nosotros, y bolverse al Padre, no le sufre el corazon vivir apartado de nosotros, y dexarnos solos en este valle de lagrimas? Es verdad, que nos llevaba al Cielo impressos en su Corazon, y en breve havia de bolver à vèr sus escogidos en su Reyno: con todo esso sentía tanto apartarse de los hombres, aunque por poco tiempo, que inventò un amorosissimo medio para quedar siempre con nosotros presente en el Divino Sacramento; y no solamente para quedar en un lugar, como quando vivia en el mundo, sino en tantos lugares, quantas Iglesias hay en todo el Orbe, y baxar tantas veces del Cielo á visitarnos, quantas Hostias se consagrassen en innumerables partes de la tierra, multiplicando todos los dias su presencia, para mostrar el deseo ardentissimos, y el inmenso gozo de estàr con nosotros como en sus delicias: *Delitiæ meæ esse cum filiis hominum.*

Ni se contentò el amor de Jesu-Christo

con esta cercanìa, ò presencia; mas hallò un nuevo modo de interiorizarse, y unirse hasta hacerse manjar de el hombre para entrarse en sus entrañas, estrecharse corazon à corazon, y transfundir en èl las preciosissimas calidades de su Divinidad. Por lo qual parece que esta fineza del Sacramento se aventaja de alguna manera à la Encarnacion; porque en ella (es verdad) se humillò Dios tanto á sì mismo, que llegò hasta ser hombre; mas en el Sacramento passà hasta ser alimento del hombre.

Allí llegò à esconder la Divinidad, tomando forma de criatura racional; aqui tomando semejanza de criatura insensible. Por la Encarnacion uniòse con una naturaleza particular; pero pura de toda culpa; y llena de toda gracia; en el Sacramento se complace comunicarse à todos, y à cada uno, aun á los pecadores.

Entra en corazones, que le han sido rebeldes, y se entrega intimamente aun à sus enemigos. Y assi el Angelico Doctor Santo Thomàs, extatico de tanto amor, no supo darle otro nombre, que llamarle: *Sacramento de la Caridad, Sacramento de la Beneficencia Divina! Sacramentum Charitatis; Sacramentum Beneficentiæ!*

Y

Y con mucha razon *Sacramento de la Beneficencia*, porque en èl solo nos hace Dios mas beneficio, que en todas las otras obras de su liberalissima mano. Què tiene que vèr el beneficio que hizo Dios à Adán, quando le concediò el Arbol de la Vida, con que podia conservarse immortal, y gozar aquellos perennes frutos, que le hacian felíz en el Paraìso Terrenal? Què comparacion tiene el Manná, dada à los hijos de Israél como Pan de el Cielo, Manjar de los Angeles, porque de el rocìo celestial, por ministerio de Angeles se formaba? Es verdad, que aquellos frutos, y aquel Maná tenian todos los sabores, eran medicina de todas las enfermedades, restauracion de toda flaqueza.

Mas este Pan dà fruto de vida divina, Pan que baxò del Cielo de los Cielos, obra de el Rey de los Angeles, fuente de todas las dulzuras, antidoto contra la muerte: *Qui manducat hunc Panem, vivet in æternum.* No pudo hallar mayor Dòn la infinita Sabiduría, ni executar mayor obra la immensa Bondad; porque no se puede dár cosa mayor, que un Dios. De donde el Venerable Padre Fray Luis de Granada, anteponiendo este excesso de amorosissima beneficencia à todos los de-

 màs,

mas, prorrumpe en estas palabras: „ Callen „ aqui todas las maravillas de la naturaleza: „ callen todos los prodigios de la gracia; „ porque esta unica obra es sobre todas las „ obras, y gracia sobre todas las gracias. O, „ Sacramento maravilloso! Què podrè decir „ de tì? Con què afectos te alabarè? Tù eres „ vida de nuestras almas, medicina de nues- „ tras llagas, consuelo en nuestros afanes, „ y trabajos, Memorial de Jesus crucificado, „ Testimonio de su amor, Legado precio- „ sissimo de su Testamento, compañia de „ nuestra peregrinacion, alegria en nuestro „ destierro, brasa para encender el amor del „ Cielo, fuente de donde poder derivar à „ nuestros corazones las gracias divinas, „ prenda segura de la felicidad eterna. Por „ medio de este Manjar el alma se une con „ su Divino Esposo, con èl se ilumina el en- „ tendimiento, se afervoriza la voluntad, se „ despiertan los buenos deseos, se adormecen „ las passiones, se abren las fuentes de las dul- „ ces lagrimas, y se cobra un suave vigor, y „ aliento para caminar al Monte santo de Siòn.

A estas palabras de tan sabio Maestro correspondieron siempre los efectos en los devotos de tan alto Mysterio: En San Conrado,

Sacerdote, cuyos dedos, que tocaban la Hoſtia conſagrada, quedaban tan reſplandecientes, que en la obſcuridad de la noche le ſervian de lucidas antorchas para leer la Sagrada Eſcritura: En la Santa Virgen Ida, que de la Sagrada Comuion concebia en el alma tanto fuego de ardor celeſtial, que reboſando, haſta en el cuerpo, le encendia los miembros, y eſparcia vivas llamas. En la B. Cathalina de Genova, que moribunda, al recibir el Santiſsimo Viatico, ſintiò correr por las entrañas una abundancia, y rio de conſuelo, que al inſtante ſe levantò ſana, vigoroſa, y alegre.

Pero bolvamos con San Aguſtin à vèr la admirab'e invencion del Divino Amor en contraponer eſte Manjar de vida al otro manjar de muerte. Porque como Adán, comiendo la vedada fruta, acarreò al Genero Humano extremas ruinas, la pèrdida de la Juſticia original, la rebelion de las paſsiones, el deſtierro de las virtudes un numero innumerable de miſerias, y deſgracias; aſsi el Salvador, dandonos eſte Manjar Celeſtial, reſtaura las pèrdidas, nos reſtituye la abundancia de las gracias, ſoſsiega los afectos rebeldes, infunde los dotes de las virtudes, y nos hace participes de la Bienaventuranza. De

aquella fruta dixo Dios: *In quocumque die comederis ex eò, morte morieris.* En comiendola moriràs. De este Pan, dice el mismo Dios: *Qui manducat hunc Panem, vivet in æternum.* El que come este Pan, vivirá eternamente. Mas: Assi como en la concepcion nuestra, luego que el alma se une con la carne corrompida, y manchada, que viene de Adàn, participa al punto de sus males, y miserias, nace viciada en las potencias, privada de la amistad de Dios, y sujeta á la tyranía del demonio; assi, tocando la carne virginal de Chisto, renacemos immaculados llenos de sus bienes, libres de la esclavitud de Satanàs, amigos, è hijos de Dios. O, amorosa invencion de la Suprema Sabidurìa! Sacar el antidoto de donde se havia sacado el veneno, y coger la vida en el mismo medio, por donde vino la muerte! Mas esto serìa poco al infinito amor de Dios, si el bien de Christo solamente huviera resarcido el mal de Adán. Con incomparables ventajas le venciò. Porque este Sacramento levanta al hombre à una vida Divina, y le une por modo inefable con Dios, hasta hacerle un espiritu participe de los Thesoros de la Divinidad, segun habla el Redemptor: *Qui manducat*

meam

meam carnem, & bibit meum sanguinem, in me manet, & ego in illo. De suerte, que como el alimento natural se cambia, y trasmuta en la substancia del que le come; assi el que se sustenta de este Pan Sacramental, y sobrenatural, se convierte, y transforma en la naturaleza del Salvador, como èl mismo lo dixo à San Agustin: *Non me mutabis in te, sed tu mutaberis in me.* al modo que al oro, mezclado en los medicamentos, no lo dixiere el enfermo, sino queda inviolable en el cuerpo humano, y de alli transfunde sus calidades, y comunica su virtud al corazon; assi puntualmente el Cuerpo de Christo Sacramentado, no se convierte en la calidad del hombre; antes cambia sus afectos, y costumbres en las costumbres, y afectos de Christo, y esparce por toda el alma, y todo el cuerpo un espiritu de vida Divina, como dice San Leon: *Non aliud agit participatio Corporis Christi, quàm ut in id, quod sumimus, transeamus.*

O excessiva magnificencia de Dios! que despues de haver dado al servicio del hombre, no solo las criaturas de la tierra, mas tambien los Angeles del Cielo, llegasse el Criador á tal excesso de benevolencia, que se

se haya dado á sì mismo! Quàndo jamàs se ha oìdo, que una madre, por mas amante que fuesse de su hijo, viendole morir de hambre, le diesse á comer sus proprias carnes por mantenerle la vida, y se sacasse su propria sangre para darsela en bebida, y fuesse cruel para consigo, por mostrarse piadosa para con èl? Estos prodigios estaban reservados unicamente al amor de Dios, que ofreciò su Cuerpo á las heridas, y derramò la Sangre, por darnos alimento de vida bienaventurada; aunque bien sabia, que este Sacramento havia de estàr despreciado en las Iglesias, consagrado de malos Sacerdotes, recibido de impìos pecadores, abusado de malvados hechiceros; y finalmente, arrojado à los pies de los brutos. Pero *omnia substinuit propter electos.* El amor le hizo tragar tantos dolores, y tantas injurias por disponer este Maná de eterna salud à las almas de sus Fieles. La medicina suele ser amarga para el que la bebe, pero no para quien la apareja. Mas aqui sucede totalmente al contrario: Jesu-Christo que la dispuso, tomò para sì todo lo amargo, y aspero, y dexò à los hombres todo lo amable, y suave. Como aquella madre, que por curar à su chicuelo enfermo, bebe ella

ella la purga, y remedio amargo, y no ſe le dá al hijo, ſino mudado en ſuaviſsima leche.

Penſad ahora un poco, ſi la Sabiduria, y Bondad de el Hijo de Dios podia haver hallado regalo mayor para premiar los incomparables merecimientos de ſu Santiſsima Madre. Si huviera querido agradecerle aquellos nueve meſes, que le traxo en ſu puriſsimo, y virginal Vientre: aquella Celeſtial Leche, con que le ſuſtentò: aquellos afectuoſos obſequios, con que le ſirviò toda la vida; y por fin, aquellos terribles dolores, con que le aſsiſtiò haſta la muerte à el pie de la Cruz: podia hacerle donativo mas eſtimable, mas amoroſo, mas divino? Cierto es, que Dios no tiene mas precioſa joya que poder dár, ni en el Cielo, ni en la tierra, pues es la miſma, que gozan los Angeles, y los Bienaventurados en el Paraìſo, con ſola eſta diferencia, que ellos gozan de Dios à cara deſcubierta, y noſotros le gozamos con la Fè, debaxo de la cortina de los accidentes; pero con eſta ventaja, embidiada (por decirlo aſsi) de los Bienaventurados miſmos, que noſotros podemos gozarle como manjar, aplicar la boca á la Llaga de ſu Coſtado, eſtrecharnosle interiormente al corazon, y enriquecernos tam-

tambien con sus preciosissimos merecimientos.

§ II.

MOTIVOS DE CORRESPONDENCIA *à tan gran beneficio.*

TAles finezas de caridad obrò el Salvador para obligarnos à amarle en fuerza de su amor, manifestado en una obra de tanta benignidad; pues no hay imán mas atractivo, que un amor para otro amor. Santa Cathalina de Sena, quando havia de comulgar, veìa muchas veces en las manos de los Sacerdotes como un horno encendido. Con que no solamente se figuraba aquel excesso de caridad, en que ardia el corazon de Christo; sino tambien se expressaba, que èl con el Sacramento venia à poner en nuestros corazones brasas encendidas de amor. Y por ventura ha conseguido su intento? Què buena correspondencia de afecto retorna el hombre à su Dios! O ingratitud increíble del Genero Humano! Està siempre de dia, y de noche presente en los Sagrados Templos el Dios de las consolaciones, el Padre de las Misericordias, el Dador de todos los bienes, todo amor, todo ansia de hacernos beneficios;

cios ; y noſotros ingratos, deſconocidos, ni aun ſolicitamos recibir ſus favores. Quièn jamàs havria creído poderſe vèr juntos eſtos dos extremos, una infinita benignidad del Criador, y una ingratitud no menos infinita de la criatura? Habitar continuamente entre noſotros por nueſtro amor el Unigenito del Eterno Padre: *Hoſpitabitur, & paſcet, & potabit ingratos*; y noſotros no ſolamente no abraſarnos en reciprocas llamas de amor à èl; pero ni aun tener un afectuoſo penſaſamiento, y merecer aquel improperio, que pronunciò contra los pérfidos Judios el Bautiſta: *Medius veſtrum ſtat, quem vos neſcitis.* Dònde eſtá, no digo yà el amor, pero aun la Fè?

En los primeros ſiglos de la Igleſia concurrian los Pueblos de todas las Provincias Chriſtianas al Monte Olivete á reverenciar, y beſar las ſagradas huellas, que dexò eſtampadas en la piedra el Salvador, quando ſubiò á el Cielo: *Adorabimus in loco, ubi ſteterunt pedes ejus.* Por vér, y adorar el Sagrado Velo, en que el Redemptor, cargado de la Cruz, imprimiò la ſangrienta Imagen de ſu Santiſsimo Roſtro, venia à Roma innumerable gente, y ſe tenia por di-

dichoſo el que podia llegar à darle un oſculo reverente, quando ſe exponia a la veneracion publica. Noſotros, para reverenciar, y adorar el proprio verdadero, y Real Cuerpo del Rey de la Gloria, no tenemos un afecto que nos eſtimule, un penſamiento que nos mueva. O, ſi no nos apremia el amor de Dios, apriemenos à lo menos el amor de noſotros miſmos, para recibir los favores, y gracias, que en eſta Meſa, à corazon abierto, y manos llenas, eſtá ofreciendo!

Apareciòſe la Madre de Dios á la V. Franciſca Farneſe, y poniendole en las manos à ſu Divino Hijo el Niño Jeſus, la dixo: Tomale, que tuyo es, y ſabete valer de él bien. Imaginemos, quando llegamos al Altar, que tambien nos dice á noſotros: Tomad al Salvador de el Mundo, que es todo vueſtro: aprended, y ſabed valeros de èl para enriqueceros de ſus theſoros, y lograr todas las gracias que deſeais. Imaginad, que el miſmo Salvador deſde el Sagrario donde eſtà encerrado, os llama, y convida, diciendo: *Venite ad me omnes.* Venid à mi, y ſerè lo que haveis meneſter para vueſtro conſuelo, y ſalud, Paſtor, Medico, Abogado, Confortador, Conſejero, Amigo, Hermano, Padre, Dios, y todo vueſ-

tro

tro bien. Quièn se me pondrá delante, á quien yo no salga al encuentro, diciendo: *Quid tibi vis faciam?* No deseais cosa alguna? No teneis cosa que pedir? No tienes mal alguno, que temas incurrir, y de que necessites, que yo te libre? Ni hay algun bien que desees, que yo te pueda dár? Estoy promptissimo à todas tus súplicas, y á todos tus deseos.

Mas si se duele el Salvador, de que no vamos á los Templos à venerarle, y recibir sus gracias; mucho mas se quexa de que no nos lleguemos à la Divina Mesa, para alimentarnos con su Sagrado Cuerpo: *Quæ utilitas in Sanguine meo?* De què me sirve (dice) haver compuesto con mi Sangre, y con mi Carne este Manjar Celestial, para alivio, y sustento de mis Fieles, si estando hambrientos, aun no quieren recibir el alimento? O fatigas mias perdidas! O mal empleadas industrias de mi amor en prepararles este medicamento de vida, si ellos enfermos, y moribundos, tienen hastìo del remedio, y escogen antes morir, que comer! Y à la verdad, gran dolor siente el Redemptor al vèr tanta descortesía, y tanto desprecio: que se llegue hasta no querer recibir sus gracias! Como siente gran pena una madre, que te-

nien-

niendo los pechos llenos de leche, no puedo descargarlos en la boca del hijuelo, y en vano le và diciendo: *Dilata os tuum, & implebo lud*: Abre essa boca, y te la llenarè. Y què enfermedad, què encanto es este? Què si estamos hambrientos, ò enfermos corporalmente, seamos tan cuidadosos, y promptos á tomar el alimento, ò la medicina, (muchas veces molesta, ò amarga) y en la hambre, y achaques del alma seamos tan descuidados, y olvidados! O, còmo puede decir el Profeta, que esta Divina Mesa està despreciada! *Mensa despecta*. Despreciada por nosotros, y aborrecida, como si fuera la mesa de Neròn, en que los convidados siempre estaban temiendo en cada plato el veneno.

La causa de tanto mal, es, que las vanas, é inmundas dulzuras de la tierra, nos han estragado el paladar, para que no le sepan bien los purissimos deleytes del Cielo. Los demasiados, y superfluos cuidados de las cosas temporales, nos ofuscan, y encantan para no cuidar de los bienes eternos, intolerable descuido de nuestra salud! Ingratitud digna de los mayores castigos de Dios! Si Dios castigò severamente à los Israelitas, porque hastiados de el Maná decian: *Nauseat anima nostra*

su-

ſuper cibo iſto leviſsimo, y deſeaban los ajos, y cebollas de Egypto. Si Chriſto (ſignificado en aquel Señor del Evangelio) ſe indignò tanto contra los que convidados no quiſieron venir al convite de las Bodas por atender à ſus ocupaciones, y placeres, còmo no uſará contigo ſeveriſsimos caſtigos, ò alma ingrata? Còmo no convertirá ſu amor en indignacion, è ira juſta contra tì? Y por ventura ſerà el mayor caſtigo privarte en vida de eſte Divino Manjar, y en la muerte de eſte Viatico ſaludable, como lo hizo con aquellos ingratos, que deſcortèſmente ſe eſcuſaron de venir al convite: *Nemo virorum illorum guſtabit cœnam meam.*

Acaſo darás por eſcuſa tu indignidad, que eres pecador, que no mereces comer el Pan de los Angeles, indigno de familiarizarte tanto con Dios. Eſcuſa es eſta peor que la culpa. Huyes del Medico, porque eſtàs enfermo, como ſi el Salvador no huvieſſe dicho muchas veces: *Non egent, qui ſani ſunt, Medico, ſed qui male habent.* Antes, porque eſtàs ſujeto à pecados, de naturaleza fragil, y deleznable, tibio, y enfermizo de eſpiritu, de corazon infiel en los buenos

propositos, debias recurrir mas frequentemente al Divino Sacramento, para purificarte, para convalecer, y librarte de las passiones, para confortarte, y afianzarte en la vida Christiana. Este pretexto tuyo de reverencia, es una mascara de tu descuido, y es un lazo cubierto de yervas, y hojas, con que el demonio divierte las almas, y las aparta de su bien, como dice San Cyrilo: *Loco laquei damnosam religionem diabolus prætendit.*

Este vano temor reprehendiò Christo en San Pedro, todavia novicio en la Fè, quando al vèr los prodigios que obraba, le dixo: *Exi à me, Domine, quia homo peccator sum.* Apartate de mì, Señor, que soy un hombre pecador, y soy indigno de estàr con Vos. Mala consequencia de un buen antecedente; porque se confiessa pecador, huye de quien unicamente le puede hacer justo? Porque reconoce su enfermedad, se escusa de tomar el remedio? Y si se confiessa la verdad, esta no es humildad, y conocimiento de vuestras miserias, sino el amor de vuestra tibieza, y el asimiento à vuestros acostumbrados placeres. El descuido de vuestro bien, y el no querer disponeros á recibir la

Fuen-

Fuente de la Gracia, es quien os tiene apartado de ella.

Anteponeis todo el cuidado de los bienes mundanos á la ſolicitud de los Theſoros celeſtiales. Haceis al Rey del Cielo aquella afrenta, que le hizo Theofilato, Patriarca de Conſtantinopla. Eſte, Paſtor, mas de beſtias, que de almas, era muy apaſsionado por cavallos. Sucediò, que un Jueves Santo, eſtando diciendo Miſſa, le aviſaron que una yegua ſuya havia parido; y el mal Prelado, ſin acabar de decir todas las oraciones, ſe fuè á vèr el potrillo reciennacido: (Rinald. ann. 956.) accion la mas indigna del mundo, poſponer el obſequio del Hijo de Dios à la curioſidad de vèr el parto de una beſtia. Pero acaſo no hacen los Chriſtianos ſemejantes acciones? Quàntas veces por un minimo interès de la tierra, ſe dexa el convite del Rey del Cielo? Por eſtarſe ocioſamente en la cama ſobre colchones de pluma, no madrugan á coger eſte Manà del Paraiſo. La viſita de un amigo, una ligera hacienda de caſa, el eſtudio de componerſe, y aderezarſe vanamente, baſtan á divertir, y apartar todos los animos de la Meſa de los Angeles.

No obran assi las almas zelosas de su bien, que no pueden vivir ayunos mucho tiempo de este Pan de vida. Quien tiene una centellita de amor de Dios, siempre desea con ansia encenderse mas en este Divino fuego: *Amor esuriens est: famelici Dei esse debemus;* (dice San Agustin) el que ama, apetece el objeto amado; tiene ansioso deseo de Dios quien ama à Dios.

Hambre del Sacramento tenia Santa Teresa, que solia decir, que si el dia de Comunion fuera necessario passar por entre las espadas de un Exercito enemigo, ò entre los rayos de un Cielo tempestuoso, ningun temor la detendria, ni la embarazaria el correr al Sagrado Altar. Ardia en deseos de la Eucharistia el V. Francisco del Niño Jesus, que en el tiempo antes de la Comunion se quexaba, que las horas iban muy de espacio, y tardìas; y quando oìa dár el Relox, se alegraba, y decia: Cinco horas me quedan: yá no mas de tres: yà solo tardará una para recibir á mi Jesus Sacramentado. Se abrasaba en afecto Santa Cathalina de Sena, que apretaba al B. Raymundo, su Confessor, que saliesse presto, sin detenerse, à decir Missa, diciendole: O Padre, si supieras quánta ham-

hambre padezco! O, *si scires, Pater, quantam scuriem patior*! Y assi, con prodigioso favor volò la Particula consagrada á su boca, para hartar, y sossegar el ardor de su corazon. Ni me digais, que aquellos deseos estaban bien colocados en aquellas almas inocentes, è immaculadas, pero no en la vuestra immunda, y pecadora, porque el Salvador con mas solicito afecto llama à su Mesa à los pecadores para convertirlos.

No encendiò semejantes deseos en el corazon de Agustino, que antes havia estado sumergido en los deleytes sensuales?

No le convidò à apacentarse del Pan de la Eucharistía, para mudarle de hombre de carne, en espiritu de Dios?

No apareciò à la B. Angela de Fulgino, antes famosa pecadora, y por atraerla suavemente à el Convite Celestial, se sentò con ella á la Mesa, y bebiò èl primero de un Caliz mysterioso, para darsele luego á ella, à fin que bebiesse, y probasse su dulzura? Y assi, el respeto que deben tener à el Divino Sacramento, no debe jamás apartarlos; antes debe hacer que se dispongan á llegarse dignamente. Debese dár su lugar al temor para la reverencia; pero no se le

ha de quitar el ſuyo á el amor para la confianza.

Aſsi diſcretamente nos lo aviſa el Doctor de las Gentes : *Probet autem ſeipſum homo, & ſic de Pane illo edat.* Es preciſo hurtar un poco de tiempo á los muchos cuidados, y haciendas, que diſtrahen el animo, y el corazon, para purificar bien el alma, donde ſe debe alvergar, y hoſpedar el Hijo de Dios. Aſsi nos diò admirable exemplo el Salvador, quando antes de dàr la Euchariſtía á ſus Diſcipulos, ſe dignò lavarles con ſus manos los pies; y aquel Rey de gloria, que ſe dignò de nacer en un Eſtablo, y morir en un Calvario, ſitios immundiſsimos, no quiſo inſtituìr el Divino Sacramento ſino en un Cenaculo limpio, aſſeado, y bien adornado: ſin duda para dàrnos á entender, que eſte Diviniſsimo Manjar requiere que los pecadores, antes de recibirle, tengan una gran limpieza de corazon : *Extremam exigit mundiciem* (dice San Dionyſio, *de Eccleſ. hier. cap. 3.*)

Aſsi tambien, antes de caer el Maná, precedìa un rocìo abundante ſobre la tierra, como para lavar el ſitio, y hacerle digno de recibir aquel Pan del Cielo: para ſignificarnos,

nos, que antes de recibir la Euchariſtìa, debemos purificar bien el corazon con lagrimas de verdadera penitencia. Al fin, èl es Pan de Angeles, y debe recibirſe con pureza Angelica, la qual noſotros, compueſtos de carne, y eſpiritu, no podemos alcanzar, ſi Vos (ò Dios mio de las Miſericordias, que con un carbon encendido purificaſteis los labios de Iſaìas) con los ardores de vueſtra caridad no purificais eſta nueſtra lengua, que ha de ſer la primera que os acoja, y toque ſi no limpiais eſte nueſtro corazon, que debe ſer hoſpicio de vueſtra Divinidad.

Pero yà que no podemos diſponernos con tanto candor de inocencia, ſirvamonos á lo menos de la humildad. Imitèmos al Redemptor, que antes de inſtituir tan gran Myſterio, hizo un exceſſo de humildad, tal, que jamàs podria caer en penſamiento humano. El Unigenito Hijo de Dios, pueſto de rodillas à los pies de unos pobres Peſcadores, con aquellas manos con que criò el Cielo, y la tierra, y en cuyo poder havia el Padre pueſto el Cetro del Mundo, como olvidado de ſu Grandeza, y Mageſtad, les lavò los viliſsimos pies. Còmo mirarian allá deſde el Cielo, los Coros de los Angeles (con

extasi de assombro) á su Criador, doblados los pies, y las manos empleadas en tal lavatorio! Atonito San Pedro al verle arrodillado delante de sì, empezò à decir con pasmo: *Domine, tu mihi lavas pedes?* Vos, Señor, que sois Hijo de Dios, resplandor de la Gloria del Padre, Rey de los Angeles, Monarca del mundo, quereis lavarme los pies à mí, lleno de muchas miserias; y lo que es mas, hombre manchado con muchas culpas? La alteza de tu Magestad, y la baxeza de mi miseria, me fuerzan à no consentir jamàs tal excesso. Assi clamaba San Pedro, no sabiendo aun la gran gloria, que està encerrada en la humildad Christiana. Pero el Salvador, que deseaba dexarnos un maravilloso exemplo de esta virtud, especialmente para disposicion de el Divino Sacramento, prosiguiò la obra comenzada. Mas debeis reparar, que si bien el Redemptor fue un espejo clarissimo de todas las virtudes; pero de ninguna se lee en el Evangelio, que haya protestado por su boca havernos dado exemplo, sino de la humildad: *Exemplum dedi vobis.*

Quièn, pues, no pondrá todo cuidado, y estudio por adquirirte, ò preciosissima

hu-

humildad, tan eſcogida, y practicada en toda la Vida de Chriſto, tan agradable, y glorioſa por boca de ſu Madre? El que te deſpreciare, ſerá deſpreciado de Dios, aunque eſtuviera en lo mas alto del Cielo: el que te abrazâre, ſerá de Dios abrazado, aunque fuera el mayor pecador del mundo. Si tù faltas, las Virgenes ſon excluìdas del Reyno del Cielo: ſi tù las aſsiſtes, las pùblicas pecadoras ſon admitidas á los pies de Chriſto. Por tí la Madre de Dios concibiò en ſu Vientre al Verbo Dios: *Quia reſpexit humilitatem Ancillæ ſuæ.* Tambien noſotros debemos valernos de tí para diſponernos à recibir el Divino Sacramento, conſiderando primero la dignidad de aquel Gran Señor, á quien debemos hoſpedar, y la baxeza de unas viliſsimas criaturas, y abominables pecadores, quales ſomos noſotros. Mas por eſſo debemos llegarnos con el ſentimiento del Hijo Pròdigo: *Pater, peccavi in Cœlum, & coram te, jam non ſunt dignus vocari filius tuus.* De ſuerte, que ſi nos dá temor de la Mageſtad de Dios, nos debe atraher mas el amor de Padre: *Si terret, quot Deus eſt, plus alliciat, quòd Pater eſt.* (Avacin. p. 1. cap. 3.)

§. III.

§. III.

EXEMPLO.

PAra encender en nueſtros corazones llamas de amor de Dios, y de la Divina Euchariſtìa, no quiero ahora proponeros los exemplos de un S. Phelipe Neri, ni de una Santa Clara, almas religioſiſsimas, y devotiſsimas del Sacramento, ſino de un gran Principe Seglar, Leopoldo, Archiduque de Auſtria, el qual haviendo mamado con la leche la piedad Auſtriaca, y devocion á la Sagrada Euchariſtìa, aun deſde la niñèz empezò à adorarla con frequentes obſequios. La primera vez que fue admitido á la Celeſtial Meſa, concibiò tan dulce hambre de eſte Pan, que no podia paſſar mucho tiempo ſin comerle: de donde tomò deſpues la ſanta coſtumbre de apacentarſe del Manjar de los Angeles todos los Domingos, las Fieſtas del Señor, las de la Virgen Santiſsima, las de los Apoſtoles, y de otros Santos ſus devotos; de ſuerte, que venia á comulgar caſi dos veces en la ſemana.

Eſta piadoſiſsima coſtumbre mantuvo ſiempre inviolable, aun quando en medio

de

de las armas mandaba los Exercitos; y no gaſtaba poco tiempo en ſus Comuniones, porque ſe diſponia muy de eſpacio, y aquella mañana no admitia converſaciones de coſas temporales.

Aun en algunas graves enfermedades, en que era atormentado de una ardiente ſed, y era meneſter darle amenudo refreſcos de agua, llegò á decir, que ni el precepto del Medico, ni el peligro de la vida, le harian abſtenerſe del agua; mas ſolo el deſeo de recibir à ſu Dios Sacramentado le podia hacer conſtante en no beber deſde la media noche haſta el dia.

Ni eſte ſu devotiſsimo afecto ſe quedò en ſolo Leopoldo: eſtendiòlo à muchos otros: mandò, que todos los de ſu Corte, Gentiles Hombres, y Pages comulgaſſen á lo menos cada mes, ſo pena de caer en ſu deſgracia. Sì bien, para excitar á gran devocion con la Euchariſtìa, no eran meneſter preceptos, baſtaba vèr la piedad de Leopoldo, con que aſsiſtia al Divino Sacrificio, y comulgaba, quando para dár buen exemplo al Pueblo, en la publica Igleſia, no en el Trono, que le tenian prevenido, ſino en el deſnudo ſuelo, de rodillas, con ſingular mo-

deſ-

deſtia, tenia clavados los ojos en el Altar. Quando por las calles ſe encontraba con algun Sacerdote, que llevaba el Sacramento à los enfermos, al punto ſe deſmontaba del cavallo, ò ſaltaba de la Carroza, y ſe arrodillaba en tierra à adorarle, aunque eſtuvieſſe el ſuelo humedo, ò lleno de lodo; y deſpues tomando una vela, le acompañaba con ſuma reverencia.

Sucediò una vez, que ſiguiendo, deſcubierta la cabeza, al Sacerdote, empezò á llover, y proſiguiò con grandes turbiones. Los Corteſanos le aviſaron, que en atencion á ſu ſalud, ò ſe cubrieſſe la cabeza, ò ſe entraſſe debaxo del Palio de la Euchariſtía; mas èl reſpondiò: No ſe debe temer la lluvia por aquel Señor, que por noſotros derramò ſu Sangre, y por quien noſotros debiamos derramar la nueſtra. Con eſta miſma atencion reſpetaba grandemente à los Sacerdotes, Miniſtros de la Euchariſtía, y ſolía uſar las palabras de San Aguſtin: *Si cum Sacerdote occurreret Angelus, prius Sacerdoti, quam Angelo, honorem eſſe exibendum.* Si á un tiempo me encontraſſe con un Angel, y un Sacerdote, primero haría corteſìa, y reverencia al Sacerdote, que al Angel.

Quan-

Quando tenia el mando de las armas, antes de salir al Campo con el Exercito, ordenaba una solemne Procession, en que se llevaba al rededor el Santissimo Sacramento, para alcanzar el socorro, y proteccion del Dios de los Exercitos, y de las Victorias, y solìa fortificarse, y armarse à sì, y à sus Soldados con este Manjar, que en la Escritura se llama Pan de los Valientes: *Panis fortium.* Fuera de esto, havia hecho componer, y aderezar un riquissimo carro, donde, como en una Capilla portatil, llevaba el Divinissimo Sacramento, porque no quería que marchassen sus Exercitos, sin llevar consigo, como los Israelitas, por la mas segura defensa, el Arca Sacratissima de Dios, en cuya presencia, en los mayores peligros, yá èl en persona, yà sus Soldados, por turno, remudandose, hacian devotissimas oraciones. Y assi, la primera vez que saliò á Campaña, escriviò con hermosas letras, y se colgò al pecho en un Relicario, estas palabras: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es:* No temerè los males, y peligros, porque tù estás conmigo.

Ni le salieron vanas sus esperanzas, porque con prodigiosos favores fue preservado

de

de gravissimos peligros. En Salfeld, assistiendo à la Sagrada Eucharistìa en un sitio continuamente batido de la artillerìa enemiga, y avisandole que se quitasse del riesgo, respondiò: Nadie puede hacarme daño, quando assisto á mi Dios: *Apud Deum meum constituto nemo nocere poteʃt.* Igualmente à otros, que le persuadian resguardasse con corazas el pecho, dixo: El Dios de mi corazon es mi peto, y loriga: *Deus cordis mei lorica eʃt.* Tambien en la Basea se estuvo intrèpido en un sitio, donde assestaban, y herian las bombas del enemigo, de las quales una bala llegò à tocarle la cimera del morrion; pero sin herirle ni un cabello de la cabeza, como que las balas no se atrevian à ofenderle aquella cabeza, que por reverencia del Santissimo Sacramento se exponia descubierta à las lluvias del Cielo, y à los rayos del Sol. Y como esto huviesse sucedido muchas veces, corria voz entre los Soldados, que quien en la mayor tempestad de las balas estaba detrás del Archiduque, estaba mas seguro de los golpes, que si estuviesse detrás de una cortina de bronce. Mas memorable fue lo que acaeciò en el Sitio de Naumburg, donde haviendose obstina-

na-

nado los enemigos à no rendirse jamàs, estando yà para el assalto general, dixo antes Leopoldo á sus Soldados: Oygamos Missa, y Dios acobardará à nuestros enemigos: *Missæ Sacrificium audiamus, & Deus vacordem faciet inimicum.* Cosa maravillosa! al tiempo de alzar la Sagrada Hostia en el Campo Imperial, hicieron seña para rendirse los obstinados enemigos; por lo qual añadiò el Archiduque: *Sic vincendi sunt hostes.*

Pero las mas nobles victorias, que con el Santissimo Sacramento alcanzò Leopoldo, fueron contra sus passiones, y contra los vicios, hasta merecer el sobrenombre glorioso de *Principe Angelico*; y á los suyos el apellido de *Corte Santa. Quid ad hæc Ministri Altaris?* A tanta piedad, y devocion de un Principe Seglar, y Guerrero, què podràn responder aquellos, que particularmente están consagrados à los Altares, y destinados à los obsequios del Divinissimo Sacramento? O Ministros de tan Celestial Mesa!

¶ Lease á Thomás de Kempis, lib. 4. c. 4. cuyo titulo es: *Quan muchos bienes se comunican à los que comulgan devotamente.*

LEC-

LECCION XIII.

DE LA PASSION DE JESU-CHRISTO.

SI no supiessemos otra cosa de la Vida de Christo, sino su Passion sola, bastarìa para encender el mundo en amor divino, y reformarle con las luces de sus exemplos; assi como bastò para redimirle con el valor de sus meritos. Quantas virtudes exercitò, y quanta doctrina enseñò en los treinta y tres años de su Vida, todo lo encerrò, y compendiò en las pocas horas que precedieron à su muerte.

En este espejo del Crucificado (dice San Lorenzo Justiniano, *de Agone*) se descubre el abismo de la misericordia, se obstenta la grandeza del infinito amor, y se manifiesta quan grande es el valor de un alma, por cuyo rescate Dios empleò su Vida: *Tam pretioso pretio hominis redemptio agitur, ut Homo Deum valere videatur.* Al pie de la Cruz se conoce la gravedad del pecado, que fue causa de la muerte dolorosissima de un Dios, y debiò lavarse, no con otra agua, que con la Divina Sangre.

Aquì se aprende el rigor de la Soberana Jus-

Justicia, que para poner terror al esclavo pecador, no perdonò á su proprio Hijo: *Proprio Filio suo non pepercit.* Aqui sobre todo muestra Dios su excessiva caridad: *Nimiam charitatem suam*, como la llama el Apostol; queriendo padecer tantas injurias, y dolores por nuestra salud, y remedio; porque si fue extremo del amor de Dios darnos todos sus bienes; mayor excesso, sin duda, es tomar para sí todos nuestros males.

Cuentan las Historias, como una proeza heroyca de amor incomparable, la de una Reyna de Inglaterra, que viendo al Rey Estevan, su marido, atravessado de una saeta envenenada, sin esperanza de vida, quiso ella darsela á costa de su muerte; porque siendo el unico remedio de la herida sacar fuera el veneno chupandole, no permitiò el piadosissimo Rey, que ni aun un esclavo le aplicasse los labios, porque no quiso vivir á costa de la muerte de otro; mas no pudo guardarse de las amorosas assechanzas de la Reyna, su esposa, que dormido el Rey, entrando en la camara, y descubriendo ligeramente la llaga, aplicò à ella mas de una vez la boca, hasta chuparle enteramente el veneno; y

atraher á sì la muerte, que havia de padecer su marido. Entre los hombres parece que no se puede hallar mayor extremo de amor; pero le excediò, sin comparacion, el amor de Jesus.

Aquella Reyna, al fin, usò tanta fineza con su consorte, de quien era sumamente amada, y favorecida; pero que el Criador la execute por una vil criatura: el Rey del Cielo por un esclavo rebelde, tomando sobre sì las culpas, que èl havia cometido, y la pena de muerte, que èl debia padecer; èste es un prodigio de amor, que ni aun los Angeles le havrian juzgado possible.

Ahora vengamos á los Mysterios. Assi como el pecado tuvo su origen en el Jardin del Paraìso terrestre, assi la redempcion empezò en el Huerto de Getsemanì. Alli Adán estendiò las manos al arbol vedado; aqui Christo ofreciò sus manos al leño de la Cruz: *Unde mors oriebatur, inde vita resurgeret.*

Apenas entrò en el Huerto, quando privò à su benditissima Alma de todas las consolaciones sensibles, que suelen aligerar los dolores del cuerpo; y dexando aparte todo esfuerzo, que de la parte superior podia redun-

dundar á los sentidos, largò la rienda á la parte inferior, para que con la aprehension viva, y horror de los males, que le amenazaban, se anegasse en un mar de inmensa tristeza, y congojas.

Assi el Redemptor, que á sus Martyres, obrando prodigios, infundiò en sus almas una abundancia de tantas delicias espirituales, que en medio de los mas crueles tormentos no sentian los dolores, antes se alegraban; en sì mismo hizo milagros, suspendiendo aquellas dulzuras de la Bienaventuranza sensible, que naturalmente debian rebosar en su alma de la vista, y fruicion de Dios, para que rendida à los gravissimos sentimientos, hiciesse mas sensibles los dolores del cuerpo; y assi fueron tan atroces, y vehementes, que los Sagrados Evangelistas no saben explicarlos, sino con diferentes nombres de temor, angustia, tèdio, tristeza, y agonìa. Aun el mismo Salvador llegò á confessar, que la fatiga havia llegado à tal extremo, que le reducìa à punto de muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* La causa de tan grandes aflicciones fue representarsele delante de los ojos de su entendimiento el dolorosissimo theatro de los

innumerables tormentos, y afanes, que le aguardaban en su Passion; la multitud, y gravedad de los pecados, porque queria dàr cabal satisfaccion á la Divina Justicia, tal, que de la grandeza de sus penas se infiriesse bien la gravedad de nuestras culpas; el poco fruto que havia de coger de tanto padecer suyo por la malicia de los hombres; no haviendo mayor pena para un grande amor, que penar, y morir, sin provecho, ni agradecimiento de la persona amada por quien se pena, y se muere; como una madre, que padeciendo mortales fatigas, y dolores de parto, viene finalmente á parir un niño muerto: ò còmo se entristece sin consuelo, por haver tolerado tantas congojas inutilmente!

No solo esto, mas veìa el Salvador, que estas mismas penas suyas havian de servir de mayor condenacion para muchos; porque quanto èl mas padecia por el hombre, tanto mas gravemente sería castigado el hombre por la ingratitud, y deslealtad al beneficio de la redempcion.

Por esta razon fue tan grave esta pena, que los Sagrados Doctores la juzgan por mayor, que los otros dolores de la Passion.

Cier-

Cierto es, que las aflicciones, y congojas del alma ſon tanto mayores, que los tormentos del cuerpo, quanto la una ſe aventaja à el otro: *Omnis plaga triſtitia cordis eſt.* (Eccleſ. 25.) Y bien ſabemos que muchos, por acabar los trabajos del animo, voluntariamente dieron muerte à ſu cuerpo; mas el Salvador no pidiò al Padre, que le libraſſe de los tormentos exteriores; pero sì de los interiores. Dos nombres diò el Señor á ſu Paſsion, yá llamandola Caliz: *Calix quem dedit mihi Pater*, (Corn.) yà llamandola Bautiſmo; *Baptiſmo habeo baptizari.* (Luc. 12.)

El Caliz (ſegun los Sagrados Interpretes) ſignifica la amargura interior del eſpiritu: el Bautiſmo, los dolores exteriores de el cuerpo. De aquel pide al Padre, que le libre: *Tranſeat à me Calix iſte.* De eſte no deſea eximirſe; antes mueſtra grande anſia de que llegaſſe: *Quomodo coarctor, uſque dum perficiatur.* Sin duda por darnos á entender, que mas le atormentaban las agonìas interiores del alma, que los tormentos exteriores del cuerpo.

Mas para formar de eſto algun concepto, veamos los efectos que cauſaron. Padeciò

cio el Salvador una mortal agonìa, y sudò gotas de sangre en tanta abundancia, que corrian hasta la tierra. Quàl, pues, debia ser en el corazon de Jesus el combate, y lucha de los afectos, quando el uno, por conservar la vida, le apartaba de padecer una muerte tan dolorosa, è infame; el otro, por rescatar al hombre, le movìa, y apremiaba à salir al encuentro, y admitir tantas penas, y tantas injurias. En tal conflicto de passiones, el temor de la muerte llamò al corazon toda la sangre, para socorrerle en su desmayo, y caìmiento; pero prevalecio, y pudo mas el amor de nuestra salud, y con gran fuerza rechazò, y arrojó la sangre de modo, que salio de todas sus venas.

Tan atròz fue el dolor del corazon de Christo, que el V. P. Fr. Luis de Granada le llamò milagro de dolor nunca oìdo: *Hoc maximè mirabile fuit nunquam enim talis sanguinis sudor visus est.* (Serm. 6. de Passion.) De ninguno se lee, que por la grandeza del dolor sudasse sangre en tanta copia. Yà huvo una Santa Liduvina, que mirando con afecto de compassion al Crucifixo, llegò à llorar lagrimas sangrientas. Huvo un S. Francisco Xavier, que por horror del pecado, aun

pro-

propueſto en ſueños, rompiò una vena del pecho, y arrojò por la boca abundancia de ſangre; pero ſudar la ſangre en tanta copia, eſtaba reſervado à las congojas del Redemptor. Aſsi como era unico, ſin compacion, el amor con que nos querìa bien; aſsi debia ſer ſingular, ſin exemplo, ſu dolor en padecer por noſotros.

Por eſte voluntario derramamiento de ſangre ſe llama el Salvador *Sponſus ſanguinum*, y ſe compàra en los Sagrados Cantares al Arbol de la Myrra, el qual, por fuerza de ſu calor natural, arroja por sì, ſin violencia agena, el primer licor, reſervandoſe el eſparcirlo deſpues en grande abundancia, quando le punzan con el hierro, y le hieren la corteza, abriendo bocas en ſu tronco. Por eſſo tambien el Señor apareciò à Santa Brigida cándido, y rojo, y ſe comparò al Pelicano: *Ego ſum verus Pelicanus, qui ſanginem proprium do filiis meis, & reficio.* (lib. 6. cap. 9.) A guiſa de un amoroſo Pelicano, me ſaco voluntariamente de mis venas la ſangre, por darla á mis hijos, y ſuſtentarlos con ella, y reforzarlos.

Pero eſtas comparaciones explican poco el amor, y el dolor de Chriſto, porque la

Myrrha derrama pocas gotas de su licor, y el Pelicano de sola una vena saca la sangre; mas el Redemptor suda la sangre en tanta abundancia, que corre hasta la tierra, y de todas las venas de su Cuerpo la derrama con gravissimo dolor; porque con la viva aprehension todos sus miembros empezaron à sentir aquel dolor, que cada uno havia de padecer en llegando el caso. Pues alli se le represantò vivissimamente, que la Cabeza havia de ser coronada de espinas: las mexillas heridas con bofetadas: el Rostro afeado con salivas: la lengua ahelada con vinagre, y hiel: los cabellos arrancados: las espaldas atormentadas con los azotes: las manos, y pies traspassados con clavos: las coyunturas desconcertadas: el Costado abierto con la lanza; y finalmente todo el Cuerpo herido, despedazado, y clavado en una Cruz.

La representacion vivissima de tantas penas, como si todas juntas alli se padeciessen, fue el verdugo, que anticipadamente le atormentò, y los clavos, que alli le clavaron, y el peso gravissimo de la Cruz, que le hizo sudar sangre; pero mas que todos los tormentos, la sacò de las venas del corazon

el

el amor que nos tenìa. Y yo, á tanta fineza de caridad, no ſabrè correſponder ni aun con un tierno afecto de compaſsion! Tendrè un corazon tan duro, que no ſe enternezca à tanto fuego de amor! No derramarán mis ojos una lagrima por quien por mì derrama tanta ſangre!

En eſtos ſus afanes, no ſolamente nos diò el remedio de nueſtras culpas, ſino tambien nos moſtrò el modo de confortarnos en nueſtras penas, enſeñandonos á quien debemos recurrir para aligerarnos nueſtras tribulaciones. Bolviòſe á ſu Eterno Padre con afectuoſiſsima oracion; y yá hincadas las rodillas, yá con el roſtro, y frente pegada á la tierra, le ſuplicò: *Pater, ſi poſsibile eſt, tranſeat à me Calix iſte.*

No ſiendo oìdo la primera vez, repitiò mas ardientes los ruegos; y no alcanzando aùn la gracia del Padre, *prolixius orabat*, durò mas horas en la oracion, ſin que la revolucion del animo, el horror de la cercana muerte, el derramamiento de ſu ſangre le divirtieſſen. Y yo, á quièn recurro en mis trabajos? A los amigos, que muchas veces, en lugar de diſminuir la pena, la aumentan con malos conſejos. Quànto tiempo per-

perſevero en la oracion en mis aflicciones? Una ligera inquietud me turba el afecto: acaſo he tenido algun dia tan oprimido el corazon, que me haga correr la ſangre? Pues ſi Christo, combatido de tantas congojas, no obſtante perſevera por mi amor en la oracion; por què à mì qualquier pequeño trabajo me ha de quitar, ò entibiar la voluntad de orar para mi provecho, y beneficio?

Pero digna de eſpecial reflexion es la forma de orar del Redemptor. Nunca ſaliò de ſu boca el *tranſeat à me Calix iſte*: paſſe de mì eſte Caliz, ſin que fueſſe acompañado de aquel *non mea, ſed tua voluntas fiat*; no ſe haga, (ò Padre!) mi voluntad, ſino la tuya; no reſervo coſa alguna à mi arbitrio, todo lo dexo à vueſtro beneplacito: quereis que yo padezca trayciones, calumnias, deſprecios, bofetadas, ſin defenderme ni aun con una palabra? *Fiat voluntas tua.* Diſponeis, que todos mis miembros ſean deſpedazados con crueles azotes, mi cabeza traſpaſſada con eſpinas agudas; mis hombros oprimidos con una peſadiſsima Cruz? *Fiat voluntas tua.* Mandais, que yo me dexe clavar en una infame horca, y allì con acerviſſi-

ſimo dolor eſtè pendiente, deſnudo, entre mil ultrajes, è injurias, haſta derramar la ultima gota de mi ſangre, y eſpirar agonizando el Alma? *Fiat voluntas tua.* Hagaſe en todo tu voluntad.

Ni eſtas fueron ſolamente palabras: vinieron preſto à ſer obras, porque apenas oyò el eſtruendo de la Eſquadra armada, que venia à prenderle, quando interrumpiendo la oracion, y dexando á un lado el conſuelo del Angel, que vino á confortarle, ſaliò à encontrar à los Soldados, y entregarſe en ſus manos, para que à ſu guſto le atormentaſſen. O quántas enſeñanzas ſaludables nos diò Chriſto en eſta ſu generoſiſsima reſignacion! *Hæc vox capitis* (dice San Leon) *ſalus eſt corporis. Hæc vox, fiat voluntas tua, fideles inſtruxit, Confeſſores accendit, Martyres coronavit.* (Serm. 7. de Paſs.)

Aqui aprendieron los Fieles Confeſſores de Chriſto à tolerar con reſignacion las enfermedades, los ſuceſſos adverſos, los deſprecios, los trabajos, y penas; aqui bebieron ſu valor, y conſtancia los Martyres, para irſe à encontrar con los tormentos, y las muertes crueliſsimas; con tal generoſidad de corazon, y tal alegria de ſemblante, que

pa-

parecia eftaban viendo abierto el Paraífo. Santa Gertrudis efcogiò para oracion jaculatoria en fus trabajos *Fiat voluntas tua*, hafta repetirlo mas de cien veces al dia. Phelipe II. aquel no menos piadofo, que fabio, Rey de Efpaña, en fu ultima, larga, y penofa enfermedad, decia con heroyca refignacion innumerables veces, *Pater, fiat voluntas tua*; y confirmó las palabras con las obras; porque haviendole de abrir una poftema, con terribles dolores, hizo que le leyeffen el Evangelio de la Pafsion; y llegando el Lector à las dichas palabras *Fiat voluntas tua*, le mandò que paraffe, repitiendolas muchas veces; pero mas con el corazon, que con los labios.

§. II.

AZOTES, Y CORONACION.

COmparò Chrifto fu Pafsion á un mar immenfo: *Veni in altitudinem maris, & tempeftas demerfit me.* No lo podemos navegar ahora todo, fino folo algunos Myfterios, entre los quales es fin duda muy principal el de los azotes. Efte fue uno de los mas dolorofos, y eftraños efpectaculos, que

que jamás viò el mundo, vèr llover sobre las espaldas de Dios golpes, que eran castigo solamente de esclavos, y de ladrones. No sabrè yo mejor pintarlo, que con las palabras con que á Santa Brigida lo revelò la Madre de Dios, testigo de vista de tan desapiadada carnicerìa. Dice assi: (lib. 1. cap. 10.) Llevado mi Jesus à la Columna, empezò de su voluntad á desnudarse de sus vestidos, y estender sus manos ácia la misma Columna, á la qual barbaramente le ataron aquellos verdugos con duras cuerdas. Assi atadas las manos estaba desnudo, con insufrible verguenza, al vèr que sus virginales carnes pareciessen descubiertas à los ojos del insolente Pueblo, quando se acercaron aquellos Sayones, y ahuyentando á quantos estaban allì cerca, empezaron á descargar crueles azotes sobre aquellas delicadissimas, y purissimas carnes. Al primer golpe, yo, que no estaba muy lexos, quedè desmayada de dolor, hasta que recobrando aliento, mirè el cuerpo de mi Jesus yà tan despedazado, y roto, que se le veìan hasta las costillas; y lo que era mayor crueldad, al recoger los latigos, y cordeles, abrian, y formaban como sulcos en sus purissimas carnes. Hecho

yá

yá mi Divino Hijo todo sangre, y todo llagas, de suerte, que no se hallaba miembro sano, en que cayesse el azote; y con todo esso, prosiguiendo aquellos homicidas en herir las heridas, uno de ellos, movido á compassion, ò no sè de què espiritu, exclamò: Còmo se quita de esta suerte la vida á quien hasta ahora no està sentenciado á muerte? Y diciendo esto, cortò de un tajo las cuerdas con que estaba atado à la Columna. Entonces moviendose mi Jesus un tanto, para ponerse en las espaldas su vestido, ví el lugar donde havian estado sus pies todo lleno de sangre, y por donde quiera que se movia dexaba impressas con sangre las huellas; de las quales, como se alegrassen aquellos crueles, le apremiaban con punzadas à que se diesse priessa, y alargasse los languidos passos, y señalasse la tierra con su sangre. Hasta aqui la Santissima Virgen.

Ponderèmos ahora un poco la atrocidad de este tormento: èl fue acerbissimo, respecto del Cuerpo de Christo; el qual, por ser mas bien dispuesto, y delicado, que qualquiera otro, era tambien el mas sensitivo de los dolores: *Quanto delicatior caro illa fuerat,*

rat, tanto acerbior imprimebatur dolor: (dice San Buenaventura) Fue cruelissimo, por la rabia de los Ministros, que envenenados por si mismos contra Christo, se encendian mas con los gritos del Pueblo, y sugestiones del Demonio à hacer porfia, y competencia sobre quien mejor, y mas valientemente le azotaba, y entraban successivamente unos despues de otros en gran numero; pero entre todos, dice San Geronymo, (Lireo, lib. 3. cap. 4.) que eran seis los que executaban la carniceria: *Sex carnifices accedunt, duo eorum virgis spineis, duo loris nodosis, & duo catenis ferreis.* Y assi tambien fue atrocissimo este tormento por la calidad de los instrumentos, los quales fueron primero varas llenas de espinas, que le rompieron todas las venas; despues cordeles sembrados de agudas puntas de acero, que le penetraron las costillas; y finalmente cadenas llenas de garfios de hierro, que le rompian, y sacaban á pedazos la carne, y llegaron mas profundamente las primeras heridas: *Super dolorem vulnerum meorum addiderunt.* (S. Brigid. lib. 1. cap. 10.) Ultimamente, fue el tormento dolorosissimo, è ignominiosissimo por el numero de los azo-

tes; porque sì bien la ley mandaba, que los azotes dados à un Reo no passassen de quarenta: *Quadragenarium numerum non excedant*, y de otra suerte el azotado quedaba infame; con todo esso, los golpes, que se dieron á Christo llegaron á seis mil seiscientos, y selenta y seis, como dice San Bernardo, y asì quedò infamissimo.

En este terrible tormento estaba el Dulcissimo Jesus con un corazon tan manso, con un semblante tan amable, y apacible, que serìa bastante para ablandar la dureza cruel de los Verdugos, si huvieran atendido bien à la mansedumbre de su rostro. Cada golpe, que recibia, le ofrecia con ardentissimo amor á su Eterno Padre por nuestra salud, suplicandole, que quisiesse perdonarnos nuestros pecados, como afirma Thomás de Kempis: *Quoties Christus unum ictum verberantis accepit, mox illum Patri pro nobis obtulit ex amore, petens, ut delictis nostris ignosceret.*

En este funestissimo espectaculo exhorta S. Agustin al Christiano, que buelva los ojos à contemplar quièn es aquel que està desnudo, atado á la Columna, expuesto à los azotes, y á la inundacion de sangre. El Señor

de

de los Cielos, el Criador del Mundo, la Gloria de los Angeles, la Sabidurìa, el Poder, y resplandor de Dios ser castigado con azotes por sus perversos Esclavos? Què assombro, què horror havràn tenido los Coros de los Angeles al vér tan afrentado á su Rey, digno de infinita honra! Lleno de heridas aquel Señor, que es la Bienaventuranza del Paraìso! Y tù, ò corazon humano, no te enterneces? No te conmueves? Tendràs compassion de vér un Corderillo, que lo desquartizan para el matadaro, y passaràs con ojos enjutos la sangrienta carnicerìa de tu Dios? Què corazon de Tigre es el mio, que no se parte de dolor? Què ojos de Basilisco son los mios, si no derraman lagrimas à vista de esta Sangre? Tanto mas, quanto yo soy la causa de tantas penas, como decia San Agustin: (Medit. cap. 7.) *Ego sum tui plaga doloris: Ego tuæ culpa occisionis. Peccat impius, & punitur Justus. Quod perpetrat servus, exolvit Dominus. Quod committit homo sustinet Deus.* Yo, yo soy la causa de vuestros dolores; yo soy la culpa de vuestra muerte. Peca el iniquo, y es castigado el Justo. Castigan al Amor por el delito del Esclavo. Dios padece por el pecado del hombre. O poderoso

motivo de justisimas, y perpetuas lagrimas?

Pero no debe pasar esta consideracion con solas dos lagrimas de compasion. Debemos sériamente reparar la causa de tantos azotes. Los azotes fueron especialmente tolerados por Christo (si creemos à San Agustin, y San Gregorio) en pena de los deleytes de la carne, y de los placeres sensuales, que nosotros buscamos con tanta ansia. Nuestras desnudeces, sin verguenza, son las que expusieron desnudo el Cuerpo Virginal de Jesus, con tanta confusion suya. La libertad de nuestros sentidos en las dissolutas conversaciones, es la que atò como Esclavo al Hijo de Dios á la Coluna. Nuestros inmodestos tocamientos pusieron en las manos los cordeles à los Verdugos para despedazarlo. Los placeres sensuales, los deleytes del cuerpo son las varas espinosas, y las duras cadenas que hirieron, y despedazaron aquellas purisimas carnes: *Vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra.* Què resolucion, pues, tomarèmos nosotros contra los deleytes sensuales? Còmo aprenderèmos una vez à compadecernos con obras generosas del Salvador? Compadeciase de Jesus Santa Teresa, que despues de haver me-

meditado eſte Myſterio, ſe azotaba de pies à cabeza con cordeles, y cadenas, y deſpues ſalia de ſu Celda gritando: No mas pecados, no mas, que le cueſtan mucha Sangre al Redemptor.

Mas noſotros no nos compadecemos, que no ſolamente huimos de toda mortificacion del cuerpo, ſino andamos buſcando còmo darle todo placer ſenſible. Compadeciaſe de Jeſus Santo Thomás de Villanueva, que por los pecados agenos heria, y enſangrentaba ſus eſpaldas con diſciplinas, armadas de puntas de hierro, haſta rociar con ſu Sangre la cara de los pecadores para ablandarlos. Noſotros no nos compadecemos, que ſiendo reos de graves culpas nueſtras, reuſamos lavar las manchas de nueſtros pecados proprios; no digo yà con gotas de ſangre, mas ni con una lagrima de verdadera Contricion.

Vamos adelante. Si bien los azotes de Chriſto excedieron en el numero de los golpes, y heridas, y en la calidad de los inſtrumentos; pero en ſu eſpecie era tormento que ſe uſaba dár á los Eſclavos malhechores. Otro inventò la barbara crueldad de los Judios, nunca uſado en el mundo: una horrible, y afrentoſa invencion, que ſirvieſſe para

atormentar, y juntamente hacer burla de el Rey de la Gloria. Apenas se havia vestido, quando furiosamente de nuevo le desnudaron, y echaron à las espaldas un despreciable retazo de purpura, y le pusieron en la mano una fragil caña, y le clavaron una Corona de agudissimas espinas en la Cabeza, como à Rey de burlas, y de dolores. Quizà aquella venerable Cabeza havia quedado libre de la gran tempestad de los azotes, y por esso rebolvieron contra ella unicamente el furor. Y por su capricho, sin licencia, ni orden del Presidente, texieron una Corona de juncos marinos, no á modo de guirnalda, sino á semejanza de capacete, ò celada, que cubriesse, y lastimasse toda la Cabeza, como lo entendio S. Vicente Ferrer: (Serm. de Pass.) *Spinea Domini Corona erat instar pilei, ita ut undique caput tegeret.*

Esta horrorosa Diadema pusieron en la Cabeza al Rey del Cielo, y le la encaxaron con tal violencia, que à el punto corrieron arroyos de Sangre por el Divino Rostro. Quán acerbo tormento seria este en una parte tan delicada como la Cabeza, origen de todos los nervios, y venas, donde está vivissimo el sentido del tacto para sentir to-

da herida, aunque sea ligera? Quanto mas estas tan agudas, y tan violentas, que no solo hirieron lo exterior de las sienes, sino (penetrando el casco) llegaron à atormentar el cerebro: *Spinarum punctiones cerebrum perforarunt*, dice San Lorenzo Justiniano, y añade, que era preciso morir muy en breve, si por Divina virtud no se conservàra aquella vida, para padecer mayores penas. Si una sola herida del celebro se tiene por mortal, poco menos que en el corazon, quàl serìa el dolor de Jesùs al experimentar tantas punzadas, que segun la revelacion del dicho San Vicente, hicieron setenta y dos penetrantes heridas en la Sagrada Cabeza? Si nos dà horror el oìr, que los Verdugos clavaban agujas, y cañas à los Martyres por entre las uñas y la carne; si una espina que se entre en un pie, causa gran dolor à todo el cuerpo: ò què havràn hecho, no una, sino tantas espinas clavadas en la frente con tanta violencia! *Quis satis cogitari potest* (concluye el Santo) *quantas dolor reverendum illud caput tot aculeis affecerit cum nos vel ad unius spinæ punctionem ferè intollerabili dolore vexemur.*

Mas: por ventura fue menos el dolor, que la ignominia? Porque aquellos pèrfidos, vien-

dole,como Rey de burlas, puesto en el Rollo con higa, hacian desprecio de aquel vestido viejo, y sucio de purpura, de aquel Cetro de caña, de aquella Corona de espinas. Yà se le acercaban todos, y le cercaban, uno á escupirle en el Rostro, otro á abofetearle las mexillas, otro á arrancarle los cabellos, y mesarle la barba. Yá se le arrodillaban, diciendo: *Ave, Rex Judæorum*, y luego descargaban guantadas sobre su Rostro. Yá le quitaban de la mano la caña, para herirle con ella la Cabeza, y entrarle mas adentro las espinas. Què paciencia, y qué caridad huviera podido resistir á tantos ultrajes, y tantas injurias, sino la de un Dios? O, alma fiel! Mira primero á este gran Dios en su Magestad: aquella Cabeza coronada de gloria, y honra en que, como en espejo, se miran los Angeles: aquellas manos que fabricaron el Sol, y las Estrellas: aquella Soberana Divinidad, ante quien tiemblan de reverencia las Dominaciones, y Principados del Cielo; y despues mira à este mismo Dios en tanta baxeza, la Cabeza ceñida de ignominia, el Rostro afeado de salivas, las manos despreciadas, con una caña por Cetro, la Magestad Divina ultrajada, y escarnecida por vilissimos bufones,

nes, Lacayos, y Sayones. A este termino ha reducido nuestra sobervia à Dios; por nuestra altivèz se ha abatido el Rey de la Gloria á tanto desprecio, y vileza; nuestro fausto, y nuestra jactancia han puesto en oprobrio, y à ser blanco de las burlas, y risadas de la hez de la Republica al Monarca del Mundo. Y quièn tendrà yá atrevimiento para buscar vanos honores, viendo que le cuestan à el Salvador tales humillaciones, y desprecios? Con què remedio se podrá curar la sobervia del hombre, si no sana con esta humildad del Hijo de Dios?

Havia quedado el Redemptor tandesfigurado, y deshecho, que Pilatos creyò podia mitigar la rabia de los Judios, y moverlos à compassion, si se les mostrasse, sacandole à publico á los ojos del Pueblo en aquel dolorosissimo trage, y aspecto; y assi, trayendole á fuera á un balcon alto, y descubierto, donde todos le pudiessen vèr, con aquellas funestas insignias de dolor, y de ignominia, dixo: *Ecce Homo.* Veis aqui el Hombre que tanto aborreceis, que yà no tiene forma de Hombre. Temiais que se hiciesse Rey, veisle aì reducido à estado peor que un esclavo: este Rostro macilento, esta Sangre copiosa

que corre de todas ſus venas, no os mueve á compaſsion? Què os queda que hacer con eſte Hombre de dolores?

Pero interrumpieron el razonamiento de Pilatos los gritos del Pueblo, que en altas voces exclamò: *Tolle, tolle, crucifige eum Sanguis ejus ſuper nos.* O barbaridad inaudita! O, fieras inhumanas, que no ſe enternecen á tan laſtimoſo eſpectaculo! Y noſotros, ò Chriſtianos, tenemos acaſo el corazon mas tierno, mas piadoſo? Imaginemos que nos díce, no un Juez injuſto, ſino el Padre Eterno: *Ecce Homo.* Mira, y buelve à mirar, ò Chriſtiano, á eſte Hombre, à quien tù reconoces, y adoras por tu Dios. Mirá bien à qué termino le ha reducido el amor de tu ſalùd. Mira quanto padece por ſatisfacer à la Divina Juſticia por tus pecados. Por curar tu ſobervia eſtà tan vilipendiado, y afrentado: por la vanidad, y fauſto de tu cabeza, tiene la ſuya atraveſada con una Corona de eſpinas: por los ſuperfluos adornos de tu roſtro trae el ſuyo afeado con viles ſalivas: *Ecce Homo.* Mirale como eſtà, que *non eſt ſpecies ei: neque decor.* Haz reflexion, que tus pecados han deſtruìdo, y deformado la hermoſiſsima forma, que èl havia tomado

por

por tu amor. A esta vista no se conmueve tu corazon? Podrás proseguir pecando, y diciendo con los Judios: *Tolle, crucifige eum?*

§. III.

EXEMPLO.

SI bien el Venerable Padre Fray Luis de Granada en todos sus admirables libros respira piedad, y devocion, en ninguno, empero, resplandece mejor su amor à Dios, que en las meditaciones de la Passion de Christo. A estos Mysterios tenía un corazon tan tierno, que no podia hablar de ellos sin lagrimas, y suspiros; y assi, un Viernes Santo, haviendo subido al Pulpito para predicar de la Passion, apenas con el rostro pálido, y voz lugubre, huvo puesto el tema: *Passio Domini nostri Jesu Christi secundum Joannem*, quando empezò à llorar tan copiosamente, que cerradas las fauces con los sollozos, no podia proseguir el razonamiento. Repitiò el tema: *Passio Domini nostri*; y prosiguiendo á querer decir, quièn era aquel gran Dios, que padecia por los pecadores, sus enemigos, le interrumpiò otra mayor vehemencia, è impetuosa corriente de lagrimas, que le obligò á dexar el Sermon; pero aquellas pocas

cas palabras, acompañadas de ſus muchas lagrimas, fueron tan eficaces, que movieron à gran contricion à todo el numeroſo auditorio, y ſe levantaron profundos gemidos, y copioſos llantos. Ni hay que maravillarſe, que ſus palabras fueſſen tan poderoſas, porque eran mas poderoſas ſus obras, y exemplos.

En honra de los azotes de Chriſto, ſe diſciplinaba ordinariamente haſta derramar ſangre. La Quareſma, en obſequio de la Corona de eſpinas, ſe ceñia con un cerco de eſtaño, con puntas relevadas en èl. Y por la cadena con que el Salvador fue llevado al Calvario, tenia un cinto de hierro, tan eſtrechamente apretado à la cintura, que deſpues de ſu muerte ſe hallò metido, y reconcentrado con la carne. Demás de otras admirables invenciones, con que ſu amor lo hacia cruel verdugo de sì miſmo, y piadoſo para con Chriſto, imitando ſu Paſsion.

Mas es digno de eſpecial memoria lo que le ſucediò en un Convento ſuyo de Portugal. Uſaba el Siervo de Dios todas las noches, antes de acoſtarſe, azotarſe con una horrible diſciplina, cuyos recios golpes reſonaban con gran ruido en la calle pùblica, confinante con ſu Celda. Sucediò, que yen-

do

do aquella hora dos Cavalleros mozos á la casa de una muger liviana á executar sus placeres, passaron cerca de la Celda de Fray Luis; y oyendo aquel grande ruido de los azotes, se pararon, y pusieron grande atencion à examinar de dònde salìa. Presto conocieron lo que era, y compungidos, empezaron à discurrir entre sí: O, miserables de nosotros! Este siervo de Dios castiga, y lastìma tan fieramente su cuerpo, y nosotros, pecadores, vamos à dàr placer á nuestra carne? O, què malvados somos! Y què será de nuestra salvacion, si mientras los Santos padecen, nosotros nos holgamos, y regalamos? El ruido de estos golpes nos avisa, que vamos caminando á la perdicion. Y al punto tocados de la Divina gracia, y movidos à verdadera penitencia, se bolvieron à sus casas; pero primero observaron diligentemente la ventana de la Celda, de donde salia aquel saludable ruido. A la mañana temprano se vinieron al Convento, y preguntaron al Portero, quièn vivia en la Celda correspondiente à aquella ventana, que salia á la calle? Y sabiendo que era el Padre Fr. Luis de Granada, le hicieron llamar; y llevandole à parte, el uno despues del otro, se le arrojaron á

sus pies, hiriendose los pechos, y derramando lagrimas, y diciendo: Padre, los azotes con que la noche passada heriste tu cuerpo, han herido á nosotros el corazon, y nos han apartado de los deleytes sensuales; y refiriendole distintamente el caso, se confessaron con el Venerable Padre, con grandes muestras de contricion. Y enternecidos mucho mas con las suavissimas palabras del Confessor, y animados á hacer sériamente penitencia, se reduxeron à una vida exemplar, sonandoles siempre en los oídos, y mucho mas en el corazon, aquel ruido, que los havia librado del peligro de su condenacion.

Ahora, si tanto pudo el sonido de aquellos azotes en el corazon de estos Jovenes dissolutos, y deshonestos, què compuncion no deberà causar en nosotros la consideracion de los cruelissimos azotes del Redemptor? Y havrà corazon que quiera proseguir en buscar, y tomar deleytes sensuales, viendo que el Hijo de Dios padece, por causa de ellos, una tan rigurosa carnicerìa en todo su Cuerpo? Havrà ojos de Christiano, que al mirar la Sangre del Redemptor derramada por tantas heridas, y con tantos golpes, no llore amargamente los placeres de los sentidos? Ay!

A

A los pies del miſmo Señor atado à la Coluna, digamos con todo afecto aquella devota Oracion del miſmo V. P. Fr. Luis de Granada.

Señor mio Jeſu-Chriſto, todas las veces que os contemplo aſsi deſnudo, y todo llagado, me lleno de confuſion, y empiezo todo á temblar. Ay miſerable! Què ſerá de mì? No hay tantos rayos en el Cielo, quantos yo conozco que merezco, por haver ſido cauſa con mis maldades de tantos dolores vueſtros. O, quánto me deſagrada á mi miſmo, y me enfada, y moleſta el vivir! Pero vueſtra piadoſiſsima voz me conſuela todo, y me dà confianza: llamais à Vos los pecadores, para curar con vueſtras Llagas las ſuyas; oygo que decis: Venid à mì, que mi muerte ſerá vueſtra vida; vengo, pues, à Vos, ò Salvador de mi alma, à rogaros, que moſtreis vueſtra Cabeza coronada de eſpinas, y lleno vueſtro Roſtro de Sangre al Eterno Padre, diciendole: *Ecce Homo.* Y pues tuviſteis corazon para ofrecer vueſtros miembros á los Verdugos, para que los atormentaſſen; tened tambien bondad para preſentarlos por mì al Eterno Padre, para que por vueſtro amor me perdone.

¶ Leaſe á Thomás de Kempis, lib. 2. cap.

cap. 11. cuyo titulo es: *Quan pocos son los que aman la Cruz de Jesu-Christo.*

LECCION XIV.

DE LA CRUCIFIXION DE JESU-CHRISTO.

LOS Leones, en viendo al hombre abatido, y humillado, deponen su fiereza. Los aspides, en haviendo chupado parte de sangre humana por necessidad, no prosiguen en herir por rabia; mas no assi se mitigaron, ni se enternecieron los Judios, al vèr tan abatido, y ensangrentado al Salvador; antes mas crueles, y rabiosos, alzaron el grito, clamando: A la Cruz, á la Cruz; ponle en un palo: *Crucifige, crucifige.* Y assi Pilatos, aunque de mala gana, se viò forzado à sentarse en su Tribunal, y dàr la sentencia definitiva de muerte. Entonces aquellos barbaros, contra el estilo de los mas crueles Verdugos, que esconden, y ocultan à los Reos los instrumentos del suplicio, al instante le pusieron á vista de la Cruz. Abrazòla el Redemptor con grande afecto, y baxò sus hombros para recibir aquel pesadissimo Leño, sobre el qual estaban puestos todos los pecados

dos del Linage Humano: *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum.*

Sale fuera, llevando la gravissima carga; no yá como Isaac la leña del Sacrificio, de noche, por caminos solitarios, sin que nadie lo viesse, sino al medio dia, por las calles pùblicas de Jerusalèn, á son de trompetas, que llamaban al Pueblo á aquel ignominioso espectaculo. No pudiendo con el gran peso gobernar los miembros, faltos de fuerzas, y de Sangre, se movía à passos lentos, y à breves ratos arrodillaba, y caìa á tierra; por lo qual aquellos insolentes Sayones, yà tirando violentamente de los cordeles, yá punzandole con las lanzas, yà con golpes sobre la Corona de espinas, le obligaban à levantarse, y proseguir el camino. Aqui verdaderamente vino à ser el Rey de la Gloria oprobrio de los hombres, y desprecio abatidissimo del Pueblo: *Opprobium hominum, & abjectio plebis*; porque aquel mismo Pueblo, que poco antes le havia recibido con bendiciones, aplausos, hojas de palmas, y con arrojar sus capas al suelo, y à sus pies como à Rey; ahora trocado el amor en odio, concurre de todas partes à maldecirle, y burlarle con mofa, como á ladron.

Ape-

Apenas se hallan algunas buenas mugeres, que movidas á piedad, al vèr tanta desgracia, y afliccion, le salen al encuentro con gemidos, y lagrimas, à las quales bolviendose el Salvador, como olvidado de sus dolores, y compadecido de los trabajos que havian de padecer, las dixo con ternissimo afecto: *Filiæ Hierusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flere.* O, dulcissimo Jesus! Còmo prohibis este llanto, con que desfoga un poco el afecto compassivo de vuestra Passion? Por què antes no impedìs las blasfemias injuriosas de los perseguidores, que las piadosas expressiones de compassion de las Mugeres? Dexad, que á lo menos estos corazones se compadezcan, y estos ojos lloren, y paguen un corto tributo de lagrimas á vuestra Sangre. Pero què digo? La fineza de vuestro amor os persuade otra cosa. Como vuestro Corazon se compadece mas de nuestros males, que de vuestras penas; assi quereis que toda la compassion de los otros se convierta àcia nosotros, y las lagrimas se derramen por nuestras miserias: *Super vos ipsas flere.*

Pero merece ser con especial atencion ponderada la razon que alega: *Quia si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet?* Si en mi

(di-

(dice el Redemptor) que ſoy leño verde, ſin infeccion de culpa, y con frutos de todas las virtudes, ſe executan con tanta crueldad tantas heridas; què ſerà de los pecadores, que ſon leños ſecos, eſtèriles de todo bien, y podridos con tantos pecados? A la ponderacion de eſta gran clauſula convida San Buenaventura á los pecadores. Si el Hijo de Dios, y Criador del Mundo, por haver tomado carne humana: *In ſimilitudinem carnis peccati*, padece tantas penas, y tantos tormentos, què havrá de padecer el hombre, viliſsima criatura, engendrado de carne pecadora? Si el Inocente, Azucena de pureza, y Eſpejo ſin mancha, huvo de tolerar en ſu puriſsima Carne ſudor de ſangre, tormentos de agonìa, y muerte de Cruz por los pecados agenos; què caſtigos, què muerte no deberà temer el pecador, reo de tantas maldades proprias, arguyendole la conciencia de tantas culpas como ha cometido? Si la Juſticia del Eterno Padre es tan inexorable contra ſu proprio Hijo, que quiſo verle agonizar, y morir en una Cruz, què ſeveridad, què rigores no deberá aguardar el eſclavo rebelde? Quando Torquato, Conſul Romano, con ſeveriſsima juſticia, hizo

 cor-

cortar la cabeza á su hijo Manlio, porque contra su orden havia peleado, y vencido à los Enemigos, quedò pasmado todo el Exercito, y ningun Soldado tuvo aliento para pedir perdon de su inobediencia, viendo que el padre no havia perdonado aun à su hijo: *Expalluit totus Exercitus; nec quis quam militum ausus est sibi veniam petere, videns vindictam patris in filium.* (Valer. Maxim.) Quièn, pues, tendrà atrevimiento para pecar, con esperanza de que Dios le perdonará despues, si *proprio filio non pepercit*, si no perdonò à su Hijo, solamente porque entrò à ser fiador por los pecados agenos? Quièn, siendo reo de muchas culpas, vivirà seguro del perdon por haver derramado una lagrima de penitencia, ò herido una vez su pecho con el *Domine miserere*, si reparàra que el Redemptor no se contenta con haver derramado por los pecados unas pocas gotas de sangre, sino dexa vacías las venas en una tempestad de azotes, en una Corona de espinas, en una infame horca?

Acaso direis, que el haver padecido tanto el Redemptor por nuestros pecados, mas nos anìma á esperar, que mueve à temer:

Si

Si la Divina Justicia ha cobrado yá la pena de nuestros pecados del Salvador, yà no tendrá que pedirnos esta deuda, ni nosotros tendrèmos que pagar, ni penar: Eternas gracias al Divino Hijo, que á tanta costa de su Sangre nos ha redimido, tomando para sí solo los rigores de la Justicia, y dexando para nosotros las finezas, y suavidades de la misericordia. Què decís, que el Salvador tomò para sì solo los rigores de la Justicia? O què grande error? Estais muy engañados; antes Dios nos propone à su Hijo crucificado por nuestras culpas, para que nosotros no escusemos tomar la Cruz, y tolerar nuestras penas: *Proprio filio non pepercit, ut ostenderetur, quæ supplicia manerent servum nequam, dum tanta patitur innocens Filius.* Assi lo entendiò el Doctor de las Gentes Pablo, quando al Padecer aquel gran catalogo de sus cruces, y trabajos, decia: *Adimpleo ea quæ desunt, Passionum Christi in carne mea.* Què decìs, Santo Apostol? En vuestro cuerpo cumplìs lo que le falta á la Passion de Christo? Por ventura no fue copiosa, y sobreabundante su redempcion? *Copiosa apud eum redemptio?* Ay que sí, responde Pablo: fue copiosa, y

copiosissima; pero *apud eum*, respecto del Redemptor, y en sì misma; mas no respecto de los hombres, y para su eficáz beneficio, si ellos con su padecer no se aplican los frutos de su Passion: no serán herederos de la Gloria, si no fueren participes de las penas: *Si compatimur, & conglorificavimur.*

Vengan, pues, las cruces, los trabajos, las persecuciones, y tormentos, que serán siempre muy bien recibidos: pagarè sangre con sangre, y vida con vida. Assi divinamente lo explica San Gregorio el Grande: *Per crucem quidem suam omnes redimit, sed remansit, ut qui redimi, & regnare cum eo nitur, crucifigatur. Hoc propecto residuum viderat, qui dicebat: si compatimur, & conregnabimus.*

Pero bolvamos al Salvador, que proseguia su trabajoso camino, bañando la tierra con la sangre que corria de las llagas, oprimidas, y exprimidas con el torculo, ò viga de la pesada Cruz. O sangre de Dios vivo! sangre de infinito valor! Còmo estais mezclada con el lodo de las calles, y pisada de vilissimos pies! O Angeles del Cielo! còmo no baxais à la tierra á recoger esta preciosissima Sangre? Como no ayudais á llevar la

pe-

pesada Cruz, intolerable à las desmayadas fuerzas de vuestro desalentado Rey? Còmo no oponeis vuestras santas bendiciones, y alabanzas á las blasfemias con que le maldicen los Judios, como á Capitan de Ladrones? Còmo sufrìs que el Señor, que està en el Cielo en medio de las dos Divinas Personas, rodeado de las Celestiales Gerarquìas, estè en la tierra entre dos ladrones, acompañado de infames malhechores, y en medio de ellos coronado de espinas, como Rey de los mas facinerosos? Este (si creemos à San Anselmo) fue el mayor tormento, que padeciò el Salvador, verse tratado de Ladròn. Esto le heria el Alma mas vivamente, que al Cuerpo la Cruz.

Sí bien mayor, sin duda, fue el sentimiento al encontrarse con su Divina Madre. O dolorosissimo encuentro! La Madre Santissima, luego que tuvo la funesta noticia, corriò à vèr á su Hijo, dandole el amor las fuerzas, y aliento, que le quitaba el dolor. Veìa por el camino las gotas de la sangre, que le sirvieron de guia para conducirse al Calvario, donde se encontrò con su Hijo, y se miraron los dos cara à cara. O Dios, con que pasmo, y dolor de ambos! Callaban

las lenguas, mas hablaban los corazones; y con la lastimosa vista de los ojos se traspassaban reciprocamente las Almas atormentadas. Decia con los afectos del corazon el Hijo: Para què venìs aqui, Madre mia, á aumentar mi dolor, y el vuestro? Bien conozco que mi Passion es la vuestra; pero tambien vuestro dolor es mio. Yo con esta Cabeza coronada de espinas traspasso vuestro corazon: Vos, con vuestro corazon, anegado en tantos afanes, me doblais las penas. Bolved, ò Madre mia, à vuestro retiro, que no conviene á vestra pureza esta compañia de Ladrones, y Verdugos. Bolved, ò Purissima Paloma, al Arca de vuestro alvergue, hasta que cessen las aguas de este diluvio, porque aqui no hallareis donde descanse vuestro pie. Mas à esto respondía el corazon de la Madre: O mi queridissimo Hijo! por què me mandais que yo me retire de Vos? Dònde puedo hallar conorte, sino en vuestra presencia? Vuestra vida es mi vida: sean, pues, mias vuestras penas: permitid que mis lagrimas acompañen á vuestra sangre, quiero ser crucificada, con Vos, y morir con vuestra muerte. Vivir sin Vos, me será mas duro, y amargo que el mo-

morir ; y el morir con Vos, me ferà premio de haveros dado la vida.

Eftos fentimientos fe andaban repitiendo allà en fus corazones la Madre, y el Hijo, y con tan dolorofos afectos profeguian el camino, hafta llegar à el lugar del Sacrificio.

§. II.

MUERTE DE CHRISTO.

APenas llegaron al Monte Calvario à la vifta de Jerufalèn, quando aquellos Sayones, fin darle un inftante de defcanfo, le defnudaron con gran furia, hafta de la Tunica interior, que eftando pegada á las llagas por la fangre congelada, le renovò acerbifsimos dolores. Defpues le mandaron, con barbara impiedad, que fe tendieffe fobre la Cruz. El Salvador, con prontifsima obediencia, eftendiò las manos, y alzando los ojos al Cielo, ofreciò al Eterno Padre fu vida en facrificio por el remedio del Genero Humano. Y como Ifaac atado fobre el haz de la leña eftaba efperando là herida de fu Padre ; afsi Chrifto fobre lá Cruz aguardaba los golpes de los Verdugos. Allá Dios, fatisfecho con la buena volun-

tad de Abraham, hizo que el Angel le detuviesse la espada, para que no descargasse el golpe; acá, queteniendo la perfecta, y cumplida execucion, permetiò que los Sayones desfogassen toda su rabia contra su Hijo; y assi, con duros, y gruessos clavos empezaron à dár martilladas, como si las diessen sobre un yunque; para atravessar una mano, que por la vehemencia del dolor, haviendo encogido los nervios, obligò á aquellos cruelissimos Verdugos que estirassen con mayor fuerza la otra mano, hasta que llegasse al agujero señalado. Aqui se descoyuntaron los huessos con horrible tormento, como lo havia profetizado el Salvador: *Foderunt manus meas, & pedes meos, dinumeraverunt omnia ossa mea.* (Psalm. 21.) Me clavaron, y atravessaron las manos, y los pies; y tanto me estiraron en la Cruz, que me podian contar todos los huessos de mi cuerpo. Aùn mas que las manos, padecieron en este tormento los sagrados Pies, por la junta de los nervios, y grossedad de los huessos, y por el estiramiento de todos los miembros; y assi dixo el Redemptor à Santa Brigida, que este fue el mayor dolor, que havia padecido: *Omnium atrocissimus.*

Cla-

Clavado de esta suerte el Señor, levantaron con furia la Cruz, y con impetu la dexaron caer en el hoyo cavado en el Monte, para que el Cuerpo pendiente se descoyuntasse, y quebrantasse todo, y se abriessen mas las heridas de las manos, y de los pies. Apareciò entonces el Rey de la Gloria desnudo, solo cubierto con su sangre, á los ojos del Pueblo insolente, que en lugar de moverse á piedad, alzò el grito à mofarle, y escarnecerle: *Si Filius Dei es, descende de Cruce.* O què doloroso espectaculo, vèr al Hijo de Dios pendiente de una Cruz, señalado desde la cabeza à los pies con atrocissimas Llagas! Carga el peso del Cuerpo sobre los pies, y los clavos abren mas las heridas, y descoyuntan los huessos. Si se quiere sostener en los brazos, crecen las bocas de las manos, y se estiran mas los huessos, y nervios. Si se mueve la Sagrada Cabeza en la Cruz, se clavan mas en el casco las espinas. Si inclina la Cabeza àcia el pecho, repara, que aquella Esquadra de Sayones, y vil turba, con visages, y gestos feissimos le está mofando; la boca llena de amargura con la hiel; los ojos cubiertos de sangre; las mexillas acardenaladas por

las bofetadas; todos los miembros estàn padeciendo, y cada uno su especial tormento, sin que pueda socorrer el uno al otro sin reciproco dolor: sobre todo, corren de las manos, y pies quatro arroyos de sangre, que son como los quatro Rios del Paraìso Terrenal, que salian á regar toda la haz de la tierra.

Mas yá que el Cuerpo està sumergido en tanto mar de penas, à lo menos el Alma gozará algunos consuelos. Ay, que antes confiessa el mismo Redemptor, que su Alma està llena de congojas: *Repleta es malis anima mea.* Y segun este texto, llegò á decir el Doctor Angelico Santo Thomàs, que tambien en la Cruz los dolores, y fatigas del Alma fueron mayores, que los tormentos del Cuerpo. Y què mayor confusion, que estár desnudo sobre un infame leño, à la vista de un innumerable Pueblo, entre dos famosos ladrones? *Cooperuit confusio faciem meam*; la confusion, y verguenza cubriò mi rostro. Assi se doliò Christo mas, que de los otros tormentos. Què ignominia de un Alma noble, verse burlada de la vilissima hez del Pueblo, mofada con dichos, y gestos de los Sayones, con palabras, y accio-

ciones ridiculas, è injuriosas de los Fariséos! *Blasphemabant eum, moventes capita sua.* Què soledad, hallarse abandonado de sus queridos Discipulos, vendido de uno con traycion, negado de otro con perjuicio! Què dolor de corazon de un Hijo, mirar delante de sì á su queridissima Madre traspassada de la espada del dolor, desmayada, y sin aliento!

A lo menos estaria assistido de celestial conorte de su Eterno Padre? Ay, que no! èl mismo se quexa con lastimeras voces de que està abandonado, y desamparado hasta de su Eterno Padre: *Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Dios mio, Dios mio, por què me has desamparado? O como dice en otro lugar: *Clamo ad te, & nòn exaudis me. Mutatus es mihi in crudelem*; clamo, imploro vuestra ayuda, y no me oìs; parece que para mì os haveis trocado en cruel, pues no mostrais piedad á tantas penas mias, y sufriendoos el corazon vèr agonizar à vuestro Hijo sobre una Cruz. De esta suerte el Criador del Mundo, el Rey del Cielo, el Unigenito del Eterno Padre ahogado en un mar de afanes, en un diluvio de su propria sangre, despues de una larga agonìa, sin

nin-

ningun refrigerio , ni alivio , entre las burlas, è injurias de sus enemigos, inclinando la cabeza, espirò: *Inclinato capite tradidit spiritum.* Muriò el Hijo de Dios; y yo tan favorecido, tan lleno de sus beneficios, he sido la causa de su muerte , le he muerto con mis culpas: yo , que si no queria amarle como Padre,à lo menos le debia temer como Juez: yo le he muerto con la mas cruel manera de muerte de quantas la humana fiereza supo inventar.

A esta muerte se diò por sentida toda la naturaleza: el Sol se cubriò de tinieblas: se sacudiò con temblores la tierra : las piedras se quebraron unas con otras : los sepulcros se abrieron : el Sacro Velo del Templo se rasgò : todas las criaturas insensibles , por quien no moria Christo , tuvieron sentimiento de compasion á la muerte de su Criador. Y tù, corazon mio, no te condoleràs? Y vosotros , ojos mios , no derramareis una lagrima de compuncion? Y yo, por amor de quien muriò el Salvador , no me moverè á piedad , à correspondencia de afecto , à arrepentimiento de mis pecados? Mas , en la muerte de Jesu-Christo los Soldados , Verdugos, y Ministros, executores del suplicio,

se

se llenaron de horror; y arrepentidos confessaron, que era Hijo de Dios: *Verè Filius Dei erat iste.* El Ladron crucificado juntamente con èl, se moviò à penitencia, y le confessò por Rey del Cielo. Los Judios, que antes havian gritado: *Crucifige eum*, se bolvian hiriendo los pechos de contricion: *Revertebantur percutientes pectora sua.* El mismo Longinos, que con la lanza atravesò el Costado del Redemptor, quedò tan ilustrado, y enternecido con la sangre, que saliò de aquella herida, que vino à ser Santo penitente, y glorioso Martyr. Y yo, al vèr morir un Dios sobre la Cruz por mis gravissimos pecados, he de quedarme insensible? He de resistir à tantos motivos de penitencia? No resolverè mudar de vida? Peor soy, que los babaros Judios; mas impio, que los Verdugos de Christo; mas perverso, que Longinos, que traspassò el corazon de Jesus. Y què cosa podrá jamàs convertirme, si no me convierte la muerte de un Dios, que pudo mover, y enternecer aun à sus mismos matadores? Si con la sangre de este Cordero immaculado no se ablanda el diamante de mi durissimo corazon, con què se podrá jamàs ablandar? Què esperanza puedo

do tener de mi ſalvacion, ſi no tengo mejorìa con tal medicamento, y tan eficàz del Salvador? Una ſola viſta de Jeſus crucificado ſacò de las tinieblas de la infidelidad à Umberto, Duque de Aquitania, enemigo de los Chriſtianos; y del lodo de la torpeza á Cathalina Romana, muger deshoneſta, y del mundo, los quales confeſſaron haverſe rendido à convertirſe, no por temor de la muerte cercana, no por el peligro del Infierno, que les amenazaba, ſino ſolo de haver mirado al Salvador crucificado, cuya viſta les moviò á penitencia; y yo, haviendo viſto tantas veces al Hijo de Dios pendiente de la Cruz, deſpues de tantos toques á mi corazon, he de ſer rebelde à la luz? *Rebellis lumini*? Pertinàz á las inſpiraciones? Y he de hacer tan grande agravio à la Sangre Divina.

Aqui al pie de la Cruz aprendiò la penitente Magdalena la gravedad de ſus pecados, y de la grandeza del remedio infiriò la atrocidad de ſus Llagas. Aquì debe el pecador concebir aſſombro de ſus delitos, y en la balanza de la Cruz peſar la gravedad de ſus culpas. Gran theatro de la Divina Juſticia es el Infierno, para conocer quan deteſtable ſea el pecado; pero mayor theatro

tro de terror es el Calvario, donde la ira vengadora de Dios no se enoja, ni encruelece contra los malvados pecadores, sus enemigos, si no exercita su severidad contra su mismo Hijo, por sola la sombra, y capa, que tomò de pecador: *Non sic expavesco*, (decia temblando Santo Thomás de Villanueva) *& contremisco ad pœnas inferni, sicut videre Deum pro peccato morientem.*

La enorme malicia del pecado se descubre ciertamente en el castigo de los Angeles, donde Dios, por solo un acto de sobervia, desterrò del Cielo, á eternas penas, tantas Celestiales Gerarquìas; pero mas se manifiesta su enormidad en la redempcion de los hombres, por cuyos pecados huvo de morir con atrocissimos tormentos el Criador de los Angeles, y de los hombres. Mira, ò pecador, lo que haces, quando te dexas llevar de qualquier placer pecaminoso: haces un mal, que no se quita, ni se borra, si Dios no derrama su Sangre: *Sine sanguinis effussione non fit remissio.* Mira quán grave deuda de penas has contrahido por una sola de tus culpas; deuda tal, que para satisfacer por ella, nada servirian, ni las oraciones de tantos Santos Confessores, ni las lagrimas de

tan-

tantos Penitentes, ni la sangre de tantos Martyres, ni los preciosissimos, è incomparables meritos de la Divina Madre: *Oportebat Christum pati*; fue menester que muriesse Dios.

Mas sobre todo mira, hombre, en el corazon traspassado de Jesus el excesso de la divina caridad con los pecadores; y desde el pie de la Cruz, levantando los ojos al Salvador, preguntale con el Propheta: *Quid sunt plagæ istæ in medio manuum tuarum?* Què llagas son estas, ò Salvador del Mundo, que veo en vuestras manos, y en vuestros pies, que arrojan tanta copia de sangre? Quièn ha despedazado con tan barbara carnicerìa todos vuestros miembros? Quièn os ha abierto con tan terrible herida vuestro pecho? No responde el Redemptor, porque yá ha espirado; pero responde por èl el amado Discipulo Juan, Registrador fiel del Corazon de Jesus, que estuvo presente à su dolorosissima muerte: *Dilexit nos, & lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.* El amor fue el mayor verdugo, que le diò la muerte; el amor le sacò la sangre de las venas, para lavar las manchas de nuestros pecados; el amor de Dios llegò à tal punto, que

què diò su vida, no por sus amigos, no por sus fieles vassallos, sino por sus enemigos, y rebeldes.

Por este mismo fin de manifestar su caridad infinita con los pecadores, quiso morir de aquella suerte pendiente en una Cruz, si creemos á San Agustin: *Inspice vulnera pendentis. Caput habet inclinatum ad osculandum: cor apertum ad deligendum: brachia extensa ad amplexandum: totum corpus expositum ad redimendum.* Mirad, ò pecadores, la posicion del Crucificado, que està pendiente enfrente de vosotros, y sobre vosotros derrama su Sangre. Sabeis por què tiene inclinada la Cabeza? Por daros osculo de paz, prenda de amor. Por què està abierto su Costado? Por acogeros, y meteros en su Corazon. Por què estàn estendidos aquellos brazos? Por abrazaros como hijos prodigos, si os bolveis à vuestro buen Padre. Por què tiene expuesto todo su Cuerpo àcia vosotros? Por mostrar, que se os dà todo. Con tantas maravillas de amor esperò Jesus crucificado atraher à sì todos los corazones, que ninguno tendria yà ossadìa para ofenderle, que los arrebataría á todos á su amor. Por esso decia: *Cum exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ip-*

sum. Quando me vieren levantado en la Cruz por amor del Linage Humano, se veràn obligados una vez los hombres á corresponderme con amor. Sean, pues, barbaros, sean como de fieras los pechos de los pecadores; podrán resistir mas à tanta caridad? *Jam non sibi vivent, sed ei, qui pro omnibus mortuus est.* (2. Cor. 5.)

Mas, ò, quánto quedaron burladas las esperanzas de un Dios amante! Quán sin fruto empleò èl su Sangre, y su vida! Todavia pecan los hombres haviendo visto morir un Dios por el pecado! Aùn se hallan hombres tan desapiadados, y tán inhumanos, que sabiendo por la Fè, que su culpa llegò á quitar la vida á un Dios, con todo esso se atreven á cometer nuevas culpas! Este es un prodigio tan brutal, que si no se viesse tan frequentemente, se tendria por impossible. Y yo tambien soy uno de estos malvados: *Dominus meus pendet in patibulo, & ego voluptati operam dabo?* Lloraba atonito San Bernardo. Mi Señor, por mi amor, y remedio, está pendiente en una Cruz; y yo, à desprecio suyo, me he de entregar á placeres? El estiende sus manos á las heridas por mi salud; y yo estenderè las mias à deleytes, à disgusto su-

ſuyo? El deſde la Cruz clama, pidiendo perdon: *Pater, ignoſce illis*, para los Soldados que le han herido, para los Judios que han pedido ſu muerte, para los Jueces que le han condenado, para los Verdugos que le han crucificado; y yo no querrè perdonar aun una ligera injuria á quien incautamente me agravio? El ſe dexa abrir el Coſtado para darme el corazon; y yo lo he de tener ſiempre cerrado á ſus llamamientos, ſiempre abierto á deſordenados amores? No, no, que no quiero yà ſer ingrato à tanto amor, ni bolver mal por bien á quien me ha hecho tantos beneficios à coſta de tantas penas: *Clamat Crux, clamat clavi, lancea, convitia, & verbera; ut ipſe toto corde diligatur, qui pro dilectione talia, & tanta perferre dignatus eſt*, dice San Lorenzo Juſtiniano: ,, Clama la Cruz, claman los cla- ,, vos, la lanza, las burlas, las eſpinas, los ,, azotes, que amemos de todo nueſtro co- ,, razon à aquel Señor, que por grangear ,, nueſtro amor ſe dignò padecer tantos, y ,, tales tormentos.

Veiſme aqui, pues, ò Redemptor mio, al pie de vueſtra Cruz á pediros una gota de vueſtra Sangre, para lavar mis pecados paſſados; yo confieſſo, que ſoy indigniſsimo,

 por

por haveros clavado con mis culpas en eſſe leño infame. Mas oyendo, que Vos pedis al Padre perdon para los que os han crucificado,me atrevo á pediros miſericordia. O,amador verdadero de las almas! Añadid eſta à todas las otras finezas vueſtras, dadme mayor compuncion, afianzad en mi pecho un firmiſsimo propoſito, y ſolidiſsima reſolucion de no ofenderos mas. Yo, paſmado, y obligado de tan gran bondad, deſeo amaros ſobre todo bien, y aborrecer ſobre todo mal el pecado, como cauſa de vueſtra muerte; ayudadme por vueſtras llagas, abiertas por mi ſalud;alcancenme eſta gracia,de primero morir,que ofenderos mas;antes morir que pecar.

§. III.

EXEMPLO.

SAnta Lutgarda, (*Surio à* 16. *de Junio*) nacida de padres nobiliſsimos, y dotada de las mas bellas prendas, que pueden hacer amable á una Doncella, en la flor de ſus años andaba deſvanecida de ſus gallardas prerogativas, y guſtaba un poco de vanos amores, aunque ſiempre dentro de los terminos de la honeſtidad. Eſtaba una tarde diſcurriendo con un Cavallero mozo, que deſeando

lo-

lograrla por esposa, la galanteaba, y con la suave miel de afectuosas palabras pretendia atraherla á que correspondiesse à su afecto. Yá el dulce veneno de el amor se iba poco à poco entrando en el pecho, pareciendole, que aquel partido de bodas era con personage igual à su nobleza; quando al despedirse, bolviendo los ojos, viò, que se le ponia delante otro Esposo; pero de Sangre, Jesus crucificado, en aquel trage, y semblante puntualmente, como viviò en la tierra: *Speci sus forma præ filiis hominum*; el qual, con muy diferentes muestras de amor, descubriendo el pecho, la diò á vèr la Sacratissima Llaga del Costado, que destilaba Sangre fresca, y la dixo: *Blanditias inepti amoris postea vide, ne requiras. Hic jugitèr contemplare, quid diligas, & quamobrem diligas: hic ego totius puritatis delicias polliceor obtinendas.* De aqui adelante mira bien no busques delicias del profano amor. Aqui has de contemplar continuamente en este Corazon herido, lo que debes amar, y porquè causa le debes amar. Vès aqui el unico blanco de tus afectos. Aqui yo te prometo que hallarás las mas dulces, y puras delicias que puedes desear. Aqui tu espiritu serà ane-

gado en un rio caudaloso de celestiales consuelos.

Con esta vision quedò Lutgarda tan avergonzada de sì misma, y tan cautiva de el amor de Jesu-Christo crucificado, que parecia que una mano invisible la havia sacado, y exprimido del corazon todo otro afecto. Cerrò al punto los ojos, y las orejas á las lisonjas de todo amante terreno, como à ojos, y mordeduras de una venenosa sierpe. Y quando otra vez volviò el Caballero á galantearla, respondiò prompta con las Palabras de Santa Inès al Joven Romano: *Discede à me, pabulum mortis, quia jam ab alio amatore præventa sum.* Apartate de mì, alimento de muerte, que yà otro mejor, y mas noble Esposo me ha escogido para mas festivas bodas.

Entro, despues, tan profundamente en el corazon de esta Santa Doncella el amor de Jesus Crucificado, que ni sabìa pensar, ni hablar de otra cosa, que de padecer amando, y amar padeciendo la Cruz de muchas mortificaciones por su Celestial Esposo; el qual, para premiarla tanto afecto, se le apareciò de nuevo en forma de Crucificado, bañado en Sangre; y sacando un brazo de su Cruz,

le estendiò sobre ella, como abrazandola, y haciendola que aplicasse la boca á la Llaga del Costado, la qual ella besò con purissima reverencia, y chupò un nectar suavissimo, y tan Divino, que la saliva de sus labios quedò mas dulce que la miel, respirando una suavissima fragrancia, y sanando muchas enfermedades en los que la tocaban. Y la Santa, para remedio de qualquier trabajo, ò fatiga, no necessitaba de otra cosa, que de mirar la Imagen del Crucifixo; tanto era el vigor, y la dulzura de espiritu que de alli sacaba. Una vez viò al Hijo de Dios, que estaba delante de su Eterno Padre, y mostrandole las Sagradas Llagas, rociadas de fresca Sangre, le pedia perdon para los pecadores; y despues se bolviò á ella, diciendola: Mira, o Esposa mia, como yo me ofrezco todo á mi Padre, por la salud de los pecadores; assi tù debes ofrecerte à mì toda, y totalmente, por tu salvacion.

Ni fuè solo Christo crucificado; tambien se le apareciò Maria Santissima dolorida, con un semblante lleno de tristeza, y los ojos bañados en lagrimas, qual havia estado en el Calvario al pie de la Cruz. Movida á gran compassion Lutgarda, la preguntò qual era

la causa de tanta tristeza en ella, que era la Segria, y gozo del Paraìso? Respondiò la deñora: Las culpas de los pecadores azotan ce nuevo, y crucifican à mi querido Hijo; son blasfemias, y torpezas le renuevan à èl os dolores, y à mì los afanes, y congojas, tanto mas crueles, quanto que son cometidas por Christianos, y no hay quien ponga remedio, y me dè consuelo; á tí te toca, ò querida hija, con gemidos, oraciones, y ayunos, consolarnos, y mitigar la indignacion de Dios, enojado contra los hombres; lo qual Lutgarda executò con siete años de rigurosos ayunos, y otras penitencias. Tuvo un vehemente deseo de derramar su sangre por el martyrio, no pareciendola que era digna Esposa de un Esposo crucificado, la que no muriesse crucificada; y assi, una mañana, despues de su Oracion, hecha delante de la Cruz, la vino un ardentissimo deseo de imitar en la muerte à la Gloriosa Martyr Santa Inès, assi como procurò siempre imitarla en vida. Passò tan adelante este deseo, que estuvo para morir, haviendosela roto una vena en el pecho, junto al corazon, de que saliò gran copia de sangre. Entonces se la apareciò su Esposo Jesus, y la dixo: Que

en

en el Cielo tendria el mismo premio que Santa Inès; porque si bien no derramaba, como la Santa, su sangre por mano de Verdugo, á lo menos con igual afecto havia deseado derramarla, y con gran dolor compassivo de su Passion. Al fin, estaba tan arrebatada del Amor de su Redemptor, y con tan afectuosos ojos miraba, y remiraba al Crucificado dueño de su corazon, que muchas veces padecia desmayos, y deliquios de espiritu; y quando meditaba sus atrocissimos dolores, tal vez derramaba lagrimas de sangre, que cubrian su rostro, que en una ocasion las enjugò con su propria mano el Salvador. O, dignacion amorosissima! Mirad quánto pudo en los ojos humanos, y corazones de carne una vista, un pensamiento de Jesus crucificado. O, confusion nuestra! que tantas veces le miramos, y pensamos en èl, sin una lagrima de ternura en los ojos, y sin un afecto de compassion en el alma: *Si non compatimur, nec conregnabimus.*

¶ Lease á Thomàs de Kempis, lib. 2. cap. 12, *Del camino real de la Santa Cruz.*

LECCION XV.

DE LA RESURRECCION DE CHRISTO, y Gloria del Cielo.

YA se acabaron las penas, yà se puso termino á los afanes; vès aqui al Salvador resucitado, glorioso, y triunfante. Mira como aquella Corona de espinas la ha cambiado en una Diadema de Gloria; las manchas de la Sangre, en rubìes de luz; los cardenales de las Llagas, en galas de victoria; las burlas, è improperios de los Judios, en aplausos de los Angeles; y la dolorosa muerte, en una vida bienaventurada: *Resurrectionis gloria sepelivit morientis injuriam*, dice San Pedro Chrysologo. Mira en el Cuerpo glorificado aquellas cinco Llagas, que resplandecen como Soles, y arrojan rayos de vivissima luz, bellos Iris, hermosos Arcos de Paz entre Dios, y los hombres; troféos gloriosos de haver vencido la Muerte, y el Infierno; cifra de amor, y letras de beneficencia, con que estàn escritos en el Libro de la Vida los Escogidos; en suma, el Cuerpo de Christo, tan despreciado, injuriado, y despedazado, està ahora tan hermoso, tan lle-

lleno de gloria, que si en el Cielo no huviesse otra cosa sensible que vèr, sino la Sacrosanta Humildad, al verla solamente bastaria à hacer un Paraìso. Tanta gloria le ha grangeado la Passion, que si bien atrocissima, fuè breve, quando la felicidad no solo es immensa por la grandeza de los bienes, sino tambien eterna por la perpetua continuacion de los gozos.

Mas què jubilos de aclamacion hicieron los Coros de los Angeles, cercando à su Rey triunfante? Si quando naciò en el Portal de Belèn, viniendo á padecer trabajos, è incomodidades hasta morir, baxaron de el Cielo à Esquadrones á cantarle el *Gloria in excelsis Deo*; con què fiesta vendrian à celebrar el Triunfo, ahora que resucitaba para subir à la Eterna Bienaventuranza?

Partiò luego el amantissimo Hijo à consolar con su gloriosa presencia el Corazon de su Madre, atravesado con la Espada del dolor, y enjugar las lagrimas de aquellos ojos, que tanto havian llorado en la Passion; porque si es Ley de la Divina Providencia, (como enseña el Apostol) que quien es compañero de las penas de Christo, es tambien participe de sus consuelos, y glorias: *Si socii*

Pas-

Passionis estis, sic eritis, & consolationis; còmo podia ser, que no gozasse luego al punto de la alegria de la Resurreccion la afligidissima Madre, que fue siempre tan fiel Compañera de su Divino Hijo, desde el Pesebre, hasta el Calvario? Mas què lengua podrà explicar, ó què entendimiento concebirá el gozo incomparable de la Virgen, quando se le puso delante de los ojos su querido Hijo, hermoso, y resplandeciente, con un Rostro lleno de gracia, y de gloria? Quàndo mirò las señales de las Llagas, que antes la havian sido causa de increìble dolor, ahora fuentes de un amor beatifico? Quando le viò, no penando entre Ladrones, sino gozando entre Coros de Angeles; no encomendandola desde la Cruz al Discipulo Juan, sino ofreciendose á sì mismo á darle el osculo de paz; no yá tendido en sus brazos, lleno de heridas, y llagas, muerto, sino estendiendo sus manos gloriosas à darle purissimos, y estrechissimos abrazos? Allá, atonita de dolor, no sabìa què decir; aqui, muda de pura alegria, no pudo hablar. mas hablòla el Hijo, diciendola: *Surge, Amica mea, jam hyems transiit, imber abiit, & recessit: Flores apparuerunt in terra nostra.* Levanta-

tate, ò Madre, y sal de tus fatigas, endulza tu Corazon, serena tus ojos: Yà ha passado el horroroso Invierno de la Passion; yá se ha acabado la tempestad de azotes, y de Sangre: vès aqui han aparecido las flores de mi Humanidad: mira estas floridas Llagas, que brotan Rosas, y Azucenas de los collados eternos, que respiran, y exhalan fragrancias de vida bienaventurada.

A estas amorosissimas palabras es indecible el gozo que llenò el Alma de la Madre; pero en parte se puede colegir de la alegria que experimentò el Patriarca Jacob, quando despues de haver llorado con tantas lagrimas por muerto á su querido hijo Joseph, oyò, que vivia, y reynaba en Egypto.

Afirma el Sagrado Texto, que el buen padre quedò como oprimido, y anegado de la repentina abundancia de gozo; y que despues: *Revixit spiritus ejus, & ait: Sufficit mihi, si adhùc filius meus vivit*, resucitò como de muerte à vida, y dixo: A mí me basta que viva mi hijo: no deseo otro consuelo, que verle una vez antes que la muerte me cierre los ojos. Pues si tanto fuè el gozo del Santo Patriarca à la noticia de estar vivo aquel hijo, que creìa muerto; quánto ma-

yor sería el jubilo de la Santissima Madre, á la vista de su Unigenito Resucitado immortal à la Gloria, despues de haverle visto morir en una Cruz? Con què alegria besaba aquellas Sagradas heridas, y què Maná de Celestiales consuelos sacaba de ellas? Verdaderamente fuè excessivo aquel gozo, que no podria sostenerle el corazon, si con especial milagro no huviera sido confortado de Dios.

No se contento el amor de Jesus con haver una vez consolado tan presto á la Santissima Virgen; quiso tambien, antes que à los Apostoles, favorecer con su presencia felíz á la pecadora Magdalena, que havia sido tan fiel amante al pie de la Cruz, y despues con tanta copia de lagrimas lloraba junto al Sepulcro. Ay, còmo las culpas passadas no embarazan los favores, y gracias Divinas, quando con verdadera contricion se borran, y con nuevos obsequios de ardiente caridad se recompensan! Tambien con las almas penitentes es el Señor liberalissimo de sus gozos, quando han participado algo de sus penas. Este es el estilo de la Divina Bondad, (dice San Francisco de Sales) remunerar, aun en esta vida, con dulces consolaciones de espiritu á qualquiera que bebe una gota de su amarga

ga hiel, à quien acepta una sola espina de su Corona, á quien participa un ligero golge de sus azotes, una pequeña astilla de su Cruz. Sì, pues, el Salvador tambien comunica sus gozos á quien participa de sus dolores: dichosas son aquellas almas, que saben padecer algun poco con Jesus crucificado, y estár con la Magdalena al pie de la Cruz à llorar sus culpas, y sacar de las fuentes de las Sacratissimas Llagas el agua de las consolacianes de el Cielo: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* Por esto el mismo San Francisco de Sales no deseaba otra cosa que Cruces; no suspiraba sino por espinas, y decia: Si yo supiesse que havia en mi corazon una fibra, una pequeñissima parte, que no estuviesse señalada con la Cruz de Christo, al instante la procuraria arrojar de mí, como indigna de un corazon Christiano. Con este afecto se mereciò tal impassibilidad, y alegria de alma, y cuerpo, que parecia gozar el dote de los Bienaventurados. Igualmente el V. Padre Balthasàr Alvarez, de la Compañia de Jusus, (*Vida, cap.* 28.) era ansiosissimo de padecer, y decia: *Arboris Sanctæ Crucis, nec folium permittere debemus in terram decidere*: No debemos jamás permitir, que

cay-

cayga en vano à tierra, ni una hoja muy pequeña del Arbol de la Santa Cruz, porque es fertil de frutos celestiales. Por esso procuraba siempre el Venerable Padre copiar en sus miembros las penas de la Passion, para gozar despues las glorias de la Resurreccion; lo que consiguiò tan dichosamente, que aun viviendo fuè visto cercado de resplandores, á manera de cuerpo glorioso.

Pero es dignissima de no passar sin advertencia, y sin provecho la reflexion de el Apostol, acerca de la Resurreccion: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur*: El Salvador resucitado à la vida, no bolviò mas à morir. O, pluguiesse á Dios que nuestra resurreccion á la vida de la gracia, no recayesse jamàs otra vez en la muerte del pecado! La eficacia de las consideraciones passadas nos havrà sin duda sacado algunas lagrimas de los ojos, y puesto en el corazon algun buen proposito. No permitamos, que la luz del Espiritu Santo se apague yá en nosotros, ni que el ardor de la caridad venga á menos, ò se entibie. Fortifiquemonos en el bien: *Aspicientes in Authorem Fidei, & consummationem Jesum*, mirando à nuestro Capitan Jesus, que cumpliò, y llenò hasta el fin la empressa de

la

la Redempcion. Si èl, quando los pèrfidos Judios le burlaban, convidandole à baxar de la Cruz: *Si Filius Dei es, descende de Cruce*, huviera interrumpido el curso de la Passion, no huviera conseguido el triunfo de la Resurreccion. La mayor gloria suya fuè haver perseverado: *In laboribus à juventute sua usque ad consummationem Crucis.*) Lyreo, lib. 7. docum. 21.) La V. Magdalena Ursina se dolìa una vez, que la Cruz de ciertas tribulaciones era para ella muy larga. Apareciòsele Jesu-Christo à consolarla, y confortarla, para que perseverasse con èl en la Cruz. Respondiò Magdalena, con inocente quexa: Señor, vuestra Cruz durò solas tres horas; y la mia dura años, y años. Añadiò el Salvador: Què dices ingrata? No sabes, que mi Cruz empezò desde el primer instante de de mi concepcion, y perseverò hasta el ultimo de mi vida? Con esto ella mejor instruìda, y generosa: *In Cruce sua ad finem usque constantissimè perseveravit.*

No al que empieza bien, sino à quien bien acaba, se promete el premio. En el fin de la Escala mysteriosa viò Jacob á Dios Remunerador, no en el principio, ni en el medio. Nada nos aprovecharà el haver conocido es-

ta bella verdad, y haver conseguido la divina gracia, si de nuevo miserablemente la perdemos. Antes nos será de perjuicio, porque tanto seràn mas graves las ofensas de Dios, quanto mayores han sido los beneficios recibidos de su mano. Pregunta Santo Thomás, si es mayór culpa la que comete un inocente, perdiendo la gracia recibida en el Bautismo, ò la que comete un penitente, perdiendo la que havia recibido en la confession? Y resuelve el Santo Doctor, (3. *quæst.* 88. *art.* 1.) que es mas grave la nueva culpa del penitẽ, yá justificado, por quanto esta contiene una mayor ingratitud: *Multo, magis contemnitur Dei Bonitas, si post remissionem prioris peccati secundò peccatum iteretur.* Por esso advierte San Bernardo: *Time pro accepta gratia, ampliùs pro amissa, longé plus pro recuperata.* Gran temor debe haver, quando se vive en gracia, por el peligro de perderla, mayor quando se ha recuperado; porque si de nuevo se pierde, nos hacemos indignissimos de la Misericordia de Dios, y provocamos su Justicia para no concedernos mas el perdon. Es assi, que se lee en el Evangelio, que el Salvador resucitò à los que una vez havian muerto; pero no se lee que resti-

tituyesse á la vida à quien segunda vez muriò: Assi tambien se lee que perdonò la primera vez los pecados, y dio su gracia à pecadores; pero no se lee que les perdonasse segunda vez, ni usasse de indulgencia con quien despues del primer perdon huviesse recaído en nuevos pecados. Antes gravemente les avisaba, que se guardassen de la recaìda: *Noli amplius peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* No es esto porque la Divina Clemencia no sea inclinada á perdonar siempre las nuevas culpas, sino porque la humana ingratitud tema mas las recaìdas, viendo quanto mas dificil es alcanzar nuevas gracias.

Formidables son á este proposito las sentencias de los dos Principes de los Apostoles. San Pedro, claramente protesta a los pecadores: *Melius erat illis non cognoscere viam justitiæ, quam post agnitionem retrorsum converti.* (2. Petr. 2.) Que les serìa mejor no haver conocido el camino de la virtud, que despues de haverle empezado, bolver atrás, y dexarle. San Pablo, con mas terror: *Impossibile est, eos, qui participes facti sunt, Spiritus Sancti, & prolapsi sunt, rursus renovari ad pœnitententiam.* (Hebr. 6.)

Usa San Pablo de la palabra impossible,

para ſignificar la gran dificultad de nueva converſion, que incurren aquellos, que deſpues de haver experimentado las gracias del Eſpiritu Santo, y haverſe reſtituído al camino de la ſalvacion con la penitencia, ſe buelven otra vez à los antiguos pecados. Gran dificultad, reſpecto de Dios, que viendo al pecador infiel en los propoſitos, inconſtante en la promeſſas, ingrato à los beneficios, detendrá, y negará ſus eficaces gracias, y ſocorros. Gran dificultad, reſpecto del demonio, que viendo que una vez que ſe le ha eſcapado de las manos, ſi buelve á caer en ellas, dobla los artificios, multiplica las cadenas para retenerle en ſu eſclavitud; pero grandiſſima dificultad, reſpecto de la naturaleza, que habituandoſe en el vicio, y echando nuevas raìces, no ſabrá deſpues apartarſe de las malas coſtumbres.

Por tanto, ahora que eſtais libres debeis uſar de toda induſtria, y todo esfuerzo para no recaer. Los peces, que una vez eſcaparon del anzuelo, y los ciervos que ſe ſoltaron del lazo, ſon cuidadoſiſsimos de no bolver á caer en èl. Pues por què no ſerèmos noſotros, dotados de razon, otro tanto ſolicitos en huir de aquellas ocaſiones, que nos pueden atraher

otra vez al vicio ? Acordemonos de lo que sucediò á Enrique II. Rey de Francia, que despues de haver sido vencedor de muchas lanzas en la Justa, queriendo de nuevo jugarla, respondiò á la Reyna, su muger, y à los Principes de la sangre, que instantemente le persuadian, que no lo hiciesse: *Adhuc semel, & non ampliùs.* Dexadme una vez, y no mas. Dixo la verdad, porque en aquella vez, herido mortalmente en ojo, perdiò entre agudissimos dolores la vida. No bolvamos, pues, á pecar, porque el primer pecado quizà serà el ultimo, sin remedio. Hagamos frente con brio à los primeros assaltos de las tentaciones, que assi conseguiremos mas facilmente la victoria. Declaremos abiertamente, y en tiempo de alistarnos en las Vanderas de el Salvador, y morir en su servicio. Reparemos bien en ciertos pecados, que parecen ligeros, y son origen de otros mayores: *Judam in baratrum nequitiæ præcipitavit neglecta minimorum cautio.* De culpas pequeñas de avaricia fue poco á poco creciendo, hasta vender á su proprio Maestro.

De ciertas reliquias del vicio despreciadas, sucede lo que suele acontecer en los contagios, en los quales tal vez el descuido de que-

mar un poco de lienzo, ò paño, despues de algun tiempo hace que buelva á brotar, y encenderse de improviso una gran peste. El pecado admitido una sola vez, es una calentura efimera; pero quièn ignora, que la efimera, ò diaria muchas veces degenera en una hectica horrible, è irremediable? Y Dios os guarde, que el demonio llegue á soplar sobre vos: no hay fuego que de este soplo no pueda encenderse: *Si sufflaverit in scintillam, quasi ignis exardebit*. Estèn, pues, muy lexos de nosotros aquellas sendas, que nos guian á la vida ancha, donde sabemos que yà hemos caìdo. Afiancemos bien el ser totalmente de Dios, y digamos con el fidelissimo Job: *Justificationem, quam cœpi tenere, non deseram.* O, Señor mio! Yo he resuelto ser vuestro: vuestro soy, y vuestro serè, teniendo siempre firmes, y estables aquellos sentimientos, con que haveis sido servido de favorecerme. Quitadme primero del mundo, si veis que ha de llegar algun dia, en que yo no sea vuestro, y me aparte de vuestra Santa Ley. Haced, ò benignissimo Redemptor, que mi resurreccion de la culpa sea semejante à la vuestra, que fue á vida inmortal; y no á la de Lazaro, que bolvio á morir.

§. II.

§. II.

DE LA GLORIA ETERNA.

BOlvamos al Salvador resucitado, que despues de haver con varias apariciones consolado á sus discipulos, se fue con ellos al Monte Olivete, donde les dixo aquellas amorosissimas palabras: Yo voy á prepararos lugar en el Cielo; vendrè de nuevo á veros, y llevaros conmigo, para que esteis vosotros donde yo estoy: y haviendoles dado á besar las Sagradas Llagas, y despidiendose de su Santissima Madre, dandoles con su benefica mano la bendicion: *Videntibus illis elevatus est;* poco à poco, à vista de todos, se fue levantando, y subiendo al Cielo.

Tenian los Discipulos fixos, y llenos de lagrimas ternissimas sus ojos en aquel maravilloso objeto, hasta que una nube, resplandeciente como el Sol, se les quitò de la vista; pero no de los corazones, que quedaron siempre amantes, y deseosos con ansia de aquella felicissima gloria; de suerte, que ni sabian hablar de otra cosa, que acabar presto la vida, por gozar de la gloriosa presencia del Salvador. Mas què entendimiento podrá comprehender la fiesta, y triunfo con que fue recibido el Redemptor en el Cielo? Còmo toda la

Corte Celestial le salió al encuentro para acompañar á su Señor, que bolvia de la guerra victorioso, y teñido de gloriosissima Sangre? Còmo miraban extaticos de assombro aquellas Llagas, causa, y objeto de una nueva bienaventuranza? Con què jùbilos, y aplausos le acompañaron, hasta que subiendo sobre todas las Angelicas Gerarquias, se sentò la Sagrada Humanidad à la diestra del Padre en el mas elevado Trono de la Gloria? O, inefable dignidad! O, incomprehensible excelencia de la naturaleza humana! Ser ensalzada sobre los Querubines, y Serafines con Real Diadema, y Cetro Omnipotente en Cielo, y Tierra: *Data est mihi omnis potestas in Cœlo, & in terra.* (Matth. 28.)

De la Ascension de Christo tomaron tal brio, y corazon los Apostoles, que no hacian caudal de cosa alguna de el Mundo, y vivian mas en el Cielo, que en la tierra. Deseaban los tormentos, desafiaban la muerte, que los sacasse de esta vida, y los colocasse donde estaba el blanco de todos sus deseos. Tambien nosotros de la Ascension del Salvador hemos de sacar hereycos, y magnanimos pensamientos, para obrar, y padecer grandes cosas por Dios. Quánto se debe avivar, y fortalecer

nuef-

nuestra esperanza, sabiendo que èl mismo prometiò que iba á disponernos lugar en el Cielo, adonde subia, no solamente para sì, sino para nosotros! Y como Cabeza, tomaba la possessìon de aquella gloria para los otros miembros suyos, que son sus Fieles. Rompiò los cerrojos con que estaban cerradas las puertas del Paraíso por el pecado de Adán. Nos allanò el camino, yendo delante, para que siguiendo nosotros sus pisadas, pudiessemos llegar à la Celestial Patria, de que estabamos desterrados. Llevò consigo, como por prenda, y señal, las Almas de los Santos Padres, que havia sacado del Limbo, para que empezassen à gozar el fruto de su victoria, y ocupar las sillas, de que havian caìdo tantos Angeles!

Además de esto, què encendida, è inflamada queda la caridad con la subida del Señor al Cielo! Porque si donde està nuestro thesoro, alli està nuestro corazon, hallandose Jesus, nuestro unico Thesoro, en el Cielo, ninguna razon permite que nuestro corazon, y amor estè en la tierra: *Ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia.* (Serm. de Ascens.) Por esso dixo gravemente el Pontifice San Leon: „ La Ascension de Christo es exaltacion „ del Christiano; porque donde ha precedi-

„ do

,, do la gloria de la Cabeza, allá espera llegar ,, todo el Cuerpo. Yà hemos entrado, no solamente en la possession del Paraìso, sino ,, tambien con la Humanidad de Christo, hemos subido á la mas excelsa parte del Cielo. Alegremonos, pues, con gozo espiritual, ,, y con accion de gracias celebremos gran ,, fiesta, levantando los ojos bien limpios à ,, aquella altura de gloria, en que està colocado el Salvador. No abatan deseos terrenos aquellos corazones, que Dios eleva, y convida à los celestiales bienes. No ocupen los bienes de la tierra, caducos, y transitorios, aquellos espiritus, que están escogidos para los eternos. Passen los Fieles por las cosas temporales, de modo, que conozcan ser peregrinos en este valle de lagrimas, y se acuerden siempre, que caminan à la amada Patria, Paìs de toda la felicidad. Sean nuestros corazones como otras tantas esferas, ò circulos perfectos, que con un solo punto toquen lo baxo de la tierra, y con todo el resto se levanten en alto ácia el Cielo.

O, si frequentemente levantassemos los ojos al Cielo, quánto se encenderian nuestros corazones en el amor de las santas virtudes! Què sueltas, y promptas quedarian nuestras manos para empressas grandes, y fuertes! *Ob-*

jec-

jectum oculis Cœlum manus armat ad fortia, dice el Chrysostomo. Aquellos mysteriosos animales, que viò Ezequièl tirar el Carro de la Gloria de Dios, por esso corrian con una velocidad, como de rayos: *In similitudinem fulguris corruscantis*; (Ezech. 2.) porque sobre sus cabezas tenian un [illegible] o del Cielo: *Similitudo super capita animal[illegible] firmamenti*. Què velozmente correremos nosotros tambien por el camino de los Mandamientos de Dios, si tuvieremos impressa, ò esculpida en nuestra cabeza una viva imagen del Paraìso! Si hicieremos muchas veces reflexion sobre la Celestial Jerusalèn, Ciudad de eterna paz, Teatro de las soberanas magnificencias, Jardin de las delicias Divinas, donde no hay espina de trabajo, donde están siempre unidas las flores de todo placer en una perpetua primavera! Gozar la felicissima compañia de tantos Martyres, vestidos de viva luz, con palmas en las manos, y con las insignias de sus gloriosos triunfos; el Coro purissimo de tantas Virgines, bordadas sus ropas de cándidas azucenas, que con dulcissima melodìa cantan alabanzas à su Esposo Divino; el Exercito innumerable de tantos Angeles, dividido en tantas Gerarquìas con orden perfe-

fectissimo. Si la hermosura de un solo Espiritu, el minimo de los Bienaventurados, se aventajan (segun siente Santo Thomàs) á la beldad junta de todas las criaturas visibles, què será vèr un numero casi infinito de tantos Querubines, y Serafines?

Sobre los Coros Angelicos se vè otra mayor gloria, que maravillosamente alegra aquella Corte Soberana, y es la Reyna del Cielo, Madre de Dios Hombre, coronada de Estrellas, vestida del Sol, cercada de suavissimos resplandores, de cuya gloria se assombran los Angeles, de cuya felicidad se gloriàn los Bienaventurados. Mucho mas excelente, y ventajosa será la gloria de vèr la Santissima Humanidad del Salvador, que està sentado superior à todos aquellos dichosos Ciudadanos, como Rey Soberano de Gloria, y como Sol entre las Estrellas, comunicandoles inexplicables rayos de claridad, è imperceptibles influxos de gozo. Esta sola felicidad es tan excessiva, que llegò à decir San Agustin: *si tormenta gehennæ tollerare oporteret, ut Christum in gloria sua videre possemus; nonne dignum esset pati, quod triste est, ut tanti boni participes haberemur.*

Pero estos son accidentes de la gloria, respec-

pecto de lo essencial, que es vèr á Dios, como èl nos promete: *Ego ero merces tua magnanimis.* (Genel. 15.) Y què quiere decir vèr à Dios? Gozar de la misma felicidad que goza Dios: *Similis ei erimus, quia videbimus eum, sicuti est.* Beber de aquel torrente de delicias divinas, con que Dios es Bienaventurado en sì mismo: *Torrente voluptatis tuæ potabis eos.*

Qué vida tan dichosa! Contemplar cara à cara, y sin velos, ni cortinas la Omnipotencia del Padre, que criò el Cielo, y la tierra; la Sabidurìa del Hijo, gobernadora con altissima providencia del Universo; la Bondad, y Amor del Espiritu Santo, fuente inagotable de todos los bienes! Què felicidad, vèr à Dios en un abismo de resplandores, en un Teatro de Magestad, en un centro de gloria! Y vèr en Dios lo que alegra en el Sol, lo que recrea en las Estrellas, lo que deleyta en las flores, lo que divierte en las fuentes, lo que conorta en los ayres frescos, lo que alimenta en los manjares, lo que deleyta en las harmoniosas musicas. Todas son palabras de S. Agustin; el qual añade, que si una gota de aquel eterno placer, de que gozan los Bienaventurados en el Cielo, cayesse en el Infierno, al instante sossegarìa todos los dolores, apagarìa todas sus llamas,

mas, endulzaria todas sus penas, enjugaria todas sus lagrimas, y trocaria en objeto de los deseos aquel infelicissimo albergue, Reyno de la desesperacion: *Tanta est dulcedo futuræ gloriæ, ut si una gutta in Infernum deflueret, totam damnatorum amaritudinem dulzoraret.*

Con el pensamiento, y con la esperanza de la Gloria alegraba todos sus trabajos el Serafico Padre S. Francisco, y se animaba á padecer grandes cosas por Dios. Era gusto oìr los coloquios, que tenia con sus afligidos miembros: Padeced con alegria, (decia) ò cuerpo mio, porque presto vendrà algun dia, que estareis impassible à toda pena, lleno de todo placer, y mas lucido que el Sol. Mortificaos, ojos mios, y no mireis vanidades terrenas, porque presto mirareis las bellezas gloriosas del Paraiso, y al Rey de la Gloria en su amable Magestad: *Regem in decore videbunt oculi mei.* (Isaì. 33.) O, paladar mio, llevad con dulzura los ayunos; sean, orejas mias, amables á vosotras las injurias; sean deleytables, ò sentidos mios, las mortificaciones, porque antes de mucho tiempo lograreis el gustar de aquel Manà Celestial, que encierra todas las delicias de los sabores; os alegrarán aquellas

mu-

musicas Angelicas, que una de ellas sola basta à negar, y embriagar en dulzuras los corazones; sereis recreados con aquella suavissima fragrancia que respiran los collados eternos: *Sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus.* Qué sentirà entonces el Bienaventurado, quando por la breve abnegacion de los sentidos, se verá anegado en aquel abismo de gozos? O, felices trabajos! O, servicios bien remunerados! O, dicha, no para discurrir, sino para desearla, y buscarla á costa de mil vidas, si tantas tuviessemos que emplear en ello! Con semejantes afectos se consolaba, y confortaba su corazon el Glorioso Santo, y alegraba su penosa vida, y jubilando decia:

Tanto es el bien que me espera,
Que me endulza toda pena.

Y à la verdad, aquellos miembros, y aquellos sentidos, que particularmente huvieren obrado, ò padecido por Dios, tendràn (como dice Santo Thomás, 3. *quæst.* 54. *art.* 4.) su proprio deleyte, y su gloria especial: *In illis quidam specialis decor apparebit.* Porque què hará Dios en aquel Reyno de la felicidad, si en este valle de miserias se ha dignado glorificar con singulares gracias los miembros de sus siervos Fieles, empleados con especial apli-

ca-

cacion á su servicio? Los ojos de San Luis, Obispo de Tolosa. que jamás miraron muger alguna al rostro, quedaron en el sepulcro incorruptos, y resplandecientes: que parecian diamantes. La mano de S. Estevan, Rey de Ungrìa, que distribuyò larguissimas limosnas á los pobres, se conservò siempre entera, fresca, y olorosa. La lengua de San Antonio de Padua, que con tantas alabanzas supo bendecir à Dios, y predicar el Evangelio, no estuvo sujeta à corrupcion, antes se mantuvo como viva, y de color hermoso entre las cenizas. La cabeza de Santa Cathalina de Sena, que estuvo coronada de espinas, despues de su muerte se viò resplandecer con tantos rayos, quantas heridas havia padecido. Hagamos de aqui el argumento: Si en este destierro, que no es el lugar proprio de los premios, sino de los meritos, y trabajos, Dios manifestò tan especiales favores en los miembros de sus siervos, quàl serà la gloria que les tiene destinada para honrarlos, y remunerarlos en la Patria? Y si en este dia de lagrimas, y penas es tan liberal en hacer gracias, què serà en aquel eterno dia, y alegrissimo de las bodas, para premiar sus servicios? Todas las delicias de la tierra no son otra cosa, que una

pe-

pequeña muestra, por donde discurramos los inestimables thesoros, y riquezas del Cielo, y digamos despues, que todo lo hermoso, bueno, y alegre de acá abaxo es una gota de aquel mar de dulzuras, una florecita de aquel Paraíso de deleytes, un rayo, ò una sombra de aquel Sol de belleza, que es la Bienaventuranza.

O! si revolviessemos frequentemente en el pensamiento aquellos grandes bienes, què faciles, y suaves nos parecerian los males de esta vida! Còmo diriamos con el Apostol: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis.* Vengan, pues, trabajos sobre mi: aflijanme enfermedades, tribulaciones, y desprecios: acabese entre dolores mi vida; y mis años en gemidos, como yo una vez llegue à esta Santa Ciudad, Corte de eternos bienes. O con quánta razon decia el fortissimo Soldado de Christo S. Agapito, quando el Tyrano le amenazaba, que le pondria en la cabeza una celada ardiente: *Parva res est, si caput coronandum in Cœlis combutratur in terris*; ligerissima pena es, que la cabeza, que se debe coronar con diadema de gloria en el Cielo, sea ahora ceñida breve

tiempo de un yelmo de fuego. Por el Paraìso, que tanta sangre costò à los Martyres, yo tambien deberè padecer algo de trabajo, y negarme á algun deleyte de la tierra. Debo desear una vida mortificada, si el mismo Salvador no subiò desde el Olivete à la felicidad, sin haver primero subido desde el Calvario à la Cruz; antes padeciò los clavos, y despues tuvo en la mano el Cetro; antes la desnudèz, y luego el Manto Real de luz; antes las espinas, y despues el Iris por Corona; antes la Cruz, y despues el Trono de Gloria, en que reyna. Y si gustò resucitado el panál de miel, (dice Tertuliano) antes havia bebido la amargura de la hiel: *Favos post fella gustavit.* Por este camino subiò al Cielo, y por el mismo nos enseña á seguirle. Sí, sì, desde ahora renuncio los bienes engañosos de la tierra, por aspirar à los verdaderos bienes del Cielo. A Dios, vanos placeres del mundo, allá os goce quien no conoce otros mejores, mas durables, y eternos. A tí, ò glorioso, y felíz Paraìso, consagro todos mis pensamientos: en tì deposito mi corazon, y mis deseos: à tì dedico para siempre mis afectos, y mi espiritu.

§.III.

§. III.

EXEMPLO.

MAndò Dios á Noè, que en la fabrica del Arca hiciesse una ventana: *Fenestram in Arca facies*; (Drexel. Noe, cap. 10.) la qual (segun Oleastro) estaba colocada en la parte superior, por donde se pudiesse vèr el Cielo: *Hæc fenestra fuit in summitate Cœlum versus, quod per eam potuerit spectari.* Y esto con prudentissimo consejo, para que el Santo Patriarca en aquel universal Diluvio del Mundo, en aquella penosa carcel de tanto tiempo, tuviesse con que consolar sus fatigas: por ser la vista del Cielo un suavissimo confortativo, que enjuga todas las lagrimas de los atribulados; y un Maná Celestial, que endulza todas las amarguras, como lo manifiesta la historia siguiente.

Dos Cavalleros: Gentiles-Hombres de un Gran Principe de Italia, cansados, y hartos de las inquietudes de la Corte, obtenida licencia por algunos dias para divertirse; y recrearse en el campo, se recogieron à un Convento de Religiosos. Fueron recibidos

con los brazos abiertos, con mucho amor, y llevados á dár un passeo por el Jardin, donde al vèr la amenidad del sitio, la fragrancia de los olores, la quietud, y silencio de la soledad, no se hartaban de respirar aquel dulce, y suavissimo ayre, y de mirar con santa embidia la serena alegria, que brotaba el semblante de aquellos Santos Monges, y decian entre sì: O què gran diferencia hay de la Babylonia de la Corte, á esta Jerusalèn de paz! Allá todo es fingimiento, inquietudes, y sospechas; aqui todo es verdad, sinceridad, sossiego, amor. Dichosos vosotros, (ò siervos de Dios) que anticipadamente gozais en la tierra las delicias del Cielo!

Convidados despues à subir à lo alto de los Claustros, quedaron mas admirados, al vèr quán contentos vivian en gran pobreza; y al oír al Abad, que les referìa las virtudes de sus Monges: la mayor parte de ellos eran de noble, è ilustre, sangre, y parentela, grandes en el mundo yà por riqueza, yà por dignidades, y havian trocado los vanos alhagos de la tierra, por las seguras esperanzas del Cielo. Discurriendo de esta suerte, proseguian su passeo de Celda

da en Celda, hasta que àl fin del Claustro llegaron à la de un santo Viejo, blanco como un Cisne, y alegre como un Bienaventurado, con un ayre de semblante el mas sereno, que podia explicar la mayor alegria. Este era el gran Maestro de Espiritu, de que hablaba con tanto fervor, y suavidad, que era sumo gusto el oìrle. Entrando, pues, en su Celda, le induxeron à hablar alguna cosa de Dios, lo que hizo con tanta gracia, que los Cavalleros, estando yà cogidos, y presos por los ojos al vèr tanta serenidad de rostro, quedaron mas cautivos por los oídos al escuchar, y sentir la dulzura de sus razones, y discurso, y de aì tomaron aliento para preguntarle, còmo podìa mantener tanto contento de corazon, y alegria de espiritu en tanto rigor, y aspereza de vida? Si acaso alguna vez havia padecido tribulaciones, melancolìas, congojas de alma, ò de cuerpo?

A que èl cándidamente respondiò con un dulce suspiro: O quales, y quàntas aflicciones han oprimido mi pobre corazon en el largo discurso de mi vida! Ni sabrè decir bien, si han sido mas los trabajos interiores del alma, ò las enfermedades del cuer-

po; pero, gracias à Dios, supe hallar un remedio universal, facil, y suave, para convertir en gozo todo trabajo. Bastame abrir esta pequeña ventana, y dàr una ojeada, quando veo un no sè què, que me llena el corazon de extraordinaria alegria. Apenas oyeron esto, quando los Cavalleros abrieron la ventana, con curiosidad de vèr quàl fuesse aquel objeto, que tanto recreaba al venerable Anciano; pero quedaron atonitos, viendo, que frente de la ventana estaba un murallòn viejo, que embarazaba la vista, no solo del Jardin, mas aun del Cielo; y assi maravillados, le dixeron: Nada se descubre desde aqui, que pueda consolaros. Nada? (replicò el Monge) O còmo se descubre muy bien un objeto de sumo consuelo, si con ojos mas despiertos lo mirais. Entonces, assomandose de nuevo uno de ellos, viò por un agujero de la misma muralla un poco de Cielo, y dixo: Yo no alcanzo à vèr otra cosa, que por la rotura del muro un palmo de Cielo. O! (añadiò el Monge) aquel palmo de Cielo solo me basta à mi para llenarme de consolacion: quando la abundancia de las penas viene de golpe à ahogarme el corazon; con solo fixar la vista en aquel

po-

poco de Cielo, se alegra indeciblemente mi alma, y las lagrimas de tristeza se cambian en lagrimas de gozo. Y còmo podia yo no alegrarme, viendo que me criò Dios para aquella Patria de las delicias? Yo os asseguro, que tal vez, al vèr, y considerar la gloria de los Bienaventurados, y la soberana hermosura del Paraìso, apenas puedo, con fatiga, retener mi alma, y oprimirla, para que no se salga, y vuele fuera del cuerpo. Ay, que quien mira al Cielo, no puede yà vèr en esta tierra cosa, que sea digna de ser vista, ni amada! Mientras esto decia, se levantò un dulce torbellino en su corazon, à quien succediò una lluvia de lagrimas, que ahogò, y embarazò el resto de su discurso. Los Cavalleros, que con ojos blandos de llanto, y fixos en èl le escuchaban, se le arrojaron al punto à los pies, pidiendole su bendicion, resueltos á passar el resto de su vida en aquel Convento. No se hartaban de mirar yà el uno, yà el otro por aquel agujero de la muralla al Cielo; y al mirarle, repetian: *A Dios Corte: à Dios esperanzas del mundo*; y con estas palabras, se les caìan de las manos todas las cosas, y se les desaparecian de los ojos, como jardines encantados.

Veis aqui quanto puede una sola vista atenta del Cielo, què conorte dá en los trabajos, què dulce violencia hace à los corazones, para desasirlos de la tierra! Si nosotros tambien levantassemos los ojos al Cielo, què esperanza, què brio no concebiriamos para ganarle? Hagamos lo que aquellos Peregrinos, que mirando de lexos la Tierra Santa; y no permitiendoles passar adelante, à lo menos la saludan. Digamos con el V. P. Fr. Luis de Granada: O dulcissima Patria! O Tierra de los vivientes! Dios te salve, Puerto seguro de las tempestades, Refugio de las almas trabajadas, Paraíso de deleytes, Corte de immensa Magestad, Jardin de flores eternas, Premio de todos los Justos, Termino de nuestros deseos. Dios te salve, Esperanza nuestra, y nuestra felicidad, por quien suspiramos, gemimos, y peleamos. O quàndo será aquel dia, en que saliendo de las olas tempestuosas del siglo, fixemos el ancora de nuestra vida en aquel Puerto dichoso de toda felicidad, para gozar los bienes eternos de la soberana Gloria, y las alegrias durables de la Celestial Jerusalèn!

¶ Thomàs de Kempis, lib. 3. cap. 49. *Del deseo de la vida eterna.*

LEC-

LECCION XVI.

DEL AMOR DE DIOS.

EL epylogo de eſtas Lecciones, el ſello de nueſtros corazones ſea el Amor de Dios. Sean inutiles todos los motivos haſta aqui trahidos para convencernos: el Amor de Dios ha de conſeguir la victoria, porque los afectos de ſu caridad harian, ſin duda, mas fuerte, y ſuave violencia al corazon, ſi miraràmos los grandes beneficios, con que ha probado claramente quànto nos ama. Mira, hombre, el beneficio de la creacion, y conſervacion, que contiene quanto hay, y quanto eres: un cuerpo ſano, dotado de cinco bellos ſentidos; un alma perfecta, enriquecida de tan nobles potencias, que ſe te concedieron ſin algun merito tuyo, y conſervadas por mera gracia, no ſon eſtos favores, que teſtifican que Dios te ama? Mira como diò el ſér à los Elementos, vida á las plantas, ſentir á los brutos, el entender á los Angeles, y en tì ſolo uniò todas eſtas prerrogativas: como produxo la muchedumbre, la variedad, y la hermoſura de las criaturas, para que te ſirvan, no ſolo à la

ne-

necessidad, sino á las delicias. Todas, todas estàn predicando lo que Dios te ama. Con razon decia San Agustin: *Cœlum, & terra clamat, Domine ut te ament.* Si entro en un Jardin, y veo la belleza de las flores, siento la fragrancia de los olores, gusto de la suavidad de los frutos, todas me dicen: *Ama amantem creatorem.* Si levanto los ojos al Cielo, y miro la cara del Sol, que con tanto orden reparte su luz; si registro la multitud de las Estrellas, que embian tantos beneficos influxos, todas me convidan. *Ama Creatorem*; ama al amante Criador, que para tu necessidad, y regalo ha criado un mundo de delicias. Con semejantes consideraciones San Francisco de Paula se inflamaba tanto en el amor de Dios, que tal vez, despues de la oracion, entrando la mano en un vaso de agua fria, la hacia herbir, y con un dedo encendia las lamparas apagadas.

Ni solamente una vez nos ha dado tantos bienes, sino continuamente nos los conserva, y siempre està obrando à nuestro beneficio. El hace boltear de continuo los Cielos, el Sol, la Luna, y Estrellas por nuestro obsequio. El està labrando en las vides el licor, en las plantas los frutos, en las espi-

pigas el grano, en las flores la fragrancia, que nos han de ſervir, yá de alimento, yá de deleyte. El mueve la reſpiracion de nueſtros pechos, rige con eſpiritus vitales nueſtros ſentidos; de tal ſuerte, que mas depende de ſu mano nueſtro ſér, y nueſtro obrar, que del Sol los rayos, los arroyos de la fuente. En ſuma, como dixo el Salvador: *Pater meus, uſque modo operator, & ego operor.* La Omnipotencia del Eterno Padre, la Sabiduria del Hijo, la Bondad del Eſpiritu Santo, eſtàn ſiempre empleadas, y pueſtas en obra por nueſtro amor; y con tantas finezas de beneficios no conquiſtarán nueſtros corazones? Y con tantos incentivos de amor ſe podrà dexar de amar? Què digo dexar de amar? ſe podrá diſguſtar, y ofender à un Dios tan bienhechor? Quando el caſto Joſeph fuè ſolicitado por la torpe Dama á hacer injuria à ſu Señor, haciendo reflexion à los favores, que de èl havia recibido, reſpondiò: *Ecce Dominus meus omnia hæc mihi tradidit: quomodo ergo poſſum hoc malum facere, & peccare in Deum meum?* Geneſ. 39.) Mi Señor me ha hecho dueño de tantos theſoros; còmo, pues, podrè yo jamás bolverle mal por bien, y correſponder con

ofen-

ofensas á los beneficios? Lo mismo debemos decir nosotros, quando nos assalta alguna tentacion: Mi Dios està conservando sano mi cuerpo, enteros mis sentidos; y yo podrè valerme de ellos para ofenderle? *Quomodo possum peccare in Deum meum?* Mi Señor me hà dado excelencia de ingenio, nobleza de nacimiento, abundancia de riquezas, y copia de otros bienes; y yo podrè servirme de ellos como de armas para hacer guerra á Dios? *Quomodo possum hoc malum facere?*

Pero no debemos contentarnos con no ofenderle; mas debemos *in omni virtute tua dilige eum qui fecit te.* (Eccles. 7.) Hemos de amarle de buen corazon, con un afecto, no solo tierno, y delicado, sino fuerte, y varonil, que tenga brio para sostener qualquier peso, y vencer qualquier incomodidad, antes que apartarnos de la ley de la verdadera caridad. El amor no consiste en palabras, consiste en obras; y se conoce en las obras, assi como en el pulso se conoce la vida: *Amor non est otiosus; operatur magna, si est: si autem operari renuit, amor non est.* (Hom. 30. in Ezech.) Dice S. Gregorio: No sabe estàr ocioso el amor, empren-

prende grandes cosas; y si dexa de obrar, no es amor. Dios no ha probado su benevolencia con innumerables beneficios de su liberalissima mano? Dèmosle, pues, nosotros alguna prueba de nuestro afecto con el testimonio de muchos obsequios. Una Leona presentò á San Macario en el Desierto un leoncillo, hijo suyo, ciego, à quien el Santo, con sola una saliva, que le arrojò en la frente, le diò vista. En reconocimiento del beneficio la Leona se le aficionò tanto, que le hacia frequentes obsequios, y le trahìa regalos; y entre otros le traxo una finissima piel de un gran animal, que S. Macario diò á S. Atanasio, y este á Santa Melania; y á todos estos Santos servia aquella piel de memorable exemplo, para excitar en nosotros el agradecimiento à Dios. Aprendamos tambien nosotros de las fieras la correspondencia de amor al Sumo Benefactor, que no solo nos dá la luz de los ojos, sino todos los instantes nos conserva el uso de todos los sentidos, el espiritu de la vida, y una vida dotada de tantas delicias. No tengamos pereza, ni nos cause fatiga el obrar por un Dios, que tanto obra por nosobros. Obremos por amor, que èl aligerará, y endul-

za-

zarà toda moleſtia: *Ubi amor eſt, labor non eſt, ſed ſapor*, dice San Bernardo.

Y ſi Dios moſtrò gran fineza de amor en darnos los dones naturales; mayor ſin duda la deſcubre en darnos las gracias ſobrenaturales. Aun ſolo el Dòn de la Fè es tan excelente, que ſe aventaja á todos los dones de la naturaleza. Què nos ſerviria haver nacido Señores de un gran Reyno, ſi huvieſſemos nacido, ò en las tinieblas del Gentiliſmo, ò en los errores de la Heregìa; pues deſpues de una breve vida, havriamos de paſſàr à una eterna muerte? Bien reconocia la grandeza de tanto beneficio San Luis, Rey de Francia, que á ciertos Embaxadores, que le daban los parabienes de haver nacido Señor de un floridiſsimo Reyno, reſpondiò: De eſſo no me precio yo, ſino de haver renacido ſiervo de Jeſu-Chriſto en el Agua del Bautiſmo: Dios ſabe ſi alguna vez le hemos dado gracias por havèr nacido en el Gremio de la Santa Igleſia, alimentados con los Santos Sacramentos, inſtruìdos con la Doctrina Evangelica.

Què dirèmos del Dòn de la Eſperanza, que tanto nos conſuela en las miſerias de la vida? La eſperanza en la promeſſa Omnipoten-

ſente de Dios, que nos ha de aſsiſtir con ſu gracia, y nos ha de premiar con ſu Gloria, es un conorte, que dá valor al animo para grandes empreſſas; es ùn lenitivo, que mitiga lo aſpero de las tribulaciones; un guſto anticipado de la Bienaventuranza, que eſperamos: *Spes eſt quædam prælibatio æternæ Beatitudinis*: pero mucho mayor Dòn es el de la Caridad, y gracia, que todos los theſoros de la Naturaleza juntos; porque eſta admirable calidad, y Dòn hace al alma tan amable, tanto la hermoſéa, y enſalza, que Dios la ama con amor de Padre, y viene à eſtár con ella, como à un Templo vivo del Eſpiritu Santo. Ponderé un poco el Chriſtiano los exceſſos del Divino Amor en haverle dado el precioſiſsimo theſoro de ſu gracia; Dòn, que contiene, y encierra en sí tantos dones. El levantar à uno à esfera ſuperior á ſu naturaleza, es gran favor; purificar una alma de las manchas de los pecados cometidos, es ſuma miſericordia; dàr valor á las obras de una criatura, para merecer la Gloria eterna, es exceſsiva beneficencia; enriquecerla con los Dones del Eſpiritu Santo, es ſuma bondad; adoptarla por verdadero hijo de Dios, ſoberana bene-
vo-

volencia; conſtituìrla heredera del Reyno Celeſtial, incomparable liberalidad; y todas eſtas finezas de amor obra Dios con el hombre, quando le infunde ſu gracia: finezas tales, que ſi cada una de por sì eſtuvieſſen repartidas entre los Angeles, los havria tambien elevado à grado ſuperior al Angelico, y à participar el Divino. Què ſerà unirlas todas en un hombre ſolo, ſin merito ſuyo, por puro exceſſo de liberaliſsimo amor?

Si Dios huvieſſe dado un ſolo grado de gracia à S. Clemente de Ancira, en premio de veinte y ocho años de martyrios, que padeciò con tantas diferencias de tormentos, quantas ſufrieron los otros Martyres, ſi huvieſſe premiado con ſolo un Dòn del Eſpiritu Santo á la Virgen Santa Clara por los cinquenta años de ſilicios, y ayunos que tolerò; ſi huviera concedido una ſola gota, ò grado de caridad à San Romualdo por los cien años de auſteriſsima penitencia, que paſsò en el deſierto, es cierto, que eſtos Heroes de Santidad ſe tendrian por bien pagados, y premiados, aun ſobre los meritos. Quál, pues, es el extremo de bondad en Dios, que dá junta la abundancia de tan grandes theſoros á qualquier hombre, que ſe buelve

ve á ſu Mageſtad con un poco de amor? Què entrañas de miſericordia Divina, admitir à ſu amiſtad, y favorecer con ſu filiacion á ſus enemigos, y rebeldes, no yá por los mayores obſequios, ſino aun ſolo por decir con verdadera contricion un *pequè, Señor, tened miſericordia de mì! Peccavi, Domine, miſerere mei!*

Pero ſi acaſo los beneficios comunes á otros no os hacen eſtimar tanto el amor de Dios para con vos, volved la conſideracion ſobre el diſcurſo de vueſtra vida, y ſin duda ſe os pondrán delante de los ojos gran numero de eſpecialiſsimos favores, que os haràn confeſſar: *Fecit mihi magna, qui potens eſt.* Yo no puedo adivinarlos, pero bien ſabrá ſeguirlos, y traherlos à la memoria vueſtro corazon, y conciencia, que ſabe los favores recibidos. Quántas bellas luces ha infundido en vueſtro entendimiento para deſpertaros, y llamaros al camino de vueſtra ſalvacion? Quàntas dulces inſpiraciones ha arrojado á vueſtro eſpiritu para atraheros ſuavemente à ſu ſervicio? Y quizá os ha levantado en ſu Igleſia á mas ſublíme grado, admitiendoos entre ſus mas intimos amigos, dotandoos de ſagradas prerrogativas, po-

niendoos ſobre el candelero á reſplandecer con eſpecial luz. Mas: de quàntos particulares peligros te ha librado ſu provida mano, quando, ſin advertirlo, corrías rieſgo de perderte? Quántas veces, yà perdido mortalmente por las culpas, ſu miſericordia te ha dado nuevamente la vida de la gracia? Quántos medios ocultos te ha ſubminiſtrado en ſu lugar, y tiempo oportuno, para que te ſalieſſe con felicidad aquella empreſſa, ò la otra pretenſion? Què aguda, y ſabiamente San Eucherio! *Multa nec ſcientibus donat Deus; nec minor in occulto, quàm in aperto benignitas eſt.* Son caſi innumerables los favores, que Dios continuamente te eſtá haciendo ocultamente, que ni aun tù los conoces al recibirlos; lo qual es otra fineza grande de amor, que guſta de hacer beneficios à la perſona amada, ſin querer ni aun la gloria de haver hecho el beneficio.

Ahora: à tantas gracias de un Dios amantiſsimo, què correſpondencia de amor has tenido? O eſpantoſa ingratitud, no amar à un tan gran Bienhechor! Eſte es un encanto del Demonio, que con prodigio nunca oído, quita de los entendimientos humanos la memoria, y de los corazones el afecto tan natu-

tural del amoroso agradecimiento. Notòlo assi Guillermo Parisiense: *Hominem, tot in se per bonitatem Dei ingestis carbonibus, miraculo diabolico, non ardere.* Si tuvieramos mil corazones, no debriamos consagrarlos todos, y enteros al amor de Dios? Y será possible, que teniendo uno solo, queramos dividirle, dando parte à las criaturas, y parte á Dios? *Fieri ne potest, ut homo credens in Deum possit, aliud amare, quam Deum?* (decia San Phelipe Neri.) Y volviendose à Dios, amorosamente se quexaba: *Deus, cum tàm amabilis sis, & ita velis à nobis amari, cur dedisti nobis tantum unum cor, & hoc tàm parvum?* Señor, siendo Vos tan amable, y mandandonos que os amemos, por què nos disteis un corazon solo, y esse tan pequeño? Què? si merece gran castigo quien divide injustamente el corazon, y reserva para Dios sola una parte del suyo, què merecerà aquel impìo, que lo dà todo à las criaturas, y vive totalmente privado del amor del Criador? Estos son semejantes á los demonios del Infierno, perdiendo la naturaleza humana, y como transformandose en la diabolica. Y assi, conjurando un demonio, que posseìa el cuerpo de una po-

brecilla, y forzandole el Sacerdote con los exorcismos à manifestar su nombre, dixo con voz lastimera, y llorosa: *Ego sum ille nequam privatus amore Dei.* Yo soy aquel malvado, que estoy privado del amor de Dios. A las quales palabras la B. Cathalina de Genova, que estaba presente, se llenò tanto de horror, que como herida de un rayo, exclamò: O horrible miseria, estár privado del amor de Dios! O infierno de los infiernos, estár privado del amor de Dios!

§. II.

OTRAS FINEZAS DEL AMOR DE DIOS.

NO se contentò el Amor Divino con havernos dado tantos bienes naturales, y sobrenaturales; passò mas adelante, hasta dár al mismo Dios: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* El amor moviò al Padre Eterno à embiar del Cielo à la tierra á su unigenito Hijo; el Hijo vino á ofrecerse à sì mismo en holocausto perfecto por nuestra salud; el Padre, y el Hijo nos dieron al Espiritu Santo para consolador de nuestra vida; y el Espiritu Santo viene èl mismo á habitar con especial

union

union de amor en el corazon de los Justos, como en su Templo. Se pudo concebir mayor bondad ? Que un Dios, felicissimo en sì mismo, y gloriosissimo en las Gerarquìas Angelicas, se digne de venir á las viles miserias de la criatura humana ! Una visita cortesana, que hizo el Emperador Carlos V. à un Soldado herido, robò los corazones de todo el Exercito, de suerte, que darian por èl mil vidas. Y una dignacion tan grande de la Divina Magestad, que no solo nos visitò enfermos, sino tomò en sì nuestras enfermedades; no solo nos diò una benigna ojeada, sino vive, y mora siempre con nosotros en el Divinissimo Sacramento, todo amor, todo beneficencia, no tendrà fuerza para arrebatarnos à amarle ? El Angelico Doctor Santo Thomás vá ponderando aquella enfática sylaba: *Sic*, *assi*, que pone San Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* Dios tuvo tal amor al Mundo, como si el hombre fuesse Dios del mismo Dios: *Sic dilexit* (añade San Buenaventura) *ut se odisse quodammodo videatur.* Amò en tal grado, que en cierto modo pareciò, que el Hijo de Dios aborrecia su propria vida, en comparacion del

 amor,

amor, que tenia al hombre, por quien daba la vida.

Y à la verdad, si el Padre huviesse embiado su Hijo à que fuesse Rey glorioso en la Tierra, y en ella fuesse honrado con los mayores obsequios, y gozasse suavissimas delicias, todavia serìa beneficio immenso, y una gran muestra de amor. Què será haverle embiado á nacer en una extrema pobreza, á vivir en sumos trabajos, à morir en una Cruz por amor del hombre? Si el Divino Hijo huviesse venido con comodidades, gloria, y magestad, digna de su Real Persona, à buscar al hombre perdido, con sola la costa de una palabra, quedariamos en eterna obligacion á su amorosissima bondad. Què amor, pues, no le deberèmos, haviendo venido á redimirnos con tantos gastos, y á costa de su Sangre? A esta consideracion se deshacia en ternissimas lagrimas San Bernardo: (de Pass. cap. 3.) *Super omnia te amabilem mihi reddit, ò bone JESU! Calix Passionis. Quis illud cor tam vulneratum non diligat? Quis tam amantem non redamet?* Sobre todos los beneficios, ò Buen JESUS! os hace amable vuestra Passion; porque quièn no amará aquel corazon herido

do de amor? Quièn no correſponderá amando à un tan fino amante? Añade el miſmo Santo Doctor otro motivo: Que el Salvador empleò todos ſus miembros, y todos ſus ſentidos en empreſſas, y trabajos, para que todos fueſſen teſtigos de ſu amor, y nos obligaſſen á reamarle con todos nueſtros afectos, y todas nueſtras fuerzas: *Toto ſe totum me comparavit*; ni ſe pudieſſe mirar JESUS crucificado, ſin que las heridas de todo ſu Cuerpo nos provocáran á amarle: *Omnes provocarent ad amorem.* Seleuco, Rey de la Grecia, havia pueſto ley, que quien cometieſſe no sè què delito, debieſſe perder los ojos en pena. Cayò en el delito ſu miſmo hijo; què haria el padre? Perdonarle? No lo permitia la juſticia. Caſtigarle? Mas no lo conſentía el amor paterno. Què hizo, pues, el Rey? Dividiò la pena: hizo que le ſacaſſen à èl un ojo, y otro à ſu hijo, el qual quedò tan obligado, y aficionado amante de ſu padre, que no ſe hartaba de mirarle al roſtro, para vèr en aquella cicatrìz vacía del ojo una ſeñal, y prenda viviſsima de amor.

Ahora, pues, què debemos hacer noſotros al mirar à nueſtro Dios crucificado, que no

dividió el castigo, que debiamos padecer nosotros, quebrantadores de la Ley; ni tomò para sì parte de la pena, dexandonos á nosotros la otra parte, sino escogiò para sì todo, y entero el suplicio gravissimo, que mereciamos nosotros? El solo quiso llevar la Cruz: *Torcular calcavi solus*; solo satisfacer con las mas atroces penas à la Justicia Divina. Y tendrèmos ojos nosotros para mirar el corazon abierto de Jesus crucificado, sin sentir que se arrebate el nuestro? Y viendole gastarse todo, y dár la vida por caridad, no concebirèmos llamas de amor? Bien decia San Ignacio: Ningun leño hace mas, y mas hermoso fuego, que el Leño de la Santa Cruz, que enciende en los corazones llamas de amor Divino. Encienda, pues, en nuestros pechos un afecto generoso, y eficàz para vencer qualquier assalto, que nos pretenda apartar de nuestro Dios. Arda tan fuerte nuestra llama, que el impetu, y torrente de las tribulaciones, como ligera gota, ò rocío de agua en un horno encendido, sirva solamente para avivarla, mas no pueda extinguirla; y que podamos decir con el Apostol: *Quis nos separabit à charitate Christi?*

Fi-

Finalmente, si se considera con el mismo San Bernardo de quántas maneras el Hijo de Dios se ha dado al hombre, se verá, que en todas mostrò, que naciò, y viviò solo para este fin de ser amado: *Factus est, ut ametur: se dedit in meritum, se apponit in refectionem, se servat in præmium.* Todo convida á amor, porque en su vida se diò por precio, y merito de nuestro rescate: en su Sacramento se nos ha dado por alimento, refeccion, y conorte en nuestros trabajos: en su Gloria se ofrece por premio, y corona de nuestras fatigas; se puede imaginar, ni mas immenso, ni mas ardiente, ni mas incomparable amor que este, con que Dios se nos comunica en tantos, y tan amorosos modos, quanto es, y quanto tiene? *Eja igitur, ò anima mea, dilige eum, à quo tàm dilecta es: ama amantem te*, (Manual. cap.4.) dice San Agustin. Ea, pues, alma mia, ama à aquel Señor, de quien eres tan amada: ama al que te amò, y te ama tanto: ofrece todo tu corazon à el que se te diò todo: ama sinceramente à quien tantas veces te ha amado. Para quièn quieres guardar tu amor, si no lo empleas en aquel Dios, que te puede hacer de presente felìz, y eternamen-

mente dichoso? Aparta tu afecto de las riquezas de la tierra, que no pueden hacer otra cosa, sino inquietarte el corazon. Renuncia los vanos honores, y los falsos placeres, que te tendrán siempre en congojas, y afanes. Un corazon dividido en muchos afectos, nunca puede tener paz. Quien quisiere vivir contento, debe ofrecer *unum uni, unum cor uni Deo*, (decia el B. Fr. Gil.) Dios es tan zeloso de posseer solo, y unicamente tu corazon, que tambien para esto (si creemos à S. Anselmo) quiso èl en persona redimirte, para que tù no dividiesses tu amor, dando parte à quien te criò, y parte à quien te redimiò: *Ne amorem divideres, idem tibi factus est Creator, & Redemptor.* Todo tu corazon pide el Padre Eterno, como Criador, *jure Creationis*; todo lo pide el Divino Hijo, como Redemptor, *jure Redemptionis*; todo lo pide el Espiritu Santo, como Santificador, *titulo Sanctificationis*; todo lo debes á un Dios solo, distinto en tres Personas. O què bien entendiò esta verdad la B. Miquelina, nobilissima Matrona, la qual teniendo un solo hijo, á quien amaba como las niñas de sus ojos, para poder emplear todo su afecto entera, y puramente en Dios,

le

le ſuplicò, que ſi fueſſe de ſu agrado, ſe le llevaſſe; lo qual alcanzò, juntamente con la gracia, de no tener en adelante mas amor á criatura alguna, ſino ſolamente á ſu Dios.

Por ultimo, aunque Dios no nos hicieſſe ningun beneficio, ni tuvieſſe aun una centella de amor; ſi ſe conſidera que es infinitamente bueno, infinitamente hermoſo, y ſumamente amable en sí miſmo, por ſer el mar de toda bondad, primer principio, y ultimo fin de todos los bienes, debria ſer amado con infinito amor; y aun quando la capacidad de nueſtro corazon fueſſe immenſa, toda ſe debia emplear en amar á un Dios tan perfecto. Ahora, ſiendo à la verdad nueſtro corazon tan limitado, y eſtrecho, còmo podemos quitarle alguna parte para emplearla en coſa de eſte mundo? La amabilidad de Dios es tan exceſsiva, que para amarle mas, ni aun haviamos de acordarnos de amarnos á noſotros miſmos; y ſu excelente perfeccion tiene en sí tanta virtud atractiva de amor, que ni aun debiamos dexarnos mover à amarla por la eſperanza de un Paraìſo de Gloria, ni por el temor de un Infierno de pena. Por eſſo aquella gran Virgen, amante de Dios, deſpues de la contemplacion de la bon-

bondad, y belleza del mismo Dios; saliò en pùblico con una vela encendida en la mano derecha, y un vaso de agua en la siniestra; (*Dios solo, cap.* 1.) y preguntandole adònde, y para què llevaba aquellas dos cosas? Respondiò: Con esta llama quiero abrasar el Paraìso, y con esta agua apagar el Infierno, porque Dios debe ser amado, y servido por sola su infinita bondad. Ingeniosa invencion de un alma verdaderamente amante, para mostrar, que las infinitas perfecciones de Dios nos deben mover à amarle sumamente, aun sin mirar al immenso premio, que nos promete, ni à la eterna pena, con que nos amenaza.

Pero quizà un amor tan puro sea solo de almas perfectas, como una Teresa, y un Xavièr, no para nosotros, miserables pecadores. A lo menos convenzanos à amarle los innumerables beneficios, con que nos ha prevenido, y los eternos premios, que nos promete: *Si non amas Deum propter se, ama propter te.* Digamosle, al fin, con aquella grande alma, enamorada de Dios, San Agustin: *Muy tarde os he conocido, ò Bondad infinita, siempre antigua, y siempre nueva! O què infelìz tiempo en que no os amè,*

an-

antes os ofendì ! Haced que de aqui adelante os ame tanto, quanto os he ofendido en lo passado. Trocadme estos mis sentidos, muy inclinados à los bienes sensibles. Ilustradme los ojos con un rayo de vuestra luz, para que no sepan mirar otra cosa, que vuestra belleza. Dadme tanto hastìo, y aborrecimiento de las criaturas, que yo me vea amorosamente forzado à acudir à Vos, Criador mio. O amor unicamente amable, llenad mi corazon de amargura, respecto de los bienes mundanos. Haz que aborrezca las apariencias, y errores, que me causan todas las cosas terrenas, assi mi corazon, mi alma, y todos mis afectos seràn vuestros: en Vos solo hallarè reposo, y contento: con Vos solo vivirè felìz, y morirè dichoso, Dios mio, Esperanza mia, Alegria mia, y Dios de mi corazon.

Finalmente, cierre, y ponga fin á estas lecciones, y selle nuestros corazones aquella grande oferta, que hacia San Ignacio à Dios al fin de sus Exercicios.

Suscipe, Domine, universam meam libertatem. Accipe memoriam, intellectum, atque voluntatem omnem. Quod habeo, vel possideo, mihi largitus es. Id tibi totum restituo, ac tuæ prorsus voluntati trado gubernan-

dum,

dum. Amorem tui solum cum gratia tua mihi dones; & dives sum satis, nec aliud quidquam ultra posco.

§. III.

EXEMPLO.

NO podrè yo proponeros metamorphosi mas noble de un amor profano, transformado en caridad Divina, que en Raymundo Lulio, sugeto de ilustre virtud. Jamás se viò hombre mas inclinado, ni mas entregado à los amores que èl. Entre otros casos, se enamorò tan fuertemente de una Dama de excelentes prendas, que el furor amoroso llegò á ser locura, saliendo verdad en èl aquel cèlebre dicho: *Furor amantis, furor amentis*; el furor del amante, es furor de loco. Un dia passeando á caballo, vestido muy de gala, viò el objeto de su aficion, que entraba en una Iglesia; y arrebatado de su ciego amor, sin respeto ni à los Sagrados Altares, ni á los Divinos Sacramentos, dando espuelas al caballo, entrò en la misma Iglesia, para manejarle en ella con su acostumbrada galanterìa. Mas al instante se levantò un gran grito en el Pueblo, que le echò fuera, como loco. Afligiòse muy mucho de esta accion la Dama, y se resolviò á curar

con

con un prudente consejo el furor de este loco amante ; y pedida primero licencia à quien la debia dàr , le hizo llamar aparte , y con rostro entreenojado , y compassivo , le descubriò su pecho , y le hizo vèr su seno todo despedazado , y roído de un horroroso cancer , que exhalaba un olor pestilencial, lleno de viva podre ; y por dár mas alma à la accion , fulminò de la boca estas razones: Mirad bien esta hedionda postema , en que empleais vuestros amores : ved la fealdad de esta podrida llaga , y oled el hedor de esta materia insufrible. Còmo podeis andar tan frenetico de afecto àcia tan abominable objeto? Y el amor que se debe á Dios, darle à una criatura, que es de èl tan indigna?

A esta vista , y razonamiento quedò atonito Raymundo , llenòse de horror , helòse mirando , sin poder articular palabra , aquella hedionda llaga. Al punto se sintiò todo transformado en otro , sirviendo el cancer del cuerpo ageno de remedio para sanar su alma. Al salir del corazon el amor profano, entrò, y lo ocupò el Divino ; de modo , que empezò à llorar las locuras passadas , y á protestar , que yà no querìa amar mas , que à Dios. Con magnanima resolucion repar-

tiò

tiò toda ſu hacienda à los pobres ; y ſaliendo de la caſa de ſus padres , ſe retirò à un deſierto. Allì , empleado en oraciones , ſuſtentandoſe de ayunos , y lagrimas , ſe encendiò en tal fuego de amor Divino , que ſe veía obligado à romper el veſtido delante del pecho , por dàr un poco de deſahogo al ardor del corazon. Al mirar las yervas , y flores del campo , le parecia vèr otros tantos eſpejos , que le repreſentaban la hermoſura , la ſabidurìa , y la bondad de Dios. Si iba algun amigo á verle , y le decia còmo podia vivir allí tan ſolo ? reſpondia al punto : Antes yo me entretenia , y recreaba con una guſtoſa compañia ; mas deſpues que haveis venido, eſtoy ſolo. Quando era neceſſario dàr algun poco de repoſo à la flaca naturaleza , le dolia , porque oprimido del ſueño , havia de paſſar alguna hora ſin la memoria de ſu Criador amado ; y quando deſpertaba encendia , por recompenſar eſſa pèrdida , tanto los amoroſos afectos , que à veces padecia deſmayos. Entraba tal vez en la Ciudad cantando loores à ſu amabiliſsimo Jeſus ; y preguntandole de dònde venia ? reſpondía: *Del Amor.* Adònde iba ? *Al Amor.* A quièn ſervia ? *Al Amor.* En ſuma , ninguna otra

co-

cosa tenia en la lengua, ninguna otra en el corazon, sino el Amor de Dios; y assi, se encendiò en un ardentissimo deseo de morír presto, por vèr á cara descubierta, amar, y gozar à su infinito Bien. Llamaba por esso frequentemente á la muerte, que viniesse, y desatasse aquel dèbil hilo, y ligadura, que le tenia el alma atada al cuerpo, como en una prision. Penetrò una vez mas adentro en el Desierto, por dàr mas libre campo á sus gemidos, doliendose que se tardaba mucho la muerte, y se dilataba el gozar la presencia de su amado Dios. Quando viò un Ermitaño á la margen de una fuente, y acercandose, con dolorosos afectos, le preguntò: Amigo, què remedio havrá para romper las cadenas, y salir de prision? El Ermitaño, que tambien estaba profundamente herido de el Amor Divino, entendiò luego que hablaba de las cadenas, y prision del cuerpo, y respondiò: Yo tambien gimo, por verme detenido con las mismas cadenas, y en la misma carcel. Pero viva el Amor, que esta es una carcel de caridad, y no de temor, donde las cadenas son gozos, y delicias, porque son conforme es la voluntad, y gusto de nuestro amado Bien. Con esto, entrandose en afectuosos

razonamientos, tanto ſe encendieron en el corazon, y en el ſemblante, que parecian dos de aquellas nubes, embeſtidas del Sol, que al miſmo tiempo ſe deshacen en lluvia, y relampaguean, como ſi fueſſen de fuego.

Pero el amor de Raymundo no parò en dulces conſuelos, paſsò á empreſſas arduas, y heroycas; porque ſabiendo que el Salvador al examinar á Pedro en el Amor: *Amas me?* tres veces le havia dicho: *Paſce Oves meas*, ſe reduxo à procurar la ſalud de las almas por todos medios. Las converſiones, que obrò en todas esferas de perſonas, fueron muchas, y grandes: predicando de la inſtabilidad de las coſas humanas, de la vanidad de los honores, de la brevedad de los placeres, de las miſerias de eſta vida, de los premios, y penas de la otra; y eſto con tanta copia, y eficacia de razones, que à manera de llama voráz, andaba transformando en sì quantos ſe le ponian delante. Y mas conſiderando, que ſu Amado eſtaba crucificado, no ſe puede decir con quántas anſias deſeaba, y buſcaba las Cruces. Solia decir, que el Arbol de el Amor era el Arbol de la Cruz, que producia frutos agridulces; y que las enfermedades, y tribulaciones eran ſus flores; y aſsi nunca tenia ma-

yor

yor contento, que quando eſtaba mas afligido, y atribulado, padeciendo calumnias, achaques, priſiones, y trabajos; pero endulzados con tantas conſolaciones de eſpiritu, que mas era aquello gozar, que padecer.

Havia comprado un Eſclavo Turco, para que le enſeñaſſe la Lengua Arabiga. Mas quando eſte pérfido entendiò, que el fin no era otro, que para ir à hacer guerra à la Secta Mahometana, tanto ſe enfureciò, que con un cuchillo le atraveſsò el pecho, sì bien la herida no fue mortal. Corriò toda la caſa al ruido, reſuelta à hacer pedazos á aquel traydor; mas Raymundo ſe interpuſo para librarle, diciendo, que el amor de Dios mandaba perdonar á los enemigos. Ni moſtrò otra ſeñal de dolor, ſino que le dolia no haver muerto por tan bella cauſa.

Serìa muy largo referir uno por uno los prodigios, que el amor Divino obró en eſte grande hombre haſta ſu muerte, que le diò la impiedad de los Moros, glorificada de Dios con una Pyramide de fuego, que ſe viò ſalir de ſu cadaver, como en ſeñal de ſu ardentiſsimo amor. Baſtarà con algunos ſentimientos generoſos ſuyos, que quiſiera yo entraſſen tambien en nueſtros corazones. Veislos aqui.

O, Santo Amor, quánto ſiento haver aprendido tarde tus dulces finezas! Si yo te poſpuſe antes tan vilmente al amor profano, no fue porque tù lo merecerias, ſino ſolo porque yo no te conocia. Mas quièn havrà, que pueda apartarme de tí? *Quis me ſeparabit à charitate Chriſti? Tribulatio?* Tribulaciones? No, porque tù, ò Santo Amor, me las cambias en ſuaviſsimos contentos: *An anguſtia?* Congojas? No, porque tù me las mudaràs en tranquila paz: *An fames?* La hambre? No, porque tù me alimentarás, y hartarás con un nectar del Paraìſo: *An periculum?* Tampoco los peligros, porque aſsiſtiendome tù, ſe convertirán en ſeguridad imperturbable: *An perſecutio?* Ni las perſecuciones, porque al fin ſe me han de recompenſar con glorioſos triunfos: *An gladius?* No, no podràn las eſpadas apartarme de tì, ò Divino Amor; porque no deſeo otra coſa, que morir por mi Amor crucificado. Las heridas, y la muerte me ſerán premio, y felicidad: *Quis ergo me ſperabit à charitate Chriſti?*

He aqui las Verdades Eternas, que he podido explicarte: (Lector Chriſtiano, y deſeoſo de tu ſalvacion) ſi han engendrado en tu corazon algun buen ſentimiento, procura man-

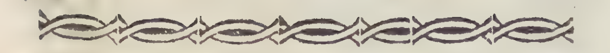
mantenerle vivo con la frequente consideracion de ellas. Quán breve es la vida! Què cierta la muerte! Què incierta su hora! Quàn grande el premio, que Dios tiene preparado para los que le aman, y guardan su Ley! Sobre todo, tèn bien impresso en el corazon: *Quam bonus est Deus, his qui recto sunt corde*! Quán bueno, y benigno es Dios para los que sencillamente le buscan! Quán fiel para los que le sirven con verdad, y de buen corazon! Señor tan amoroso, Señor tan bienhechor, Señor tan liberal, que tendrà notadas, y escritas, sin que puedan borrarse, todas tus obras, todos tus passos, todas tus Oraciones, tus penitencias, que por su amor hicieres, todos tus pensamientos, y aun los mas delgados cabellos de tu cabeza: *Capilli capitis vestri omnes numerati sunt*; esto es, aun los mas minimos deseos, para premiarlos con eterno galardon en el Cielo.

¶ Lease á Thomàs de Kempis, lib. 3. cap. 5. *De los admirables afectos del Amor Divino.*

PROTESTA DEL AUTOR.

EN execucion de los Decretos de la ſanta memoria del Señor Urbano VIII. y de la Santa Inquiſicion Romana, proteſto, y quiero, que no ſe dè mas fé à quanto he eſcrito en eſta Obra, que la que ſe funda en autoridad humana, ſujetandolo todo enteramente al juicio de la Santa Sede Apoſtolica, de quien me profeſſo en todo, y por todo obedientiſsimo hijo.

Ad majorem Dei gloriam.



BREVES MEDITACIONES SOBRE los Noviſsimos, repartidas por los dias de el mes; con la Regla para vivir bien en todo tiempo: por el Padre Juan Pedro Pinamonte, de la Compañia de Jeſus. Traducidas del Idioma Toſcano al Caſtellano por un deſeoſo del bien de las Almas.

INTRODUCCION PARA TENER Oracion.

TOda la cauſa del poco aprovechamiento eſpiritual en una alma, conſiſte en la falta de Meditacion; y aſsi, quien de veras deſea adelantar el ſumo negocio de ſu ſalvacion eterna, conviene, que todos los dias ſe exercite en la Oracion Mental, ò Meditacion. Y para hacerlo con facilidad, os ofrezco eſta inſtruccion breve.

Primeramente poneos en la preſencia de Dios con un Acto de Fè viva. 2. Adoradle como preſente con toda humildad. 3. Offeceos con todo afecto, y conſagradle quanto ſois, y podeis. Pedidle que ilumine vueſtro

entendimiento, para penetrar la verdad que haveis de meditar; y que infiame vuestra voluntad para abrazarla. Esta se llama Oracion preparatoria.

En segundo lugar debeis con el entendimiento, 1. Ponderar atentamente las palabras de cada punto, considerando muy por menudo todo lo que en èl se encierra. 2. Examinar si el modo de vivir que haveis tenido hasta ahora, ha sido conforme à aquella verdad, ò á aquella maxima que meditais, procurando imprimirla altamente en vuestro entendimiento, y persuadiros de su verdad, è importancia. 3. Hacer reflexion sobre vuestra vida presente, y vèr si faltais frequentemente, y por què ocasiones, hasta llegar à encontrar la raìz de vuestras faltas, para arrancarla. En estas operaciones del entendimiento, que son aprehender, juzgar, y discurrir, consiste propriamente la Meditacion.

En tercer lugar, passad à los afectos de la voluntad. 1. Detestando con verdadero dolor vuestra passada vida. 2. Proponiendo firmissimamente practicar en lo por venir lo que haveis conocido, y aprendido en la Meditacion presente. 3. Acabad con un coloquio afectuosissimo, hablando con la Santissima Tri-

Trinidad, ò con Jesu-Christo; ò con la Purissima Virgen, ò con el Angel de la Guarda, ò con los Santos vuestros Abogados; repitiendo actos de Amor de Dios, de humildad, de resignacion, de propositos, y de peticiones de aquellas gracias, de que mas necessitais. Estos coloquios son la ultima parte de la Oracion Mental.

AL QUE LEYERE.

PAra facilitar la pràctica de esta Meditacion, te presento la materia sacada de los Novissimos, como tan importante para no pecar: pues como enseña el Espiritu Santo, el que los tuviere presentes jamàs pecará: *Memorare novissima tua, & in æternum non peccabis.* (Eccl. 7.) Cada Meditacion se divide en algunos puntos, para instruir el entendimiento con las noticias, que le ayuden á emplear cada dia, por lo menos un quarto de hora, en la consideracion de tan importantes verdades, á fin de que quede convencido, y desengañado, y la voluntad resuelta à procurar con eficacia la salvacion del alma.

Por las entrañas de Christo te suplico, Lector mio muy amado, ponderes atentamen-

mente, que de una de eſtas verdades, ò bien, ò mal conſiderada, puede ſer penda tu eternidad, ù dichoſa, ò infelìz.

Si algunas de eſtas conſideraciones hiciere mayor impreſsion, y fuerza à tu alma, detente en ella mas de eſpacio, y repitela el dia ſiguiente: porque eſto te ſervirà de grande provecho, y adelantamiento. Aſsi manda que ſe execute aquel grande Maeſtro de la Oracion San Ignacio.

Por ningun caſo ſe debe emplear todo el tiempo en diſcurſos de el entendimiento: lo principal ha de ſer exercitar fervoroſos afectos de la voluntad, yà de aborrecimiento de los pecados, yà de accion de gracias à Dios por los beneficios recibidos, yá de deſprecio de los bienes de la tierra, yà de propoſitos firmiſsimos de mudar de vida, y emprender una totalmente contraria á las engañoſas maximas del mundo, al guſto de los ſentidos, y à las ſugeſtiones del demonio.

Repite continuas ſúplicas, y oraciones á Dios, à la Santiſsima Virgen, al Angel de tu Guarda, y à los Santos tus Patronos, para ſacar de eſte exercicio mucho provecho para tu alma.

El fruto que ſe ſeñala para practicarſe cada

da dia, es ſiempre diferente; pero quando experimentares, que alguno te ayuda mas para vencer algun vicio, ò para adquirir alguna virtud, continùa en exercitarle, no ſolo el dia ſiguiente, ſino todo el mes, ſi aſsi lo juzgares conveniente para la mayor gloria de Dios, y bien de tu alma.

Si algun dia no tuvieres tiempo para la meditacion, por lo menos lee dos, ò tres veces los puntos de aquel dia; y generalmente para deſechar con mas facilidad las diſtracciones, tèn eſte Librito en las manos, y al miſmo tiempo que meditas buelve á èl los ojos, y repite atentamente la leccion de la materia que ſe propone, para tener mas fixa la atencion. El Eſpiritu Santo te aſsiſta, y ruega por quien de veras deſea tu ſalvacion.

ME-



MEDITACIONES PARA cada dia del mes.

DIA PRIMERO.

Importancia de la ſalvacion.

1 MI ſalvacion es un negocio todo mio: ſi yo no pienſo en èl, quièn penſará por mì?

2 De tal ſuerte es negocio mio, que en èl ſe intereſſa quanto ſoy; mi alma, y mi cuerpo: ſi yo no le aſſeguro, quièn le aſſegurarà por mì?

3 Es negocio mio, de que pende toda mi eternidad: ſi yo no le efectùo, quièn le efectuarà por mì?

Pues què hago? Por què no me aplico todo á ſalvar mi alma? No tengo coſa que mas deba amar, que eſta alma ſola; no tengo coſa mas precioſa, que eſta alma inmortal: ſi una vez la pierdo, todo lo he perdido para ſiempre.

Fru-

Fruto.

OFreced á la Santiſsima Trinidad por manos de la Puriſsima Virgen, del Angel Cuſtodio, y del Santo de aquel dia todas vueſtras acciones, para que ſe dirijan á la mayor gloria de Dios, y ſalvacion del alma. Tres *Gloria Patri.*

DIA II. *Incertidumbre de la muerte.*

LA ſentencia yà eſtá dada. He de morir.

1 Pero no sè el tiempo: Puedo morir en eſta hora.

2 Pero no sè el lugar: Puedo morir en aquella ocaſion.

3 Pero no sè el modo: Puedo morir en aquel pecado. Y peco tan alegremente? Y recaygo con tanta facilidad? Y no huyo toda ocaſion de pecar? Què fé es la mia?

Fruto.

EStableced una diſtribucion del tiempo, ſeñalando lo que debeis hacer en cada hora del dia. Aquella hora, que perdiereis, puede ſer la ultima de vueſtra vida; y eſſa miſma hora, bien empleada, puede aſſeguraros la ſalvacion.

DIA III. *Aviſo de la muerte.*

SI no muero de una muerte repentina, llegará el dia en que me aviſen, que

me

me diſponga à bien morir. Entonces

1 Tendrè tiempo de confeſſarme? Si apenas podrè hablar, por lo grave de la enfermedad,

2 Tendrè tiempo de examinarme? Si apenas eſtarè en mì de ſuſto, y temor,

3 Tendrè corazon para arrepentirme? Si eſtarà mi conciencia enredada con tantas culpas! O, Dios mio! Y què harè entonces?

Fruto.

HAced una Confeſsion general de toda vueſtra vida, ſino la haveis hecho jamás; y ſi la haveis hecho, ſea deſde la ultima, ajuſtando las partidas de vueſtra alma, y ſerenad, por medio de eſte Sacramento, todos los remordimientos de vueſtra conciencia. Elegid un buen Confeſſor, y aprovechaos de eſte tiempo, que el Señor os concede, para reſolveros eficazmente á enmendar vueſtra mala vida.

DIA IV. *Prevencion para la muerte.*

QUè ſerà bien que haga para diſponerme á una ſanta muerte?

1 Aquello que ciertamente querrè haver hecho en aquella hora.

2 Aquello que probablemente no podrè hacer en aquella hora.

Aque-

3 Aquello que precisamente deberè hacer en aquella hora para salvarme: Penitencia de mis pecados: Actos fervorosos de contricion: Propositos firmissimos de huir las ocasiones.

Fruto.

PRocurarè portarme en todas las acciones de este dia, como si fuesse el ultimo de mi vida. Repetirè actos de contricion de tantos pecados como he cometido, y renovarè los propositos de enmendarme. Siete *Gloria Patri* à San Joseph.

DIA V. *Estado de un moribundo.*

1 LO passado le aflige: Tantos pecados de que no ha hecho penitencia.

2 Lo presente le entristece: Tantos peligros de condenarse, y no vè el modo de librarse de ellos.

3 Lo futuro le estremece: Tiene á vista la eternidad, y no sabe quál, si de gloria, ù de pena. Temblarán los Justos: Què harè yo, miserable pecador?

Fruto.

COnfessaos luego este mismo dia, si estais cierto, ò dudais prudentemente que estais en pecado mortal. Y si os pareciere estàr en gracia, agradeced este beneficio, y supli-

plicad al Señor, y á la Virgen Maria, que os mantengais asſi haſta la muerte. *La Letanìa de la Virgen.*

DIA VI. *Ultimo momento de la vida.*

1 EN aquel inſtante ſe apartarà el alma del cuerpo, y de todos los guſtos de los ſentidos.

2 En aquel inſtante ſe acabarán las honras, ſe acabarán las riquezas, ſe acabaràn los amigos.

3 Puedo en aquel ſolo momento condenarme. Si eſte, en que vivo, fuera el ultimo, què ſería de mì? O, momento de que pende la eternidad!

Fruto.

EXaminaos cada hora del dia còmo haveis empleado la antecedente: aſsi lo hacia San Ignacio. Y tomad la ſanta coſtumbre, ſiempre que oyereis el relox, de acudir à la Santiſsima Virgen con una *Ave Maria.*

DIA VII. *Preſentaſe el alma en Juicio.*

EN el punto de mi muerte ſerà preſentada mi alma en el Tribunal Divino. Me imaginarè que veo

1 Al pie de la cama á Jeſu-Chriſto, como Juez indignado contra mí, y que ha venido á darme la ſentencia final.

2 A la mano izquierda al demonio muy alegre; y que me pone delante los ojos un grande libro, para que lea en èl eſcritos menudamente uno por uno todos los pecados de mi vida.

3 A la dieſtra al Angel de mi guarda, que eſtá leyendo en un pequeño eſcrito las pocas buenas obras que he hecho, y con ſemblante triſte me lo preſenta delante los ojos. O, què repreſentacion! O, què viſta! O, què eſpanto!

Fruto.

QUando eſtuviereis en la cama eſta noche, poneos en poſtura de moribundo, imaginando que teneis en una mano el Crucifixo, y en la otra una vela encendida. Renovad la memoria de eſtos puntos, y deciros à vos miſmo: Què quiſiera yo haver hecho, ſi fuera eſta la ultima hora de mi vida?

DIA VIII. *Juicio particular del alma.*

1 EL examen ſerà riguroſiſsimo de todos los penſamientos, de todas las palabras, de todas las acciones muy por menudo. Me acuſarán los demonios que me tentaron: Los compañeros que yo eſcandalicè: y mi miſma conciencia, que tantas veces me avisò con ſus remordimientos.

2 El Juez ſerà juſtiſsimo, y ſin miſericordia: A ſu viſta cometi los pecados, y aſsi èl miſmo lo viò todo, lo oyò todo, y lo ſupo todo.

3 La ſentencia ſerá irrevocable: No havrá eſcuſa: No havrá sùplica: No havrà apelacion. O eterna vida, ò eterna muerte!

Fruto.

COnſervad todo eſte dia muy viva en vueſtra imaginacion la preſencia de Chriſto Juez. Y antes de comenzar qualquiera obra, decios á vos miſmo: De eſta accion que voy à hacer, què ſentencia ſe me darà? Antes de iros à la cama repetid tres veces la oracion: *Maria Mater gratiæ, Mater miſericordiæ, tu nos ab hoſte protege, & mortis hora ſuſcipe*; y beſad tierra.

DIA IX. *Eſtado de la alma deſpues de la muerte.*

1 DAda la ſentencia, ſi fuere de gloria, luego el alma rica de dones, y de virtudes, irá con grande fieſta acompañada de los Santos Angeles. Quièn podrá comprehender què alegria ſerá eſta?

2 Si la ſentencia fuere de pena eterna, deſpojada el alma de todos dones, y virtudes, ſerà luego arrebatada de los demonios

al

al Infierno. O, què horroroſa pena á la primer experiencia de aquellas llamas!

3 Una de eſtas dos ſentencias debe infaliblemente darſe á cada uno. Quál de las dos me tocarà à mí?

Fruto.

ESta tarde, deſpues de el examen de la conciencia, haced reflexion ſobre vueſtra vida paſſada, y conſiderad, què ſentencia haveis merecido haſta ahora, y quál meceriais, ſi ſe os huvieſſe de dár antes de acoſtaros. Un *Pater noſter*, y tres *Gloria Patri* á la Santiſsima Trinidad, con la frente en tierra.

DIA X. *Eſtado del cuerpo deſpues de la muerte.*

1 DEſpues de la muerte imaginate vèr á tu cuerpo. Como queda? Un cadaver pálido, diforme, y eſpantoſo. No vè, no ſiente, no ſe mueve; ſolo, y deſamparado de todos.

2 De què ſe viſte? U de un andrajo el mas deſpreciable, ù de un pobre habito; y el horror natural hace retirar à todos: de ſuerte, que apenas ſe encuentra quien vaya á cubrirle.

3 Dònde es llevado? A la Igleſia, acom-

pañado de Saderdotes, los quales despues de las breves oraciones, le dexan, para que le echen en el sepulcro, cubierto de tierra, donde todos le pisen, y alli se podrezca, y consuma con los gusanos. Y este es el cuerpo, que yo trato con tanto regalo, y delicadeza?

Fruto.

ID á una Iglesia, y despues de haver adorado el Santissimo, poneos de rodillas sobre una sepultura, y decid cinco veces: Esta es la casa donde algun dia serà llevado este mi cuerpo à podrecerse, y consumirse entre gusanos! Un *De profundis*, por las Almas del Purgatorio.

DIA XI. *El Processo de la Vida.*

MIentras vivo, cada instante se está formando el processo, y llegarà el dia en que se lea.

1 Se leerá todo lo malo, que no debia executar, y sin embargo lo executè.

2 Se leerá todo lo bueno, que debia hacer, y no lo hice.

3 De todo se me darà la sentencia final. Pero què sentencia? La que yo me voy disponiendo con las acciones de mi vida.

Fru-

Fruto.

DAD una viſta à vueſtra paſſada vida, y conſiderad los pecados de omiſsion; quantas buenas obras dexaſteis de hacer, ò por reſpetos humanos, ò por otros motivos; quantas abominaciones haveis cometido: arrepentios de uno, y otro, y reſolveos à comenzar una vida perfecta. *Pater noſter.*

DIA XII. *Eſtimulos para la penitencia.*

SI he pecado, obligado eſtoy à hacer penitencia. No es aſsi? Pero quándo la harè?

1 Deſpues de la muerte es impoſsible, porque yà no hay tiempo.

2 En la muerte es dificultoſiſsimo, porque hay poco tiempo.

3 Ningun otro tiempo eſtá en mi mano, ſino el preſente: Luego, ò hacer penitencia de preſente, ò temer deſde ahora, que nunca la harè.

Fruto.

PRocurad dár buen exemplo á todos con vueſtras acciones, y edificarles con vueſtros conſejos, ſolicitando con ellos, y con vueſtras oraciones la ſalvacion de los proximos. *La tercera parte del Roſario* por aquellos à quienes haveis inducido à pecar, rogando fervoroſamente á la Virgen Santiſsima, que

ninguno se condene por vuestra causa.

DIA XIII. *Señales del Juicio universal.*

LAS señales que precederàn á el Juicio son de Fè, porque las predixo nuestro Redemptor.

1 Seràn muchissimas; El Sol obscurecido, y embuelto en densas tinieblas; la Luna eclypsada, y manchada de negra sangre; las Estrellas caeràn; el Mar bramarà, la Tierra se abrirà en profundissimos boquerones; terremotos, guerras, pestilencias, discordias, &c.

2 Seràn repentinas, y no esperadas, quando menos lo pensarà el mundo; quando mas se pecará en el mundo; y quando el mundo yá no tendrà tiempo de enmendarse.

3 Seràn terribles: Lloverà del Cielo un fuego devorador, que sepultarà en sus llamas Hombres, Animales, Plantas, Ciudades, Fortalezas, Palacios, y Jardines; en una palabra, todo el Mundo. O, què incendio! Si temblarán de assombro las criaturas insensibles, què haràn entonces los pecadores?

Fruto.

EN este dia exercitareis tres actos. 1. De temor de la Divina Justicia. 2. De contricion de vuestros pecados. 3. De un reveren-

rente, y filial recurſo à la Divina Miſericordia. Concluireis con tres *Pater noſter*, y *Ave Marias.*

DIA XIV. *Reſurreccion de los cuerpos.*

AL eſpantoſo ſonido de las Trompetas Angelicas

1 Reſucitará infaliblemente eſte mi cuerpo de aquel miſmo lugar donde eſtarà ſepultado.

2 Para bolverſe á unir á eſte mi cuerpo, vendrà el alma, ù del Cielo, ù del Infierno.

3 Unida el alma, quedarà tambien immortal el cuerpo. Pero con què immortalidad? Malditos en aquella hora todos los placeres, y guſtos de eſta vida; bendita para ſiempre la penitencia.

Fruto.

HAced en eſte dia alguna mortificacion, como ayuno, cilicio, &c. privaos de algun guſto, y refrenad los ſentidos, ſingularmente los ojos, apartandolos de toda una curioſidad. *Tres cruces con la lengua en tierra,* en penitencia de las malas palabras.

DIA XV. *Venida del Juez.*

TRiunfante con ſu Corte, obſequiado de los Angeles, à un lado Maria Santiſsima, acompañado de los Apoſtoles, ma-

 geſ-

geſtuoſo ſobre las nubes, aparecerà con repreſentacion de Juez Chriſto Jeſus.

1 Como Criador, me pedirà cuenta de tantos dones, y medios que me concediò para ſalvarme; y yo ingrato usè mal de ellos.

2 Como Padre, me pedirá cuenta de tanto amor, que empleò en mì; y yo deſconocido correſpondì tan mal.

3 Como Redemptor, me pedirá cuenta de tanta Sangre, que derramò por mì; y yo, mas fiero que las beſtias, la pisè muchas veces.

Fruto.

LLevad en eſte dia algun inſtrumento de penitencia, Cruz, cadenillas, cilicio, &c. por dos horas, en memoria de la Paſsion de Jeſus, Procurad tener un Crucifixo, para recurrir à èl frequentemente, como à Padre amoroſiſsimo, adorando ſus Santiſsimas Llagas, y à cada una un *Gloria Patri.*

DIA XVI. *Deſcubrimiento de las conciencias.*

1 NI un ſolo pecado de quantos he cometido, quedarà oculto. Todos ſe leerán, de todos ſeràn oìdos. Què confuſion ſerá entonces la mia?

2 Quàntos pecados ocultos ſe deſcubrirán entonces, de que yo jamás me hice cargo?

go? Quántos pecados interiores, en que yo por mi culpa no reparè? Què eſcuſa podrè dàr entonces?

3 A todos los pecados, que contra Dios he cometido, pondrà Dios enfrente todos los beneficios, y gracias que me ha hecho, dandome en roſtro con haver piſado ſu Sangre, abuſado de ſus Sacramentos, reſiſtido, y deſpreciado ſus inſpiraciones. Què deſeſperacion ſerà entonces la mia?

Fruto.

Retiraos hoy à lo menos por un quarto de hora, ó á una Igleſia ſolo, ò delante de un Crucifixo, y examinad bien vueſtra conciencia; aſsi reſpecto de los pecados cometidos, eſpecialmente interiores de deſeos, afectos, y complacencias, como reſpecto de las confeſsiones paſſadas. Direis el *Veni, Creator,* al Eſpiritu Santo, para que os ilumine.

DIA XVII. *Separacion de los eſcogidos.*

En eſta vida viven juntos buenos, y malos, y aun deſpues de la muerte ſon ſepultados juntos. Pero llegando el dia del Juicio, no ſerá aſsi; ſaldràn los Angeles, y apartarán á los malos de medio de los Juſtos.

1 A la mano derecha eſtarán los eſcogidos; y por ventura verè entre ellos à aquellos,

llos, de quienes yo me burlaba en eſta vida.

2 A la mano izquierda eſtaràn los condenados; y por ventura aquellos, con quienes yo pequè.

3 Què mano me cabrá en aquel dia?

Fruto.

EMprended una tierna devocion con los Santos Angeles, ſingularmente con el de vueſtra Guarda, para que en aquel tremendo dia os lleve á la mano derecha, apartandoos de los condenados. Para conſeguir tan importante gracia, proponed deſde luego obedecer, y ſeguir ſus ſantas inſpiraciones. Nueve *Gloria Patri* á los nueve Coros de los Angeles.

DIA XVIII. *Sentencia final.*

APartados los pecados de los Juſtos, darà Chriſto la ſentencia.

1 Sentencia, que nunca ſe revocará.

2 Sentencia, que al inſtante ſe executarà.

3 Sentencia, que ſe intimarà una vez para toda la eternidad. Eterna maldicion al que pecò, y nunca quiſo arrepentirſe. Eterna bendicion al que, ò jamàs pecò, ó ſi pecò, hizo con tiempo verdadera penitencia.

Fru-

Fruto.

REzad con los brazos en cruz el *Miſere-re*, y repetid tres veces con la frente en tierra aquellas palabras: *Ne projicias me à facie tua*, haciendo tres actos. 1. De humillacion. 2. De arrepentimiento. 3. De fervoroſa sùplica á Chriſto crucificado, por el perdon.

DIA XIX. *Eſtima de el tiempo.*

EL tiempo es un caudal de ſumo aprecio: vale tanto un momento, que en ſolo èl puede recobrar à Dios el Alma, que por el pecado le perdiò. Conſiderad

1 Quánto bien puedo hacer en eſte dia, y no le hago.

2 Que eſte dia paſſa, y jamàs bolverà.

3 Que de eſte dia he de dàr eſtrechiſsima cuenta, y no pienſo en ello. Y lo miſmo ſerá de todos los momentos de mi vida. Ay de mí! ſi los huviere empleado mal.

Fruto.

PRocurad eſte dia emplearle con una ſanta codicia de aumentar merecimientos con obras virtuoſas, executandolas por todos los motivos ſantos de que fuere capàz cada accion vueſtra. Por exemplo: En la Miſſa exercitad actos de adoracion, de Fè, de agradecimiento: oìdla por motivo de religion,

gion, de caridad, de obediencia, &c. *La tercera parte del Rosario* en gloria de la Santissima Virgen, pidiendola muchas mercedes.

DIA XX. *Del Infierno.*

QUè cosa es Infierno?

1 Es una carcel de tinieblas, donde se vive siempre en rigurosa prision, y cadenas, sin un momento de libertad.

2 Es una casa toda de fuego, donde siempre se arde; pero nunca se muere.

3 Es un lugar de todos los tormentos, donde se padecen todas las penas; pero sin tener jamàs algun alivio.

Fruto.

APlicad una mano al fuego, ò poned un dedo sobre la llama de una vela, deteniendoos, si pudiereis, por espacio de un Ave Maria; y sacando de aqui quàl será el fuego del Infierno,en cuya comparacion este de acà es como pintado. El *Ave Maris Stella.*

DIA XXI. *Estado de los Condenados.*

QUè se hace en el Infierno?

1 Se comprehende quan gran mal es el pecado, lo que ahora se conoce tan poco.

2 Se padece la pena del pecado, qué ahora nos dà tan poca pena.

Se

3 Se maldice la ocasion del pecado, que ahora no se quita. O, vida infelíz de un pecador, y mas si aqui fuè dichoso!

Fruto.

APartad al instante aquella ocasion, ù del compañero, ù del libro, ù del juego, &c. que mas frequentemente os hace caer en pecado. Ofreceos á Dios à padecer en esta vida qualquiera pena por evitar la eterna. Rogad á Dios, y á la Santissima Virgen por los que estàn en pecado mortal. *La Letanìa de nuestra Señora.*

DIA XII. *Incertidumbre de la salvacion.*

1 HE merecido el Infierno, si he pecado, y no sè ciertamente si Dios me ha perdonado.

2 Puedo condenarme, pues puedo pecar de nuevo, y no sè ciertamente si puesto en la ocasion, resistirè sin caer en ella.

3 Probablemente me condenarè, si no mudo de costumbres, y no sè ciertamente si mudarè de vida antes de la muerte. Què serà de mí, si en aquel momento, aun despues de recibidos los Sacramentos, consintiere en algun mal pensamiento, ù deleyte, en aquel pecado que tantas veces he cometido por la costumbre que he tenido en mi vida? Què será de mí?

Fruto.

HAced una resolucion eficáz de confessaros luego, si os hallareis en pecado. Aplicad particular cuidado en enmendaros de aquel pecado, en que caeis con mas frequencia, porque este hace mas incierta vuestra salvacion. Visitad un Altar de la Virgen, y rezadle tres *Ave Marias* en honra de su Inmaculada Concepcion.

DIA XXIII. *Numero de los Condenados.*

1 ES facil condenarse, porque el camino del Infierno es muy ancho, y muchos ván por èl: assi lo dice Christo.

2 Es dificultoso salvarse, porque la puerta del Cielo es muy estrecha, y son pocos los que entran por ella: Christo lo dice.

3 Desde el principio del mundo, hasta el tiempo presente, la mayor parte de los hombres se ha condenado, y como enseñan los Santos, la mayor parte se condenará. Què juzgo yo de mì?

Fruto.

1 PRivaos en la mesa de aquel manjar, que mas os gusta.

2 Negaos à alguna de las recreaciones que tomais, aun suponiendo que es licita.

3 Rezad de rodillas los 7. *Psalmos Penitenciales*

DIA

DIA XXIV. *Confeſsion de un condenado.*

1 DIos ha hecho muchiſsimo para ſalvarme. Quántos beneficios de naturaleza, y de gracia para obligarme à amarle ! Quàntas inſpiraciones; quántos aviſos; quántos Sacramentos para guiarme por el camino del Cielo ! Me ha acariciado con promeſſas; me ha amedrentado con amenazas, me ha incitado á el arrepentimiento; pero todo lo ha fruſtrado mi obſtinacion.

2 Yo pude con poquiſsima coſta ſalvarme. Há, ſi huviera cortado al principio aquella ocaſion! ſi me huviera aprovechado de aquel aviſo! ſi huviera perſeverado conſtante en aquel propoſito! una reſolucion generoſa, un corte reſuelto, una confeſsion à ſu tiempo, me ponia en el Cielo.

3 Yo he querido condenarme por nada? Sì: por un deleyte de un momento eſtoy aqui ſentenciado à una eternidad de tormentos. Sì: á ojos abiertos me he precipitado en un abiſmo de llamas, á deſpecho de los conſejos de los Confeſſores, de los remordimientos de la conciencia, de la miſericordia de Dios.

Fru-

Fruto.

1 DAD muchas gracias á Dios de haveros criado en tierra de Catholicos, y de haveros iluſtrado con tantas inſpiraciones: haced ahora memoria de ellas para vueſtro arrepentimiento, eſpecialmente de aquellas, que pertenecian à la eleccion de eſtado, ò mudanza de coſtumbres.

2 Haced oracion á Dios por los que ſe hallan en peligro de condenarſe. Rezad el Hymno *Veni Creator Spiritus.*

DIA XXV. *Condenacion eterna.*

QUè coſa es condenarſe?

1 Es perder à Dios, y perderle para ſiempre.

2 Es arder en vivas llamas, y arder para ſiempre.

3 Es deſeſperarſe ſin fruto, y deſeſperarſe para ſiempre. O, ſiempre! O, jamàs! O, eternidad!

Fruto.

EN eſte dia diſcurrid algun modo de mortificar vueſtro cuerpo, como ſerá; no arrimaros, quando eſtais ſentado; tener un pie en alto, quando eſtais de rodillas: poner los brazos en cruz, quando ſe hace oracion retirada: los ojos en tierra, quando ſe anda

por

por las calles, y coſas ſemejantes, que facilmente ſe ofrecerán à quien deſea mortificarſe. Eſta noche eſcribir con la lengua en tierra el nombre de *MARIA*.

DIA XXVI. *No dilatar la penitencia.*

HE pecado, luego yá eſtà hecho el Decreto: O Infierno, ò penitencia. Vuelvo à pecar, y vivo contento baxo la eſperanza de convertirme; pero quièn me aſſegurará tres coſas?

1 Que tendrè tiempo de hacerlo.

2 Que teniendole, eſtarè para hacerlo.

3 Que haciendolo, no volverè yá á caer, y me condenarè.

Fruto.

DAD hoy tres viſtas à vueſtras manos, y en cada una decios à vos miſmo: Eſtas manos han de llegar à ſecarſe, y podrecerſe; y acoſtumbraos à hacer eſta reflexion cada mañana. Por eſte medio convirtiò Santo Domingo á una pecadora. Cinco *Pater noſter*, *y Ave Maria*, *y Gloria Patri*, con los brazos en cruz.

DIA XXVII. *La Gloria.*

A La primera entrada en el Cielo, què experimentarè?

1 Una repentina inundacion, y possessión de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno. Gozaré todos los contentos sin la menor pena. O què consuelo tan grande serà el mio!

2 Todas estas sumas felicidades las gozarè en compañia de Jesus, de la Virgen Madre, y de todos los Angeles, y Santos del Cielo. O què comunicacion tan gustosa, y tan felìz!

3 Las gozarè todas, y por toda la eternidad sin susto, ni contingencia de perderlas jamás. O inefable Bienaventuranza!

Fruto.

EN qualquier pena que me moleste, ò en qualquier deleyte que me tiente, dirème à mì mismo: Cielo, Cielo, Gloria, Bienaventuranza eterna, como dixo San Phelipe Neri, quando le ofrecieron la Purpura. A la consideracion de los bienes del Cielo, aprenderè á despreciar todos los de la tierra, como lo hacia San Ignacio: *Heu, quam sordet terra, dum Cœlum aspicio!* Decid con devocion el Psalmo *Lætatus sum.*

DIA XXVIII. *Camino del Cielo.*

NO hay mas que dos caminos para llegar à la Gloria, la inocencia, y la penitencia.

Con-

1 Conſervo haſta ahora la inocencia, y gracia bautiſmal? Hà pobre de mi, quàntas veces la he perdido, y he hecho perder á otros con graves, y enormes pecados contra la pureza!

2 Pero de eſtos, y otros pecados he hecho la penitencia conveniente? Què penitencia? Siempre he huido de toda mortificacion, buſcando mi guſto, y conveniencia en todo.

3 Siendo eſto aſsi, pienſo, y deſeo ſalvarme? Sì. Pero por què camino? Debo entrar por una de eſtas dos puertas. La inocencia la perdì, la penitencia no la admito; pues còmo me ſalvarè.

Fruto.

FIxad los ojos en el Cielo, y conſiderad aquella Patria dichoſiſsima, creyendo, que en ella vivireis eternamente, ſi con reſolucion ſeguìs uno de los dos caminos propueſtos. El *Te Deum laudamus.*

DIA XXIX. *Conquiſta del Cielo.*

1 POco me pide Dios para ſalvarme: ſolo que obſerve á ſu Santa Ley, Ley faciliſsima, Ley juſtiſsima, Ley ſuaviſsima.

2 Y para esto poco me ayuda Dios, poniendo lo principal de su parte con la gracia de sus inspiraciones, con el valor de sus meritos, con la eficacia de sus exemplos.

3 Esto poco me lo remunera Dios con premio eterno; las tribulaciones momentaneas, y leves, con un eterno gozo; los trabajos breves, con galardòn eterno; pocas penas, con eterna Gloria.

Fruto.

SIrvaos de estimulo la consideracion del premio para hacer, y padecer cosas grandes, por conseguirle, y decid tres veces el *Pater noster*, y *Ave Maria*, con *Gloria Patri* á la Beatissima Trinidad, para que altamente os imprima en el corazon este conocimiento.

DIA XXX. *La Eternidad.*

1 IRà todo hombre à la casa de su eternidad; luego yo tambien irè. Esta casa cada uno se la fabrica en la vida.

2 El demonio, con un breve placer, me convida á fabricarme la eternidad en el Infierno; y yo consiento?

3 Dios con poca penitencia me llama á fabricarme la eternidad en el Cielo; y yo repugno? O insensato de mì, què loco soy!

Fruto.

QUando eſtuviereis en la cama, probaos à eſtàr deſvelado, è immoble de un lado por eſpacio de media hora á lo menos, ò recoſtada la cabeza ſobre una tabla por otro tanto tiempo; ſi eſto os darà tanta pena, y fatiga, decìos à vos miſmo: Pues què ſerá padecer por toda la eternidad los tormentos del Infierno? Repetid eſto miſmo en todas las ocaſiones, que ſe os ofreciere alguna penalidad, ò mortificacion; rezad ſiete verſos del *Stabat Mater Doloroſa*, ò ſiete *Ave Marias*, en reverencia de los ſiete Dolores de là Virgen, beſando ſiete veces la tierra.

DIA XXXI. *Reſpueſta de la Conciencia.*

PRegunto à mi conciencia, y deſeo que me reſponda.

1 Para què fin me ha pueſto Dios en el mundo? Unicamente para que me ſalve.

2 Quàntos medios me ha dado para ſalvarme? Innumerables en el orden de la Naturaleza, y en el orden de la Gracia.

3 Què he hecho yo haſta ahora para ſalvarme? Lo peor que he podido, y como ſi eſtuvieſſe en el mundo ſolo para condenarme.

Fruto.

1 HAced la Confeſsion general del mes paſſado, y examidad el eſtado de vueſtra alma, ſobre el progreſſo en los vicios, ò adelantamiento en las virtudes.

2 Doleos de lo mal hecho, y proponed eficázmente emplear mejor el mes ſiguiente, conſiderando, que puede ſer el ultimo de vueſtra vida. Ofrecedle á Dios todo vueſtro ſér, alma, y cuerpo, potencias, y ſentidos, obras, palabras, y penſamientos, y aprended aquella devota oracion de San Ignacio, para repetirla todas las mañanas, luego que os levantareis,

Recibid, Señor, toda mi libertad: recibid mi memoria, entendimiento, y voluntad con todo ſu exercicio. Quanto tengo, y poſſeo, Vos me lo haveis dado, y aſsi todo os lo reſtituyo, ſin diminucion alguna; y os lo entrego, para ſer gobernado enteramente por vueſtra providencia. Solo os ſuplico me concedais vueſtro amor, y gracia, que con eſſo me doy por baſtantemente rico; ni os pido, ni deſeo otra coſa alguna.

FRUTO DE ESTAS MEDITACIONES, QUE DEBE practicarſe todos los dias, y en todas las acciones.

1 PRoponèos una maxima de las que ſe han meditado, para gobernar por ella todas vueſtras operaciones, como ſerà, ò la muerte, ò el Juicio, ò la preſencia de Dios, ò la conformidad con ſu voluntad ſantiſsima, ò la eternidad, &c. eſcogiendo particularmente aquella, que ha hecho mayor impreſsion en vueſtra alma.

2 Luego que os levanteis por la mañana, trahed à la memoria eſta maxima, y en el diſcurſo del dia aplicadla á todas las acciones particulares. Pongo por exemplo: Si la maxima fuere la Muerte, decìos á vos miſmo: Còmo quiſiera yo haver executado eſta accion en la hora ultima de mi muerte! Si fuere el Juicio, haceos preſente: De eſta converſacion, de eſte trato, de eſte negocio, he de dár eſtrechiſsima cuenta á Dios. En eſte punto, y en eſte miſmo lugar me eſtá mirando Dios, que me ha de juzgar. Suplicad frequentemente al Señor, y á la Santiſsima Virgen, que quede firmemente impreſſa en vueſtro corazon aquella maxima.

3 Emprended à excitar en todas vueſtras acciones una virtud, como la humildad, el amor de Dios, la confianza, la pureza, la mortificacion, &c. y eſcoged aquella, de la qual conoceis tener mayor neceſsidad para vencer vueſtra mala inclinacion, para reſiſtir á las tentaciones, que mas os combaten, ò para deſarraygar el vicio, que mas os domìna: exercitad frequentes, y fervoroſos actos de eſta virtud entre el dia, de ſuerte, que adquirais un buen habito, y coſtumbre, que os dure haſta la muerte.

4 Eſta miſma pràctica tomareis para deſarraygar los vicios: reparad en aquellos en que faltais con mayor frequencia, y dirigid toda la eficacia de vueſtros propoſitos, para vencerlos: deſde la mañana, tomareis eſta reſolucion de no cometer aquel dia tal falta, ò pecado, huyendo todas las ocaſiones, que os puedan hacer caer en èl, y aun esforzandoos á exercitar los actos contrarios.

5 Pero ſi cayereis, haced luego un acto fervoroſiſsimo de arrepentimiento, y con diſsimulo alguna accion exterior, como un golpe en el pecho, levantar los ojos al Cielo, ò fixarlos en la tierra, humillandoos por vueſtra flaqueza, è inconſtancia, y manifeſtan-

tando quánto lo ſentìs. Notareis á la noche en un quadernillo quántas veces haveis caìdo aquel dia en tal falta, comparando un dia con otro, y una ſemana con otra, para conocer la pèrdida, ò ganancia eſpiritual. Aſsi lo hacia, y aconſejaba aquel Gran Maeſtro de la perfeccion San Ignacio, con mucho adelantamiento de los que lo practicaban.

REGLAS PARA VIVIR SANTAMENTE

HAY muchiſsimos, à quienes toda la vida ſe les paſſa en propoſitos; y llegando la hora de la muerte ſe encuentran muy llenos de buenos deſeos, y muy vacìos de buenas obras, quando yà no hay tiempo de enmendarlo. Para que tù, devoto Lector, no incurras en eſte tan perjudicial engaño, ſuponiendo, que la meditacion de las maximas, que te he pueſto en eſte mes, ha excitado en tu alma algunos impulſos de devocion, y deſeos de componer una vida muy ajuſtada, que te aſſegure la ſalvacion, quiero proponerte un modo facil de reducir à la práctica eſſos deſeos, y un methodo de acciones virtuoſas para cada año, mes, ſemana, y aun para cada dia.

CA-

CADA AÑO.

1 SEñalar un dia para emplearle unicamente en el cuidado de tu alma, y en esse tiempo hacer confessìon general à lo menos del año passado, ò desde la ultima, escogiendo para este efecto un Confessor docto, santo, y de quien tengas una entera satisfaccion para continuar en adelante en confessarte con èl, y consultarle todas tus cosas, lo que importa sumamente para caminar con acierto; debiendo persuadirte, que Dios le assistirá, mas que á ninguno otro, para que te dirija con su consejo.

2 Prepararse, y disponerse para las Festividades mas solemnes con particulares exercicios de piedad, como ayunos, penitencias, Novenas, mas oracion, y leccion de aquella Fiesta, ò Mysterio.

3 Celebrar con particular devocion las Fiestas del Señor, y de la Virgen Santissima, visitando alguna Iglesia, ò Altar de su invocacion, y confessando, y comulgando aquel dia.

CADA MES.

1 TOmad por particular Patròn de todo el mes algun Santo, celebrando su dia con exercicios de mayor pidad, y devocion.

De-

2 Determinad un dia del mes, en el qual, por eſpacio á lo menos de media hora, os tomareis cuenta del adelantamiento, ò atraſſo, que huviereis hecho en el aprovechamiento de vueſtra alma, y lo manifeſtareis ſinceramente á vueſtro Director.

3 Comulgareis en el mes las mas veces, que vueſtro Padre Eſpiritual os ordenàre, renovando en eſſe tiempo los buenos propoſitos, que haveis hecho; y ſi aun no huviereis determinado el eſtado que debeis tomar, eſte es el tiempo de pedirle á Dios luz para no errar una eleccion de tanta conſequencia, de cuyo acierto las mas veces depende la ſalvacion; pues teniendo á Dios dentro de vos miſmo, oireis mas de cerca ſu voz.

CADA SEMANA.

1 SAntificarèis las Fieſtas, á mas de oír devotamente la Miſſa, acudiendo á alguna Congregacion, aſsiſtiendo al Sermon, y otros exercicios ſantos, viſitando alguna Igleſia donde haya Indulgencia, ò eſtè expueſto el Santiſsimo Sacramento.

2 No dexeis en todo caſo de acudir adonde ſe enſeña la Doctrina Chriſtiana; y ſi os hallas en eſtado de inſtruir à otros, hacedlo

con

con mucha paciencia, y caridad, entendiendo, que este es oficio de Apostol; y de mucho merito para con Dios.

3 Assistid siquiera un dia à la semana á alguna Iglesia donde se tiene oracion, y se hace algun exercicio de penitencia corporal; y tanto assi en la oracion, como en las mortificaciones, seguireis el consejo de vuestro Padre Espiritual.

CADA DIA.

1 DExad la cama á buena hora, y sea lo primero levantar vuestro corazon á Dios, ofreciendole todas las acciones de aquel dia: pedidle, que no permita caygais en algun pecado, especialmente en aquellos à que mas os inclinan vuestras passiones: proponed la enmienda de todo corazon: tened intencion de ganar todas las Indulgencias, que podais aquel dia: encomendaos muy de veras à la Virgen Santissima, al Angel Custodio, al Santo de vuestro nombre, y à los que tuviereis por especiales Abogados, y á las Santas Almas del Purgatorio. Para excitar todos estos actos por la mañana hay varias prácticas impressas; y assi os podreis valer de alguna de

ellas

ellas para proceder con mejor methodo.

2 Emplead por lo menos un quarto de hora en oracion mental, oìd todos los dias Missa con devocion, leed algun libro espiritual, y procurad no perder el fruto, leyendo despues libros profanos, y dañosos. A la noche examinareis todas las acciones, pensamientos, y palabras de aquel dia; si hallareis algo bueno, dareis gracias à Dios, à quien debeis atribuirlo: de lo malo le pedireis perdon, imponiendoos alguna penitencia, y proponiendo la enmienda.

3 Procurad, con muy particular cuidado, huir de las malas compañias, de las conversaciones immodestas, de los juegos immoderados, y en general vivir con una suma cautela, para no caer en los lazos, que cautelosamente os arma el demonio, ocultando el peligro de las ocasiones.

4 Entre dia, y con la mayor frequencia podeis acordaos, que Dios os mira; y particularmente en las tentaciones de que fuereis combatidos, acudid à su Magestad con algunas oraciones jaculatorias. Ofrecedle vuestras acciones indiferentes, el estudio, los negocios de vuestro estado, la recreacion honesta, dando gloria al Señor en todas las

co-

ccn s, y procurando en todas aumentar do, qu's merecimientos. Huid el ocio, origen de muchos, y graves pecados; atended sériamente al estudio, ò al cuidado de vuestra casa, y familia, segun fuere vuestro estado; porque esto es lo que Dios quiere de nosotros. Finalmente, tened entendido, que qual fuere vuestra vida, asi os hallareis en la hora de la muerte. *A vita mors, à morte æternitas.* (San Bernardo) De la vida pende la muerte, y de la muerte la eternidad.

FIN.

cen- s, y
do., q-s m
cho de muc
ériamente
tra cas
.. ; r






185
15